



HUELLA *y* PRESENCIA

TOMO II

Amanda Fuller

EDITORA RESPONSABLE



UNIVERSIDAD DE CHILE
165
AÑOS

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE MEDICINA

MEDITERRANEO

HUELLA Y PRESENCIA
TOMO II



Registro Propiedad Intelectual N° 105.764

© 1998. Publicaciones Técnicas Mediterráneo Ltda.

ISBN: 956-220-157-0

Diseño Portada: Cecilia Durán E.

Impreso en Chile por Impresos Universitaria S.A.

HUELLA y PRESENCIA

TOMO II

EDITORIA RESPONSABLE:

Amanda Fuller



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE MEDICINA



Si se aspira a sentir a la persona en su esencia misma, no basta con el mero saber, es preciso amarla; sólo el amor nos hace sentir lo valioso y único encerrado en cada ser.

DR. ARMANDO ROA

PROEMIO

AL CUMPLIR LA UNIVERSIDAD DE CHILE 150 años de vida institucional, nos propusimos entregar una visión humanista de quienes han asentado los pilares de nuestra Facultad de Medicina. Así surgió *Huella y Presencia* que, en su misión testimonial, fue encendiendo nuevos vínculos y abriendo otros álbumes en lo que se atesoraban diversos enfoques del quehacer universitario.

Comprobamos que no había sido en vano esta iniciativa y, por el contrario, teníamos la posibilidad de acceder a esas experiencias cuya percepción nos ilustraría con mayor nitidez sobre la variada gama de académicos y funcionarios que han marcado una huella en esta Facultad.

El tiempo se encarga de tendernos puentes, brindarnos la ocasión propicia para calzar el proyecto con la meta deseada. En sus 165 años, la Facultad de Medicina reúne gavillas de experiencias, frutos del pensamiento, valiosos resultados de una ancha siembra inscrita en cada soporte de su existencia. Se dan así las condiciones para un nuevo intento: *Huella y Presencia II*.

La vida de una institución es una cadena de sucesos en donde personalidades de distinguido porte académico han colocado pendones de avances científicos y humana presencia. Se dispone de una galería amplia, frente a la cual siempre quedaremos en deuda, dadas las características de este esfuerzo. La aventura resulta fascinante, cálida, enriquecedora. Mientras vamos tocando puertas para entregar el llamado a incorporarse a esta nueva versión, traspasamos el umbral de lo personal, con sus variantes de pensamientos y contribuciones al desarrollo de sus disciplinas. Se retroalimenta así, cada fibra de nuestros sentidos y los ecos se van entrelazando en la urdiembre sólida del hacer universitario.

Vemos surgir una entrega personal, con su percepción crítica y sus aprehensiones sobre los cambios marcados por la entrada triunfal del tecnicismo y la modernización. Mas, la Universidad es un nido propicio para investigar, formar y difundir el pensamiento científico que contribuye al espíritu vital de la nación. Por otro lado "el exceso de información" que se atribuye a la era actual, pareciera no interferir en el deseo de conservar las bases que esplenden en las páginas del hoy. El ser humano ama la libertad y por ello se despoja de toda atadura y emprende el vuelo desde lo que es su propia síntesis hasta el sin límites de la imaginación.

Como nuestro deseo es lograr que cada invitado se sienta cómodo frente a esta entrega tan personal, les hemos dejado exentos de toda norma, solos frente a la reseña que surge desde su más propia y franca reflexión. A lo anterior se suman aquellos participantes que, luego de narrar su experiencia, dedicaron un homenaje a quienes fueron sus maestros o les hacían sentir deudores de gratitud en su formación profesional.

Finalmente la participación de los funcionarios en el relato de crónicas breves, representa un reconocimiento a quienes tras una prolongada trayectoria, han debido dejar su importante colaboración con evidente nostalgia y, otros, cuya particular dedicación nos ha parecido importante destacar.

Sobre estas *huellas* que cada cual va marcando en el transcurrir de su existencia, nos parece valedero subrayar la relevancia del afecto y reconocimiento hacia esos espejos íntimos que han acompañado toda una misión de servicio, impregnada de valores trascendentales que le otorgan *presencia* en el alma de las nuevas generaciones.

AMANDA FULLER

CIENTO SESENTA Y CINCO AÑOS DE LA FACULTAD DE MEDICINA EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE: TIEMPOS DE FUNDACION, DE TRANSFORMACIONES Y DE DEFINICIONES¹



Prof. Dr. *Eduardo Rosselot Jaramillo*

T IEMPO DE FUNDACIÓN

SABIDO ES QUE EN 1833 DOS FECHAS CONSTITUYEN hitos fundamentales en la creación y funcionamiento de la Escuela de Medicina: el 19 de marzo en que el Presidente Joaquín Prieto y su Ministro del Interior, Joaquín Tocornal, firman el Decreto de iniciación de sus actividades, y el 17 de abril, cuando se dicta la primera clase magistral por el doctor Guillermo Blest en el Instituto Nacional y en presencia de quienes habían resuelto su nacimiento.

Digno de citar es la fundamentación del decreto en que se anota *el deseo del gobierno de promover el estudio de las ciencias médicas que, aunque reconocido en todas las naciones del mundo como de primera necesidad para la conservación de la vida, ha sido descuidado en Chile a influjo de una preocupación vulgar*. Y esto era así porque la formación médica había decaído a niveles soterrados, aunque jamás fue en el país muy relevante desde que se creó la Cátedra de Prima Medicina en la antigua Universidad de San Felipe, en 1769, y languideció impenitentemente hasta la reinstauración mencionada.

No podía soportar —quizás—, la joven república, seguir nutriéndose de profesionales extranjeros; mantener una atención sanitaria a cargo de legos y aficionados, ni como era estimado a la sazón, admitir la persistente descalificación de un ejercicio que se respaldaba, en otras latitudes más doctas, de prestigio científico y con evidencias incontrastables de beneficio social. Lograr la institucionalización y organización de la enseñanza médica (ya empuzándose a entender como un proyecto multidisciplinario en acciones de salud) fue el paso obligado que se expresó concretamente, entre otras medi-

¹Este documento es parte del discurso del Decano ante el Consejo de Facultad, el 16 de abril de 1998, al conmemorar los 165 años de la fundación de la Facultad de Medicina.

das, en la creación de la Escuela de Farmacia, la Escuela de Medicina y la Escuela de Obstetricia y Matronas, en el bienio 1833-1834.

Todo acto humano respalda su ejecución, generalmente, en múltiples razones. Para la fundación de la Escuela hubo otras diversas motivaciones y, la mayoría, como las ya indicadas, de tan amplios y trascendentes alcances que, no por haber sido ineficaz su tratamiento, se reiteran hoy día como problemas substanciales en el manejo de la enfermedad y la provisión de la salud para la sociedad.

Como es sabido, la formación de médicos —en la época precedente a la independencia en el país—, no tenía una organización sistemática. La mayoría de ellos venía del exterior, siendo la más próxima fragua de profesionales Lima, como instalación de la cultura y del avance intelectual en el sudoeste americano. No obstante, la migración se asentaba especialmente en representantes del viejo continente que, por ventura o aventura, habían traído sus saberes a este lejano rincón de los Andes. El organismo que autorizaba a ejercer era el Tribunal del Protomedicato, que disponía exámenes o certificados idóneos de médicos prestigiados que habían alcanzado conocimientos, capacidades y destrezas en ámbitos externos.

Lejos de existir consenso entre la menos de una docena de facultativos que constituían el cuerpo médico de la capital del Reyno, en transición a Estado Republicano soberano, la disputa asediaba frente a quienes debían ser los que estudiaran y, luego, ejercieran la medicina, estimándose incluso que por constituir una profesión de bajo nivel debería hacerse accesible, principalmente, a sangradores y barberos. Igualmente era materia de discusión cómo alcanzar las competencias; con qué conocimientos de qué materias; bajo qué normas de evaluación, y con cuáles avales de idoneidad. Finalmente se cuestionaba los beneficios y riesgos de tener médicos foráneos, incluyendo el promover su comparecencia y su disponibilidad, tanto para el ejercicio profesional como para la docencia.

Este mismo tema hoy día se llama acreditación y constituye uno de los requerimientos de mayor trascendencia que la Educación Superior debe desarrollar y sobre los cuales las instituciones de enseñanza, científicas, profesionales y legislativas tendrán que irse poniendo de acuerdo para disponer de un sistema acorde con el interés social de garantizar la fe pública en desempeños que tienen que hacer, especialmente, con condiciones de calidad de vida y de salud.

Nuestra Facultad está jugando un rol importante en la elaboración de un proceso que promueva, programe, lleve a cabo, perfeccione y expanda el control de calidad de las acciones involucradas en la salud humana, especialmente del ejercicio profesional. Esto supone la evaluación en las tres instancias que dan origen a las competencias profesionales, vale decir las instituciones formadoras, los programas que se establecen para conseguir los objetivos del adiestramiento y, finalmente, el producto que egresa de tales sistemas de

formación y que, por lo mismo, da una apreciación general de la eficiencia e idoneidad del proceso formativo.

Bajo la tutela del Consejo Superior de Educación, se ha iniciado la preparación de un proceso que se supone propondrá y aplicará, a partir del presente año, un procedimiento de evaluación de los recursos, objetivos, metodologías y contenidos que estén disponibles para la formación de pregrado y para que las unidades académicas prevean los medios de apoyo esenciales para lograr una acabada formación de los profesionales que a ellas concurren.

La acreditación de especialidades médicas constituye una instancia que se ha consolidado ya en el ámbito nacional, claramente con un atraso de medio siglo, al menos, comparado con similares sistemas en los Estados Unidos de Norteamérica y en Europa. Aunque existen todavía detractores de la Corporación Nacional de Certificación de Especialidades Médicas que asumió tal función hace ya 15 años, con la resuelta integración de las Facultades de Medicina agrupadas en ASOFAMECH, las reticencias corporativas fundadas esencialmente en que se ha restringido la participación de ciertos organismos o se siente que se escapan de control determinadas instancias de poder, deberán ir cediendo. Esto por existir la necesidad inexcusable de garantizar la confianza de los beneficiarios en las capacidades profesionales de quienes han sido debidamente, y a corto plazo también deberán serlo periódicamente, evaluados sobre su formación y su permanente actualización.

Por razones diversas a las que ahora le otorgan prevalencia a idénticas propuestas, la primitiva discusión también se refería a la decisión sobre qué escenarios o campos clínicos utilizar para la enseñanza, disputándose este privilegio entre las consultas de los profesionales y las salas de los hospitales de caridad que habían surgido bajo el amparo de instituciones confesionales o del mismo Estado y comenzaban a tener un papel fundamental, aunque también controvertido por las condiciones en que funcionaban, en el ejercicio de la salud pública y la praxis curativa. No obstante, en tal disputa había ya una verificación del interés que tanto para la diseminación del conocimiento médico y su aplicación en las instancias más básicas del quehacer asistencial, como para el perfeccionamiento de los medios de formación, adquiriría la relación entre docencia y atención profesional, al punto de llegar a constituirse en modelo general de complementación clínica, que más tarde que temprano han alcanzado también a ratificarse, con variable integridad, en el ámbito de todas las escuelas médicas del mundo.

Así, el nacimiento de la Escuela de Medicina hace 165 años vislumbra en su génesis y en su realización la dinámica educativa, de regulación institucional y de ejercicio profesional, y de búsqueda de la excelencia académica que hoy advertimos en la preocupación universitaria. Por algo, ambos procesos han estado regidos por acciones y reacciones similares y no escapan a la aparente, pero quizás cierta y productiva, contradicción de estar separados en

más de siglo y medio y mantenerse, sin embargo, afectas de iguales males y de similares beneficios.

Una vez más se comprueba que en el fluir del tiempo, la humanidad y sus accidentes, permanecen.

TIEMPO DE TRANSFORMACIONES

Como hace 165 años, nuestra Escuela de Medicina y la Facultad en su conjunto, se enfrentan a necesidades de adecuación a la realidad de salud del país y, hoy más que ayer, del mundo.

Con cambios más bien superficiales o de énfasis en los programas y en los planes de estudio, como ocurren notoria o imperceptiblemente a lo largo del tiempo y de las geografías, el modelo Flexneriano de educación médica ha permanecido dominante durante la casi totalidad del Siglo xx². Sus características básicas y sus efectos: currículum rígido centrado en la academia y en lo científico, ciclos básico, preclínico (en nuestra versión) y clínico en sucesión, orientados a la práctica individual, curativa y especializada, han devenido obsoletos exigiendo una renovación de contenidos, escenarios y métodos para abarcar el perfil del profesional de la salud que se estima necesario para las próximas décadas. Intentar proyectarse a períodos más amplios no podría dejar de ser una ensoberbecida predicción.

En el curso del aún presente siglo, ha habido algunas innovaciones que en nuestro ambiente se refieren a la ampliación de los campos de formación con la mayor integración entre enseñanza y asistencia, a la incorporación de contenidos socioantropológicos, a la generación de la medicina familiar como expresión de una incipiente generalidad sin rescindir aún el predominio de especialidades, como se advierte en los países desarrollados. En programas seleccionados, se había venido poniendo énfasis en metodologías activas de aprendizaje, la mayor gravitación de las destrezas ambulatorias para el manejo de patologías prevalentes, el trabajo en equipos de profesionales de la salud, los enfoques preventivos y la interacción con la comunidad expuesta o responsable de los individuos en situaciones de vulnerabilidad.

Tales avances han merecido ser expuestos para una consolidación, porque forman parte de las características que deben copiarse para dar origen al tipo de profesional para la aurora del Siglo XXI. A ello hay que agregar atributos y propiedades que hagan factible una medicina adecuada al modelo asistencial predominante, en función de las responsabilidades públicas de la Universidad. Debe tenerse presente, al respecto, conciliar los cambios epide-

²Vale la pena señalar que este modelo surgió tras las evaluaciones que de las Escuelas de Medicina en Estados Unidos de Norteamérica llevó a cabo la AAMC (American Association of Medical Colleges) entre 1903 y 1906, con lo que se constituyó el primer sistema masivo de acreditación de Escuelas de Medicina.

miológicos y, secundariamente, demográficos; las demandas colectivas de salud; las innovaciones y los recursos disponibles, en relación a las prioridades que establece el marco político en el área sanitaria y a los avances en el concierto tecnológico y científico. Por último, en lo contingente, resulta decisivo el cambio en las teorías y en los procesos educacionales que proporcionan enfoques, instrumentos y capacidades docentes de alto rendimiento y originales perspectivas.

Es así como se han establecido las exigencias, dado las condiciones, fijados los elementos de renovación, tanto en contenidos como en metodologías, y previstos los recursos para efectuar la transformación del currículum hacia lo que se ha estimado consistente con los requerimientos de hoy para la formación de profesionales de la salud y el desarrollo del conocimiento disciplinario pertinente.

De este modo hemos estado caminando en la reforma curricular, introduciendo los cambios más radicales en el primer año de la carrera de Medicina.

Permítanme repasar los hitos esenciales: los contenidos se han configurado en amplios subsistemas que trata *los Conceptos Fundamentales en Medicina; los Fundamentos Antropológicos, Éticos y Humanísticos; las Bases Científicas de la Medicina; la Fundamentación y Práctica de la Medicina Clínica; la Salud Pública y la Seguridad Social y la Formación General.*

Estos constituyen los ejes centrales en que se insertan áreas, materias, partes y temas para circunscribir cursos y asignaturas que se van integrando en un conjunto sistemático de disciplinas orientadas a abarcar la totalidad de la salud humana. Se pierden, de este modo, los límites y las barreras entre disciplinas; se consigue un *continuum* horizontal y vertical con predominios variables de contenidos antes denominados básicos, preclínicos y clínicos, definidamente formulados para la comprensión biocientífica y humanista del hombre, a través de experiencias individuales y colectivas. Con el concurso de metodologías que tornan el aprendizaje resueltamente en personal, pero dirigido a lo social, la adquisición de conocimientos se hace flexible, para quién deberá ser ahora elemento nuclear de la docencia: el alumno.

Articular este proceso, que puede parecer simple o, incluso, desprovisto de mucho sentido en la definición conceptual, exige un organismo dirigente y a ese papel han accedido las Escuelas dotadas, progresivamente, de mayor autonomía académica. Igualmente se requiere la preparación de un cuerpo docente muy aplicado en el uso y la evaluación perceptiva de las técnicas que están siendo incorporadas como parte de las destrezas educativas. Es indispensable establecer tiempos dedicados a áreas electivas y dejar disponibilidad de espacios y oportunidades para la libre opción de alternativas académicas de formación general, que privilegien la adquisición de conocimientos y atributos con un alto grado de diversificación y complementariedad con las materias que constituyen el *core* del acervo educacional de los futuros profesionales.

Estas directivas tienen que aparejarse con la utilización de dispositivos educacionales de alta tecnología, para emplear también tales sofisticados recursos en dimensiones de escala, masivamente, sin abandonar lo que para la educación en salud resulta irrenunciable como es la enseñanza tutorial. Aquí se da la aparente paradoja de exigirnos nosotros mismos, el desarrollo de una atención cada vez más personalizada, como la cristalizada en el programa de tutores, a la par que se está estimulando la independencia del alumno y su autocontrol.

No de menor trascendencia y ligadas al mismo cambio de metodologías, se imponen las innovaciones en los procesos de calificación de los alumnos, las diversas ponderaciones y criterios con que precederán los eventuales evaluadores, la priorización de objetivos alcanzables y el establecimiento de niveles de profundidad del aprendizaje en clínica, proporcionados al avance curricular y a la diversificación de materias, como parte de las estrategias educacionales insertadas en los programas de formación.

Por último, concordante y pertinente con una tal provisión y distribución de contenidos educacionales y con la pérdida de las fronteras disciplinarias, se ha dispuesto la nueva estructuración de las áreas básicas y preclínicas en la organización del Instituto de Ciencias Biomédicas, fundidas ahora en categorías difusas de programas proyectados a una progresiva integración con la práctica clínica y la salud pública, y recalcando, una vez, más la apreciación holística de la medicina desde sus vertientes moleculares a los escenarios de la atención personalizada, en la conjunción médico-paciente.

TIEMPO DE DEFINICIONES

El tercer tiempo de esta reflexión cae en el vértice del dinamismo universitario porque, una vez más, la inquietud promovida por la filosófica ansiedad de conocerse a sí mismo, hace presa de la institución para responderse a un ¿qué signífico?, ¿qué hago?, ¿quién soy?

Preguntas válidas porque interrogan sobre caminos, intereses legítimos y conductas, como las que provocaron la emergencia de la Universidad y, antes, de la Escuela de Medicina, ambas hoy en trámites de permanecer vigentes. Preguntas que seguramente demoraron largo tiempo en ser respondidas y eso, para muchos, justifica la impaciencia, la ira, incluso, la intolerancia. Porque, y con mucha razón, cuando se ha privilegiado por centurias un modelo de tanta trascendencia en la historia nacional como lo ha sido nuestra Universidad, basta la mera suposición de avasallamiento o viraje respecto a esa imagen relevante para considerarlo, hiperbólicamente, herejía o insulto contra un valor sagrado e intocable. Así, el que la Universidad haya desvaído su ser nacional, se haya reducido el financiamiento fiscal y su presencia como ente de representatividad estatal y disipado, en gran medida, la consideración de la autoridad pública sobre lo que estimaba su legítimo fuero.

Es en gran parte, como resultado de lo anterior, que la Universidad se ha abocado a un proceso que surgió de percatarse de esta crisis de identidad, que fue acunado y amplificado por las energías juveniles de nuestra casa de estudios y ha sido encauzado, con más de alguna dificultad, por sus mismas autoridades. No puede ni debiera perderse su impulso ni acelerar su entropía, sin procurar una respuesta que no sea ambigua, antojadiza o mal interpretable. Tal disyuntiva exige proceder sin subterfugios, hablar con claridad, ir al fondo de los problemas, porque un tiempo de definiciones es tiempo de planteamientos sin dobleces. Es tiempo de decir las cosas por su nombre porque el futuro está también en juego y la subsistencia de la Universidad, una vez más en riesgo.

En tal situación nadie puede sustraerse de participar, porque cualquiera ausencia significa hacerse responsable de resoluciones cuyas consecuencias pueden ni siquiera haber sido previstas por quienes las han propiciado.

Sabemos que la Universidad ha estado expuesta a circunstancias de suyo delicadas, tanto por desafíos externos como por amenazas del interior. Entre estas últimas han sido cruciales las derivadas de una pérdida de motivación y mística que constituyen siempre fuerzas sostenedoras y propulsoras de las grandes ideas, y como tales, de una Universidad como la de Chile. Eso quisiéramos volver a encontrar al culminar el debate universitario, ya que es difícil concebir en este ambiente privilegiado, el término de un proceso que debe ser permanente y reiterado, que no finaliza antes de que se inicien o se exacerben otros. Porque sólo a través de tales coyunturas es posible ir encontrando los trazos de identidad que nos fortalezcan y las nuevas rutas y herramientas para nuestra misión.

En estos días hemos escuchado a un distinguido académico de otra Facultad³ prevenir fundadamente que si estamos persiguiendo el verdadero rumbo de la Universidad, lo busquemos por las huellas y cumbres del saber y no por los sombríos y tortuosos senderos y laberintos del poder. Nuestra historia, la propia y genuina de la Facultad, iniciada con la creación de la Escuela de Medicina hace 165 años, nos invita a que nutriéndonos en la reflexión de un pasado glorioso y ejemplarizador, y en la descripción y análisis de los cambios efectuados al presente para liderar el período que emerge, podamos apuntar con eficacia y responsabilidad a la tarea del futuro.

³Prof. Eric Goles, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile.

EL ACTOR Y EL DOCTOR

Dr. *Marco Antonio de la Parra*

NUNCA SUPE DÓNDE DELIMITABA el artista con el médico. Alguna vez, en tiempos en que la palabra estaba más cerca del espíritu (y en que, quizás, hablar era la única manera de curar), el Arte y la Ciencia compartían el mismo territorio, el del conocimiento, el de la sanación de las almas, el de la purga, el del querer saber sin cesar, el de suponer un estado superior en el que estaríamos a salvo de nuestra precariedad inagotable.

Creo que mientras estudié Medicina fue justamente donde más aprendí como artista, sólo que no me daba cuenta. Creía que entraba en la Ciencia pero andaba por ahí, mirando la vida, como una pieza de joyas estéticas. Ya lo sabemos, las obras de arte están ahí, es cosa de descubrirlas. El cuerpo y la mente eran la primera enseñanza y eso resonaba en mí con gran agitación. Recuerdo Anatomía como una experiencia mayor de acercamiento a la condición humana, el reconocimiento del cadáver como una pregunta feroz sobre la existencia. Muchas veces he pensado en escribir un texto de ficción sobre ese tema. La luz cayendo sobre las mesas de disección habitadas por figuras tiesas que fueron seres humanos que ya no lo son y de alguna manera lo siguen siendo, resulta aún impresionante. Permanecer junto a esos cuerpos sin nombre, abrir su piel y hurgar en búsqueda de esa estructura desde donde emerge todo lo inmaterial, la emoción, el cariño, el miedo, se convierte de una fuerte iniciación en la más necesaria de las sabidurías para un artista: morimos, somos materia.

Así, todo —desde la física hasta la estadística— se convertía en un entrenamiento de la mente para abordar el límite jamás precisable entre la condición espiritual y la corporal. Algún día, fantaseábamos, tendremos el alma en una probeta. Tal vez brille, tal vez sea opaca, tal vez apenas resulte un pececillo de colores algo torpe.

Se me hace muy difícil pensar en mi teatro o mi escritura sin la huella médica. Desde el oficio mismo, aprendido de mi padre como de un artesano espléndido, como en un traspaso generacional propio del Medioevo, hasta la inmensa cantidad de información siempre guiada por la misma pregunta: ¿en qué momento estamos a punto de ser dioses?, ¿cuándo dejamos de serlo?

Alguna vez quise ser escritor de ficción, alguna vez también quise ser

cineasta. En tercer año de Medicina me fugué a inscribirme para estudiar Cine. No resultó, tal vez fue para bien, después vendría el Golpe Militar y las cosas habrían sido muy complicadas. Digamos que en ese tiempo era bueno ser médico, estar cerca del cuerpo. El país era un cuerpo, no había separación entre el dolor psíquico y el físico. Eramos una herida.

Es raro decirlo, pero la Medicina fue la que me permitió ser artista. A veces huyendo de las cataratas de estudios, a veces durante el tedio de un turno, a veces rescatando lecturas subterráneas del hecho clínico que siempre me ha fascinado. El enfermo y el facultativo. La famosa relación médico-paciente, zona de pruebas de la grandeza de las almas, de la generosidad y el sacrificio.

De que el médico es un actor, a nadie le cabe duda. Tiene que reconstruir una esperanza dañada y abrir el corazón de su espectador entregado. Es un sacerdote y en cuanto tal, una puesta en escena, el llamado a un acto de fe construido con la esperanza ciega que puede dar un delantal o un gesto. Nadie le explica farmacología a los pacientes. Incluso, cuando los médicos nos vemos en el rol de enfermos, debemos abandonar lo que sabemos y suponer que el otro sabe. El otro, el actor, el dramaturgo, sabe lo que dice o creemos que lo sabe, nos lleva de la mano hacia la receta, el diagnóstico, la ceremonia de cuidado, ya sea una curación, el control, el fonendo en la espalda. Repletos de rituales donde se establece una relación de poder que espera no ser cruel con el consultante.

Por otra parte, el buen clínico sabe que la única manera de saber es olvidar lo aprendido. Como el actor, se sabe las líneas de memoria, pero navega en una absoluta incertidumbre hacia la conclusión final. Mira siempre de nuevo como el escenario es siempre otro. Nunca una función es igual a otra, nunca un paciente se parece a otro. No hay mecánica posible. No funcionan las computadoras médicas. Hay algo que es humano, demasiado humano, en este territorio. Hay una escena que solamente es posible entre dos vidas que se encuentran.

Toda curación es espiritual. Y de ahí que toda clínica sea un arte. Algo que nunca se sabrá exactamente cómo se supo. Un cuerpo con otro cuerpo. El cuerpo que ausculta, que piensa lo que el otro cuerpo no entiende y que percibe solamente como dolor, señal del cuerpo que ha dejado de ser mudo para pedir atención. El ruido del cuerpo le impide encontrarse con su alma. El médico la restituye. Todos somos brujos. Como los cómicos, los actores ambulantes, una suerte de fenómenos de feria. Creamos ilusiones, contamos un cuento.

Era natural hacer teatro dentro de la Escuela de Medicina. A poco de llegar entré al grupo donde estaban César Ojeda y Oscar González y un montón de estudiantes montaban piezas escritas por Oscar, a todo pasto, usando una cinta grabada de fondo con canciones compuestas por César, sobre las cuales hacíamos fonomímica. La experiencia de lo musical y el agudo humor de Oscar contaminarían mi teatro posterior. Algo escribí que

ensayé muchas veces en auditorios del hospital pasadas las siete de la tarde. Cambiábamos de elenco una y otra vez y no se llegaba a puerto. No había continuidad, éramos absolutamente novatos, algunos tomábamos cursos paralelos de actuación en otro sitio.

Los años no pasaron del todo en vano. Poco a poco se juntó una generación de variados talentos. Coincidíamos en cantar, bailar, tocar algún instrumento, leer con pasión y concederle al espectáculo un sitio en nuestras vidas. Cuando se produjo el Golpe Militar ya no había Centro de Estudiantes (arrasado tras disputas no resueltas de la última elección) y la recepción de los mechones quedó a cargo de los que se interesarán. Nunca sabré exactamente por qué, pero sentí que era el momento de hacer algo que fuera más allá de la fiesta, las bromas, o el show musical y los cuentos chistes. ¿Por qué no una pieza teatral? Oscar y César ya habían egresado. Yo cursaba Sexto Año y había hecho muy buenas migas con gente muy dispar. No era la primera vez que tenía un grupo así. En 1971, con lo más atípico de la Escuela, habíamos editado una revista literaria llamada *Philodendro* que, por supuesto, salió una sola vez, ya que el segundo número aumentaba, sus costos, semana a semana, por la inflación galopante y quedó sólo en las pruebas de imprenta. El grupo lo probamos en un festejo de Navidad a fines de 1973, en un patio de Fisiología. Una cosa menor, pero cantada y actuada, para niños, que resultó mucho mejor de lo esperado. Era frecuente que nos juntáramos en la casa de mi primo Guillermo de la Parra a una *jam session* interminable, donde de la improvisación salía de todo. Javier García de Cortázar sacaba de su guitarra cuanto se podía sacar. Mucho Dylan, mucho blues, mucho rock and roll del acústico, fuerte influencia de John Mayall y Janis Joplin. Tocaba y componía también Rogelio Isla y actuaba un montón de portentosos, Jorge Prado y su brutal dominio de escena, Jorge Vega y su flauta traversa sumada a su histrionismo inagotable, Vicente de Carolis, un mimo de alto voltaje, la garganta fiel, pero huidiza de Juan Manuel Pérez Franco, el respaldo de León Cohen (ese año jugando fútbol en la titular de la U), el afable Tito Toledo (le puse así a un personaje de cuento, nombre de director de orquesta de mambo), Rodrigo Contreras, que aún podía hacer de mechón, y otros que se irían agregando.

Quiebrespejos y otros sueños fue un trabajo inspirado, sin ambiciones, sin expectativas. Queríamos entretenernos. Habíamos visto recién *Cabaret* de Bob Fosse y nos gustaba la comedia musical a la Broadway, pero pobre. Guillermo montaba unas coreografías inocentes, pero estupendas y teníamos solamente cuatro focos. El resto era el casino de la Laurita y las mesas movidas para abrir espacio a una hueste que temíamos. Ibamos a hacer teatro con todos los riesgos. Sin grabaciones, sin textos consagrados, con canciones a capella o con pura guitarra acústica, quizá un bongó como toda percusión, casi sin ensayos, evadiendo el texto y la improvisación para estar seguros y protegidos por la rígida estructura en verso de las canciones aprendidas de memoria.

Hoy la obra dura más de dos horas. Cuando la hacíamos nosotros, nos quemaba en las manos, y terminábamos a la hora y diez minutos. Era veloz, casi sin parlamentos, con mucha acción y mucho baile. Nos divertíamos. Nos emocionábamos.

No esperábamos el éxito que tuvo y menos su persistencia en el tiempo. Hoy la ve mi hijo mayor que ha entrado a la Chile para ser médico, y es muy extraño saber que algunos de los actores eran bebés o no habían nacido cuando la dimos por primera vez. Es extraño darnos cuenta que aún funciona como retrato de esta extraña carrera que es Medicina y aún cala en la risa y los sentimientos de nuevas generaciones.

Hicimos muchas otras piezas teatrales. Algunas breves, sumergidas en un Festival de Teatro que arrastraba la Semana de la Facultad. Recuerdos de textos notables. Distintos, cargados, originales. El grupo original de Quiebrespejos se fragmentó en varios elencos distintos que tomaron su propio impulso creativo. Al egresar pusimos en escena *Sólo para mayores*, la otra punta de Quiebrespejos, como todas estas obras transmitida por tradición oral y, por lo tanto, casi olvidada. La recordamos como lo mejor que pudimos hacer en ese tiempo. Inspiró muchísimos trabajos posteriores. Reconozco en su gestualidad, en su manera de narrar, lo que después llegaría a ser un estilo.

Seguimos conectados por años. Dos obras que pensé para el grupo de la Escuela de Medicina fueron mi lanzamiento al medio profesional. Tanto *Matatángos* como *Lo crudo, lo cocido, lo podrido*; estaban planificados para ciertos actores del grupo, y para espacios y situaciones que eran nuestros. Yo no sabía que el salto a ser un autor de verdad ya estaba dado.

En el paso por la Escuela dirigimos algún taller literario, hicimos música, conversamos, reflexionamos, hicimos muchísimas cosas aparte de estudiar. Comencé una novela que no terminé nunca (era sobre una semana mechona), varios de mis cuentos publicados, hasta obtuve un premio de cierta importancia con apenas 19 años. Fui ayudante alumno de Fisiología y redacté clases muy particulares sobre el páncreas y la función renal.

La psiquiatría vino al final, de medio lado, como un hallazgo donde depositar mi pasión por el lenguaje y compartirla con mi gusto por la clínica.

No he conseguido abandonar ninguno de los dos caminos. Con el tiempo me percaté de que son sólo uno, el lenguaje, la condición humana, la constante mirada clínica; crítica siempre positiva, la idea que dice: habrá algún remedio alguna vez, no todo será agonía, luchamos contra la muerte en cualquiera de sus formas, el sueño de la Medicina y el Arte como bases de un mundo mejor, una sociedad más sana, una humanidad más tranquila. Una esperanza.

EPISODIOS DE LA VIDA
DE UN HEMATOLOGO:
Recuerdos de la epidemia de
tifus exantemático del año 1933

Dr. Raúl Etcheverry



¿Jura decir la verdad,
sólo la verdad
y nada más que la verdad?
—Sí, juro.

*E*STE ES UN FIEL RELATO DE LA EPIDEMIA de *tifus exantemático* de 1933, la más grande que ha habido en Chile, y que como un azote de Atila diezmó la población. Aunque sé que un hombre sin imaginación es un hombre muerto, este no es el caso, pues en mi relato no hay nada de imaginación y menos de fantasía. Muchos recordarán esta epidemia, pero muy pocos o ninguno la vivió como yo. Fue un impacto en mis años juveniles, por eso la recuerdo como si hubiese sido ayer. Lo acaecido me impresionó tanto o más que las novelas de Antón Chejov, de Edgard Allan Poe, de Agatha Christie, o más recientemente, las películas de terror de Hitchcock.

Este relato, o parte de él, debió haber sido leído en una sala del Congreso Nacional, con motivo de un homenaje que en 1995, el curso de médicos egresados de las Universidades de Chile, Católica y Concepción, en 1954, hizo a tres de sus profesores. Me sentí honrado y agradecí esta distinción, pero pensé que podría deberse a que era el único profesor sobreviviente de este curso, porque según la conciencia de Pepe Grillo y mi autocrítica imparcial, aún vigente, yo no soy un buen profesor y menos un buen expositor, quizás sí un buen maestro que se esfuerza por enseñar y lo hace con gusto, pues creo que uno justifica su existencia (¿supervivencia?), ante los demás mientras pueda enseñarles algo, y ante uno mismo siempre y cuando pueda aprender.

No pretendo ser maestro con mayúsculas, como le decía al Dr. Alessandri, para tranquilizarlo, cuando médicos argentinos se referían a él como “el maestro”. Creerán que soy un gáster, me comentaba muy molesto. Profesor, se lo dicen con mayúsculas, Maestro, como aquél que vino a redimirnos del pecado, el de la palabra docta y santa... Este argumento aparentemente lo tranquilizaba, pero creo que no lo convencía. Yo no encontraba justificación a su enojo y siempre dudé que fuera en serio.

El Dr. Mejías me propuso un tema filosófico relacionado con la medicina. ¿Filosofía yo? *Vade retro* Satanás. Cortésmente le pedí que me exonerara de

este compromiso. Sólo diría algunas pocas palabras de agradecimiento. Pero recapacité. Yo escogería el tema y por supuesto sería médico. Nos casamos con la medicina, esposa y amante a la vez, “hasta que la muerte nos separe”. Es la única bigamia que acepta nuestra cónyuge, aunque con cierta reticencia, pues se siente postergada, a menudo con razón. La medicina cobra una hipoteca en tiempo a expensas de la familia.

Presumía, antes de conocer el lugar de reunión, un ambiente familiar, más aún porque entre los médicos no sólo había ex alumnos míos, sino también alumnos, y entre amigos suele haber tolerancia, benevolencia o por lo menos indulgencia.

La filosofía que nos enseñó don Pedro León Loyola, en el Instituto Nacional, no me atraía, no la justificaba, ni siquiera como pasatiempo, tal un juego de ajedrez. En realidad mi mente infantil no la entendía. Y ahora... ¿la de adulto? Y mentiría si dijera que captaba algo de las premisas, aforismos, silogismos y sofismas. Y no porque haya sido en mis tiempos de juventud materialista, pues entonces ya escribía versos; y no eran versos como los de ahora, puzles de prosa tijereteada, sin rima ni ritmo ni sentido alguno, o antipoesía de poetastros de ocasión según Amado Nervo, sino inmateriales, sentimentales, más próximos al alma de los seres y de las cosas, como la filosofía.

Solía pensar que don Pedro León abusaba de nuestra inocencia e ignorancia, cuando pretendía convencernos que “Aquiles, el de los pies ligeros nunca podrá alcanzar una tortuga”, o que “una flecha lanzada por un arco, nunca llegará a un blanco móvil”, como sostenía Demócrito, filósofo griego de la escuela teosófica de Abdera, 4 siglos a. C. Ahora veo las cosas más claras. Se trataba sólo de un sofisma. Pero más tarde, lo interpreté como un mensaje en *le livre de la vie, le livre suprême qu'il on one peut fermer ni rouvrir a son choix*. Consideré como que en el breve curso de nuestra existencia nunca lograremos alcanzar la meta propuesta, lo que no debiera preocuparnos porque es un incentivo más en procura de un ideal, que no siempre lograremos alcanzar. Filosofía, sí, pero del libro de la vida, el libro supremo.

En estos términos fue mi exposición en el Congreso Nacional, insubstancial. El Dr. Santiago Raddatz, profesor de la Universidad Católica, desarrolló el tema sugerido “Algunos aspectos filosóficos de la vida médica”, y lo hizo con la elocuencia de un político acorde con el auditorio en que tuvo lugar la reunión. Bien merecidas las felicitaciones. *A tout seigneur tout l'honneur*.

Mi exposición habría sido sobre la epidemia de tífus exantemático de 1933, que fue el tema de mi tesis para optar al título de médico-cirujano. No la di, por considerarla fuera de lugar: el auditorio, la sala del Congreso Nacional y la excelencia de los *congresistas*.

Notable el curso del año 1945: ¿medicina o leyes? Tres senadores: María Elena Carrera, Nicolás Díaz y Mariano Ruiz Esquide, quien dejó la hematología por la política, aunque no se ha alejado definitivamente, pues ahora se autodefine como hemófilo (no hemofílico). Además un SEREMI, un decano... pero al volcar las cartas de este naípe político, veo que tengo las mejores: tres

senadores, el precitado (compartido), Fernando Cancino, Blas Bellolio y un diputado, Alberto Dalber Etcheberry, entre mis alumnos o *solt disant tels*.

Dalber fue uno de mis mejores discípulos. Estoy unido a él por un lazo de amistad y gratitud, además de un posible lejano parentesco por nuestro árbol familiar ancestral arraigado en los bajos Pirineos Franceses. Recuerdo que en 1978, siendo Presidente de la Sociedad Chilena de Hematología, me distinguió como Padre de Hematología Chilena. Varios años después "le reclamé" una segunda medalla, ahora como abuelo, ya que había contribuido a la formación de tres nietos hematólogos: el suyo, el de Regonesi y el de Vacarezza. Este último no sólo fenotípico, sino además genotípico, y de los cuales me siento orgulloso porque todos se han destacado y no sólo en el campo de la hematología.

Ingresamos al Servicio de Medicina del Hospital del Salvador, entonces del Dr. Israel (papá) Bórquez, los cuatro mosqueteros, como nos autodenominábamos. Eramos cuatro mosqueteros de armas universitarias, con Bobadilla, Castillo y Losada. El lema "todos contra la muerte, nuestra adversaria". Vana ilusión de juventud. Uno a uno fuimos cayendo en esta cruzada: Aramis, Athos y Portos. Sólo queda d'Artagnan, pero en su brazo ya tiembla la espada.

Nos recibió el Dr. Alessandri, jefe de clínica, joven, buen mozo, de porte distinguido. Su capa azul terciada sobre los hombros le daba prestancia y le confería autoridad. Nos sentimos como los liliputienses frente al gigante Gulliver. No fue muy amable su recepción. El saludo, una pregunta: ¿los nuevos internos?, y una orden: pónganse los delantales y a trabajar inmediatamente... pensar que este "joven rubio, de contextura atlética", cohibido inicialmente por la personalidad del Dr. Alessandri, opositor en algunas reuniones clínicas, logró alcanzar su confianza, su amistad, y en los últimos años, también llegó a ser su confidente, de lo cual me sentí y aún ahora me siento muy honrado y orgulloso al recordarlo. Era un cordero con piel de león, como se autodefinió en una ocasión. Y aunque algunos colegas dudaban, me consta... por lo menos en los últimos años.

Entonces era obligatoria una tesis para optar al título de médico-cirujano. Yo mismo dirigí, más adelante, 32 tesis, de médicos, dentistas y del Instituto Pedagógico. El Dr. Alessandri, me sugirió "Etiología de la nefritis aguda" (en relación con la flora microbiana de la orina).

El Dr. Eugenio Suárez, Director del Instituto Bacteriológico que habría sido copatrocinador de la tesis, rechazó el proyecto en forma no muy diplomática. La suerte me salió al paso. Durante mi internado en Cirugía encontré en una vieja revista francesa, *Annales de Medicine*, un artículo de Danielopulo, médico de Serbia, sobre la epidemia de tífus exantemático en los Balcanes, durante la guerra del '14, que causó en Serbia y Bulgaria 100.000 muertos, más que la guerra misma. Además del estudio clínico incluía el del LCR, ya que la mayoría de los pacientes que morían, tenían un grave compromiso del sistema nervioso central... y en Chile estaba cursando una epidemia de tífus exantemático.

En el Hospital del Salvador, donde actualmente está el helipuerto, se habilitaron 4 barracas de madera para esta emergencia, cada una con 15 camas. En total eran 60 pacientes a mi cargo, porque si bien es cierto que el Dr. Nahum Sinaí era el Médico Jefe de las Barracas, tanto él como el Dr. Israel Bórquez, Jefe del Servicio de Medicina, no entraban por temor a contagiarse. Desde la puerta se informaban de las altas y bajas del día. El saludo del Dr. Bórquez, era muy paternal (papá Bórquez), pero inquietante, y con toda razón, la mortalidad era de 20 a 25% en el acmé de la epidemia. En los adultos que sobrevivían, la duración de la enfermedad era de dos semanas; en los niños menores de 10 años sólo de 7 a 8 días, y la mortalidad mínima: 1%. La madre con compromiso del SNC: meningoencefalitis, solía morir en el curso de la primera semana dejando 1 a 3 huérfanos que compartían con ella, por motivos obvios, la misma cama en el hospital de emergencia Cazadores. La convalecencia y recuperación completa era muy lentas. La astenia y la amnesia persistían hasta 1 ó 2 meses.

La recolección de enfermos en los barrios pobres, era una verdadera redada. El personal paramédico ("los camilleros"), no hacía distinción entre tíficos y borrachos trasnochadores, que dormían la mona en las calles y que compartían con aquellos la cara de borracho, la verborrea incoherente e ininteligible, el eco y coprolalia, productos de la liberación de su subconciencia (*le cochon qui sommeil*). El baño de recepción, con manguera y agua corriente, los mejoraba rápidamente, pero los exponía a una neumonía.

Si bien con los años la memoria, especialmente la de fijación, o actual, flaquea más que la de recuerdos, de actualización del pasado, y la imaginación le ayuda como una muleta a salir del paso, reitero que en este relato no hay nada imaginario, que no me he apartado ni un ápice de la realidad.

Formaban la planta paramédica de las barracas dos practicantes: Muñoz (Rompetejas) y Belmar (¿qué será de ellos?), una monja, auxiliares o mozos y un nochero, que dormía plácidamente en las noches, como las enfermeras contratadas en las clínicas particulares, mientras los enfermos desvelados, velaban. Tuve la ocasión de comprobarlo más de una vez al terminar mi trabajo en el laboratorio central, en la última ronda nocturna, al filo de la media noche, antes de regresar a casa.

Un día al entrar al laboratorio de hematología descubrí en la penumbra algo que a primera vista me pareció un gallo desplumado. Era el relleno de plumas de un reclinatorio rojo que en una fría y lluviosa mañana de junio, una monjita compasiva, muy joven, que más bien parecía una novicia, puso bajo mis helados pies (no había calefacción).

Varios años después, en una mañana como aquella, el recuerdo de este episodio me inspiró el poema "El Reclinatorio".

Ante la pregunta en tono recriminatorio, Víctor... (¿), me respondió: Dr., quería ver si contenía un mensaje.

Al recordar los hemogramas, experimento aún cierta vergüenza, porque, siguiendo la escuela francesa de hematología, no distinguía los baciliformes.

Sólo neutrófilos. Los pacientes graves fallecían sin desviación a la izquierda. Por lo demás creo que entonces tampoco existía en política.

En varias oportunidades tuve que recorrer casi todo el hospital acompañado por el nochero medio dormido o sonámbulo, para ubicar a algún tifoso delirante, fugado de la sala. Solíamos encontrarlos tratando de montar a caballo en pelo, o disputándole la comida a los chanchos en un corral y en un chiquero en medio del bosque de pinos, adosados a la muralla de la calle J.M. Infante, donde actualmente están Neurocirugía y el Hospital del Tórax. Para ser más exacto, entre ambos. Un sendero o un camino, un lodazal en invierno, unía las barracas con Anatomía Patológica y el Laboratorio Central, apareados. En el frontis de Anatomía Patológica, una inscripción que le habría puesto el Dr. Westenhofer: "IC LOCUS EST UBI MORS GAUDET SUCURRERAE VITAE".

Yo hice una traducción libre (demasiado), al castellano, en verso, con rima consonante que compartió el Dr. Alessandri, y que no puedo transcribir, pues expresa en forma cabal el estado de ánimo del médico, ufano por su diagnóstico, que el anatomopatólogo no confirmó.

Durante la dirección del hospital por el Dr. Aros, los chanchos eran alimentados con las sobras, que constituían la mayor parte de los regímenes alimentarios de los pacientes, y que éstos rechazaban o ingerían apremiados por el hambre, pero que los chanchos, menos sibaritas, degustaban con fruición.

La comida se cocinaba (creo que actualmente es igual), en grandes fondos con agua hirviendo, donde se vaciaban sacos enteros de legumbres, frejoles, especialmente. Y así, en una ocasión, Víctor Fuentes, mi ayudante de Hematología, encontró en su plato trocitos de cuero y huesitos disecados, supuestamente de ratón.

No puedo marginar a Víctor Fuentes, fue todo un personaje. Murió hace algunos años. Lo recuerdo con cariño y admiración. Muchacho del pueblo, de la población El Salto, humilde, honrado a carta cabal, perseverante como pocos. Era analfabeto cuando llegó de mozo al hospital. Aprendió a leer en cursos nocturnos. Se interesó por las técnicas hematológicas y llegó a dominar algunas de ellas, como los hemogramas y mielogramas, que practicaba e informaba correctamente, y aun los grupos sanguíneos (controlado), y transfusiones de brazo a brazo, con la inigualable jeringa de Jubet, tanto en pacientes hospitalizados como en domicilio. Hizo una gira al norte del país (no consultada), como transfusor, cuando las transfusiones de sangre eran un privilegio de los hospitales de las grandes ciudades, y en un hospital, a una paciente con anemia aguda por sangramiento producida por desprendimiento prematuro de la placenta, para la cual el médico tratante solicitó una transfusión de 60 cm³, con criterio médico-hematológico, le colocó 300 cm³, sin contratiempos. La enferma mejoró.

Un día domingo lo encontré haciendo una transfusión directa brazo a brazo, a un paciente con dos hijas buenas mozas, a las que quería posiblemente

te impresionar, y en la que simultáneamente era el dador y el transfusor, para lo cual había alargado lo suficiente las mangueras de unión entre su brazo y la jeringa, y entre la jeringa y el receptor.

Otro episodio que recuerdo: en una discusión que fue subiendo de tono con un médico boliviano, el Dr. P. (el mismo apellido que un general de su país), con motivo de un desacuerdo en la identificación de una célula de un hemograma normal. Dr. P.: "Es un hemohistioblasto de Ferrata". Víctor: "No Doctor P., es un monocito ...". Diálogo que se repitió varias veces. Dr. P.: "Ud. no puede saber más que yo, pues Ud. no es médico". Víctor: "Dr. P., le digo que los hemohistioblastos de Ferrata no se encuentran en la sangre normal. No soy médico, pero hace 10 años que hago hematología". Finalmente el Dr. P., tuvo un síncope y fue necesario reponerle de urgencia el pellet que se había agotado con el estrés de la acalorada discusión. Tenía una enfermedad de Addison, a la cual se debía, por lo menos en parte, el color oscuro de la piel que creímos fuese genotípico, dado su origen.

No dejó huellas, pero sí un impecadero recuerdo en su ex jefe y maestro.

Con el paso de los años se vive de recuerdos en un mundo de sombras poblado de fantasmas, a veces luminosos.

A media noche en una exhaustiva búsqueda hallamos, con el rondín, a un tifoso (no tifosi, pues éstos son ubicuos). Estaba en el otro extremo del hospital, en una sala de mujeres, sentado frente al escritorio del jefe. En otra oportunidad, a las 7 de una mañana fría de invierno, encontré sentado en las gradas de la escala de una de las barracas, a otro, helado, rígido, muerto por el frío de la noche. El nochero dormía.

La muerte súbita producida por una embolia cerebral, señalada por Danielopulo, ocurrió un día al golpear la camilla en un desnivel al trasladar a un paciente de una barraca a otra. Como le había advertido al practicante de esta posibilidad se apresuró a poner cuñas en los umbrales de las puertas de acceso a cada barraca.

Belmar, el practicante, me lo advirtió: "Dr., tenga mucho cuidado, J.B. está excitado, delirando y se acaba de comer la papeleta de hospitalización". No tomé en serio su advertencia y tuve que lamentarlo, pues al auscultarle el corazón —no tenía fonendoscopio—, me clavó los dientes en el cuero cabelludo. Sólo una erosión que sangró poco. Lavado con suero fisiológico, agua oxigenada y yodo. Mi frondosa cabellera de entonces, y que ahora añoro, evitó mayores consecuencias.

En caso de contagio directo, por tratarse de una septicemia, no habría habido el período de incubación corriente, 8 a 10 días en plena epidemia. La enfermedad habría aparecido unas horas después. Pero no se ha comprobado contagio directo por la saliva y por la sangre, se requieren por lo menos 5 mL. El paciente, como sucedía en las formas con grave compromiso del SNC, falleció al día siguiente.

¿Por qué no contraje la enfermedad si además durante mi permanencia

en el hospital de emergencia Cazadores, en varias ocasiones las enfermeras me sacaron piojos de la única y estrecha parte del cuello no protegida? Sólo lo supe al final de la epidemia.

Mucho temor causó a los enfermos, auxiliares y creo aún a los practicantes, la llegada de la cárcel pública de dos tifosos con los pies negros como carbón, debido a la gangrena producida por los grillos y la enfermedad misma. Especialmente uno de ellos, un rumano muy alto, fornido, colorín, reclamado por estafador por la policía internacional. Su apariencia física, el pelo rojizo y los pies negros impresionaron a los enfermos, que creían que se trataba del diablo en persona. Cuando murió, a los pocos días, con gran dificultad lo colocamos en la camilla para llevarlo al depósito de cadáveres. Era una noche lluviosa del mes de julio. Todos rehusaron acompañarme. Sólo el agente, que lo cuidó día y noche por temor a que se fugara. —No pude convencerlo de que era incapaz de huir—, me acompañó sobreponiéndose a su responsabilidad y a su superstición, y temblando por miedo o por frío, o por ambos. Por el húmedo sendero del bosque de pinos, el fúnebre y reducido cortejo nocturno, dejó al muerto en el depósito, con llave, lo que tranquilizó a su carcerbero, que por primera vez en varios días pudo ir a descansar y dormir a su casa.

Aquél era mi lugar de trabajo a esas horas. Por mucho tiempo fui un ave nocturna, por premura, ante el temor de no terminar mi memoria por un eventual y prematuro fin de la epidemia.

Al finalizar la jornada hacía las punciones lumbares que no había podido realizar en el curso de ella, por estar haciendo mi internado en la maternidad, para lo cual tenía que poner el cadáver en decúbito lateral. La contractura precoz de los músculos tóraco-abdominales solía facilitar su ejecución. Por la misma razón, ocasionalmente, se sentía un suspiro profundo producido por la expulsión del aire pulmonar residual en una expiración forzada, en algunos de los mesones vecinos. Confieso que experimentaba cierta inquietud a la que contribuía la noche, el silencio, la soledad y quizás un cierto cargo de conciencia por una presunta profanación de la muerte.

La contractura muscular y rigidez cadavérica, solía ser tan violenta que una mañana muy temprano encontré en el piso del depósito un cadáver hecho un ovillo.

Esta carrera contra el tiempo para terminar mi tesis, justifica mi prolongada jornada de trabajo. Limité mis comidas a dos, desayuno a las 6 y cena a las 24 horas, y mis horas de sueño. Tomábamos con el Dr. Pinto Joglar, mi vecino de barrio, el tranvía Matadero-Palma, el de los matarifes, que pasaba por Independencia frente a Carrión y la Escuela de Medicina a las seis AM. En caso de perderlo, para llegar al Hospital del Salvador, la ruta era por Circunvalación, actualmente Avenida Perú, por supuesto a pie, sin ningún tropiezo, pues no había la delincuencia nocturna tan común actualmente en los países civilizados.

La sala del Laboratorio Central donde hacía mis exámenes y donde

actualmente tienen lugar las reuniones de anatomía patológica, tenía un ventanal hacia el patio de la caldera, ahora asfaltado, un mesón y un microscopio monocular. En ella procesaba las muestras de sangre y de LCR, a media noche. Sólo sombras y silencio.

Una noche mientras trabaja al microscopio, sentí unos golpes suaves, rítmicos en el ventanal. Pensé, el viento, y seguí mi labor. Al minuto, nuevamente los mismos golpes, algo más fuertes ¿ilusión, fatiga mental por inanición, debido a mi régimen alimentario? Suspenseo, inquietud... por tercera vez, igual; pero ahora en la puerta. Tensión, temor. Pocos momentos antes había estado haciendo punciones raquídeas en el depósito vecino. Abrí la puerta y encandilado por la luz del microscopio monocular, sólo entreví sobre el fondo oscuro de la noche una gran figura blanca, fantasmal que se abalanzó con un grito gutural. Tuve casi un síncope y me derrumbé. El fantasma me sostuvo. Era el Dr. Gustavo Maturana, cirujano residente del hospital que hacía la última ronda del día.

Por muchos años, hasta que nos dejara para siempre, al encontrarnos en los corredores del hospital, un guiño y una sonrisa socarrona, recordando su travesura. A pesar del susto que me hizo pasar esa noche lo recuerdo con cariño y gratitud por haberme “escamoteado” el apéndice durante mi internado sin dejar cicatriz... ¿precursor de los monjes de Brasil?

Cada amigo que se va, se lleva algo de nuestra existencia compartida, por ser parte de nuestro mundo.

Durante mi internado en la Maternidad, varias veces recibí una llamada telefónica en los mismos términos: “habla Belmar, el practicante (que será de él ahora). Doctor, venga rápido, el paciente de la cama tal o cual está agonizando o se acaba de morir. Tengo la jeringa lista con adrenalina”. Danielopulo, en Serbia, la empleó para resucitar a los tifosos, ocasionalmente con éxito. Nosotros la pusimos en práctica, igual que el sueño de convaleciente por vía intrarraquídea, para los enfermos semicomatosos.

Los pacientes que fallecían en los primeros días de la enfermedad con franco compromiso del SNC, en la autopsia tenían sus cápsulas suprarrenales “vacías”, lo que motivó el uso de la adrenalina en un intento de resucitación. Por colapso de las venas, la inyección de los 2 mL de adrenalina debía ser intracardiaca en el ventrículo izquierdo. Era inmediata e impresionante la reacción en aquellos que respondían: abrían desmesuradamente los ojos, con una mirada fija de terror. Presentaban temblor, angustia, rigidez, sobresaltos musculares y hasta convulsiones; eretismo cardíaco, arritmia, bradicardia inicial seguida de taquicardia. Uno de los cuatro pacientes así tratados, se recuperó.

El LCR de los pacientes graves: hipertenso, xantocrómico con franco aumento de la albúmina y positividad de las reacciones afines, e hiperleucocitosis neutrófila. No existía tratamiento específico, sólo sintomático. Para la hiperpirexia, aspirina o piramidón. Para la cefalea, punción lumbar con extracción de 5 a 10 mL de LCR, que además de producir un alivio inmediato

de la cefalea, permitía —por el estudio de sus alteraciones citoquímicas— sentar un pronóstico.

Un recuerdo, el más triste que guardo de la epidemia, fue la muerte de mi compañero y mejor amigo Luis Castillo Oyanedel (Aramis). Falleció al quinto día de una forma grave de tifus exantemático con compromiso meningo-encefalítico. Se contagió en una visita domiciliaria a una población callampa de las laderas del cerro San Cristóbal. Era también poeta, y durante los breves días de su enfermedad escribió unos versos respecto a la fortaleza de su corazón, que Losada y yo habíamos puesto en duda.

Otra cruz en mi camino.

La parasitización solía ser tan intensa que a menudo, al dar vuelta la solapa de la chaqueta de estos enfermos, los piojos (de la ropa: *Pediculus vestimenti*), formaban un mosaico que ocultaba la tela.

La recepción de los pacientes incluía la desparasitación y un baño con manguera, que no siempre el paciente superaba. Uno de cada diez fallecía en la ducha, por falla suprarrenal o cardíaca. Pero no se podía prescindir de ella, por la elevada parasitización.

La ropa se esterilizaba en el ciclotrón. Iba como girones, volvía como encajes. A menudo debía ser sustituida por un buzo nuevo.

La protección (un gorro y un buzo ceñido al cuello a ras del pelo y en ambas muñecas y tobillos) era muy relativa, pues los piojos —en el Hospital de Emergencia Cazadores— debido al hacinamiento de enfermos, habían sentado plaza en las camas y en las paredes y solían, por un dermatropismo selectivo, ubicarse en el estrecho espacio del cuello no recubierto por el buzo.

Unas semanas después de terminada la epidemia, esperando movilización en la calle Salvador, frente al hospital, fui testigo de la siguiente conversación entre un barrendero municipal y un amigo: “Sí, estuve como un mes en este hospital con tifus. Sólo recuerdo que un joven con delantal blanco me metía todos los días una aguja larga por el espinazo. La de escobillanazos que le daría si lo viera” (sic). Aunque era muy difícil que me reconociera y más aún sin delantal, porque la mayoría de los tíficos graves no guardaban ningún recuerdo de su enfermedad al recuperarse, prudentemente me alejé.

Mi tesis para optar al título de médico-cirujano: “Tifus exantemático. Estudio clínico, del hemograma y del LCR”, resultó muy extenso: 152 páginas escritas a máquina, 800 pacientes: hombres, mujeres, adultos y niños. En 85 adultos se practicó exámenes hematológicos y LCR, repetidos en el curso de la enfermedad. Se incluyó además varios gráficos de las alteraciones de LCR, con proyección pronóstica. Fue aprobada con distinción máxima por los profesores Exequiel González Cortés, Eduardo Cruz Coke y Alejandro Garretón Silva. Dudo por su extensión que alguno de ellos la haya leído. Por el mismo motivo se publicó sólo un resumen de ella con las investigaciones de laboratorio.

Buscando bibliografía sobre el tema, encontré una publicación del Dr. Arturo Atria Osorio: “Historia del tifus exantemático en Chile”, referente a

la epidemia de 1919, considerada entonces como chavalongo y que el Dr. Atria identificó retrospectivamente como tifus exantemático.

Recuerdo que ese año, cuando cursaba segunda preparatoria en el Instituto Nacional, tuve un cuadro infeccioso exantematoso con hiperpirexia, por una a dos semanas, y con gran compromiso general. La recuperación fue lenta. Estuve un mes sin ir a clases, lo cual según el reglamento significaba año perdido y así me lo hizo saber el profesor Hewston. Pero me autorizó para continuar como oyente, sin derecho a examen y promoción. Al finalizar el año, estando presentes todos mis compañeros, el Señor Hewston, me dijo: "Echeverry, Ud. ya está enterado de que no va a dar examen". Tenía 10 años. No pude contener las lágrimas, pero rápidamente agregó: "Porque está eximido por sus buenas notas, comportamiento y asistencia (después de la enfermedad)".

Pienso que peco de pueril al referir este episodio de mi infancia. Pero es que en este momento he regresado al pasado y tengo nuevamente 10 años, lo que no es de extrañar porque "uno tiene siempre veinte años... en un rincón del corazón". Y retornar al pasado es revivir.

El médico de la familia diagnosticó sarampión, pero a mí no me cabe la menor duda que fue tifus exantemático la enfermedad que tuve, después de realizar la campaña de la epidemia de 1933, la más grave sucedida en el país, verdadero azote de Atila que como un reguero de pólvora se extendió rápidamente por el territorio nacional, causando numerosos muertos. Aunque quizás fue de mayor trascendencia la de 1863-68, porque cobró la vida de la figura ilustre del decano de la Universidad de Chile, don Lorenzo Sazié.

Gracias a que sobreviví a esta epidemia, estoy haciendo este relato. Quiera Dios que el que lea no lo lamente... por su extensión.

LA ESCUELA DE MEDICINA: TRADICIÓN Y PRESENCIA



Prof. Dr. *Norbel Galanti*

¿QUE SE PUEDE PENSAR de un edificio cercano a una clínica psiquiátrica, que se encuentra entre un hospital, un servicio de medicina y un cementerio?

Así pensaba en la primavera de 1964, cuando ingresé por primera vez a esa extraña mezcla de estructuras en derrumbe, aledañas a un enorme y nuevo conjunto de edificios que daba a la calle de Independencia. Nunca imaginé que me estaba casando con la Escuela de Medicina, o que ella me cazaba para siempre.

El ingreso por Zañartu era tenebroso y fétido. Estudiantes en grupos alegres, o en cariñosas parejas, y solitarios profesores con un bolsón en la mano y la mirada perdida en el cosmos, transitaban por ese pasillo techado, que se mantenía en pie gracias a un milagro de la física.

Acacios que crecían donde podían (amaban los escombros, abundantes), primero muy humildes, de repente fuertes y vigorosos. Algunos pinos gigantes, que nadie entendía como habían logrado alcanzar ese lugar y esa altura. Gorriones, chincoles, tórtolas, zorzales y cernícalos revoloteaban por los jardines, en un rincón, la Virgen, esa misma que está hoy en el patio romano ¡cuánto sabe esa Virgen de nosotros!

Comencé mi trabajo de investigación en el Departamento de Oncología, bajo la dirección del doctor Gabriel Gasic. Este Departamento estaba estratégicamente ubicado frente al casino de Laurita. Era un viejo y crujiante edificio, pero sus laboratorios y viveros estaban bien equipados. Recuerdo que a veces, la cámara refrigeradora decidía dejar de funcionar en el momento preciso en el que yo llegaba con esponjas de mar, en el tren de las 8:00 h desde Valparaíso. Había entrado al mar a las 5:00 h en short y alpargatas, en pleno invierno, para arrancar las esponjas con las cuales estudiaba el mecanismo de adhesión entre células. Luego, tiritando de frío, muy orgulloso con mis baldes llenos de esponjas, me subía al tren a Santiago. Cuando éste tomaba velocidad, comenzaba un bamboleo inquietante, y el agua de los baldes iniciaba un movimiento imposible de detener a mitad de camino, mis cercanos compañeros de viaje estaban totalmente salpicados con agua de mar, mirándome con odio y, seguramente, pensando en mis antepasados. Cuando llegaba al laboratorio, y encontraba la cámara refrigeradora en mal estado, comenzaba

un nuevo acto del drama, como necesitaba trabajar a 4°C, abría todas las ventanas para que entrara el frío crujiente del invierno, obviamente, en esos momentos no era yo la alegría del laboratorio.

El profesor Gasic se fue a USA en junio de 1965, y yo quedé varado en ese enorme edificio, muy solitario. Aparecieron amigos que me rescataron, y yo guardo hasta hoy: Sylvia Leiva, Eduardo Bustos, Humberto Maturana, Juan Vergara, ellos me convencieron que me trasladara a la Cátedra de Biología donde me dirigí en 1967. El profesor Gustavo Hoecker era EL JEFE, así con mayúsculas. La Cátedra estaba en un diente de la nueva construcción, que había sido tomado por biólogos y genetistas después del terremoto de 1965. Me dieron un espacio, en el segundo piso, en un laboratorio de Maturana. Pobrecitos, no sabían lo que hacían. Cuatro años después, derribé murallas y armé mi primer laboratorio independiente, donde viví feliz muchos años, junto a mis primeros tesisistas.

En 1968 ocurrió un suceso maravilloso: La Reforma Universitaria. Recuerdo un mediodía de mayo, cuando subimos al decanato, en el segundo piso del hospital José Joaquín Aguirre (sabiamente alguien decidió mover el decanato, poco después, a una construcción en el quinto piso, de más difícil acceso). Fue una toma simbólica, que cambió la vida de nuestra Facultad para siempre. Cuando bajé al patio, la voz de Carmen Lucaveche, curiosamente trémula y segura a la vez, informaba sobre hechos similares que sucedían en toda la universidad. Con sincronía sorprendente, también ocurrían en el París de mayo de 1968.

Meses de reuniones y discusiones, la mayoría de ellas en el auditorio Emilio Croizet, con una participación masiva de académicos, estudiantes y funcionarios. Hasta llegar a un acuerdo de convivencia y de trabajo. Esa reforma, tantas veces vilipendiada, impulsó un profundo cambio en la vida académica de nuestra Facultad. Verdad es que ocurrió la politización del movimiento, hecho inevitable considerando el momento histórico. Pero el trabajo de investigación científica se expandió enormemente, así como la presión de la comunidad universitaria para obtener más recursos del Estado para las universidades y para CONICYT. A su vez, mejoró la infraestructura, organización y metodología docente. La toma de decisiones dejó de ser privativa de una o pocas personas. Más cerebros y corazones compartieron responsabilidades. Esta ampliación del poder en la universidad derivó en largas discusiones, que a veces retrasaron decisiones, pero que finalmente representaron avances innegables. Infortunadamente, la radicalización política y la ideologización extrema, crearon el caldo de cultivo para el triste final de tan hermoso movimiento.

Estaba en Escocia en septiembre de 1973, y no fui testigo del ingreso del Ejército a nuestra Escuela. Supe de la frenética e inútil búsqueda de armas y del desalojo de académicos y funcionarios de los laboratorios, llevados con las manos en alto y a punta de fusil al gran patio frente al hospital. Me informaron de la identificación y arresto de numerosas personas, de algunos que

indicaban quién debía ser arrestado, del trato oprobioso y vejatorio a que fueron sometidos mis compañeros. Negro día para nuestra Escuela y su tradición libertaria.

Regresé en noviembre de 1973, a un lugar completamente diferente al que había dejado. Me esperaban tres sumarios con increíbles acusaciones. Los profesores, estudiantes y funcionarios, antes alegres y combativos, estaban ahora temerosos y silenciosos. Amigos se iban de la facultad y del país. Otros desaparecieron (¿dónde estarás, Juan Chacón?).

Miedo, terror en la Escuela de Medicina. Soplónaje de algunos. Aun en este ambiente, siguieron los pajaritos revoloteando en los jardines, los acacios creciendo y mis tesis también. Laurita siempre estuvo presente, tan fuerte como los acacios, en su casino hogareño, parte de las ruinas de la Escuela. María, Carmen y Nena, a quienes recuerdo lolitas, vestidas de jumper colegial, fueron tomando la bandera, que aún hoy mantienen.

El silencio y el miedo reinaron en la Escuela hasta 1982. Un mediodía de abril de ese año, estaba escribiendo en mi oficina, cuando escuché nítidamente el grito de batalla de los estudiantes. Me estremecí y corrí al pasillo. Allí estaban, serenos y combativos, nuestros estudiantes.

Fue el inicio de una larga y violenta batalla, que implicó la violación reiterada de la Facultad por carabineros, y a veces, por el Ejército. Nuestros estudiantes eran acechados y golpeados, entre bombas lagrimógenas y disparos. Pasillos y laboratorios llenos de humo, barricadas en los corredores. Algunos académicos escondiendo a nuestros alumnos, para evitar su arresto —que podía tener cualquier destino— otros dialogando con la fuerza pública para lograr la libertad de los detenidos. La imagen de nuestros estudiantes en el suelo, con las manos detrás de la nuca, entre golpes y gritos, no se borrará jamás de mi memoria ¡cuánta lucha y sufrimiento! Nuestra Escuela se alzó como un punto de fuerte resistencia a la intervención militar. Aquí se reunía la Asociación de Académicos, aquella organización luchadora y valiente que existió hasta poco antes del advenimiento de la Democracia. En el auditorio Julio Cabello se llevó a cabo, en 1987, un memorable claustro de profesores de toda la Universidad de Chile, que enfrentó al Rector Delegado de turno, logrando su destitución. Nuestra Escuela fue uno de los pocos espacios de libertad, por los cuales respiró nuestro país.

Hoy es difícil recordar esos tiempos, tan increíblemente cercanos. Hasta se considera de mal gusto hacerlo. Pero es parte de nuestra historia, y de nuestra memoria. Es parte de nuestra huella, y de nuestra presencia.

Un hecho interesante es que durante todo ese largo período de lucha, las actividades de docencia e investigación continuaron sin pausa. En esa época nacieron en la Facultad los programas de Magister y de Doctorado. Aquí se organizaron sociedades científicas, y otras fueron dirigidas desde nuestras oficinas. Se firmaron importantes convenios y se realizaron cursos internacionales; en muchos casos, nuestros visitantes extranjeros fueron testigos de la violencia, e incluso la sufrieron. Nada detuvo el andar de la Escuela.

En la actualidad, vivimos momentos de incertidumbre y desorientación. Estamos buscando nuevos caminos. Hemos sido permeabilizados por el materialismo y el consumismo. Los principios, los valores, los sueños, las inquietudes imprecisas propias de la mente creadora, parecen vanos y sin sentido. El individualismo reina sin contrapeso aparente, como eje de una carencia comprometida con la institución. El pragmatismo, la eficiencia y la eficacia son los príncipes en el reinado del individualismo y la indiferencia. Pragmatismo, eficiencia y eficacia: tan sólo palabras que se presentan opuestas al espíritu libre, creativo de nuestra juventud, y de nuestra tradición.

Los acacios han caído, pero algunos sobreviven en la plaza Blest Gana. El casino de Laurita aún prepara su maravillosa y humeante cazuela. La Virgen nos sonríe desde su altar, siempre con flores frescas a sus pies. Los chincole gorriones y zorzales revolotean y gorjean, y las tórtolas anidan en nuevos acacios. Nuestros jóvenes aún se emocionan con clases hermosas y profundas, aún cantan, se enamoran y sueñan. El Quiebrespejos nos sigue trayendo luz y alegría. Hay un germen de búsqueda de futuro en muchos académicos. Es la Escuela de mujeres y hombres libres de la penumbra, vacilante, pero en camino de un esplendoroso y nuevo amanecer. En la huella de su tradición, presencia para Chile.

UNIVERSIDAD AYER, HOY... ¿Y MAÑANA?



Dr. Gustavo Hoecker

AL PENSAR EN UNA CONTRIBUCIÓN para el segundo volumen de un libro en el que destacados colegas han querido recordar sus años de formación académica, o apreciar el campo de sus actividades y su repercusión en la vida de la Universidad y aun el país, me pregunté cuales valdrían la pena de considerar en todos estos aspectos. Y como, con unas pocas excepciones, soy uno de los profesores que más tiempo ha servido en esta Universidad tan querida, decidí concentrarme en aquellos aspectos que mi experiencia indica son las más importantes y representan el espíritu de esta Universidad, la mayor y más activa academia de Chile.

Mis alumnos y asociados me han oído definir enfáticamente que la Universidad *es el sitio del saber superior*. Y podemos agregar, en *todos y cada uno de los campos y profesiones* que en ella se cultivan. Se trata, por tanto, de un saber que posee a ese nivel, sólo una fracción de la población; en casos extremos, sólo una o unas pocas personas que son las que descubren nuevos hechos, nuevas relaciones entre los hechos o nuevas maneras de ver o sentir. Lo fundamental de la Universidad es la búsqueda de lo, hasta ese momento, desconocido, pero que una vez hallado abre una visión más profunda de la realidad, incluidos nosotros mismos. Esta creación es lo que distingue a la Academia.

Pero la Universidad en base a sus miembros académicos tiene como misión dar a conocer y proyectar el conocimiento superior. Porque una vez descubierta una idea o un hecho nuevo, puede decirse que la *Humanidad no vuelve nunca a ser la misma*: a través de la trasmisión de este saber *básico*, se enriquece el saber por su interrelación con las teorías existentes o su aplicación a nuevos procesos de orden práctico. Y éste es el otro aspecto cultivado en la Universidad, la enseñanza y desarrollo de la *tecnología*.

Estos juicios breves son de conocimiento común para las personas ilustradas. Pero una fracción importante de la humanidad conoce sólo los efectos benéficos o no, a veces incluso trágicos —como la bomba atómica— que la tecnología les hace sentir. Un acápite no muy claro es el interés que nuestros políticos tienen por la ciencia básica, la poesía o el arte, comparados con el que tienen por los efectos económicos, militares o sociales de la tecnología

ignorando su origen a partir de los descubrimientos básicos. Debo reconocer que hay algunas honrosas excepciones. Un ejemplo característico: Tales de Mileto descubrió las relaciones entre los ángulos de un triángulo y la circunferencia lo que, además de permitirle medir el tamaño de las tierras para fines de impuestos, condujo a Eratóstenes, cuya teoría era que la tierra era redonda, a medir su diámetro ecuatorial: esto lo hizo con una aproximación de unos pocos metros de diferencia a los que se conocieron dos mil años después.

En lo que sigue, me parece que si describo mi propio devenir científico puedo mostrar un caso ilustrativo de cómo se podía llegar a descubrir hechos y principios nuevos para la ciencia en nuestra Facultad. En ella, siempre ha existido y existe un cierto número de académicos de diferentes profesiones que, además de su contribución docente, dedican su tiempo restante a la investigación básica o aplicada. A éstos pertenecía mi maestro, el profesor Gabriel Gasic Livacic, un apasionado por la investigación experimental en su especialidad de hematología. Como no podía hacerla en el hospital en el que los médicos permanecían sólo medio día, aceptó servir como Ayudante a profesor Dr. Juan Noé Crevani, profesor de las cátedras de Zoología Médica, Histología y Parasitología. El núcleo de sus ayudantes jóvenes, a los cuales le inculcó la filosofía y la práctica de la investigación científica, fue el grupo más importante en el país en el estudio experimental de los fenómenos biológicos básicos a nivel celular y de su aplicación a la epidemiología y clínica parasitaria. El país les debe la eliminación de la malaria y de los parásitos intestinales mayores.

Gasic tenía como tema propio el tratamiento de la leucemia, y su hipótesis era que éste podría hacerse por métodos inmunológicos. La solución del problema requería disponer de un material biológico en el cual la leucemia tuviera una frecuencia suficiente para una experimentación con resultados estadísticamente significativos. Y aquí intervino el azar.

Gasic pidió a un profesor de la Facultad de Veterinaria que le recomendara un candidato a tesis de grado que trabajara con él en la Facultad de Medicina en leucemia del perro. Cuando el candidato supo que podía demorarse dos o más años en aprobar su grado y no seis u ocho meses como era la costumbre, no aceptó. Yo había hecho como alumno una investigación en psicofisiología con el profesor George Nicolai y estaba entusiasmado por seguir investigando. Fui y acepté trabajar con Gasic a tiempo indefinido.

En esta época, 1936, la leucemia era una epizootia altamente mortal en las gallinas y nula en los perros, por lo que propuse trabajar en leucemia aviar. Mi tesis fue larga y para mi gusto, mediocre. De todos modos me fue muy útil por dos razones: una fue la lectura de la literatura más amplia sobre trasplante de tumores y su discusión crítica en seminarios y con el grupo de Gasic; otra, obtuve el primer Grant de investigación biológica en Chile; la Asociación Chilena de Avicultores pagó las construcciones, los miles de pollos y la alimentación que usaron durante casi tres años que duró mi tesis y después

la tesis de Danko Brncic. Nuestro laboratorio no sólo era un centro de atracción científica: los controles no inoculados eran un plato frecuente nuestro y de otros empleados de la Facultad.

Los experimentos de inmunidad antitumoral se habían extendido por más de treinta años en roedores, particularmente en ratones domésticos (*Mus musculus*) y aunque no llegaron a una conclusión práctica, demostraron la importancia de la genética en el trasplante de tumores. La bibliografía biológica era escasa en esos años y con frecuencia los que disponían de ella la empleaban para amenizar sus clases, pero no como elemento de investigación.

En 1950, un investigador excepcional, el profesor Tracy Sonneborn de la Universidad de Indiana, aceptó darnos en Chile un curso de genética al día que duró tres meses con clases y seminarios diarios. Era el momento preciso y los jóvenes, y algunos no tanto, tomamos el tren en la estación que estábamos y nos embarcamos al futuro de una ciencia que se abría a las explicaciones más fundamentales de la vida. Sonneborn recomendó a Gasic postular a la Universidad Rockefeller de New York y fue aceptado nada menos que por Lederberg en su momento más creativo. Pero como su interés era el tratamiento de la leucemia, se trasladó al laboratorio de Cold Spring Harbor donde existía el mayor criadero de ratones leucémicos del mundo. Desde ahí me envió las cepas puras de ratones que aún se emplean en Chile y yo me cambié a un material biológico excepcional por su uniformidad genética. Debo agregar a la de Sonneborn, la visita por seis meses del Prof. Theodosius Dobzhansky, uno de los mayores especialistas en evolución experimental y en evolución humana que nos dejó como legado el extenso grupo del Prof. Danko Brncic y sus asociados. Y así, por dos extremos, la genética celular y molecular con Sonneborn y la genética de poblaciones y evolución quedaron establecidas en Chile y países vecinos. Y todo esto, al día y avanzado.

Como Gasic se fue a USA, me dejó el encargo de ayudar a su nuevo tesista, Danko Brncic. Terminada su tesis, Danko continuó trabajando conmigo. Creo que esta fue una época muy creativa de nuestro laboratorio. Primero pudimos inmunizar contra trasplantes de leucemia en ratones isogénicos y después descubrimos que esta inmunidad sólo podía transmitirse por *células* y no por anticuerpos como se postulaba sin que pudiera demostrarse.

Cuando ya teníamos estos resultados y los habíamos presentado en Chile, llegó Gasic y decidió con muy buen criterio que había que presentarlos internacionalmente. Eso hicimos en el Congreso Mundial de Tumores que se celebró en París, en 1950.

Yaquí nuevamente el azar. Asistió a la presentación de nuestro trabajo el Prof. Peter Gorer, investigador de la Universidad de Londres, quien había descubierto una inmunidad cruzada entre los trasplantes de leucemia y un grupo sanguíneo, II o 2, del ratón. Después de una conversación, Gasic le solicitó que me aceptara en su laboratorio. Me aceptó. Obtuve una modesta beca del British Council y partí a Londres.

Con Gorer aprendí y participé en el desarrollo de nuevas técnicas de aglutinación de los endiablados glóbulos rojos del ratón. Y mirando mis protocolos de esa época vi los genes que determinaban su importante antígeno de grupo 2. El tema que me había asignado Gorer era la distribución de estos antígenos en los distintos tejidos y a eso nos dedicamos. Aunque captaba la importancia de nuestros hallazgos no me pareció que iba a tener tiempo suficiente para desarrollarlos. Por otra parte, un investigador muy especial, George D. Snell, había desarrollado una serie de cepas puras de ratones cuya particularidad era diferir en *un solo gen de trasplante*. El empleaba trasplantes de líneas de tumores por ser más fáciles de hacer y de evaluar sus resultados: los resistentes vivían y los susceptibles morían.

Conocí a Snell en el Primer Congreso de Genética después de la segunda guerra mundial, en Bellagio, Italia, y acordamos que iría a trabajar con él por un año. Postulé y gané una beca Guggenheim y me fui al Jackson Laboratory en Bar Harbor, Maine, donde Snell trabajaba. Como siempre, la casualidad fue que George tenía su año sabático de modo que nos dejó su laboratorio, sus cepas de ratones coisogénicos resistentes y susceptibles a los trasplantes, el presupuesto y, muy importante, su ayudante, Priscilla M. Smith. Un poco después llegó una Ph. D. entrenada en Escocia, la Dra. Sheila Counce.

Con esta ventaja y con sólo hacer investigación de la mañana a la noche descubrimos en dos meses que los genes de histocompatibilidad de Snell determinaban antígenos celulares presentes tanto en los tejidos como en los tumores. Habíamos aclarado por primera vez el mecanismo del conocimiento de lo propio y de lo ajeno: si el tumor tenía el mismo gen H (por histocompatibilidad) que el receptor, el trasplante crecía y mataba al huésped. Si era diferente, una respuesta inmune rechazaba el trasplante. Según el Director del Jackson Institute, éste fue el hallazgo más importante que se había hecho ese año. Uds., pueden imaginar la alegría de nuestro grupo.

Al analizar el más fuerte de estos antígenos de trasplante (había otros genes y antígenos de trasplante más débiles que se rechazaban en lapsos más largos), confirmamos que correspondían al antígeno II de Gorer y por eso lo bautizaron Gorer y Snell como H-2 y no H-1 como habría correspondido a su importancia.

Descubrimos después en USA y también en mis asociados en Chile (hoy todos Profesores Titulares en nuestra Facultad y en otras Universidades de Chile, USA e Inglaterra), muchas otras características de H-2 que nos condujeron a considerarlo, no como un gen, sino como un *Sistema de Genes Ligados Estrechamente*. La Dra. Olga Pizarro y su grupo en el área Occidente de nuestra Facultad también han contribuido a ampliar este sistema en forma importante.

Mientras esto nos ocurría, Dausset en Francia descubrió un grupo antigénico en los leucocitos del hombre que llamó Mac. Casi al mismo tiempo Van Rood en Holanda descubrió dos grupos leucocitarios estrechamente ligados que parecían tener que ver con los resultados de los trasplantes de riñón. A

poco andar, investigadores de USA, de Italia y de Inglaterra, descubrieron otros antígenos leucocitarios a los cuales dieron nombres que les parecieron adecuados, pero que crearon una enorme confusión. El problema se resolvió con una reunión internacional de investigadores, que en un mismo laboratorio probaron la equivalencia de sus resultados por lo que cambiaron el nombre a Human Leucocyte Antigens (HLA). La aplicación del conocimiento de estos antígenos al trasplante, en particular de riñones, muestra claramente que al descubrimiento básico sigue a la aplicación tecnológica.

Esto es historia. El estudio actual de este sistema ha comenzado a mostrar que H-2 o HLA a nivel molecular son sistemas centrales en el transporte de ciertas órdenes de los genes hacia el citoplasma y la membrana celular y que las mutaciones en ellos están ligadas a problemas como la diabetes, la artritis y otras afecciones. Las aplicaciones ya vendrán sin duda alguna.

Espero que esta breve (?) descripción de un hallazgo básico y su posterior aplicación tecnológica sirva como ejemplo de lo que las verdaderas Universidades aportan a sus países y a la humanidad.

Para terminar, me referiré a la investigación del futuro que yo diría ya está marcada en sus razgos principales por la velocidad del progreso, la variedad de los campos de estudio y de aplicación y el exceso de la información diaria. El énfasis aparente de la ciencia actual en la tecnología, en especial, la computación, da a los universitarios de hoy el deseo intenso de resultados rápidos y un buen reconocimiento económico. Creo sin embargo, que esta nueva ola viene acompañada de varios pecados. Desde luego, una gran soledad del investigador que sólo comunica sus resultados cuando están aceptados para publicación; el no desarrollar nuevas técnicas especializadas por temor de perder tiempo sin publicaciones. Hay tantos otros problemas: la mecanización del trabajo de investigación a través de los kits, etc. Esto ha hecho pensar a muchos que los nuevos investigadores serán muy pocos y muy limitados en su especialidad.

Yo soy optimista. Creo que las preguntas del hombre acerca de lo fundamental de su naturaleza y del medio que le rodea en la tierra y en el infinito del cosmos están recién empezando a hacerse y que la riqueza de la información que a los mayores nos parece excesiva y agobiante será precisamente el estímulo de un número creciente de jóvenes investigadores en el futuro cercano.

Esperemos que así sea.

NOTA HISTORICA SOBRE LA REFORMA UNIVERSITARIA DE 1968, TREINTA AÑOS DESPUES*



Dr. Alfredo Jadresic

*L*A SIGNIFICACIÓN DE LOS HECHOS HISTÓRICOS varía con el pasar del tiempo. sus proyecciones pueden tomar rumbos diferentes y su impacto en el presente ser o no válido. No obstante podemos tal vez comprenderlos en el contexto de su época.

Los movimientos estudiantiles de los años 60, que ocurren en forma casi simultánea en muchos países europeos y americanos, forman parte del proceso general de la sociedad de postguerra. Se vivía en esos años con gran intensidad las causas sociales. Temas de alta vigencia eran la guerra de Vietnam, el anticolonialismo en Inglaterra y Francia, la Revolución Cubana, las campañas de desarme nuclear, la discriminación étnica, los movimientos feministas, los derechos de los negros en los Estados Unidos.

Frente a esos acontecimientos, los jóvenes universitarios se consideraban marginados de los problemas importantes de su tiempo, destinados a cumplir funciones en una sociedad que cuestionaban y encerrados en la institucionalidad sin opciones de expresión ni participación. Se objetaba, en general, la rigidez y el régimen autoritario de las universidades.

Las características que adquirieron los movimientos estudiantiles en los diversos países estuvieron fuertemente determinadas por las condiciones propias de cada uno de ellos.

Los movimientos universitarios chilenos, tanto entre los estudiantes como entre los jóvenes docentes, tuvieron en común la aspiración de modificar los estatutos para hacer de las universidades instituciones auténticamente democráticas en que pudieran expresarse plenamente sus integrantes. Comprometer a la Universidad con la necesidad de cambios sociales fue uno de los principales postulados de dichos movimientos.

*Extracto de la Conferencia dictada el 22 de junio de 1996 en la Sala Domeyko de la Casa Central de la Universidad de Chile con motivo de la celebración de los 25 años de profesión de los médicos graduados en 1971.

La agitación estudiantil irrumpe primero en la Universidad de Concepción y en la Universidad Católica y después surge nacionalmente como un torrente incontenible en la Universidad de Chile.

Se cuestiona todo: la tradición, la historia, el orden institucional, las jerarquías, la realidad social, el futuro previsible. Se reclama la igualdad de derechos. Es unánime y contagioso el deseo de argumentación y diálogo. Se generaliza el debate. Los docentes se interesan en conocer el pensamiento de los alumnos. Nadie teme dar una opinión. Es la liberación total del espíritu. La Universidad funciona.

Algunos sectores no participan, se marginan. Para ello se ha roto una tradición, se ha alterado el orden. Es cierto, no hay vigencia para el autoritarismo.

Es en este contexto que es preciso analizar los acontecimientos y cambios que tienen lugar en la Universidad de Chile y, especialmente, en la Facultad de Medicina.

Desde su creación en 1842 hasta 1973, la Universidad de Chile tuvo un rol señero y enorme gravitación en todos los aspectos del desarrollo cultural y material del país, siendo el motor principal de las artes, las ciencias, las letras, la impulsora de nuevas tecnologías, de nuevas ideas.

La Facultad de Medicina, en particular, dio origen a muchas generaciones de eminentes profesores que se proyectaron desde Chile al ámbito de Latinoamérica. La autoridad con que ejercían sus cargos era profundamente respetada y considerada legítima. Fruto de su ejemplo, germinan nuevos académicos que son atraídos a continuar la obra de sus maestros en la misma Facultad. Se pueblan las Cátedras de jóvenes entusiastas de gran vocación docente. Es la más alta distinción de un profesional pertenecer a la Universidad de Chile.

A través del tiempo, gradualmente, aparecen en escena conflictos generacionales. Dentro del concepto de autonomía académica en que fueron formados, los nuevos docentes reclaman su propio espacio e independencia.

El sistema jerárquico de la Cátedra no lo permite. La autoridad y el poder absolutos del profesor para escoger a sus ayudantes y organizar la docencia y la investigación —que fueron inicialmente pilares insustituibles de creatividad— son ahora obstáculos que limitan la concreción de las aspiraciones de las jóvenes generaciones que exigen representación en los niveles directivos y derechos para sus propios proyectos. La Cátedra es considerada insuficiente para dar cabida y respuesta a las nuevas demandas que plantea la convivencia académica.

Por otra parte, la evolución y complejidad de las ciencias biomédicas hace conveniente favorecer los vínculos entre los académicos en un ámbito disciplinario mayor. Surge la necesidad —como en universidades más desarrolladas que la nuestra— de reemplazar la Cátedra por el Departamento y de establecer, dentro de éstos, los derechos progresivos de independencia y autonomía de los académicos, de acuerdo a su experiencia y a su categoría. La Universidad de Chile requiere una gran transformación.

La confluencia de las inquietudes estudiantiles y de los planteamientos de los docentes medios da origen, *de facto*, en junio 1968, a la Comisión Reestructuradora de la Facultad de Medicina y a la elección de un nuevo Decano. Al mes siguiente, el Consejo Universitario aprueba dar curso legal al proceso que se ha iniciado y tiene lugar la Reforma Universitaria.

Se logra un nuevo Estatuto que abre acceso a la participación de los universitarios a todos los niveles de decisión. Los nuevos Consejos de Facultad incluyen profesores titulares, docentes medios, alumnos y funcionarios. La Universidad es una comunidad. Todos sus miembros son, de alguna manera, responsables de su curso, desarrollo, eficiencia y destino. Es preciso redefinir claramente los objetivos: el compromiso de la Universidad con el país. La formación integral del estudiante. La formación humanista y cultural. La formación científica y técnica. La formación de académicos y profesionales. El sentido de responsabilidad social. La mejor manera de alcanzar esos objetivos.

Existe consenso que la Universidad debe organizarse en razón del saber y la cultura y no de las profesiones. La unidad básica debe ser el Departamento, unidad natural de investigación, docencia y extensión, donde los académicos alcancen plena libertad de pensamiento y expresión y el derecho a realizar su propio proyecto de conocimiento y ciencia.

La formación de profesionales debe ser realizada en íntima consonancia con las necesidades del medio social.

Favorece el proceso de Reforma en la Facultad de Medicina, el unánime acuerdo entre los académicos sobre el rol urgente que cabe a la Facultad para contribuir a resolver el grave déficit de profesionales de la salud existentes en el país.

Con el aporte entusiasta y generoso de los docentes y sin un aumento substancial de presupuesto, se produce la gran expansión de la Facultad a 5 áreas Docente-Hospitalarias en Santiago y se crean las carreras vespertinas. Se logra la ampliación de la matrícula en todas las carreras. Se inicia la carrera de medicina en Antofagasta y Temuco. Se reforman los planes y programas de enseñanza de pre y postgrado. Se introducen las ciencias psicosociales, cursos de ética y materias humanistas electivas. Se establece el internado rural, la práctica conjunta de estudiantes de las diferentes carreras, la práctica clínica en los consultorios periféricos y el trabajo en la comunidad.

Los docentes se esmeran en perfeccionar los sistemas de enseñanza-aprendizaje y evaluación continua para que nadie fracase. Todos los profesionales de la salud en formación son necesarios. La población no puede esperar indefinidamente la atención requerida. Los estudiantes saben que existe para cada uno de ellos un destino optativo, ya sea en el Servicio Nacional de Salud, en las universidades o en otras instituciones.

En el país están ocurriendo cambios muy importantes. Todos concuerdan que es preciso alcanzar una sociedad más justa. Diversos grupos ideoló-

gicos compiten en iniciativas para implementar las transformaciones. El estímulo a la creatividad es inmenso. Hay que construir de nuevo. La posibilidad es real.

El sentido de solidaridad social alcanza niveles admirables. Se hacen habituales los trabajos voluntarios. Los ideales impregnan todas las acciones. Se compete por participar más.

Lamentablemente interfieren otros intereses. Poco a poco predominan las confrontaciones. Se malogran grandes esfuerzos. En el país surge la violencia. Se denuncia la utopía. La vida nacional llega a un quiebre. Se interrumpe la democracia. Suceden el drama y la tragedia de Chile.

En 1973 todas las universidades son intervenidas. La Universidad de Chile es disgregada. Se pone término al carácter nacional que ha tenido desde su fundación. Los nuevos rectores son militares y el nuevo orden es militar. Desaparece el diálogo. Sólo se cumplen órdenes jerárquicas. El autoritarismo imperante no es el de los venerables maestros de la antigua universidad. El cambio introducido es la negación de los principios de la Reforma. Se pierde la convivencia universitaria. Se forman nuevas generaciones de profesionales que nunca alcanzaron a las vivencias de una verdadera universidad ni a la rica experiencia de los años de la utopía. En los jóvenes existe nostalgia por lo no vivido.

Los cambios en el ambiente nacional —al igual que lo que ocurre en otros países— acentúan el individualismo y hacen de la competitividad el motor del progreso social. Todos los valores se establecen en el mercado. El lucro es el principal estímulo en las empresas y en los servicios. El autofinanciamiento en las instituciones estatales de educación superior marca la nueva era. La Universidad de Chile deja de ser gratuita. En el sector salud se reducen drásticamente las becas de formación de especialistas y los cargos de médicos generales de zona. Aparecen, en cambio, las “becas autofinanciadas”. Desaparecen los trabajos voluntarios.

La vuelta al régimen democrático encuentra a Chile tal vez materialmente mejor, pero con mayores diferencias entre los grupos sociales y menores posibilidades para los desposeídos. En las instituciones se ha entronizado el carácter autoritario de casi dos décadas de régimen militar. La modernidad tiene grandes deficiencias. Reina el pragmatismo y sigue imperando el monetarismo.

Los jóvenes quedan sin referencia de valores. Por otra parte su futuro es incierto. No se ofrece a los egresados perspectivas claras de inserción en las instituciones de la salud y son entregados tempranamente a la competencia en el mercado del trabajo. Ya no existe un nivel regulador de la producción de médicos en el país. Proliferan las escuelas de medicina particulares. Las expansiones de matrículas en varias facultades se hacen de acuerdo a equilibrios presupuestarios sin atender a las necesidades reales. Se crea una oferta exagerada en algunas carreras, como medicina, mientras se mantiene falencias en otras, como enfermería.

Se hace sentir la necesidad del Estado como coordinador de los esfuerzos públicos y privados, para sustraer de la competitividad anárquica del libre mercado la producción de profesionales y técnicos y lograr la cabal cobertura de la atención de la población.

La globalización de la economía deja poco espacio para el sentido de solidaridad nacional. Se dice que se ha logrado cambiar la mentalidad del chileno. ¡Ojalá que así no sea! Se estaría perdiendo una rica herencia espiritual por un plato de lentejas.

Pero éste no es el fin de la historia.

Hay un gran recurso. La esperanza son los jóvenes de hoy y la gran reserva son los jóvenes de ayer, que saben que vivir de otro modo fue posible y fue maravilloso, que tuvieron lugar en la vida universitaria los sueños, la imaginación y la fantasía, y que bien vale revivir las utopías, aunque sólo sea para vivir la juventud como jóvenes. De esos ideales, en cada uno, algo permanece, algo se proyecta.

ADDENDUM

Durante el año 1997 tiene lugar un nuevo movimiento universitario. Lo inician los estudiantes. Los docentes lo apoyan. Terminan por acogerlo las autoridades universitarias. Es insostenible el Estatuto dictado durante el régimen militar.

El Consejo Universitario crea un cauce para la discusión y estudio de un nuevo Estatuto. Se abre un gran debate. Se hace evidente la necesidad de redefinir el proyecto institucional de la Universidad. Su relación con el Estado. Su relación con la sociedad.

La comunidad universitaria vuelve a tener participación plena. Renace la esperanza de que la Universidad de Chile recupere su rol histórico como Alma Mater de la nación.

REFLEXIONES SOBRE MAS DE 50 AÑOS UNIVERSITARIOS



Dr. Sergio Lecannelier

*D*ESEO EXPONER EN ESTAS LÍNEAS la experiencia de una larga vida de nuestra Universidad. Me ha correspondido estar presente en diversas etapas del desarrollo de la Facultad de Medicina que no deseo clasificar en años sino en sucesivas expresiones de su espíritu que influyeron en mi formación integral.

Desde un punto de vista muy personal me correspondió iniciarme como estudiante de Medicina en la Facultad que podríamos llamar clásica o tradicional, después en el período de la reforma universitaria y más tarde en un largo período en que nuestra Institución había perdido su autonomía.

Todas ellas las viví con intensidad; no sólo en lo intelectual, sino también en lo espiritual y afectivo.

Me formé en la época en que no sólo existían profesores de excelencia, sino además maestros y sus escuelas; así nuestra mente se perfeccionaba en las ciencias médicas, y también se enriquecía en otros aspectos de la vida humana que sin duda han sido más definitivos para nosotros que los datos que nos proporcionaba la ciencia.

En un aspecto global, esa Facultad —por su prestigio— influía en todos los problemas de Salud de nuestra población; su opinión constituía la base de nuestra salubridad y convivencia social. Sería largo enumerar todas las leyes originadas en ese ambiente con el verdadero sentido de la solidaridad entre nuestros habitantes.

Esa proyección nacional de la Facultad, representaba una formación profunda en cada disciplina médica. Se inicia allí la investigación científica con el profesor Noé, que junto a la estricta preparación a que nos sometía —no sólo con el aislamiento en un laboratorio— sino que tenía además la visión de los problemas nacionales; para mí siempre representó un símbolo del hombre de ciencia básica que al mismo tiempo contribuía a eliminar de Chile un mal que aquejaba a nuestro Norte: la malaria.

Entre los Maestros que marcaron mi espíritu debo señalar con especial afecto al profesor Eduardo Cruz Coke. De él aprendí la importancia de la bioquímica, pero en su grupo se creaban también otros horizontes; así en sus reuniones teníamos la ocasión de dialogar con científicos, escritores, artistas

y filósofos, creando un ambiente que contribuyó quizás en forma más intensa a mi formación científica y humanista.

Inicié mis actividades académicas en la Cátedra Extraordinaria del profesor Jorge Mardones, en una disciplina —la farmacología— fruto de la intuición del Dr. Cruz Coke, que entusiasmó a su discípulo porque estaba convencido de que se trataba de una nueva ciencia básica médica, cuyo destino era proporcionar nuevas armas para mantener la salud de la población. El tiempo ha demostrado que no se equivocó, pues gracias a su extraordinario progreso existe una considerable disminución de la morbilidad y mortalidad de nuestras poblaciones.

Se trataba de iniciar el cultivo de una nueva disciplina, que para ser objetiva y segura, debía estar sometida a la soledad y sobriedad de un laboratorio; pero sin ocultar su última finalidad: el alivio y la mejoría de la calidad de vida de nuestra comunidad.

La confianza del Dr. Mardones significó, a los pocos años de recibir mi título de médico, asumir la responsabilidad de iniciar el desarrollo de la farmacología en la Universidad de Concepción, donde encontré un grupo de alumnos inquietos, que me permitió iniciar uno de los grupos actualmente de mayor prestigio de nuestra disciplina. Hoy siento la satisfacción de haber cumplido con una de las funciones de la Universidad de Chile, que es la difusión nacional de la cultura y de la ciencia, representando el espíritu de nuestra época, al facilitar el progreso de los jóvenes en la búsqueda de nuevos campos de investigación.

El espíritu de servicio público propio de nuestra Universidad tenía múltiples manifestaciones. Recuerdo al Dr. Cruz Coke cuando en una clase inaugural, a propósito del metabolismo del calcio, planteó los problemas de alimentación en nuestro país y, pocos años después, al ocupar el cargo de Ministro de Salubridad dictó la Ley de la Madre y el Niño, que ha sido uno de los factores que más ha influido en la disminución de la mortalidad infantil. Su discípulo, Dr. Mardones Restat, abandona también la tranquilidad del Instituto para aceptar el cargo de Ministro de Salubridad y contribuir a la dictación del Estatuto del Médico Funcionario, el cual resolvió en esa época importantes problemas de salud, debiendo más tarde ser revisado y adaptado a la situación actual.

Es importante destacar que en esa Ley se norma por primera vez sobre el concepto de *dedicación exclusiva* que permitía una entrega integral a la exigencia de una institución, entre ellas —principalmente— la Universidad. Es destacable reconocer que esta medida contribuyó en gran parte al desarrollo de las ciencias básicas de nuestras Facultades del área de la salud.

El pequeño grupo que había iniciado en 1941, en ese entonces denominado Departamento de Farmacología, se había transformado en un grupo nacional e internacional de carácter multiprofesional con la participación de su discípulo Dr. Carlos Muñoz Aguayo, profesor de la Facultad de Odontología. Personalmente me correspondió serlo de la Facultad de Medicina Vete-

rinaria; pero el grupo que estaba marcado por el desarrollo de una disciplina con proyecciones de trascendencia en las ciencias médico-biológicas y que dio origen a la Sociedad de Farmacología de Chile.

Formado para el desarrollo de una disciplina, la farmacología, en un ambiente pleno del espíritu de nuestra Universidad, no pude evitar, en determinados momentos, abandonar las preocupaciones de mi unidad y como una forma de entregar lo que había recibido —mis inquietudes— y participar en el Movimiento de la Reforma Universitaria iniciada en Francia y continuada en nuestro medio por la Universidad Católica y luego por nuestros estudiantes. No deseo interpretar el fondo del inicio este movimiento; pero sí comprendo que existía una necesidad de establecer un diálogo pluralista sobre el futuro de nuestras universidades, el cual reconozco con lealtad que ha sido beneficioso en algunos aspectos de nuestro desarrollo académico.

Lo anterior significó para mí no comprender, ni menos justificar, la participación de los tres estamentos en la dirección ejecutiva de la Institución, que podría ser de gran utilidad en el futuro de nuestra Universidad, si no se hubiera contaminado con el afán de poder de determinados grupos que amenazaban el carácter pluralista y esencialmente académico de nuestra Casa de Estudios.

Con el régimen de cogobierno se realizaron 3 elecciones de Rector en las cuales fue electo el profesor Edgardo Boeninger, lo que para mí significó que el alma académica de la Universidad estaba intacta y seguía predominando en el espíritu de los universitarios.

Las cátedras fueron reemplazadas por los Departamentos. Ello constituyó un avance en la estructura de la Universidad y en la participación de los estamentos. Sin embargo, su vida estaba sometida a una serie de elecciones que se consideraban indispensables, para mantener los grupos académicos. En un largo camino de elecciones de estos directores, muchos otros teníamos la sensación de estar cambiando al profesor o al maestro capaz de liderar el desarrollo de una disciplina, por personajes que —cumpliendo los requisitos académicos— eran sólo el fruto de una mayoría de votos. Muchas veces en lugar de la unión buscada se encontraba en una división esterilizante.

El espíritu que me guió en participar activamente en la reforma fue inspirado en palabras del Prof. Mardones Restat, que en una de sus últimas clases en los momentos en que se iniciaba el movimiento le planteó a sus alumnos con énfasis su posición y así les expresó: “No tengo temor a una reforma siempre que en ella se cumplan dos principios; uno, mantener la libertad de expresión y por sobre todo la excelencia académica”.

Todo lo que había sido elaborado, pensando en el futuro de la Universidad, terminó con la intervención del año 1973. Las autoridades elegidas fueron reemplazadas por designadas, la autonomía institucional, así como la participación de sus estamentos en diversos programas, fueron bruscamente suspendidas.

Muchos debieron seguir en sus cargos de profesores porque era imposible reemplazarlos por académicos o funcionarios idóneos, mientras otros fueron expulsados por razones de carácter político.

En esa época mil veces me preguntaba si sería posible mantener la vida académica en todos sus aspectos: docencia, investigación y extensión. Los 17 años me demostraron que era posible, porque nuestra Universidad tiene un espíritu interior de tal fortaleza, que nadie ni nada podrá destruir.

Las publicaciones científicas, las actividades docentes y de extensión se mantuvieron, como si hubiera existido un tácito acuerdo de mantener su alma intacta, fruto de una adhesión espiritual muy íntima hacia la que constituía nuestra Casa.

Esto explica mi problema de conciencia, cuando en el año 1980, se me pidió asumir el cargo de Director de la Escuela de Medicina. Desgraciadamente esta designación coincidió con el Decreto sobre Universidades, que implicaba especialmente para nuestra Facultad el término con las cuatro vicerrectorías de la Universidad de Chile en Santiago, y por lo tanto fusionaba las cuatro Facultades de Medicina en una sola Institución. Creo que, al observar las necesidades de salud de nuestra población, la insuficiencia de especialistas y posteriormente la creación de nuevas Facultades de Medicina, me han llevado a pensar que uno de mis errores fue haber aceptado esta designación. Sólo tranquilizaba mi conciencia la razón que no existía la posibilidad de modificar el mencionado Decreto, que aún después de 9 años de autonomía nadie ha tenido la capacidad de derogarlo.

En esta ocasión quiero expresar lo que para mí significó despojar de su autonomía a grupos que habían alcanzado un elevado nivel científico y académico. A ellos les pido comprensión; pero lo único que constituyó mi guía, fue mantener la personalidad científica de cada uno de esos grupos.

Nuestra Facultad vivía momentos difíciles, el justo movimiento estudiantil, la intervención de las Fuerzas Armadas en nuestros locales produjo la toma de la Facultad por los estudiantes. Sospresivamente recibí un llamado del Rector, Marino Pizarro, solicitando mi intervención. Acudí esa noche y pude conversar con los estudiantes, en un ambiente tenso que se abrió a un diálogo indicador de la madurez que ya conocía por mi continuo ejercicio de la docencia, el cual finalizó con la entrega del local de la Facultad. Señalo este incidente en mi vida universitaria, porque posteriormente fui designado Vicedecano de la Facultad y pocas horas después Decano, por renuncia del titular, mi amigo Dr. Patricio Donoso. En la intimidad de mis pensamientos y concordante con la imagen de una Universidad autónoma, me propuse contribuir, en colaboración con la comunidad de académicos, alumnos y funcionarios de la Facultad, a realizar un programa que permitiera recuperar esa autonomía de nuestra institución y obtener la participación de ellos en su progreso.

Debo reconocer que gracias a un Rector Designado, Don Roberto Soto Mackenney, su comprensión de la realidad de nuestra Universidad y el apoyo

del Prorector Sr. Marino Pizarro, con el cual nos unía una amistad, fruto de un pluralismo real, me permitió obtener que se dictaran las normas para hacer realidad la participación de los académicos en la marcha de la Facultad. Así, los Directores de Departamentos fueron designados previa consulta a sus claustros, se eligió el Consejo de Facultad y, por último, por reglamento especial de la Rectoría, se produjo en esa especial época de 1986, por primera vez, que la comunidad eligiera al Decano de la Facultad, lo que representaba un primer signo de la recuperación de dicha autonomía.

Reconozco que fui objeto de numerosas presiones para que fuera uno de los candidatos en la mencionada elección; pero se trataba de un paso en esa época de gran trascendencia para nuestra Universidad y por tanto debía estar rodeado de la mayor transparencia. En mi interior, fundamenté mi posición con palabras de San Pablo que decían: “cuando se realiza una buena acción, debemos desaparecer para que el sentido de lo obtenido adquiera la proyección que deseábamos”.

En el cultivo de esta disciplina que es la Farmacología como tendencia de mi vida universitaria, considero importante recordar otra de las acciones del profesor Mardones, quien, junto al Ministro Dr. Ramón Valdivieso contribuyeron a crear el Formulario Nacional de Medicamentos. Es así, como en el año 1969, como una manera de enfrentar el incremento de nuevos fármacos cada vez más activos y riesgosos, se hace necesario seleccionar aquellos que resultan indispensables para resolver problemas de salud prevalentes en nuestra población y hacerlos accesibles a toda la comunidad, aun a los de menores recursos.

Los conceptos de Valdivieso y Mardones sobre la equidad en el uso de medicamentos logran un reconocimiento importante para la Medicina Chilena, cuando diez años después la Organización Mundial de la Salud (OMS) los establece en el concepto de “medicamentos esenciales” utilizando ideas similares e insistiendo que su realización era prioritaria para la atención primaria en salud.

Formado en este ambiente, aprendí que además de formar profesionales idóneos en las salas de clases, en los laboratorios y hospitales, era importante que sintieran que formaban parte de una institución, que implicaba el deber de trasladar los conocimientos adquiridos a toda la comunidad, sino sólo seríamos una Casa de Estudios profesionalizante y sin proyecciones nacionales.

Esta inquietud por los medicamentos ha sido más intensa en mi vida profesional, al contemplar los progresos trascendentales de la medicina. Me permito destacar: primero, el mejor conocimiento hasta el nivel molecular de nuestras enfermedades y, segundo, el incremento extraordinario de los medios diagnósticos, que inexorablemente han ido produciendo la sensación de que nuestros pacientes se reflejan en imágenes y cifras, que producen un diagnóstico de la mayor exactitud.

El problema que me inquieta es que tras esas imágenes y cifras se ha ido perdiendo lo más importante en salud, que es la persona humana. Así se

ignora muchas veces que tienen un nombre, que provienen de un ambiente determinado, en especiales condiciones socioeconómicas y ello ha contribuido a una disminución de las relaciones entre el médico y su paciente y puede ser el origen de una medicina deshumanizada, que probablemente representa uno de los problemas más agudos para los responsables de la salud.

La dedicación a los medicamentos, cuyo constante progreso constituye el tercer pilar del progreso médico, significa la obligación de un manejo racional de ellos para que sean realmente efectivos en el momento de prescribirlos. Para ello es necesario crear una actitud —que deseo obtener— y que implica indagar sobre las características del propio enfermo, sus condiciones de vida y por último —como insistimos a nuestros alumnos— conocer su situación socioeconómica, lo que nos permitirá seleccionar el medicamento realmente accesible a cada paciente.

Tengo la ilusión de que el fármaco racionalmente administrado represente en el futuro el resumen de la atención médica y pueda ser para el paciente no sólo el símbolo del alivio de su enfermedad, sino un medio de conexión con el profesional y su ambiente.

Estas motivaciones me llevaron a aceptar presidir la Comisión que tenía por objetivo actualizar el Formulario Nacional de Medicamentos del año 1969, lo que incluía redactar las características de cada uno de los fármacos que lo componían.

En este aspecto, manteniendo el concepto de “medicamento esencial”, debíamos seleccionar los medicamentos indispensables para la prevención, alivio y curación de las enfermedades prevalentes en nuestra población.

Gracias a la colaboración de distinguidos académicos de nuestra Facultad y de la Academia de Medicina, pudimos confeccionar una lista de productos farmacéuticos y, posteriormente, en virtud de un convenio entre el Ministerio de Salud, la Universidad de Chile y su Departamento de Farmacología, se redactó la descripción de cada medicamento en Monografías, que fueron oficializadas en 1995 por Decreto Supremo.

A Jorge Mardones le agradezco especialmente su capacidad para crear una familia, como fue el Departamento de Farmacología, entre la cual debemos lamentar algunas ausencias. Para mis compañeros académicos, nuestras secretarías y funcionarios que me dieron esa tranquilidad que significaba vivir entre amigos, con un elevado deseo de colaboración y de paz de nuestro grupo. Estos mismos sentimientos de gratitud son especialmente extensivos a los que colaboraron en mis tareas en la Escuela y en la Facultad de Medicina. Unida a la importancia que han tenido mi esposa, mis hijos y nietos, los cuales fueron siempre un refugio íntimo para renovar energías y poder cumplir mi misión.

56 años de vida universitaria me han producido una sensación de seguridad en la persistencia con que nuestra Universidad ha vivido sus crisis, de las

cuales ha surgido fiel a su misión. No creo que esto sea sólo el fruto de su tradición, sino que ella está constituida por las personas que constituyen su base —que en mi pensamiento me recuerda a la Iglesia— como una roca, en la cual mientras mantenga la unidad de sus integrantes, académicos, alumnos y funcionarios, nunca podrá desintegrarse y continuará siendo la piedra tan necesaria para el desarrollo de nuestro país.

Para terminar debo establecer que mi única obsesión es mantener nuestra Casa de Bello y estoy cierto que ello será posible si se cuenta con la colaboración de todos; pero con la condición, de que ella sea generosa, plena de humildad y con una enorme capacidad de eliminar la soberbia, que todo lo destruye.

SOBRE EL TRABAJO UNIVERSITARIO: Una nota personal



Dr. *Fernando Lolas Stepke*

*E*L RELATO HISTÓRICO SUELE SEGUIR la ley fundamental del orden narrativo, según la cual la secuencia temporal es clave de ordenación e interpretación. La historia reconstruida por el estudioso no es, como decía Ranke, “lo que en verdad ocurrió” sino un modo de apropiarse del pasado que cifra la inteligibilidad del acaecer en su decurso temporal.

En la microhistoria personal, sin embargo, la secuencia temporal no siempre es el mejor modo de reconstruir el pasado. Afloran en ella con nitidez las preferencias inefables del afecto. Las emociones dan relieve e importancia al recuerdo. La historia personal no es solamente asunto de memoria, la facultad de la rememoración, sino de recuerdo, el arte de construir el sí mismo.

Por eso al reconstruir fragmentos de mi vida ligada a la Universidad de Chile mis espontáneos afectos seleccionan lo que diré y lo que omitiré.

AÑOS DE FORMACIÓN

La Universidad de Chile ha sido para mí lugar de estudio, punto de encuentro de vocación y voluntad, fuente de trabajo, sitio predilecto del ejercicio intelectual, *locus* de la amistad y campo de experiencias y experimentos.

Aunque no sabía, presentía en 1966, cuando entré a estudiar Medicina, en la Facultad de calle Independencia, que me quedaría largos años. Me sentí tan familiarizado con las circunstancias que no me extrañé de planear años y decenios como quien cuenta gotas de lluvia. Durante mis estudios tuve el privilegio de la amistad de maestros y compañeros y la posibilidad de explorar, fundamento de todo esfuerzo prolongado. Fue solamente natural que en el tercer año solicitara mi admisión al cuerpo de ayudantes-alumnos del Departamento de Fisiología y Biofísica para colaborar con la Dra. Teresa Pinto-Hamuy en sus estudios sobre fisiología del aprendizaje y participar activamente en la docencia para estudiantes de enfermería, tecnología médica y medicina. Para la enseñanza clínica escogí el Hospital Barros Luco-Trudeau, con la consiguiente necesidad de continuos desplazamientos de extremo a extremo de la ciudad de Santiago. Mi trabajo de investigación consistía

en entrenar conejos y monos ardilla a quienes previamente implantaba electrodos de plata clorurada en la corteza cerebral. El proceso era laborioso y no siempre entretenido. Se invertían muchas horas y se sacrificaban muchos fines de semana. Me recuerdo en un microbús viajando por la ciudad a la hora del almuerzo para hacer mi trabajo, guardar los animales y volver al hospital para los ingresos de la tarde.

Cuando me recibí de médico, sabía que me dedicaría a la investigación. Ya había publicado mis primeros trabajos en revistas prestigiosas. La única duda estribaba en si lo haría sólo en una ciencia básica o si, reconociendo mi vocación médica, lo haría además en el campo clínico. Como he relatado en una entrevista con el Dr. Renato Alarcón para su historia de la psiquiatría latinoamericana¹, me parecía inconcebible la práctica de las disciplinas clínicas sin el aprendizaje intelectual de la formulación rigurosa en el laboratorio y terminé abordando ambas actividades en forma sucesiva.

Recuerdo con especial afecto mis años de docente del Departamento de Fisiología y Biofísica. Hice de todo: seminarios, trabajos prácticos, clases teóricas, preparación de apuntes, coordinación de cursos. Solía rubricar las lecciones del curso anual para los estudiantes de medicina con charlas dictadas por invitados, quienes debían ilustrar a los alumnos sobre las implicaciones de sus estudios. Así se publicaron los libros *Fisiología como ciencia aplicada* y *Fundamento fisiológico de la medicina*², basados en esas conferencias. Paralelamente, estudié algunos cursos de la licenciatura en historia que entonces impartía el Departamento de Estudios Humanísticos de lo que fue la Sede Occidente de la Universidad de Chile en Santiago.

Cuando partí a Heidelberg, en 1975, me inspiraba el deseo de perfeccionar lo que era programa personal: una formación mixta, que combinara el trabajo empírico en las ciencias con una formación clínica exigente. Había iniciado mis trabajos en psiquiatría con el doctor Juan Marconi, quien había sido mi profesor. Escogí Heidelberg por la presencia, en esa ciudad, de una poderosa escuela de pensamiento médico asociada al nombre de Viktor von Weizsäcker, con cuyo sucesor y discípulo, Paul Christian, tuve el privilegio de trabajar en el *Institut für allgemeine klinische Medizin*. Heidelberg significó el contacto con una tradición substantiva no limitada por barreras disciplinarias, y realicé con entusiasmo estudios de historia medieval y de historia de la medicina, participé en los trabajos del Departamento del profesor Hubert Tellenbach en psiquiatría y me vinculé a la Clínica Psicósomática de la

¹Cf. Alarcón R. *Identidad de la Psiquiatría Latinoamericana*. México, Editorial Siglo XX, 1990. En este libro, Alarcón desarrolla un análisis de la psiquiatría norteamericana tomando como base entrevistas a 29 representantes de la disciplina, conducidas a lo largo de muchos años. A cada entrevistado se le solicitó su opinión sobre su propio desarrollo e inserción en la tradición del continente.

²Lolas, F. *La Fisiología como Ciencia Aplicada*. Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1984; Lolas, F.; Vargas, L. *Fundamento Fisiológico de la Medicina*. Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1986.

Universidad que entonces dirigía el profesor Walter Bräutigam. Antes de partir a Chicago, la próxima estación de mi periplo formativo, tuve ocasión de trabajar en Sheffield, Gran Bretaña, bajo la dirección del profesor Jenner, en temas de cronobiología psiquiátrica.

En Chicago, el trabajo fue de investigación básica con incursiones a temas clínicos en el campo de la neurofisiología, bajo la dirección de Frank Morrell. Tras un breve interludio en Chile, volví a Heidelberg, esta vez como becario de la Fundación Alexander von Humboldt (mi primera beca había sido otorgada por el Deutscher Akademischer Austauschdienst), y permanecí hasta 1982. Los retornos a Alemania ocurrieron regularmente por motivos de investigación y docencia durante muchos años.

Debo a la Universidad de Chile haber representado siempre el lugar al cual volvería, la patria y el hogar de la vocación. No quiere ello decir que la institución, en cuanto tal o en las personas que la representaron a lo largo de mi vida, tuviera especial interés en mi formación o mis servicios. Más bien al contrario. La moraleja que extraigo —y que vanamente intento transmitir— es que las instituciones en realidad no se interesan por sus miembros. Son, como decía Ortega y Gasset de la sociedad mayor, “desalmadas”. No tienen alma personal. Los signos de su presencia los construye cada cual bajo la inspiración del amor a la causa y a la propia vocación. La Universidad que a mí me tocó vivir estaba siempre erizada de dificultades, cuando no de trabas. Siempre hube de recurrir a mis propios recursos y proyectos de investigación para financiar servicios especiales, no disponibles rutinariamente. En ocasiones pareció colapsarse bajo el peso de circunstancias fuera de su responsabilidad o alcance. La dirigencia política no siempre fue amistosa para con los rumbos institucionales.

Tal vez me he construido una saga personal, que es leyenda en este relato, pero si algo de universal guardara mi experiencia sería precisamente esto: que nada hay que esperar sino, a lo sumo, dar de sí.

Si los libros son la sangre del intelecto, sin duda el tiempo es el oxígeno. Es estéril el esfuerzo intelectual si no puede desplegarse en el ocio regio de una atmósfera propicia. Dicta la preferencia el instinto, que selecciona y jerarquiza. Azares de la vida hacen, a veces, que no prime lo importante sino lo urgente o lo apremiante. Por eso el tiempo es tan preciado material para el trabajo intelectual. Por eso, también, el tiempo más el contexto más el libro conforman ese magna germinal de la creatividad donde todo esfuerzo halla expresión y donde toda idea encuentra sitio para germinar.

De estos bienes gocé durante mis años de estudiante, docente, investigador y directivo de la Universidad de Chile. Con las limitaciones propias de nuestra circunstancia latinoamericana, con el esfuerzo que significan las renunciadas al trabajo lucrativo, pertenecer a la Universidad fue siempre privilegio. Si a veces no tan placentera que arrancara exclamación, mas nunca tan ingrata que incitara al rechazo, mi permanencia en la Universidad ha sido estimulante. La institución me brindó medios para acceder al esfuerzo parti-

cipativo del saber, me entregó herramientas para el hacer y me hizo saber-hacer, la marca del trabajo profesional. Como investigador gocé de libertades para abordar aquellos temas y estudios que me parecieron de interés y para enseñar de las formas que juzgué más convenientes. Tuve maestros, profesores, condiscípulos y alumnos de probada valía y de substantiva calidad humana.

Es paradoja, y no de las menores, que la institución existe en y por personas que la presentan y representan, mas no siempre la corporizan.

EL TRABAJO UNIVERSITARIO

La vida es siempre relaciones e intereses. Se es hijo de algún padre, hermano de algún hermano, alumno de un profesor, profesor de un discípulo. Se está *constituido* en las relaciones con otros. Se vive de la relación con otros.

La vinculación del trabajo científico es de un orden especial. La cimenta la mutua afinidad, la meta común, la esperanza de compartir logros, el reconocer un fondo comunitario de teoría y práctica, el aceptar el liderazgo de uno o de varios. El grupo de trabajo, la unidad de investigación, es una familia de tercer orden. No están ausentes de ella el antagonismo y la fricción.

Uno de los efectos de la organización administrativa sobre las personas es limitar el campo de sus intereses. La sola existencia de una Facultad de Medicina establece una diferencia con otros universitarios e impide ver el conjunto de la institución mayor, la Universidad. Uno cree que ha conocido ésta porque conoce aquélla. Como lo demostraría mi experiencia, ello no es así. Siempre habrá algo nuevo de qué tomar nota, una perspectiva, un énfasis, unos hábitos.

Imagino que mi contribución a los estudios en que tomé parte debiera valorarse tanto por los reconocimientos externos como por su significado personal. Los primeros, publicaciones, grupos de trabajo formados y vueltos a formar, ascensos en la carrera académica, invitaciones, recursos para la investigación, el aprecio de los pares son señales que cada miembro de la comunidad universitaria valora³. Siempre resta una nota de incompletitud e insatisfacción. Se pudo, se debió, haber hecho más. Se omitió una más decidida intervención en éste o en aquel momento.

Hay quienes hacen de su carrera universitaria una fuente de personal "mercadeo" y satisfacen así ansias de notoriedad que trocan el prestigio por la popularidad. El primero, como el orgullo, es restringido en sus alcances y fruto de una relación con personas sapientes; la segunda, como la vanidad, es solamente difusión del nombre entre muchos no capacitados para juzgar. En

³He presentado una revisión de mis aportes a la psiquiatría en el artículo "Hacia una psiquiatría multidimensional", en vías de publicarse en *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina* (Buenos Aires).

nuestra condición latinoamericana tenemos cierta tendencia a confundir ambos planos y encontramos profesionales y científicos haciendo tareas proselitistas, propalando mesianismos políticos o simplemente pontificando de todo en ambientes de guruísmo y farándula. He conocido muchas personas excelentes que lo habrían sido aún más si hubieran sabido resistir la tentación a la frivolidad.

La institución universitaria esconde otra amenaza. No deja nunca de premiar el trabajo intelectual con cierta obligación administrativa que es en cierta forma su antítesis. Los universitarios son llamados a la conducción de los asuntos institucionales en una u otra forma, formando parte de comisiones, sirviendo en comités de examen y admisión, leyendo trabajos de colegas o desempeñando funciones en la administración. Hacerlo es parte de la necesaria solidaridad con el grupo. Se trata de un servicio a la comunidad.

Para mí, la infinidad de comisiones, comités, grupos de trabajo y esfuerzos a veces ímprobos y condenados a la inutilidad, se complementó con funciones administrativas de diverso orden: Subdirector del Departamento de Fisiología y Biofísica, Director de la Clínica Psiquiátrica Universitaria, Vicerrector de Asuntos Académicos y Estudiantiles. La tarea administrativa se hace siempre al servicio de otros. Los propios intereses, aunque no se abandonen, deben supeditarse a los del conjunto. En esas tareas se tiene a veces la satisfacción de poder hacer lo que se considera más conveniente o apropiado. Por lo general, las decisiones engendran antagonismos y animadversiones. A veces, público reconocimiento y salutífera aprobación.

De mis servicios docentes, de mi trabajo de investigación, de mis intentos por divulgar ideas y nociones guardo cálido recuerdo. También, aunque diferente, de mis trabajos administrativos. En ellos conté con la ayuda de personas excelentes. Puse a prueba en mí las cristianas virtudes de la tolerancia, la paciencia y la caridad al tratar con personas de muy diversa condición que incluso en sus empecinamientos me hicieron ver dimensiones insospechadas de la Universidad. Si no hubiera tenido detractores habría tenido que inventarlos, tan esenciales son para quien desee servir. Especialmente como vicerrector, cargo que detenté durante cinco años, tuve más motivos para celebrar mi decisión de colaborar con el Rector Jaime Lavados que para lamentarla.

EL ESTUDIO DEL COMPORTAMIENTO Y DEL LENGUAJE

Sin duda, la elección de los temas del trabajo de investigación es materia tanto de designio como de azar. Prueban los estudios sobre la sociología de la actividad científica que los recursos económicos, la presencia de un espíritu influyente y la aquiescencia institucional suelen determinar vocaciones. Se da un fenómeno de retroalimentación positiva: mientras más se sabe más se

desea saber. La literatura empieza a volverse familiar, los nombres se repiten. Se configura una suerte de panteón privado de grandes personajes. Descubrir un iniciado es un bien de los dioses. Se puede compartir la jerga avanzada, se entienden las alusiones sutiles, se pertenece en suma a una cofradía invisible basada en el saber.

Pocas veces se experimentan placeres mejores en la vida académica que cuando el propio trabajo es objeto de análisis por otros. Encontrarse citado, así sea para refutar lo dicho o para rectificarlo, es sin duda una fuente de satisfacción.

Si algo caracterizó mi trabajo en la Facultad de Medicina fue su relación permanente con el estudio del comportamiento. El comportamiento —o conducta— es un fenómeno de interfase. Es algo que acontece entre dos entidades, una llamada organismo o individuo, la otra denominada ambiente o entorno. Extremando los términos podría pensarse que es un término de extensión amplia, casi ilimitada. De la conducta se formulan muchas preguntas: su causa, su origen, sus cambios, sus efectos. Como otros estudios empíricos, las herramientas determinan el pensar. Quien trabaja bioquímicamente recibe respuestas bioquímicas. Quien estudia potenciales eléctricos supone que ellos guardan claves valiosas y predictivas. Aquellos que investigan el comportamiento motor manifiesto buscan sus regularidades explicativas. Los procesos cognitivos involucran todos los nexos, reales, figurados y supuestos, que interrelacionan causas con efectos y sus influencias moduladoras.

La Unidad de Psicofisiología que fundé y dirigí durante muchos años en la Facultad de Medicina fue el punto de encuentro de personas muy diversas. Animaba el trabajo la noción de la “tríada psicofisiológica”, constelación de dato fisiológico, conducta manifiesta e interioridad subjetiva que acompaña todo estudio del comportamiento cuando es integral. En el laboratorio se investigaban potenciales eléctricos de la corteza cerebral (potenciales evocados), pero también se realizaban estudios perceptuales, entrevistas bipersonales, registro de las expresiones verbales, análisis del comportamiento no verbal. Salieron de esos estudios líneas de estudio que probarían su robustez ante los avatares del tiempo. Todavía hoy seguimos trabajando con los métodos de análisis de la conducta verbal que generaciones de estudiantes aprendieron y usaron para cuantificar ansiedad, hostilidad, depresión y deterioro cognitivo en numerosos grupos de personas sanas y enfermas. Hubo, como es natural, líneas que no fructificaron. Pese al interés y al entusiasmo, no desarrollamos más extensamente las propuestas de la etología para el trabajo psiquiátrico, las que, sin embargo, dieron pábulo para más de algún curso e inspiraron alguna que otra tesis. Los estudios cronopsicométricos, empleando instrumentos de autoevaluación del ánimo y del impulso, aunque encontraron interesantes expresiones y dieron lugar a activa correspondencia con investigadores en diversos países, fueron entregados

a otros. La psicología de la personalidad, bajo su versión psicométrica, acompañó casi todos los estudios realizados posteriormente en otros campos y sirvió, de nuevo, como tema de docencia durante largos años y para muchos estudiantes⁴.

Determinante en mis estudios fue mi permanencia en Heidelberg. Por numerosos motivos. En primer lugar, de mi trabajo en la clínica psicosomática derivé un tema que me acompañaría durante años y determinaría la elección de otros temas: la expresión afectiva reducida de ciertas personas, que los especialistas denominan alexitimia, fue la puerta de entrada a un conjunto inagotable de técnicas y tópicos relacionados con la psicología y la metapsicología de los afectos. Permitted el desarrollo de métodos para cuantificar emociones en el lenguaje y dio lugar a varios libros en distintos idiomas.

Mas, también Heidelberg, y la gente que allí tuve ocasión de tratar, particularmente mi profesor, Paul Christian, me enseñaron una lección de amplitud y de horizonte que difícilmente se obtuviera en otros sitios de la misma forma⁵. La excesiva especialización habría impedido la consideración atenta y amistosa de ideas que luego, inadvertidamente, encontrarían lugar en mis estudios de taxonomía clínica y en la perspectiva general que adopté hacia el trabajo médico. Insensiblemente derivaría, por obra de esa temprana y valorada influencia, hacia los grandes temas de las humanidades médicas, hacia la *historia* —placer de juventud— hacia la *bioética* —saludable descubrimiento de la adultez— hacia las *ciencias sociales* —inefable antídoto contra la unilateralidad biologizante⁶.

COLOFÓN: INVESTIGACIÓN, DOCENCIA, DIVULGACIÓN

Es casi automático: hablamos de universidad y repetimos la fórmula como un mantra. En la universidad se investiga, se enseña, se difunde. En la universidad se crea.

Habría que decir, con extrema modestia: a veces se da una conjunción favorable de circunstancias y las personas hacen de la vida universitaria un

⁴ Sería impropio citar en este contexto alguno de los más de doscientos trabajos científicos que emanaron de la Unidad de Psicobiología. Una lista de ellos, aunque parcial, puede consultarse en el sitio "web" de la Universidad de Chile (<http://www.uchile.cl>), en la sección "Directorio de Académicos".

⁵ Como un tributo a mi maestro, en 1997 traduje al español lo que fuera su último libro, la *Medicina Antropológica*, que yo había contribuido a gestar en las largas conversaciones que sostuvimos tras su retiro de la Universidad. (Christian, P. *Medicina Antropológica*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1997, Traducción, prólogo y notas de F. Lolos).

⁶ En estos ámbitos disciplinarios he asumido funciones editoriales en revistas internacionales (por ejemplo, *Social Science and Medicine*), publicado libros y dirigido el Centro Interdisciplinario de Estudios en Bioética que el Rector J. Lavados me encomendó formar en 1992. Gran parte de mis publicaciones no técnicas está dirigida a mostrar la imbricación del discurso médico con los de otras disciplinas.

fruto de perdurable valor. Quienes hemos dedicado la integridad de nuestros más caros esfuerzos a la tarea universitaria solemos pensarnos como excepcionales. Usamos a veces terminologías en extremo sublimes o descendemos a burdas quejas sobre la situación laboral, el papel de nuestros gobiernos, la calidad de nuestros colaboradores y estudiantes. En algún punto intermedio, que cambia a tenor de la vida misma, se sitúa la verdad de la vocación, que es aquello —innominado casi— que nos llevó a profesar la universidad. Pues la universidad se profesa. Se hace de ella confesión diaria y permanente, se la manifiesta y revela, se la lleva como engarzada en el alma. Me imagino la idea modélica del universitario como aquel que vive “para” su institución, no “de” ella. Pocos he conocido que muestren a cabalidad este ideal. Pero el que lo imagine me alienta a esperar que aún podremos colaborar a hacerlo entraña de lo cotidiano. Cuando eso ocurra no necesitaremos explicar mucho. Necesitaremos solamente, en el recogimiento del trabajo bien hecho y en la sobriedad del deber cumplido, saber decir que hicimos lo que teníamos que hacer y en el lugar que nos cupo ocupar.

CARTA SOBRE EL PASADO*

Querido amigo:

Indagas tú por un problema que ha inquietado a generaciones de filósofos. No esperes que juntos vayamos a aportar ni siquiera el más nimio atisbo de lo que ese problema es o podría llegar a ser... pero alentado por tus palabras, creo que bien vale la pena que nos detengamos un instante a hablar de ello.

Tu pregunta podría reducirse a una expresión tan escueta, que probablemente pierde, al ser formulada, toda la riqueza y la pasión con que tú quisieras que la reprodujéramos. Pero esencialmente ella dice más o menos esto: ¿cuál es el papel del pasado en la creación de futuro?, ¿qué importancia tiene conocer el pasado?, ¿qué es el pasado?

Creo entender que tu pregunta no es equivalente a preguntar por el papel o la importancia de la historia, como disciplina que se ocupa del pasado. Pero hemos de hacer una breve alusión a ella.

Para nosotros, los profanos, la historia asume un carácter necesariamente unilateral. O bien aparece como una narración ordenada de sucesos, sobre todo de aquellos sucesos en íntima dependencia de las instituciones sociales o de las luchas en torno al poder. A veces es una narración entretenida, otras, aburridora. O bien es un recuento ordenado de centros o campos particulares de interés, cuya importancia relativa en uno u otro período importa revelar: por ejemplo, las historias particulares de la ciencia, de la filosofía, de

*A propósito de la naturaleza de este libro, nos ha parecido interesante incluir a continuación de su trabajo esta “Carta del pasado” del Dr. Fernando Lolas, por lo que importa en su contenido en relación con los objetivos memoriosos de Huella y Presencia II.

la técnica, etc. A veces asume la historia el carácter de una galería de personalidades "importantes", y hay siempre una curiosa oposición dialéctica entre biografía personal y "macrohistoria". Algunos escritores de libros de historia engendran sostenidas reflexiones sobre "filogenias" espirituales de temas o motivos que, sin alcanzar a veces una definición clara en cuanto ámbito del saber o del sentir, son como recurrentes problemas que están en la base misma de la condición humana y cuyo recuento y elucidación tienen a veces el propósito de "situar" espiritualmente a toda una generación. En otras ocasiones, aparece el intento de extraer de la relación de los hechos pasados enseñanzas o ejemplos que demuestren ser válidos o aplicables al presente o permitan predecir razonablemente el futuro.

Bajo cualquiera de estas posibilidades, el pasado es convertido en pasado "consciente". Y pasado consciente es historia. Puede ella adoptar todas las posturas imaginables, partir de los más variados preconceptos, utilizar los más disímiles esquemas interpretativos, pero pareciera ser que en lo profundo mantuviera siempre una función: pensar el pasado.

Pensar el pasado quiere decir tanto reconstruirlo como indagar su natural relación con el presente y con el futuro.

En este punto, quizá debiéramos hacer una distinción. Existen, en la historia, por lo menos dos facetas: por un lado, es una profesión. Por otro, una vocación.

La historia como profesión es un quehacer organizado y reconocido que ocupándose de la reconstrucción y explicitación del pasado, dispone de herramientas conceptuales y caudal metodológico suficientes como para tener sustentación y generar una tecnología docente que asegure su supervivencia y, eventualmente, su fertilidad operativa. La historia como profesión demanda de quienes a ella se dedican una total dedicación. Supone una disciplinada investigación crítica de los elementos constituyentes del pasado, un uso ponderado de la inferencia y una mirada atenta que traiga a luz lo pasado.

La historia como vocación esta casi implícita en la historia como profesión. Pero la historia como vocación puede ser a veces no profesionalmente realizada sino una faceta necesaria de cualquier otra actividad. Es el componente de "razón histórica" que debiera presidir el ejercicio de cualquier disciplina. En ella quisiéramos ver el intento de pensar el pasado como un acto fuera de todo molde técnico, un cultivo de la razón histórica buscado y trabajado sólo porque se reconoce su aportación a otras ramas del saber. Esta aportación consiste en dar cuenta del elemento genético y evolutivo que existe en toda disciplina.

Si en esto llevamos acuerdo, creo que también concordaremos en asignar una decisiva importancia a la historia como vocación de todo hombre. La labor de los historiadores profesionales es el telón de fondo en el cual cada nueva generación va inscribiendo, en la arcilla tan maleable del pasado, sus propias inquietudes y angustias, sus búsquedas del propio valer, el siempre renovado hálito de la nueva vida. La consideración del pasado es más o menos

siempre una consideración del presente con ojos de esperanza. Pero los historiadores profesionales suelen tener la mirada puesta en las grandes corrientes del desarrollo histórico, en la macrohistoria, o en aspectos de la vida del hombre pasado que a nosotros los profanos nos sumen en un mar de confusiones y de dudas. Eso, cuando por azar algún historiador profesional, fuera de los moldes técnicos de su labor, escribe en realidad un libro de historia para profanos. Pero junto a esa necesaria tarea que ellos cumplen, cabe a todo hombre preguntarse, sincera y francamente, por su trozo de pasado.

Todos lo tenemos, ese trozo de pasado. Sólo que no siempre es historia. Por un lado, nuestro pasado personal, que es desdeñable. Por otro, el pasado de aquello que hacemos o pensamos. Dar razón de ello no es sólo cuestión de consecuencia lógica, de razonamiento válido. Es también, y sobre todo, cuestión de pasado consciente, de historia.

Esto es así porque nadie llega a un mundo por hacer sino a uno ya en buena medida hecho. Porque nadie viene un buen día a preguntar, sino a lo sumo a compartir preguntas ya hechas, y quizá olvidadas.

En la medida en que tú y yo podamos sentirnos compartiendo la vida que fue, estaremos en condiciones de valorar que podemos hacer.

Mientras más pasado incorporemos, más amplio y anchuroso será el futuro. Porque el pasado válido no es simplemente lo que pasó sino aquello de lo que pasó que pensado, puede ser incorporado a la construcción del futuro. Esta incorporación puede ser, por ejemplo, la certidumbre de una tarea ya hecha, de un camino ya hollado, de lo que no precisa volver a hacerse. O el percatarse de un nuevo punto de arranque que podría, desde el pasado, iluminar diversamente el presente y configurar un distinto futuro. O el acopiar, sin ánimo de cambio, lo ya visto, dicho o sentido, a lo largo de una dimensión de la experiencia, en orden a incorporarlo como parte del propio quehacer y "saber" más.

Tú reconoces en todo esto algo distinto de la narración de lo pasado por la narración misma. Reconoces una función del pasado. Que no consiste en extraer de él ejemplos, enseñanzas o recetas, sino en comprender mejor nuestra situación y nuestra vinculación en la esfera del hacer. Que si de un problema se trata, la consideración del pasado, debe permitirnos dar cuenta de su "problematicidad", de por qué ha llegado a constituir algo problemático. Que si de una obra artística se trata, filiar sus orígenes y la historia de sus expresiones posibles, para explicar por qué es actual y por qué inactual. Que si de una costumbre o uso se trata, rastrear hacia el pasado el instante primigenio y el momento también en que fue olvidado, pues a veces se perpetúa más allá de toda comprensión y al intentar cambiarlos se tropieza con la inercia del hábito mecánico y no con la acción comprometedora vitalmente. Que si de una vida humana se trata, que a sí misma se presenta como inadecuada, el pasado puede otorgar un sentido, una unidad de ser que de repente se configura plena de posibilidades. Lo mismo para los pueblos, para las profesiones, para toda acción.

Esta función del pasado existe sólo en virtud de que el pasado, por un acto de recreación, puede ser puesto junto al presente. Que está aquí junto a nosotros decidiendo, a veces sin nuestro concurso, algo de lo que no todos nos percatamos. Hacerlo consciente, explicitarlo, para cualquier hombre debe ser parte de sus más elementales necesidades, tanto como comer o respirar. La vocación de la historia es una actitud y al mismo tiempo una revelación. Cuando alguien la ha incorporado y vivido, comprende en donde se es hombre y en donde —o por qué— se deja de serlo.

No espero haber respondido a tu pregunta. Confío sólo en haberte arrojado un par de dudas, que tú me devolverás más adelante.

Tuyo afectísimo

APROXIMACION MULTIDISCIPLINARIA COMO EXPERIENCIA DE VIDA

Dr. Jaime Lavados M.*

PREGUNTA: ¿En su vida profesional, que ya llega a los 40 años, usted ha realizado una cantidad tan diversa de funciones, proyectos y trabajos que, me parece difícil encontrar algo semejante a un centro o núcleo a partir del cual pudiera ordenarse o jerarquizarse todos estos intereses y actividades, sobre todo considerando su profesión de médico?

Respuesta: Al detenerme a reflexionar, precisamente a partir de la solicitud que se me formulara para la presente publicación, pude identificar más que un motivo, un impulso, una orientación que traspasa todas mis tareas. Este es el afán de conocer y entender el mundo y sus acontecimientos, su estructura y su historia y, especialmente, el fenómeno humano que desde luego es el componente que otorga mayor riqueza a ese mundo. Por cierto, estas motivaciones son parte de las características propias del ser humano y pueden encontrarse subyaciendo la mayor parte de las inquietudes, búsquedas e intereses de las más diversas personas. Este afán por “conocer”, por “entender” (que es la base de la ciencia y la filosofía) unido a la tendencia de actuar, a modificar (que es la base de la tecnología y el arte) caracterizan biológicamente, pienso yo, a nuestra especie. Probablemente mi decisión de ser médico, tomada muy tempranamente en mi vida, se debe o fundamenta en estos afanes, pues creía y sigo creyendo que es la medicina en su sentido amplio la disciplina o área del conocimiento que con más propiedad se abre a esta comprensión del mundo y en él, del fenómeno humano, pero con el rigor y seriedad que me parecen indispensables para actuar con positivos resultados.

Pregunta: ¿En qué ámbitos ubica usted, principalmente, este modo de mirar el mundo?

Respuesta: Por cierto, el objeto de esta búsqueda es tan complejo y variado que ha dado lugar en la historia de la cultura a una indagación infinita, dentro de

*Entrevista y redacción de Darío Osés.

la cual puede haber una variedad también ilimitada de acciones y discursos. El desarrollo de las ciencias, las humanidades y las artes, se constituye en una suerte de dilatada conversación en torno a estas búsquedas en relación a los significados y la inteligibilidad de lo que ocurre; por lo que pienso, a todos de algún modo interesa participar o, por lo menos, estar presente en este diálogo de muchas voces que se ha venido sosteniendo a lo largo del tiempo.

En efecto, siempre he creído en la importancia tanto personal como social, de progresar en estos conocimientos, como modo integral de entender el mundo y el hombre, y en la necesidad de hacer lo posible para que la mayor cantidad de personas tengan también acceso a tales comprensiones. Creo que por eso es tan profundamente importante la investigación y la enseñanza; y, también, la administración y gestión universitarias, es decir, tanto la creación y adquisición de conocimientos y saberes, como la posibilidad de generar los medios, ambientes e instrumentos que faciliten o hagan posible este comprender el universo y nuestra participación en él.

Pregunta: ¿Pero, bastan las ciencias biomédicas para satisfacer este afán de comprensión y acción tan amplio?

Respuesta: Creo que no. Ello explica que junto con medicina haya estudiado filosofía, porque esta disciplina me abrió un ámbito que me pareció necesario para entender una dimensión del mundo que no alcanzaban a entregarme las ciencias médicas y biológicas, a lo menos en los formalizados y rígidos currículos de mi época de estudiante.

Por otra parte, el “entender” que yo concibo, requiere de ciertos niveles de racionalidad. No podía, en mi caso, proceder de una suerte de iluminación mística ni de raptos poéticos. Eso no quiere decir que no valore la mística y la poesía. Obviamente, no todo puede entenderse a través de la razón y la lógica aristotélica. Valoro, y de algún modo envidio a quienes perciben los significados y “comprenden” lo real a través de la mística. La poesía y otras formas del arte producen un goce estético que es un modo de comunicación. La literatura, por ejemplo, es capaz de iluminar al ser humano y sus relaciones de un modo inalcanzable por la ciencia. Pero mi interés concreto siempre ha estado en el conocimiento al que se llega a través de estudios sistemáticos, y es por ello transferible a otros, permitiendo acciones; por esto debe fundarse en investigaciones y reflexiones con rigor metodológico que las haga comparables y falseables. Y ese rigor, aunque dentro de otras lógicas, creo que pudiera aplicarse, también, a estas otras formas de conocer, entre las que se cuentan las instituciones y formas emotivas o “no racionales” de penetrar en los diversos estratos de la realidad.

Pregunta: ¿Pero, qué tiene que ver la medicina con todo esto?

Respuesta: El problema fundamental consiste, creo yo en: ¿cómo hacer inteligible y, sobre todo, coherente, una realidad que tiene muchas dimensiones y que, por lo tanto, puede abordarse desde muy diversas perspectivas? ¿Cómo

examinar analíticamente esta realidad sin que pierda su multidimensionalidad y su riqueza de texturas? Es en este punto donde el pensamiento clínico adquiere toda su vigencia y su insuperable riqueza. En la práctica la posibilidad de plantear un diagnóstico, una terapia y un pronóstico dependen de la conjunción armónica y sistemática de un amplísimo número de conocimientos y saberes¹.

Este conjunto de elementos, informaciones, conocimiento, sabiduría y preocupación ética que caracteriza la clínica, se echa de menos, en cuanto metodología de comprensión y acción, con relación a otros problemas muy serios de la realidad actual.

El ambiente natural, por ejemplo, no puede ser visto sólo como una fuente de recursos económicos, que lo es y muy importante. Tiene implicancias que van más allá de sus posibilidades de explotación económica, por racionales y sustentables que éstas sean en el presente y en el futuro. Entre estas implicancias están las estéticas, éticas y culturales que una comprensión cabal del mundo y una alta calidad de vida no pueda excluir.

Pregunta: ¿De qué otra manera ha influido este interés por “entender” en su vida profesional y personal?

Respuesta: Siempre me interesó avanzar hacia esta, sólo parcialmente alcanzable, visión integral. Particularmente en las conductas y comportamientos que desarrollan las personas y sociedades; es decir, en el complejo fenómeno de la cultura. Tal vez por eso elegí la neurología como especialidad y, dentro de ésta, el estudio de las funciones encefálicas superiores como en el pasado se llamaban o “cerebro y conducta” como se les conoce hoy día. Creo que ellas pueden contribuir mucho a la compleja comprensión de las conductas humanas y sus razones y fundamentos.

Por eso mismo, mientras hacía mi doctorado en Ciencias Neurológicas en Inglaterra, seguí cursos formales de Antropología, pues me interesaba ver el comportamiento humano desde diversas perspectivas. Por las mismas razones me han interesado la Etología y la Sociobiología que son disciplinas empíricas que estudian el comportamiento animal y humano —y el hombre es una especie, particular es cierto, pero que pertenece a este reino de la naturaleza— a partir de principios biológicos.

Pero también el hombre puede ser mirado desde otra perspectiva; no tanto centrada en las causas, razones y origen de sus comportamientos, como en los efectos de sus actividades. Esto significa, además, interesarse en el arte,

¹Una compleja y objetiva descripción semiológica y de laboratorio; ciertas hipótesis fisiopatológicas, a su vez fundamentadas en cambiantes conocimientos de biología celular, bioquímica, psicología, etc. Una comprensión del ambiente socioeconómico y cultural del paciente, un conocimiento epidemiológico y de factores de riesgos, y una sólida posición ética que permea tanto las relaciones con el paciente y su entorno (familiar y laboral) como las propuestas terapéuticas y los cursos de acción posible.

la tecnología y en la historia, tanto política como cultural o de las “ideas”. En esta dimensión un tema que resulta particularmente fascinante es la religión. ¿Por qué se cree; en qué se cree; cómo y para qué se organiza ésta tan profunda tendencia humana, en religiones formales y complejas, en mitos estructurados o en simples y múltiples creencias animistas?

Todos estos caminos que se entrecruzan, permiten —creo— entender la triple condición de la especie humana como historia, cultura e individuo eventualmente trascendente.

Pregunta: Esta visión “humanista”, puede contraponerse con la perspectiva y los métodos de las ciencias exactas o naturales. ¿Cómo ve usted esta disyuntiva?

Respuesta: El hombre, sus mitos, historia, religiones y relatos viven en un mundo que no es él mismo; que está allá afuera, aunque nunca podamos conocerlo “en sí mismo” sino a través de nuestras posibilidades perceptivas y categorías intelectuales. Por cierto que este mundo no nos es indiferente: nos influye, modifica y de algún modo nos determina. Por eso, son esenciales los avances y nuevas propuestas o conocimientos provenientes de las ciencias exactas y naturales. De nuevo la clínica es, me parece, un ejemplo de articulación entre lo histórico y subjetivo del hombre y cada uno de nosotros, con los datos de una realidad física que la ciencia desentraña. La clínica debe diagnosticar y tratar a este ser humano individual y complejo, con toda su cultura y dignidad; pero, a partir de *datos* provenientes de ciencias empíricas, demostrables, repetibles y falseables.

Por otra parte, sorprende y abruma la creciente distancia entre la simpleza y heterogeneidad de nuestra visión común y ordinaria, de lo que existe allá afuera, con las propuestas tan frontalmente contraintuitivas de la física moderna. ¿Podemos, efectivamente, “comprender” el tiempo y el espacio einsteniano que se comprime o elonga? ¿Nos es fácil intuir la física cuántica? ¿Nos convence pensar que el tiempo *efectivamente* empezó en el big-bang, este nuevo mito de creación que nos trae ahora, no ya una nueva religión sino la “cosmología” científica?

Sin embargo, por antiintuitivas que esas teorías parezcan, desde el punto de vista de su aplicación práctica es evidente que corresponden (no quiero emplear la palabra “representan”) a la realidad “en sí” que está allá afuera. En efecto, con las fórmulas de Einstein y demás científicos se produce energía nuclear, satélites hechos por el hombre van a los planetas y cumplen exactamente con los programas predeterminados, las comunicaciones se hacen de una amplitud, velocidad y calidad incomparables. Se generan aparatos que permiten ver el cerebro, o el abdomen, o la estructura química de las sustancias, se curan y previenen enfermedades, etc. Por lo mismo, el interés por la ciencia y la técnica y sus incuestionables efectos positivos sobre la calidad de la vida humana no puede dejarse de lado.

Pregunta: ¿Esta opinión, más bien optimista por la tecnología, es compartida por todos?

Respuesta: El interés por la técnica no puede dejar de ir junto a la preocupación por los efectos indebidos o inesperados que tiene el desarrollo tecnológico en el hombre y en las sociedades humanas. Un ejemplo actual, más allá de las habituales preocupaciones medio ambientales, energéticas o climáticas es la tensión que ha llegado a ser dramática entre la ética y las posibilidades operacionales de ciertas tecnologías de base biológica que están modificando aspectos tan básicos de la vida humana, como la filiación. ¿Quién es hijo de quién en ciertos procedimientos de fecundación artificial? O, ¿cómo serán los efectos de la clonación aplicada a la especie humana? O, ¿las variaciones genéticas inducidas, no sólo para evitar enfermedades sino, quizás, con fines cosméticos, de “mejoría social”?, etc. Aquí hay un ejemplo claro de la necesaria confluencia entre las ciencias humanas y la ética con las exactas y naturales. Es esta confluencia de conocimientos y saberes la que puede hacer inteligible la realidad de los mundos físico y cultural, cuyas fronteras son cada vez más difusas y por eso, problemáticas y tensas. En mi opinión, esta realidad no limita sino, más bien, hace imperativas las búsquedas multidisciplinarias.

PROFESOR DR. JORGE MARDONES RESTAT*



Premio Nacional de Ciencias (1977)

MI ACTIVIDAD UNIVERSITARIA HA ESTADO ORIENTADA al cultivo de las ciencias, y a una de ellas en particular. Así como para entender lo dilatado de mi contacto con esta Universidad tuve que buscar su raíz, así también la distinción que he recibido me hace buscar la raíz de mi vocación científica. Mi padre no era un experimentador: no lo son en general los ingenieros. Buscan sus verdades por medio de la matemática y sus realizaciones son puentes, caminos, ferrocarriles, empresas... Sin duda, mi vocación científica nació durante mis estudios secundarios en el Liceo Alemán de Santiago. Tuve la suerte de tener ahí profesores de ramos científicos que eran genuinos hombres de ciencia, que habrían sido grandes maestros en cualquier universidad del mundo. Mi profesor de matemáticas, Gregorio Koschella, nos enseñó a amar el álgebra y la geometría, al contrario de otros que tienen la habilidad de enseñar a temerlas y a odiarlas. Mi profesor de física, José Schmidt, enseñaba con el experimento. Dedujimos la regla de oro de la mecánica y la ley de Ohm, ¡de experimentos! En 1923 vi rayos catódicos, canales y Roentgen. Recuerdo, como si fuera hoy, al padre José aspirando con una máquina neumática de mano, el contenido de un tubo de vidrio que tenía un electrodo en cada punta, y haber visto de repente aparecer una fluorescencia verde en un extremo. Vi moverse una rueda de molino de mica en el interior de uno de esos tubos, al paso de los rayos. No lo leí, no lo vi en una foto de un libro, ¡lo vi aparecer realmente! Mi profesor de biología, Arnaldo Eising, no se contentaba con explicaciones teóricas. La disección de plantas y las excursiones al terreno en busca de malezas, eran parte de la actividad habitual. Recuerdo haber visto la estructura microscópica del lobulillo hepático, antes de entrar a la Escuela de Medicina. Las clases de química del profesor Carlos Rumpf eran con matraces, tubos de ensayo y mecheros de Bunsen; no con pizarrón. Así aprendí a conocer y amar la ciencia, y supe que así se enseña.

Permítaseme que abandone, por algunos momentos, la línea de ideas que estoy desarrollando.

*Discurso de agradecimiento con ocasión de recibir la medalla "Juvenal Hernández" año 1988 en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, 6 de septiembre de 1988.

En el mundo tecnológico en que estamos viviendo, la formación de la mente científica en toda la población es esencial para el desarrollo del país. Hoy día un país no progresa, cuando sus habitantes tienen la mentalidad de colonos, que creen que todo les ha de venir de la metrópolis. Y eso será siempre así, si la masa de la población cree que la ciencia es una especie de magia, cuyos secretos no conoce, ni podrá nunca conocer. Recuerdo haberle dicho a un académico que estaba a punto de ser Ministro de Educación: El Ministro que obtenga que en cada liceo —sin excepción— haya laboratorios de física, química y biología, y profesores que los sepan manejar para enseñar las ciencias como se debe, hará, para el progreso tecnológico del país, mucho más que si se promueven muchas escuelas llamadas técnicas que enseñan con tiza y pizarrón. En una oportunidad sostuve con cierto escándalo —y lo seguiré sosteniendo— que no entiendo por qué nuestros empresarios industriales se han preocupado primero de dotar a los liceos de bibliotecas y no de laboratorios. Las bibliotecas son necesarias; pero, en lo que a ciencias y tecnología se refiere, sin el laboratorio de nada sirven. Son el instrumento esencial de la literatura y de la historia; pero un hombre con cultura sólo literaria e histórica es tan trunco en su formación, como lo es el científico que ignora la historia, la literatura y las artes. ¡Cuidado con creer que una computadora reemplaza a un laboratorio! La computadora muestra en la pantalla lo que alguien le puso adentro, no ilustra acerca de la manera como se conoce la realidad, que constituye la esencia del pensamiento científico. El experimento muestra cosas inesperadas, reales, que nadie las puso ahí. El planear y realizar experimentos, aun sencillos, forma el pensamiento científico. Lo otro consigue, a lo sumo, una erudición enciclopédica, que por esencia no es creadora en ciencias ni en tecnología, y por consiguiente, no es susceptible de generar progreso.

VUELVO A TOMAR EL HILO.

Mis compañeros de colegio, que sabían que tenía cierta habilidad matemática, siempre se han preguntado por qué no estudié ingeniería. Siempre me interesó la biología, porque la veía con más incógnitas que resolver. Y ya había aprendido que el placer que da la ciencia es precisamente el resolver incógnitas. Después he aprendido que, además, porque uno sabe que la solución de las incógnitas que se presentan en la exploración del mundo que nos rodea, enriquece el patrimonio de conocimientos de la humanidad, no sólo el de uno mismo.

Por eso entré a la Escuela de Medicina. Allá me encontré con un ambiente impresionante. En ese entonces las clases de los primeros años eran dictadas por los profesores más eminentes de la Facultad. Entre ellos, dos distinguidos profesores europeos, que se incorporaron a Chile en cuerpo y alma: Juan Noé y Federico Johow. Ellos fueron mis profesores de lo que

entonces se denominaba Zoología Médica y Botánica Médica, respectivamente. La primera era una mezcla de lo que hoy constituye Biología General, Genética y Parasitología. La segunda enseñaba Fisiología Vegetal y Sistemática, en especial de aquellas plantas que eran fuentes de medicamentos. Los dos eran investigadores de nota que vinieron al país jóvenes, pero ya bien formados. Llegados a nuestro ambiente, los absorbió la docencia y la comprensión, a lo cual pronto me referiré. El profesor Johow había hecho del parque de la Escuela de Medicina un verdadero jardín botánico, que yo alcancé a conocer ya algo deteriorado. Noé, que era fundamentalmente un parasitólogo, realizó estudios de enfermedades parasitarias cuya epidemiología era desconocida en Chile, como la anemia de los mineros. Años después coronó su obra con la erradicación de la malaria en Arica. Química enseñaba Adeodato García Valenzuela, que se había formado en Alemania como químico biólogo, el lado de Hoppe Seyler, uno de los grandes valores en la época en que se estaba conociendo la estructura química de los organismos vivos. En su laboratorio recibió el encargo de estudiar las llamadas ptomaínas, denominación que recibían las sustancias que se producen durante la putrefacción cadavérica. Se conocían dos abundantes, el desarrollo e una tercera, escasa, la hexametilendiamina, que se conoció en la época con el nombre de "sustancia de García". Vuelto a Chile, también lo absorbió la docencia. José Ducci era el profesor de física. Fue pionero de la introducción de los rayos Roentgen en medicina, así como de los tubos de neón en el comercio y de la radiotelefonía. La anatomía era enseñada por el Decano, Roberto Aguirre, y por los Dres. David Benavente, Basilio Muñoz Pal y Gustavo Jirón. Todos ellos eminentes cirujanos.

En el segundo año, Teodoro Muhm enseñaba fisiología. Su situación era semejante a la del Prof. García Valenzuela; pero vuelto a Chile no se dedicó exclusivamente a la Universidad, sino que ejerció la profesión como otorrinolaringólogo. Sus clases eran con frecuencia experimentales, pero en su laboratorio no se realizaban investigaciones.

De todos los profesores mencionados, sólo los tres primeros se dedicaban exclusivamente a la Universidad. La absorción por la docencia se debió a que cada uno de ellos tenía que enseñar lo que sabía, en las diversas carreras de la Universidad que lo requirieran. Por otra parte, el ambiente no era propicio para la investigación científica. Cuando entré a la Escuela ningún profesor estimulaba a los alumnos a dedicarse a la investigación científica, y me atrevería a decir que la opinión unánime era que no era posible realizarla en el país. Por lo demás, a los alumnos los absorbían los estudios; de modo que no podían pensar en otra actividad. Estábamos acostumbrados, en la educación secundaria, a un aprendizaje más bien lento, y nos encontramos bruscamente abocados a la necesidad de asimilar tal cantidad de materia que nos parecía enorme.

Conviene señalar, en todo caso, que los profesores mantenían una constante información acerca de los progresos de las ciencias, que en ese entonces se

realizaban fundamentalmente en Europa; de manera que sus clases eran siempre bien actualizadas. En ese entonces el mayor contacto de nuestra Universidad era con la ciencia francesa y alemana. Por razones de idioma, prevalecía el contacto con Francia. Recuerdo que los textos de estudio que utilizábamos eran en francés, o traducciones del francés. El resto se estudiaba en “apuntes de clases” que las reproducían, aunque no siempre con mucha fidelidad.

Temo haber abusado de vuestra paciencia y cansado vuestra atención, con informaciones que pueden parecer muy detalladas; pero eso era necesario para comprender que si bien en esa época lo común era que no se realizara investigación en los laboratorios de nuestra Escuela de Medicina, en ellos se mantenía una información permanente acerca de las diferentes ciencias básicas, por personas que sabían muy bien lo que era la investigación científica y quizá añoraban no poder dedicarse a ella.

Cuando cursábamos el segundo año, el profesor García Valenzuela se acogió a jubilación. A fines del año fue designado profesor de su cátedra un joven médico, Eduardo Cruz-Coke, que se había formado en el laboratorio de Noé, donde se había preocupado del estudio de los aspectos dinámicos de la bioquímica, orientación que comenzaba a aflorar en esa disciplina, como etapa necesaria después que el conocimiento de la estructura química de los seres vivos había conseguido grandes logros. Cruz-Coke había publicado un libro titulado “La acidez iónica en clínica” que contenía investigaciones originales sobre aplicación a la clínica de los conocimientos acerca de la regulación de la acidez iónica del medio interno. En él se empezaba a hablar un idioma hasta entonces desconocido en nuestra medicina, lo que produjo, al lado de cierta consternación en el ambiente médico, el reconocimiento de que ese joven prometía.

Desde las primeras clases que escuchamos a Cruz-Coke, los alumnos de ese curso percibimos que en la orientación que daba a sus lecciones, había un camino nuevo y promisor para el estudio de los procesos biológicos, que se abría como posible de seguir en el laboratorio. Movidos tal vez por el entusiasmo que Cruz-Coke ponía en sus lecciones, seis de sus alumnos nos acercamos a él al final del curso para pedirle que nos permitiera ser sus ayudantes. De ellos, dos, Héctor Croxatto y el que habla, continuamos aun hoy día activos en la investigación científica.

Al hacerse cargo Cruz-Cok de la cátedra, denominada entonces de Química Fisiológica y Patológica, pidió que fuera trasladada al tercer año de la carrera, de modo que quedó un año sin curso, el que aprovechó para dirigirse a Europa, donde estuvo trabajando un tiempo con Lapicque, profesor de Fisiología de la Sorbonne. Después visitó los principales centros donde se estaba desarrollando la bioquímica dinámica en Francia y Alemania. Volvió con información, inspiración y entusiasmo para iniciar trabajos de experimentación. Trajo también algunos instrumentos, entre los cuales un aparato de Warburg, que estaba siendo empleado para el estudio del metabolismo de tejidos. Me tocó montar este aparato e iniciar investigaciones en él.

En más de una oportunidad he relatado la forma, verdaderamente increíble hoy día, en que había que improvisar dispositivos de investigación. No habían llegado aún al país ratas de razas de laboratorio (las primeras llegaron años después al Instituto Bacteriológico). Realizamos nuestros primeros experimentos en ratas grises de alcantarilla, de que nos proveía un empleado del matadero. Eran bastante agresivas, de modo que era necesario manejarlas con pinzas. Relatar los detalles del trabajo en esa época daría para muy largo, y ellos sólo interesan como curiosidad. Pero los resultados de los experimentos eran rigurosos, y algunos merecieron ser aceptados para publicación en los *Comptes Rendues* de la *Société de Biologie*.

El financiamiento de las investigaciones se hacía fundamentalmente por el Instituto Sanitas, del cual Cruz-Coke era director técnico. Esta institución había sido formada por médicos chilenos con el objeto principal de producir nuestros propios medicamentos. Eran los tiempos del auge de los estudios acerca de las secreciones internas y de la opoterapia con extractos de órganos. Este Instituto trajo a Chile al Prof. Wollmann, del Instituto Pasteur, para perfeccionar sus métodos de preparación de vacunas. Fue por la iniciativa de este profesor que se fundó la Sociedad de Biología de Santiago como filial de la *Société de Biologie* de París.

Así como mi vocación científica nació en el Liceo Alemán, mi formación como investigador se desarrolló en el trabajo en el laboratorio de Cruz-Coke, al lado de todos sus colaboradores, que fueron aumentando con el tiempo. Ahí aprendí muy luego lo que es una escuela científica.

Tenía Cruz-Coke una capacidad de asimilación extraordinaria, que probablemente provenía, no tanto de una memoria privilegiada, como de una habilidad especial para reconocer lo importante, y poner en eso su atención, pasando por encima de lo banal. A causa de esta característica, su estada de unos meses en el laboratorio de Lapicque y sus conversaciones con los más destacados representantes del progreso de las ciencias biológicas en esa época, le permitió asimilar la manera de enfocar los problemas biológicos propia de la tradición que se remontaba a los orígenes de la fisiología. Magendie–Claude Bernard–Paul Bert–Gley–Lapicque, constituían la cadena del flujo tradicional, en que Cruz-Coke se incorporó como un nuevo eslabón.

El cultivo de las ciencias mediante la investigación sistemática no se aprende en libros. Se transmite como una herencia cultural de persona a persona en el laborar común en centros de investigación. Ahí, si bien el que tiene mayor experiencia lleva la voz cantante, todos y cada uno de los que constituyen la escuela, contribuyen a desarrollar el espíritu común, mediante su diaria participación. De ese modo, todos son activos y pasivos, casi inconscientemente, en la formación científica del conjunto.

Hay ciertas normas que aprendí en esa escuela, que nunca se me olvidan:

- Nunca plantees una hipótesis de trabajo que no puedas poner a prueba inmediatamente en el laboratorio.

- La ciencia no es cuestión de fe. No se “cree” que algo ocurre de cierta manera, sino que “se demuestra o no se demuestra” que eso es así.
- La ciencia no permite conocer “para qué” ocurre algo, sino “por qué” y “cómo” sucede.
- En ciencia no hay nada más barato que las “ideas”. Lo que vale es demostrarlas.
- Un resultado experimental no publicado es lo mismo que si no se hubiera obtenido.
- En el lenguaje científico, nunca sacrifiques la precisión y la claridad a la belleza literaria.
- Nunca publiques hechos experimentales de los cuales no estés absolutamente seguro. El prestigio de un hombre de ciencia se pierde una sola vez en la vida.

Esos deben ser los más importantes, porque son los que me han venido ahora a la memoria.

En el seno de esta escuela, conocí muy a fondo cuál es el sentido de la colaboración. En un trabajo científico toda etapa es igualmente importante, sea quien sea el que tenga la responsabilidad de llevarla a cabo. Así por ejemplo, es tan importante la labor de los que crean los programas de investigación, que son comúnmente académicos, como los que manejan los animales, preparan las soluciones, etc., que pertenecen comúnmente al personal denominado auxiliar técnico, así como quienes escriben a máquina los originales para la imprenta y los que realizan las gráficas, que pertenecen comúnmente a personal de secretaría.

Aprendí también que cuando los componentes de un equipo de trabajo son genuinamente universitarios, no importan para nada las diferencias de sus ideologías políticas. En la escuela de Cruz-Coke estaba representada toda la gama de las ideologías política, de un extremo al otro. Y eso no fue nunca motivo de divergencias para la eficaz colaboración en las investigaciones, así como tampoco fue causa de alteración de los lazos de amistad que ahí se constituyeron.

Por último, y no lo menos importante, aprendí de Cruz-Coke que un hombre de ciencia no puede ser unilateral y sólo dirigir su atención al asunto que le preocupa. Debe ser ante todo un hombre culto. Es una norma antigua, que nació junto con la ciencia experimental: hay que saber algo de todo, y todo de algo. La hora del té, los sábados en su casa, reunía personas eminentes de los más diversos campos de la actividad humana, tanto nacionales, como extranjeros que estuvieran de paso entre nosotros. Es imposible describir lo que esos contactos significan en la formación de la personalidad. Cruz-Coke lo sabía y los fomentaba.

En ese mismo orden de ideas, Cruz-Coke insistía en que había que distinguir claramente entre la enseñanza superior universitaria y la enseñanza artesanal. Definía esta última como la transmisión de habilidades de un

maestro a su discípulo, el cual solamente sabrá hacer lo que aprendió, y su único camino de progreso proviene de un nuevo maestro que le enseñe una nueva habilidad. En cambio, la enseñanza universitaria tiene por objeto formar mentes capaces de resolver problemas que nunca antes se les han presentado; es decir, mentes capaces de progreso *per se*. ¡Ay de la escuela universitaria que se convierte en artesanal! Y ¡Ay del que egresa de la universidad sólo como buen artesano!

Por eso, las clases de Cruz-Coke eran sugerentes más que informativas; y se preocupaba más de mostrar cómo se ha llegado a un conocimiento, que de relatar cuál es el conocimiento mismo. Tal vez por eso sus clases no tenían un tema preestablecido. Recuerdo que en una ocasión en que tenía de visita en su clase a una doctora extranjera, en su homenaje, la dedicó a los pigmentos de las mariposas. Algo creo haber aprendido de él en ese sentido.

Muchas veces me he preguntado si las pruebas escritas, que han reemplazado a las interrogaciones orales, no promueven más bien lo artesanal que lo universitario, y si no estará pasando lo mismo con la denominada Prueba de Aptitud Académica.

Cuando Cruz-Coke fue elegido profesor, Juvenal Hernández todavía no entraba en escena. Vale la pena recordar el estado en que se encontraba la investigación biológica en el país, cuando él fue elegido Rector.

Diversos hechos importantes relacionados con el desarrollo de esta actividad habían ocurrido en el país en esa época. Recién se había fundado en la Universidad de Concepción, la Facultad de Medicina, cuyos estudios se iniciaron con el primer año en 1924. Antes de fundarse esta Universidad, D. Enrique Molina, profesor de Filosofía y Rector del Liceo de Concepción, quien iba a ser el Rector de esa Universidad, hizo un recorrido por Estados Unidos, visitando diversos centros universitarios. Volvió con la convicción de que los profesores de ramos básicos debían ser hombres de ciencia que se dedicaran exclusivamente a la Universidad. Con ese fin se contrataron en Europa profesores para las cátedras de Fisiología, Histología y Anatomía Patológica. El profesor de Fisiología fue Alejandro Lipschütz, investigador letón que había realizado trabajos de interés en fisiología del sistema endocrino. La Universidad de Concepción era relativamente rica, porque se financiaba con su Lotería; de modo que Lipschütz pudo disponer de un laboratorio con instalaciones suficientes, aunque modestas. Así pronto comenzó a producir. Con sus colaboradores constituyeron la Sociedad de Biología de Concepción, también filial de la de París.

Por otra parte, uno de los ayudantes de la cátedra de fisiología de nuestra Facultad de Medicina, dirigida por Teodoro Muhm, el Dr. Francisco Hofmann, decidió dedicarse a la investigación fisiológica, y con ese objeto se trasladó a Alemania para perfeccionar su preparación con esa disciplina. A su vuelta resolvió dedicarse exclusivamente a los trabajos de su laboratorio. Alrededor de Hofmann se creó también un grupo de investigadores, que fue creciendo paulatinamente, y comenzó también a producir trabajos de valor.

Otro hecho que tuvo repercusión en este sentido fue la instalación en 1930 de la Facultad de Medicina en la Universidad Católica de Santiago, lo que significó una erección de un nuevo centro de investigación biológica en el país. Su eje fue, sin duda, la cátedra de Fisiología, para la cual se contrató al profesor español Jaime Pi-Suñer, quien tuvo como ayudante a Ignacio Matte, uno de los seis primeros ayudantes de Cruz-Coke, además de varios jóvenes que habían manifestado vocación por la investigación científica, entre los cuales se destacaron Joaquín Luco y Fernando Huidobro. Cuando Pi-Suñer regresó a España, lo sucedió Matte, quien pocos años después se trasladó a Inglaterra, donde se dedicó a la Psiquiatría, y llegó a ser años después, Profesor Titular de esa cátedra en la Universidad de Chile, cargo que dejó para trasladarse a Roma, en cuya Universidad es actualmente profesor visitante. Al dejar vacante la cátedra de la Universidad Católica, fue reemplazado en ella Héctor Croxatto, que la sirvió hasta su jubilación; pero ha continuado trabajando en ella como Doctor *Honoris causa* de Ciencias.

Para terminar el bosquejo de la situación existente en esa época con respecto a la investigación biológica, debo mencionar que en 1931, al recuperar el Instituto de Educación Física, su primitiva orientación que le había sido impresa por su fundador, eminente pedagogo Joaquín Cabezas, el Dr. Luis Vargas Salcedo, quien había sido años antes profesor de anatomía, en ese Instituto fue encargado de su reorganización. Llamó, entre otros, a Héctor Croxatto para que se hiciera cargo de la cátedra de Fisiología, a Enrique Acevedo, que provenía del laboratorio del Prof. Noé, de la de Biología, y al que habla, de la de Bioquímica y Nutrición. Así, este Instituto constituyó un nuevo centro de desarrollo de las disciplinas biológicas.

Este era el panorama existente en el país con respecto a los centros de investigación biológica, cuando Juvenal Hernández fue elegido Rector por el Claustro pleno de la Universidad en 1932. En resumen: tres centros en la Facultad de Medicina de esta Universidad: Biología, Química Fisiológica y Fisiología, un centro en la Universidad de Concepción, otro en la Universidad Católica y otro muy nuevo en el Instituto de Educación Física, el que algún tiempo después fue incorporado a la Facultad de Filosofía y Educación de esta Universidad.

Juvenal Hernández fue elegido Rector por el primer Claustro Pleno celebrado de acuerdo con el nuevo Estatuto en 1931. Conviene recordar que la Universidad de Chile se regía hasta ese entonces por una Ley de 1879, que entregaba al Consejo Universitario la tuición de toda la educación en el país; es decir, no solamente la superior, sino que también la primaria y la secundaria. La Universidad tenía entonces una estructura rígida de cinco Facultades, cuyos símbolos aparecen todavía en el Escudo.

Correspondió al joven Rector, pues, la tarea de adaptar la estructura y el funcionamiento de la Universidad a las nuevas disposiciones, que daban al Consejo Universitario amplias atribuciones. En una oportunidad le oí decir al Rector Hernández, que de acuerdo con el Estatuto vigente, el Consejo

Universitario podía hacer cualquier cosa, menos cambiar el sexo de un ser humano.

El análisis de la gestión de Juvenal Hernández es tarea de historiadores. Personalmente sólo puedo rendir información de testigo en algunas de sus actuaciones. En su homenaje —y en homenaje también a la brevedad— relataré sólo dos o tres de ellas que me correspondió conocer de cerca.

Desde luego, creo no equivocarme al decir que la meta general de su acción como Rector, fue incorporar a las tareas de la Universidad todas las expresiones de la cultura superior, incluidas por supuesto, todas las ciencias y todas las artes.

Tal vez el primer asunto en que supe de la participación del Rector Hernández, fue en la creación de la cátedra de Farmacología Experimental en la Facultad de Medicina. Debo explicar brevemente por qué me interesaba el asunto. Como lo dije al hablar de la creación del Instituto Sanitas, una idea largamente acariciada por Cruz-Coke, era de poder producir medicamentos en el país a partir de las materias primas. A la vuelta de un viaje a Europa llegó convencido que eso no era posible si no se desarrollaba la farmacología experimental. Me pidió que orientara mi formación en ese sentido. Esto era posible porque esta disciplina había surgido, en las distintas universidades, de la fisiología o de la química fisiológica. Acepté con gusto esa petición porque ya había notado como alumno de la clase de Terapéutica del profesor Emilio Aldunate, la falta de bases químicas y fisiológicas en la enseñanza de esta disciplina. Las clases del profesor Aldunate eran excelentes; pero esa era la forma tradicional de enseñar esa disciplina. En 1932, siendo Decano de la Facultad el Dr. Armando Larraguibel, y Cruz-Coke, el Secretario, se produjo la jubilación del profesor Aldunate. En esas circunstancias la Facultad de Medicina acordó proponer al Consejo Universitario la transformación de la cátedra de Terapéutica en Farmacología Experimental. Esta idea tuvo entusiasta acogida por parte del Rector, y el Consejo la aprobó por unanimidad. Para servirla se contrató al Dr. Carl Van Eweyk, privat dozent de las universidades alemanas. En ese entonces el que habla se preparaba para optar al título de Profesor Extraordinario de esta disciplina, lo que obtuvo a fines de 1936.

No es mi intención hacer ahora la apología de esta disciplina, pues es lo común que un profesor considere que la materia que enseña es la más importante. Pero me parece oportuno decir que el gasto mayor de la humanidad en bienes de consumo está constituido por los alimentos, y el segundo lugar lo ocupan los medicamentos. La polémica que ha surgido a propósito de las patentes —a la cual tampoco quiero referirme aquí— da la razón al proyecto de Cruz-Coke, el que confío que algún día se haga realidad.

Juvenal Hernández, al apoyar la creación de esta cátedra, sabía bien que se trataba de desarrollar en el país una disciplina básica que hacía falta.

Otra actitud del Rector Hernández de la que tuve conocimiento directo, fue la que tuvo con ocasión de la incorporación el Instituto de Educación

Física a la Facultad de Fisiología y Educación. Como lo expresé anteriormente, se habían designado profesores de ramos básicos de este Instituto a académicos procedentes de diversos laboratorios de la Facultad de Medicina. Al realizarse esta incorporación, la Facultad de Educación propuso al Consejo Universitario que este Instituto se declarara en reorganización. Se le acusaba de tener una orientación médica y no pedagógica. El Rector y el Consejo, después de imponerse de la verdadera situación existente, se convencieron que el darles a los futuros profesores de Educación Física una sólida base científica, no significaba una orientación médica, sino algo necesario para cualquier profesional universitario, y no aceptaron esta reorganización. Así el Instituto se incorporó a esa Facultad con todo su cuerpo de profesores.

El incendio de la Escuela de Medicina, ocurrido en diciembre de 1948, me dio una nueva oportunidad de conocer el aprecio que Juvenal Hernández tenía por los ramos científicos y su preocupación por desarrollarlos. En aquel entonces el que habla desempeñaba el cargo de Secretario de la Facultad de Medicina, de modo que el contacto con el Rector para la solución de todos los problemas que se fueron presentando para no interrumpir las funciones de esa Escuela, fue casi permanente. Entonces pude apreciar su interés y decisión de adoptar todas las medidas necesarias para dotar los laboratorios de ramos científicos, no sólo de lo que habían perdido, sino que de todo lo que fuera necesario para desarrollar normalmente sus funciones docentes y de investigación.

En 1950, cuando el que habla tuvo a su cargo la cartera de Salubridad y Previsión Social, pudo aprovechar una ley económica de excepción para conceder a la Universidad los fondos necesarios para la creación del Instituto de Investigaciones sobre Alcoholismo, y para pagar rentas de dedicación exclusiva a algunos académicos de ramos básicos. En esos tiempos se habían establecido algunos organismos con una desacostumbrada superestructura administrativa, siguiendo modelos norteamericanos. Cuando tuve la necesaria conversación con el Rector Hernández acerca de la organización que convendría dar al Instituto de Investigaciones sobre Alcoholismo, me dijo textualmente: Hagámoslo *a la que te criaste*. Y así se hizo y funcionó muy bien, hasta que fue destruido por la llamada reforma universitaria de los años 1968 y siguientes.

No quisiera terminar sin señalar que mi participación es mínima en los benevolentes calificativos que la H. Comisión y el señor Rector han dado a mi trayectoria universitaria y a mis condiciones humanas.

Tanto en la docencia, como en la investigación científica que constituyen los componentes de mi trayectoria universitaria, mi labor ha sido conjunta con las de numerosos colaboradores, entendidos en la forma en que antes señalé, de manera que no podría decir cuánto me corresponde y cuánto es propio de cada uno de ellos. No es posible en esta oportunidad mencionarlos uno por uno. Los nombres de muchos de ellos —pero no de todos— están en los prólogos y en los coautores de los libros que he escrito, así como

constituyen los coautores de nuestros trabajos de investigación. En la mención de tres, que me han acompañado durante toda su vida universitaria quiero expresar mis más profundo reconocimiento a todos ellos. *Ladies first*. Natividad Segovia-Riquelme, con quienes hemos realizado la gran mayoría de los trabajos acerca del apetito de alcohol en ratas, iniciados en el Instituto de Educación Física, que constituyen la línea preferente de mis investigaciones. Sergio Lecannelier y Carlos Muñoz, que fueron alumnos de mi primer curso extraordinario de Farmacología Experimental, y con quienes hemos trabajado juntos desde el año siguiente, sucesivamente en las tareas de la cátedra, del Instituto y del Departamento de Farmacología.

Debo agregar entre los que han permitido que nuestra actividad universitaria haya merecido tan benévolo calificativo, a todos los Rectores y autoridades centrales y de Facultad de esta Universidad, que han hecho en todo momento confianza en mí, como para facilitarme los medios necesarios para realizar la parte experimental de la docencia y de nuestras investigaciones. Vayan a ellos la expresión de mis agradecimientos más sinceros.

Así mismo, quiero reconocer la importancia del apoyo que he recibido de distintos organismos de ayuda a la investigación científica. En primer lugar de la Research Corporation de Nueva York que, en momentos que recién iniciábamos nuestros trabajos permitieron que Natividad Segovia adquiriera en Estados Unidos los conocimientos necesarios para utilizar radioisótopos en el estudio del metabolismo del alcohol, y nos dotara de los equipos necesarios —en ese tiempo, el contador de Geiger— para que ella realizara los primeros estudios de esta clase en el país.

Una mención especial merece la Comisión de Investigación Científica de la Facultad de Medicina, la primera que se fundó en la Universidad con el objeto de prestar ayuda económica a esta actividad, que contó con la iniciativa y la ayuda financiera de la Fundación Rockefeller. Me correspondió presidirla. Su filosofía fue ayudar a todo investigador con los medios que fuera posible. Ella no abría concursos, sino que recibía solicitudes. Nada era secreto, y cada solicitud se resolvía previa conversación con los interesados, tanto en relación con su programa, como con respecto a los medios que podían facilitárseles. A nadie se negó ayuda para realizar lo que podía hacer bien; pero por supuesto no todas las ayudas fueron iguales.

Después hemos recibido ayuda de CONICYT, cuando recién se fundó; del organismo central de la Universidad para este fin que ha tenido diversas denominaciones y siglas, y recientemente, del FONDECYT.

Puedo decir que en ningún momento he estado detenido en las investigaciones porque me faltaran medios para hacerlo. Ni siquiera en los años en que no recibí ayuda de FONDECYT ni del organismo central de la Universidad, porque nuestros planes no coincidieron con el criterio de algún investigador secreto a quien se pidió evaluarlos. Todo investigador con experiencia se ingenia para estudiar el problema que tiene entre manos, con los medios de que buenamente puede disponer.

A todos estos organismos les estoy muy agradecido.

Con respecto a las condiciones humanas, ellas dependen en gran parte de los genes y del ambiente humano en que uno se ha desarrollado, y sólo en pequeña parte de la acción personal.

Ese ambiente comenzó para mí en el hogar de mis padres. Ya he hablado de mi padre. A mi madre puedo caracterizarla como la mujer fuerte descrita en los últimos versículos del Libro de los Proverbios de la Biblia; tal como lo hicimos sus hijos, nietos y bisnietos al recordarla el día en que se cumplieron 100 años de su nacimiento. Ambos padres y 15 hermanos constituyeron el ambiente formador principal de mi niñez y adolescencia. También he mencionado a los profesores del colegio; pero debo agregar, como factores de ese ambiente humano, a los compañeros de clases, que constituyeron los primeros amigos, cuya amistad se conserva inalterada hasta hoy. El ambiente en la edad adulta comenzó en la Escuela de Medicina y lo constituyeron todos los maestros y todos los compañeros de curso. También ahí nacieron amistades permanentes. He hablado ya de la Escuela de Cruz-Coke. Después, las tres Facultades a que tuve el honor de pertenecer constituyeron, con los colegas y los alumnos, otros ambientes humanos generadores de amistades duraderas. Por último, pero no el último, el ambiente de mi hogar. María Zelmira, esposa, madre, abuela y bisabuela protectora y amadora, señora de su hogar, ha creado junto con nuestros hijos un ambiente ejemplar, que al acrecentarse paulatinamente con yernos, nueras, nietos, bisnietos, se viene enriqueciendo.

Perdónenme que haya abusado tanto de su paciencia y cansado su atención; pero necesitaba demostrar por qué no siento como dedicado a mí el homenaje que me ha rendido mi Universidad, sino que como merecido por todos aquellos que de alguna manera han influido en aquello que la Comisión que tuvo la responsabilidad de discernir este premio ha juzgado con tanta benevolencia.

Quiero terminar diciendo que soy optimista con respecto al desarrollo del cultivo de las ciencias dentro de esta Universidad y en el país; porque habiendo sido testigo de su curso durante más de 60 años, veo una clara trayectoria ascendente, como es natural, con los altibajos propios de todo fenómeno social vivo.

Por supuesto que añoro, como muchos, locales universitarios respetados, donde prime el silencio de la meditación o se escuche la voz del raciocinio, donde las divergencias que deben surgir naturalmente, de cualquier carácter que sean, se expresen en diálogos serenos, desprovistos de toda violencia, donde la voz de las paredes hable bellamente de cultura superior... ¿Será una utopía?

RECUERDOS DE LA PROMOCION '52



Dr. Sergio Puente

MARZO DE 1946. El año anterior había terminado la Segunda Guerra Mundial. Nuestra poetisa Gabriela Mistral había obtenido el Premio Nobel de Literatura. Está empezando la Guerra Fría, entre la URSS y los Estados Unidos. Berlín se divide en 4 sectores y se construye el Muro de Berlín. Durante los siete años de nuestros estudios universitarios se desarrollará, en el mundo africano y asiático, la decolonización, con la aparición de 60 nuevos países empobrecidos.

Preside el país Gabriel González Videla, que está embelleciendo La Serena, su ciudad preferida. El Dr. Armando Larraguibel es el Decano de Medicina. Y un señor que no es médico, don Sergio Miquel, dirige la Escuela de Medicina.

Pero a nosotros, estudiantes “full-time”, eso no nos interesaba mucho. Sólo queríamos ser médicos.

Tenía 18 años cuando conocí, en esos primeros días de marzo, la famosa Facultad de Medicina, allá en el barrio Independencia. Era un edificio muy parecido al Partenón griego, que me habían enseñando en Historia, con poderosas columnas sosteniendo un frontispicio triangular.

Aunque la construcción tenía tan sólo 58 años de existencia (fue construida en 1888), lucía bastante más vieja. Lo que no es raro en los edificios chilenos, donde no se preocupan de su mantención. En París, el legendario Hotel Dieu, de casi 10 siglos de existencia y La Pitié-Salpêtrière, de pocos siglos menos, lucen como jóvenes “fábricas” (como les llaman genéricamente allá), porque los Europeos se preocupan de mantenerlos siempre limpios.

A los casi trescientos postulantes al examen de admisión nos comían los nervios ante lo desconocido de la prueba y la imponente del edificio que nos recibía. Lo que se acentuó cuando me encontré con un amigo de la infancia quien me hizo ver que era muy difícil el ingreso a esta carrera. Pero que eso a él no le preocupaba pues era sobrino del Ministro de Salud de la época...

Los nervios sólo se me pasaron cuando, al mes siguiente, figuré en el 10º lugar, en tanto que el “sobrino” anduvo rasguñando el lugar 200.

Ese mes de angustiosa espera lo pasamos, varios compañeros, en la

Escuela Dental, algo que muchos hacían, como medida precautoria en caso de no quedar aprobados en Medicina.

El 1^{er} año no difirió mucho de los años del Liceo. Sólo que debíamos estudiar cada uno en su casa. Aunque teníamos cinco ramos básicos: Embriología Química y Física Médica, los ramos más importantes nos parecieron Anatomía Descriptiva y Biología.

La Cátedra de Anatomía la servían dos profesores paralelos: Gustavo Jirón y Adolfo Escobar. Ya se empezaba a abandonar el mítico Testut, por lo que el profesor Escobar nos indicó utilizar el Rouvière.

Mi amor propio, despertado en el Liceo, me indicó que tenía que ser el primero del grupo. Así que, temprano cada lunes, miércoles y viernes, estudiaba "aperrado" la preparación de Anatomía en el Rouvière y... en el Testut (con ambos esperaba profundizar más aún mis conocimientos). A mediodía venía la segunda lectura, esta vez anotando, en "torpedos", el ordenamiento de la preparación a disecar. Ya almorzado, iba repasando por tercera vez el tema, durante el largo viaje del carro 19, Parque-Cementerio. Pero, una vez frente al ayudante, se me borraba todo lo que había estudiado con tanta reiteración. Y quedaba en blanco. Demoré largos meses en aprender a asimilar este estudio, que abarcaba varios cientos de nombres totalmente desconocidos para mí.

Para las disecciones debíamos aperarnos de un modesto set de instrumental (pinzas quirúrgicas y anatómicas, bisturí, tijeras y gubia), pero, para nosotros, ello constituía todo un arsenal quirúrgico de un verdadero cirujano.

En esa época la Morgue disponía de suficientes cadáveres para disecar. Perteneían a muertos que no tenían familiares que los reclamaran. Se guardaban en cámaras frigoríficas y, como estaban desnudos, nos acostumbramos a su compañía. Años después, en clases de Medicina Legal, en que el cadáver estaba aún vestido, nos sentimos impresionados pues la vestimenta nos recordaba que ese ser estuvo vivo, como nosotros, el día anterior.

Había relatos de alumnos de cursos superiores que antiguamente, cuando faltaban cadáveres, se acostumbraba a hacer escapadas nocturnas al Cementerio vecino para comprar, de los sepultureros, trozos humanos para disecar. Incluso se supo de un alumno que viajaba en un carro y que portaba huesos humanos para su clase de Anatomía. Estos se le cayeron con el espanto consiguiente de los pasajeros. Fue a parar a una comisaría donde tuvo que dar muchas explicaciones para quedar libre.

Muchos años después me enteré que este robo de cadáveres tenía antecedentes europeos. En la primera mitad del siglo 19 existió un destacado cirujano inglés, Sir Astley Cooper, conocido por su elegancia y acuciosidad al operar, pese a no existir todavía la Anestesia. La fascia de Cooper, el ligamento de Cooper y la hernia de Cooper son tres epónimos que lo recuerdan. Apasionado por las disecciones anatómicas, fue el campeón de la "compra de cadáveres" a los tristemente llamados "resurreccionistas", unos rufianes a los que Cooper defendía, incluso con su propio dinero. Ello porque el saqueo de

tumbas era algo habitual a fin de proveer de cadáveres frescos a los estudiantes de Medicina. Mientras fueron cadáveres de negros pobres no pasó nada. Sólo cuando se extendió al robo de cadáveres de blancos se prohibió, en Inglaterra, el trabajo de estos “resurreccionistas” a quienes Cooper tanto defendía.

Al comienzo trabajábamos con una disimulada repugnancia y, pese a los guantes de goma, nos lavábamos repetidamente las manos después de terminada la disección. Pero, con el paso del tiempo, nos habituamos a esta tarea y comíamos sandwichs con toda despreocupación encima del cadáver. Con el consabido escándalo de nuestra familia cuando les contábamos esta “hazaña”...

El curso de Biología tenía al sabio Juan Noé como profesor. Era venerado por sus ayudantes y temido por los alumnos. Lo habían traído, unos 33 años antes, desde Italia donde fue discípulo de otro sabio, Bautista Grassi. Sus amplios conocimientos los derramó a raudales en este joven país iniciando varios ramos que aún no se desarrollaban por estos lados: Biología, Embriología, Anatomía Comparada, Parasitología, Histología. Durante esos años había formado a todos los médicos, dentistas, farmacéuticos y veterinarios existentes en el país. Y había transformado la Facultad de Medicina y Farmacia en Facultad de Biología y Ciencias Médicas.

Del profesor Noé se contaban muchas anécdotas, algunas de ellas posiblemente inventadas, como ésa de que los alumnos, cansados de sus arbitrariedades, lo habrían lanzado a la fuente que adornaba el segundo patio.

Otra de ellas era que, cuando estaba relatando acerca de una tribu africana cuyos integrantes masculinos estaban muy bien dotados sexualmente, una alumna se pone de pie y se dirige a la puerta, tal vez para ir al baño; lo que provocó la reacción del profesor quien le dijo... “señorita no se apure, el barco para Africa sale el próximo mes...”.

El profesor Noé, a pesar de sus varios años en Chile, tenía el inconfundible acento italiano. Nos divertíamos cuando nombraba a la *Drosophila Melanogaster* “de ojo colorao...”. Por lo que no fue extraño esa vez que, queriendo ayudar a un alumno, le inició una frase para que él la completara...: “al beber de esa sustancia se in... ¡se introduce!, contesta el alumno...” nó señor, se in... “¡se inflama!...” nó señor, se in... “¡se inocula!...” ¡nó, señor! (su ira iba en aumento), se in... “¡se incorpora!...” ¡nó señor... “se invenena..!”...váyase a sembrar papas o a estudiar leyes...”. Esta última era su frase predilecta.

Decía que era temido por sus alumnos... Y era cierto pues, fuera de ser muy estricto en los exámenes, cuando se enojaba con alguien que no supiera, sacaba mal a todos los que seguían en la lista, y no se detenía hasta que se le pasaba el enojo. Era el “filtro” del Primer Año. Por eso, cuando interrogó al hijo de un profesor muy amigo de él, y éste no contestó, le cambió la pregunta dos o tres veces. Como sus compañeros notaron ese tratamiento de excepción para con el hijo de su amigo, empezaron a abandonar la sala... Viendo esto, el profesor Noé se enfureció y echó a gritos al examinado diciéndole que “era

una vergüenza que el hijo de tan eminente profesor fuera un ignorante, y que hasta sus propios compañeros se retiraban avergonzados del espectáculo...". No necesito decir que yo, que le seguía en la lista, y muchos más detrás mío, salimos mal en Biología...

Corría la voz que Noé era fascista (todavía se recordaba a Mussolini, y varias veces no se había expresado bien de las democracias). Incluso se le tachaba de antisemita. Con el correr de los años, y tras su muerte, sus ayudantes se encargaron de desmentir ese aserto, lo que parecía aceptable ya que varios de sus ayudantes preferidos eran de origen semita: Neghme, Faiguenbaum, Agosín. Lo cierto es que su obra, no sólo en la Facultad sino también en Arica, donde hizo desaparecer la malaria, mereció el reconocimiento de toda la Nación.

Yo fui el último de sus alumnos pues, en el verano de 1947, y cuando estaba preparando mi examen de repetición en Biología, supe de su lamentable muerte.

Pero, la vida tiene sus vueltas. Cuando me recibí de médico fui a trabajar a Arica, donde toda la ciudad recuerda al sabio Noé: el Hospital "Juan Noé", la avenida "Juan Noé", el parque "Juan Noé", la Estación Antimalárica "Juan Noé", población "Juan Noé", etc. Y, para colmo, años más tarde, mi hija mayor casó con el hijo del Dr. Alee, uno de sus ayudantes ariqueños.

1947. El Presidente González Videla se deshace, en su Gabinete, de los comunistas y promulga la Ley de Defensa de la Democracia. Se funda la Universidad Técnica del Estado y se inicia la construcción de la Fundación de Paipote, en el Norte Chico. El fisiólogo argentino Bernardo Houssay recibe el Premio Nobel de Medicina por sus trabajos fisiológicos, especialmente en diabetes. Dada la supremacía norteamericana a este respecto, los chilenos lo tomamos como triunfo personal.

En Europa, J. Paul Sartre y Camus difunden su teoría del Existencialismo, que prende entre nosotros, los jóvenes de ese tiempo. Leo "Servidumbre Humana", de Sommerset Maugham, y me identifico de inmediato con su protagonista existencialista.

Este 2º año tuvimos Anatomía Topográfica, con la misma pareja del Primer Año, y a los profesores Hoffman de Fisiología, y Walter Fernández, de Histología. Este último, también discípulo de Noé, se solazaba dibujando, en el pizarrón, hermosos tejidos del organismo a varios colores. Era tan artista para el dibujo como destacado melómano.

Siempre he pensado, y lo digo a mis alumnos, que la vida es muy corta como para dedicarla a una sola actividad.

Desde adolescente me atraía la música. Aunque la Medicina fue mi meta a lograr, y a ella dediqué todo mi esfuerzo y afán, han existido otras cosas que han ocupado un lugar en mis aficiones. La música es una de ellas.

Durante el Primer Año de Medicina ya tenía organizado un cuarteto vocal en el pueblo de Maipo (vecino a Buin), que actuaba en la zona cantando folklore chileno, canciones vascas y boleros. Nos sentíamos como los herederos

ros legítimos del trío “Los Panchos” que, junto a los jóvenes Frank Sinatra y Pedro Vargas, eran las figuras emergentes del “Hit Parade”, audición radial esperada con fascinación por la juventud de los años 40. Y un Centro Juvenil de Maipo artístico y literario que tenía entre sus componentes, a Fernando Garrido (que terminó como Director de la Escuela de Ciencias Forestales, allá en Antumapu) y Pancho Cumplido (más tarde Ministro de Justicia y Secretario General de la Universidad de Chile).

El año anterior había escuchado un Concierto del Coro de la Universidad de Chile y su música me maravilló. Por lo que ingresé este año y me sumé a unos setenta coristas que acudían, dos tardes por semana, a un amplio salón en Bellas Artes donde Mario Baeza realizaba, con gran sacrificio, sus ensayos.

Digo “sacrificio” porque ni la Universidad ni el Gobierno le prestaban una ayuda significativa. El magro sueldo que Mario y su ayudante, Hugo Villarroel percibían, sólo les alcanzaba para su supervivencia, que completaban con clases en liceos. Eramos nosotros, los coristas, quienes financiábamos nuestras propias partituras y uniformes.

El Coro es una actividad muy especial pues el Director debe enseñar todas las voces, seleccionar el repertorio, adaptar las cuerdas, escribir la música, y pasar largas horas preparando cada cuerda. Luego vienen los ensayos generales para pulir las interpretaciones y enseñar vocalización. Todo esto hace que, a menudo, el Director se desespere cuando algo no sale bien y quienes “pagan el pato” son los coristas. En esa época eran famosas las rabietas de Arturo Medina, con su Coro Polifónico de Concepción, el mejor Coro del país en esos años. En otras palabras, los coristas pertenecen a un grupo donde tienen que pagar para ensayar y actuar y, encima, aceptar los gritos y retos del director. Pero todo es tolerado porque, para el corista, la música es su “amante” y, en consecuencia, se le acepta todo.

Ensayamos duro esos dos años y medio, pues el año 1950 iríamos al Norte, en gira hasta Arica. Justo en 1949 la Universidad parece que escuchó mi queja y nos arrendó una casona en Lira 150, la que acondicionamos con muebles, vajillas y demases traídos de nuestras casas. Durante varias décadas tomé onces en una vajilla color café, de Tomé, sacada subrepticamente de mi casa. Y, por mucho tiempo, mi mamá se devanó los sesos tratando de entender esa desaparición, adjudicándola finalmente a algún ladrón “selectivo”...

La gira al Norte resultó el año 1950, viajando en el crucero Prat y ofreciendo conciertos desde Arica hasta Copiapó. Llevábamos, con nosotros, a un inteligente muchacho iquiqueño. Lo llamábamos “Yodo” y había sido acogido, por Mario, en una pieza de nuestro local. Estaba encargado de un número de títeres que, pronto descubrimos, arrancaba más aplausos que nuestro elaborado repertorio coral y que el conjunto folklórico. El muchacho se llamaba (y todavía se llama) Alejandro Jodorovsky y todos saben cómo creó los mimos en Chile, que opacó, en Francia, al mismísimo Marcel Marceau y que, de vez en cuando, vuelve a su patria con libros de poesía, narraciones esotéricas, Tarot y películas a su haber.

Durante todos los años de la Facultad seguí cantando en el Coro, alternando estimulantes conciertos y giras, con interminables ensayos. Alcanzamos la cúspide cuando cantamos “El Mesías”, de Haendel, que dirigió Víctor Tevah en el Teatro Municipal. Sólo ahí vine a saber que Mario Baeza nunca había pisado el Conservatorio Nacional de Música y era un perfecto autodidacta. Razón por la cual no era aceptado por los doctos de la música. Lo que no fue obstáculo para que su empuje lograra que cantáramos “Israel en Egipto”, de Haendel, la “Egloga”, de Santa Cruz, “Carmina Burana”, de Orff, etc.

Este hecho elevó aún más el concepto que de él ya tenía, especialmente cuando su ejemplo logró que su lema: “Para que todo Chile cante...”, se cumpliera ampliamente. Chile, en la década de los 60, se convirtió en el País de los Coros.

Una vez terminados mis estudios de Medicina seguí la huella de Mario Baeza como Director de Coros, organizándolos en todas las partes en que me detenía (Maipo, Arica, Santiago). Y esto durante 22 años. Y, desde luego, las “rabietas” esta vez corrieron por mi cuenta... En Santiago, con el Coro del Hospital San Borja- Arriarán participé en numerosas ceremonias Universitarias, congresos médicos, ceremonias rotarias, etc.

Mi contacto de casi 30 años con los coros, me convenció que toda gente que canta no puede ser mala. La música sublima los pensamientos, alegra el alma y no deja hueco para envidias, enemistades ni cosas negativas. A la gente con depresión le recomiendo que cante, y verá cómo desaparece ese estado y apreciará las cosas con un prisma positivo.

Incluso yo, hoy día, ya entrando al 8º decenio de la vida, cuando aparece algún atisbo de depresión me pongo a cantar: “El tiempo pasa... nos vamos poniendo *regios*...”.

Es cierto, la vida es muy corta como para dedicarla a una sola cosa...

1948. Pero, volvamos a la Medicina...

El 3º año significó el término de los ramos básicos y el comienzo de los ramos preclínicos. Con ello aumentó la carga de materias, pero, en 3º, tres profesores descollaban: Emilio Croizet, en Anatomía Patológica, Amador Neghme, con Parasitología y Eduardo Cruz-Coke, en Química Fisiológica,

Croizet era francés de nacimiento, pero estudió en Chile donde se graduó de médico. Volvió a Francia y estudió con Babinsky, Vásquez, Widal, Roux y Metchnikoff. De regreso a Chile, se dedicó a la Anatomía Patológica. Todo esto le daba gran prestigio (los chilenos siempre hemos sido extranjerizantes...). Se rumoreaba que era hijo natural del Presidente Balmaceda, pero su fama derivaba, para sus alumnos, de su carácter festivo y de sus alardes de hombría. Para lo último acostumbraba a saludar dando un apretón de manos extremadamente fuerte y a cimbrar a su víctima. Por lo que debíamos abrirnos de piernas para sujetarnos de sus apretones de manos.

Corría la anécdota que, explicando los elementos vasculares en una

autopsia, observó a una alumna que hacía abandono de la sala de autopsias. Rápidamente hizo un juego de palabras, mirándola fijamente:.. “p’a qué te vas, culo nervioso...”.

Lo cierto es que gozaba de mucho prestigio entre sus pares, por lo que se le aceptaba todo. Por eso es que, en una ocasión en que autopsiaba un cadáver con diagnóstico de tifoidea, enviado por el profesor Balmaceda, Croizet preguntó, con su gran vozarrón... “¿quién palpó este bazo...? Y el pulcro profesor Balmaceda, allí presente, contestó... me pareció palparlo, profesor...”. A lo que Croizet le lanzó un bazo, de apenas unos 15 cm, diciéndole: ...¡Aquí tiene su porquería de bazo...! Lo que mereció sólo una mirada comprensiva del educado profesor Balmaceda.

El profesor Neghme era el polo opuesto. Alto y gordo a la vez, su rostro, tras unos gruesos lentes, era mezcla de mapuche y de oriental. De modales suaves y de una enorme energía, enmascarada en una modestia legítima, dirigía un equipo que se mimetizaba con él. O más bien con la especialidad. Se decía que todos tenían “cara de vinchucas”: el Dr. Faiguenbau, el Sr. Silva, el Dr. Agosín, él mismo, etc. Fue el primer profesor que nos hizo salir de las murallas de la Facultad para recorrer escuelas y poblaciones para hacer encuestas parasitológicas de deposiciones. Su vitalidad me atrajo enormemente. Por ello, ese diciembre de 1948, cuando se incendió la Escuela de Medicina, sus alumnos nos comprometimos a trabajar, durante el próximo verano, para recuperar el numeroso material perdido. Promesa que sólo cumplimos religiosamente unos pocos condiscípulos: Schenone, Meneses, Artigas y yo. Los mismos que continuamos como ayudantes de la Cátedra por algunos años.

El profesor Neghme era muy conocido en Latinoamérica y los Estados Unidos, donde él dictaba cátedra. Personalmente y a través de su Boletín de Parasitología. Es que la Parasitología florece, desgraciadamente, en los pueblos subdesarrollados. A medida que un país sale del subdesarrollo, la Parasitología languidece hasta desaparecer. Después llegó hasta el Decanato y, con la Reforma Universitaria, renunció y actuó en Brasil donde volvió a brillar con luces propias.

El profesor Enrique Egaña, de Fisiopatología, tenía fama de ser un “sabio loco”. Ello puede deberse a que fue “joven” hasta el final de sus días. Y ser siempre joven, para algunos, significa alteración mental. Padre de una familia bien situada económicamente, él murió pobre. Al igual que Claude Bernard, su guía espiritual, llevó su cama al laboratorio dedicándole todos sus esfuerzos. Felizmente sólo en eso imitó al gran Bernard, pues su mujer no lo abandonó ni se convirtió en su peor enemiga, como le sucedió a Bernard.

Pero la estrella de este año era, sin duda, Cruz-Coke, profesor de Química Fisiológica. Lo precedía su fama de haber sido candidato a la Presidencia de Chile, donde fue presentado como “el iluminado”, perdiendo frente a González Videla. Pero, además de político, era un científico de renombre internacional. Por lo que nos sentíamos importantes de tener un profesor de esa

altura. Sus clases eran encendidos discursos en que el contenido no importaba tanto sino el cómo lo decía. Su histrionismo para expresarse justificaba el sobrenombre de “iluminado”. Se paseaba inquieto tras el largo pupitre tapizado de blancos azulejos y terminaba sus frases con una enérgica expulsión de aire a boca cerrada y un repetido golpeteo sobre los azulejos. Más bien sobre un solo azulejo, por lo que más de alguien sospechaba que lo tenía suelto adrede para impresionarnos con su sonido...

En ese entonces había explotado, años atrás, la bomba atómica en Hiroshima y se hablaba mucho de la “transformación del átomo”. Nuestro profesor no podía quedarse atrás y nos anunció que haría una demostración de transformación de la materia mediante la ruptura de un átomo. La noticia se esparció por la capital y ese día el auditorio se llenó de estudiantes y periodistas. A duras penas sus verdaderos alumnos pudimos acomodarnos en el ya estrecho auditorium. El largo pupitre estaba lleno de una serie de tubos y matraces conectados entre sí por una serie de gomas. Ante una expectante concurrencia explicó que, para facilitar la comprensión del fenómeno, un líquido incoloro, que se introduciría por un extremo, saldría por el otro con un “marcado” color azul. Lo que certificaría la transformación del átomo.

Se hizo un silencio sepulcral cuando el líquido inició su recorrido por la serie de implementos hasta salir por el otro extremo con un marcado color... incoloro. Todos nos sentimos incómodos pero él no se amilanó y explicó que, a veces, los experimentos fallan... Más tarde aprenderíamos que todos los experimentos fallan cuando menos lo debieran. Lo curioso fue que al día siguiente los diarios ignoraron el incidente al que habían enviado sus mejores periodistas. Y, poco después, un periódico comentó que ese mentado experimento se hacía a los alumnos de liceo en los Estados Unidos.

Pero, sea como sea, eso no logró desilusionarnos de nuestro iluminado profesor. Por lo demás había sido el propulsor de la Ley de Medicina Preventiva, la Ley de Madre y Niño, así como la inclusión de vitaminas al pan, Ministro de Estado y líder del Movimiento Social Cristiano que, junto con la Falange Nacional, formarían más tarde, el Partido Demócrata Cristiano. Todo un personaje.

Durante los tres primeros años nuestro curso participó activamente en deportes.

Teníamos un buen equipo de fútbol, donde brillaban Sergio España, Pilolo Rodríguez, Sergio Valiente, Arturo Jirón, Gonzalo García, Andrés Bahamonde. Pero solamente llegábamos a la final, pues allí nos topábamos con el equipo de Mario Ibáñez (el sucesor del “Pulpo” Simián, en el equipo profesional de la “U”) y ahí no podíamos hacer goles. Claro que también ellos, dos cursos más arriba, tenían a Fuenzalida (más tarde jugador profesional de Rancagua), la “vieja” Antilo, el “gringo” Schuster y el “globo” Montt (ambos fueron Ministros de Salud más tarde), “Kico” López.

Durante las Olimpiadas Universitarias todos nos metíamos en todo. Para seleccionar al equipo de ski, viajamos en camión a Farellones y se eligió al que

lograba llegar a la meta sobre los skies... Lo logró Victorino Farga quien, pese a que recién había conocido ese implemento, ganó el torneo de ski. Lo cómico fue que a Victorino se le rompieron los skies artesanales que usaba, metros antes de la meta, lo que no impidió que caminara, a trastabillones, hasta el punto de llegada.

En atletismo yo hacía 100, 200 y 400 metros, postas, salto largo, salto alto y... lanzamiento de la bala. Amén del basketball (donde eran estrellas Tomicic y el indio Matieu) y el rugby (donde hasta el gordo Maira me ganaba en velocidad...). Para qué decir que llegaba "hecho un quejido" a la casa, donde mi mamá me friccionaba con Linimento Sloan y me hacía prometer que el próximo año no me prodigaría tanto. Promesa que no cumplía, obviamente

Estas actividades deportivas, que casi siempre terminábamos ganando, nos unieron mucho al "Tercer Año", como les llamábamos a nuestros rivales, con quienes convivimos en el futuro: Manuel Santos, Pedro Castillo, Antilo, Enrique López. No sé si ahora se hacen Olimpiadas, pero esta actividad deportiva es muy necesaria en nuestro duro trabajo intelectual. Nos acerca a otros cursos, da una saludable salida a las energías propias de la juventud y... revasculariza el miocardio, como prevención del infarto en nuestra vejez.

1949. El año lo empezamos en una nueva sede, en Borgoño, donde estaba Parasitología. Esto como resultado del incendio de la vieja Escuela y a la espera de la próxima construcción de la tercera Escuela de Medicina (la primera en San Francisco, la segunda en Independencia). Y esta espera fue de... ¿25 años?...

Entretanto, detrás del Existencialismo, aparece el Teatro del Absurdo, de Ionesco, Beckett y Genet, que será acogido, más tarde, por el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, con obras como *El Rinoceronte*, *Esperando a Godot*, *Huis clos*. Para qué decir que me convertí en habitué del Experimental, así como del Teatro de Ensayo de la Católica. Especialmente cuando nuestro compañero, Alberto Heiremans, que se retiró prematuramente de sus estudios de Medicina, empezó a componer sus obras de teatro.

Este 4º año, también preclínico, contaba con Medicina Legal, Farmacología, Higiene y Semiología, en el Hospital San Vicente, con la pareja Balmaceda-Urrutia. Todos esos ramos contaban con nuestra especial atención por la calidad de sus profesores: Valdivieso, en Farmacología, meticoloso a la vez que práctico. Viel, en Higiene, con su estampa de Oxford-Man. Balmaceda, en Semiología, precedido de su fama en la Universidad Católica, de la que emigró por un incidente que nunca conocimos, con una claridad conceptual y un libro de apuntes de Semiología que se hizo famoso entre los estudiantes: "el Balmaceda". Ya empezábamos a tomarle cariño al Hospital San Vicente.

1950. Se termina la construcción de la planta siderúrgica de Huachipato, que se une a la planta de Paipote y la revista "Topaze" satiriza estas dos realizaciones de González Videla, a la vez que se ríe de la afición por el baile del

presidente. Este año el británico Bertrand Russell obtiene el Nobel de Literatura lo que habla bien de la Academia Sueca que, en años pasados se lo han otorgado, con justicia, a W. Faulkner, T. S. Elliot, A. Gide y H. Hesse. Pero no siempre acierta ya que el próximo año lo otorgará a un sueco desconocido y, en 1953, nada menos que a Churchill... que lo único que escribió fueron las memorias de la Segunda Guerra, lo que no es mérito, pues él fue un protagonista principal. Y eso no es creación.

Los 5º y 6º años eran los ramos clínicos tan ansiados por todos. Se ingresaba al hospital, con su olor a remedios característico, y se circulaba entre personal vestido de blanco, con médicos de delantal y el fonendoscopio asomado en el bolsillo. Después averigüé que el delantal había aparecido en Europa sólo en el siglo 19, reemplazando la levita, peluca y toga de los médicos antiguos. Cuando el personal auxiliar nos trataba de doctores se nos inflaba el pecho y tratábamos de relegar al olvido los años básicos y preclínicos, olvidando que esos años nos permitirían entender el mecanismo íntimo de las enfermedades que íbamos a estudiar.

Nos dividieron en dos grupos: unos en el Hospital del Salvador, con la pareja de profesores Armas Cruz y Alessandrini. Y nosotros en el Hospital de San Vicente de Paul con la pareja González Cortés y Velasco Sanfuentes. Esta etapa es la que más se recuerda, pues hay una convivencia más íntima con el equipo de médicos. Y un contacto directo con el enfermo, nuestro principal motivo.

El profesor de Medicina, Exequiel González Cortés, tenía la tez morena del hombre de campo. Como que era además, agricultor, con un fundo en San Vicente de Tagua-Tagua. De vigorosa contextura, reposado, más bien quitado de bulla y con mucho sentido del humor, sus astutos diagnósticos le habían valido el apodo de "El Zorro". En una época en que sonaban los nombres de otros próceres de la Medicina Chilena: Hernán Alessandri, Alejandro Garretón, Monckeberg, Vicuña Herboso, Balmaceda, Vargas Molinare y Covarrubias, todos ellos apellidos de alta alcurnia, González Cortés aparecía como un campesino más bien ladino. Pero este zorro "se las traía": había viajado a Europa donde estudió con los franceses Dieulafoy, Landouzy y Vidal. Y a Alemania, donde estuvo con Ehrlich y von Bergman. Por lo que era un huaso que dominaba el francés y alemán. Era, al decir de Garretón, parco en hablar, de clara inteligencia y razonada experiencia. Y de una humildad ejemplar, yo agregaría.

Un compañero nuestro, Alvaro Plaza, tuvo una anécdota que lo retrata de cuerpo entero. Llegó Plaza muy temprano al hospital, pues tenía que presentar un enfermo, en la clase de esa mañana. En la sala necesitó tomarle la presión al paciente y solicitó un aparato al mozo que pasaba por ahí. Este se lo pasó solícitamente, por lo que Plaza le agradeció con un "¡gracias, negrito..! Una vez en el aula entra el profesor González Cortés a dictar la clase y, a Plaza, se le pararon los pelos de punta... El "negrito" que le había pasado el esfigmomanómetro no era sino el mismísimo profesor González Cortés, quien le dedicó una bondadosa sonrisa...

La Sala San Carlos, donde trabajábamos, tenía docentes de gran calidad, encabezados por el Dr. Hermosilla, el popular “Don Floro”. Dedicado a la gastroenterología, Don Floro tenía inclinaciones por la pancreatitis crónica recurrente y por... El Quijote. Años más tarde supe que, en los exámenes, no faltaba su pregunta sobre El Quijote. Seguramente había leído a Sydenham, ese gran clínico del siglo 17 quien, cuando le preguntaron cual era el mejor libro de Medicina, contestó “léase El Quijote”...

En Medicina nos enviaron, alguna vez, al Hospital de Infecciosos, con el equipo del Dr. Roque Kraljevic. Así como hicimos Nutrición con H. Dooner. Con él aprendí que existían las radichas, el salsifí y los repollitos de Bruselas...

Cierta vez el zorro González Cortés nos dio una muestra de su picardía. Dentro de su equipo de buenos docentes había uno que no lo era tanto y por ende, era motivo de un discreto aislamiento por sus colegas. Estaba el profesor examinando un paciente con dextrocardia ante un grupo de compañeros. Como pasó por la sala el mencionado médico (lo llamaremos Dr. X., para no herir a nadie) el profesor lo llamó para que examinara al paciente delante de los alumnos. Y éste, muy solícito, auscultó el área cardíaca, a izquierda obviamente, e informó “tonos normales”. El profesor lo corrigió explicándole que se trataba de una dextrocardia, y que había auscultado erróneamente. Al día siguiente estaba el profesor examinando, con otro grupo de alumnos, en la misma cama y volvió a pedir al Dr. X que examinara al paciente ante el nuevo grupo de alumnos. Este, que recordaba el chasco del día anterior, se agachó y examinó directamente el lado derecho del paciente. Y se irguió informando, lacónicamente, “Dextrocardia, profesor..”. No doctor... el paciente con dextrocardia fue de alta ayer...

Pero el zorro González Cortés tenía otros méritos. De Alemania había traído la idea de sacar una Ley para establecer un Seguro Social de Enfermedad. A pesar de ser Diputado Conservador y venciendo muchos obstáculos políticos (empezando por su propio partido) logró sacar adelante la famosa Ley 4054, del Seguro Obrero. Ley que fue la base de la legislación de Medicina Social en las décadas siguientes. Fue Diputado y Senador por O'Higgins y Colchagua. Presidente del Partido Conservador. Presidió la Sociedad Médica de Santiago y muchas instituciones afines. Falleció a los 78 años dejando una viuda, la Sra. Elena Schulz y ocho hijos.

Cada vez que visito el Hospital de Niños Exequiel González Cortés pienso en mi profesor, con su cara morena de huaso ladino examinando, con su proverbial bondad, a sus enfermos de la sala San Carlos y pasándole el esfigmomanómetro a algún alumno despistado...

La Cátedra del profesor Alfredo Velasco Sanfuentes tenía que ser mi preferida pues, desde esa fecha, decidí ser cirujano. Al profesor Velasco lo apodaban “Popeye” por su voz ronca salpicada, ocasionalmente, con algunos gallitos. Era un excelente docente, por su orden y claridad para explicar. En lo que lo seguía, estrictamente, su joven jefe de Clínica, el Dr. Luis Figueroa G.

Aunque la mayoría de las clases eran muy claras, ordenadas y bien

expuestas, dos clases se destacaron. Una del profesor Velasco, relatando sus vivencias de Interno de Medicina de principios de siglo y otra de Mario Folch, un anesestesiólogo humanista y de amplia cultura general.

Nos explicaba el profesor Velasco que, a comienzos de este siglo XX, y ante la enorme mortandad en los hospitales a causa de la "gangrena de hospital", las personas adineradas preferían que las operaran "a domicilio". Para ello se elegía una pieza en primer piso, con ventana a la calle, y se estucaban, con cal, sus paredes, para desinfectarlas. Se elegía una mesa de madera angosta, para acercar a ayudante y se traía, desde el hospital, la caja de instrumental que se esterilizaba con alcohol y una bolsa de oxígeno. Un asustado interno oficiaba de anestesista y administraba el famoso goteo de cloroformo "a la reina". Solamente cuando los "corcovos" del paciente cesaban (no existía aún la inducción anestésica) los cirujanos iniciaban la operación. Pero la anestesia todavía era peligrosa, pues la dirigía el cirujano, según el color de la sangre... Si la sangre tomaba un color violáceo había que disminuir, precipitadamente, el goteo. Por lo que, a veces, se le pasaba la mano, en el goteo, al anestesista y el paciente fallecía. Entonces el equipo abandonaba calladamente el campo por... la ventana. De allí la exigencia de "ventana a la calle".

Si non é vero é ben trovato... (= si no es verdad, al menos suena bien...).

Muchas otras anécdotas contó y esa clase nunca la olvidamos.

El doctor Folch nos anunció un tema de moda: la hibernación artificial.

Los alemanes, durante la 2ª Guerra Mundial, experimentaron con sus prisioneros para combatir la respuesta del organismo ante agresiones externas graves (el frío en Rusia, los gérmenes virulentos, etc.). Ello porque el frío hacía estragos en sus tropas durante la campaña en la Unión Soviética. Mediante un "cocktail lítico" y hielo local inhibían la respuesta febril, la taquicardia, hipertensión, dolor, responsables de las muertes, manteniéndolos "hibernados" artificialmente hasta que se extinguiera la agresión. Los médicos franceses, descubridores de estos anti-éticos experimentos, lo aplicaron a la Medicina con buenos resultados iniciales. Me sirvió la hibernación artificial en mi posterior desempeño en Arica, donde lo apliqué en eclampsias infantiles, hipertemias malignas y contusiones cerebrales graves. Todo ello apoyado desinteresadamente por el Dr. Folch, desde Santiago. Aunque el método se abandonó, sus drogas líticas (Largactil, Diparcol y Fenergán) sirvieron de base a eficaces medicamentos actuales. Pero nunca he olvidado la ayuda espontánea y altruista del Dr. Folch, un humanista excepcional.

Aunque no fui alumno del profesor Rodolfo Armas Cruz, mis condiscípulos en el Hospital del Salvador, que fueron sus alumnos en Medicina Interna, nos hablaban de su cultura médica lindante en las fronteras del saber de su época y con una capacidad docente apoyada especialmente en el diagnóstico diferencial, imprescindible para nuestro futuro desarrollo clínico. En ese entonces brillaban varios astros en el universo médico chileno: Hernán Alessandri, Alejandro Garretón, Félix de Amesti, Ruperto Vargas

Molinare, Orrego Puelma, Eduardo Cruz-Coke, Vicuña Herboso, etc. Corría la anécdota que el profesor Alessandri, interrogado sobre cuál era el mejor internista de Chile contestó, con ese tono característico de quienes tienen una excelente opinión de sí mismos, "...mire, hombre... Armas Cruz es el que me sigue más de cerca...".

Pero Armas Cruz no se detenía sólo en la Medicina. De una cultura general amplia, dominaba la Historia Universal y Chilena, hablaba varios idiomas y, especialmente, rebasaba una especial simpatía, propia de los obesos, que lo hizo acreedor de acompañarnos, durante muchos años, a las reuniones de postgrado de nuestra promoción 52, en el Club de Campo del Colegio Médico. Eramos, para él, "su curso regalón", nos decía.

Interesante fue el 5º año de Medicina, que nos ligó definitivamente al hospital.

Pero mi pasada por cirugía marcó mi destino futuro. Tanto así que el Curso de Neurología no dejó huellas en mi naciente afición quirúrgica.

El 6º año correspondió a Obstetricia-Ginecología y a Pediatría. Tuvimos dos profesores especiales: Monckeberg y Scroggie.

Era el último año del profesor Monckeberg. Lo apodaban "el Faraón" y, tras 36 años de profesor del ramo, acusaba su cansancio. Lo vimos muy poco, pero su primera aparición fue espectacular, confirmando su apodo de "el Faraón". Ante un Auditorio lleno de alumnos aparecían, primero, sus ayudantes jóvenes, luego los de mediana edad, (todos cubiertos con largas capas), después sus Jefes de Clínica para, finalmente, hacer su aparición "el Faraón", de porte majestuoso e irradiando tal solemnidad que sólo faltaba la música de fondo de alguna ópera de Verdi.

Debido a su larga permanencia frente a la cátedra, sus jefes de Clínica habían envejecido a su lado y ellos llevaron el peso del Curso, los Dres. Albertz y el "Macho" Puga. Pero recuerdo que los escuchaba con emoción cuando se referían al "orgullosa andar de la embarazada, con la especial hermosura de su rostro, que le confiere el embarazo...". En esa época esto lo tomaba como un fanatismo de los obstetras pero, a lo largo de los años, comprobé la exactitud de esa frase.

Tuve mala suerte en que no me tocara subir al pabellón a participar en alguna operación cesárea. Y así fue que, al día siguiente de dar mi Examen de Grado, viajé a un breve reemplazo a Curanilahue, como único médico del pueblo minero. Y la primera y segunda noches hube de intervenir en dos cesáreas con una demora desmesurada (6 y 5 horas) ya que, como cirujano incipiente, ignoraba que no se ligaban los vasos al abrir el útero. Fue el producto de no haber visto siquiera operar cesáreas. Felizmente eso hoy no sucede y los alumnos participan en numerosas cesáreas durante su paso por Obstetricia.

Pediatría la dictaban la pareja Scroggie y Baeza Goñi. Al primero le agradecí mucho su buena preparación cuando tuve que prodigarme, en Curanilahue, preparando "Babeurre" y otras fórmulas de la época. Gantz nos había hecho, previamente, un Cursillo de Puericultura.

Sexto y Séptimo años de Medicina no se recuerdan mucho, pues las Especialidades son de corta duración. Sólo algunos nombres destacan: Wood, en Ginecología, Verdaguer, en Oftalmología, Prunés-Hevia en Dermatología, Matte Blanco-Téllez en Psiquiatría, Orrego Puelma y Sótero del Río en Tisiología, Coutts-Lobo O'Neil-Vargas Salazar en Urología, Castro Oliveira en Otorrinolaringología.

Pero el año 1952 lo recuerdo por dos hechos: Colliguay y el viaje de estudios a Europa.

El último año de Gobierno de González Videla fue tumultuoso. La gran inflación y los movimientos gremiales, liderados por Edgardo Maas, tuvieron en continua inestabilidad a las autoridades. Culminó esto con la extraña desaparición de los dirigentes Edgardo Maas, de los Empleados Públicos, y Domiciano Soto, de los obreros. La Izquierda acusó al Gobierno de haberlos raptado y, quizás, asesinado, lo que inquietó enormemente a la opinión pública. Y el Gobierno aseguraba su inocencia, denunciando un complot para provocar su derrocamiento. Por lo que toda la policía se lanzó en la búsqueda de los desaparecidos. Hasta que Carabineros los ubicó en una parcela abandonada, en Colliguay, donde los pretendidamente "raptados" jugaban rayuela con los "raptores". Y quedó en descubierto un autorrapto que pretendía derrocar al Gobierno. Fue casi el único acto político que nos desvió, momentáneamente, de nuestros estudios. Y con razón, ya que era algo nunca visto entre nosotros.

A finales de la carrera hicimos nuestro ansiado viaje a Europa. Desde los primeros años habíamos estado reuniendo, de a poco, el dinero y estudiando las maneras de guardarlo en un lugar que reditara intereses. Hicimos rifas de autos, bingos, avant premières de películas, kermesses hasta reunir los fondos necesarios. Viajamos más de 60 compañeros acompañados de los profesores Méndez Ochoa, Acevedo Davenport y Raul Yazigi. Los viajes de ida y vuelta lo hicimos en los barcos Santa Fe y Entrerriós, barcos tipo Liberty, desechos de la Segunda Guerra, no acondicionados para pasajeros y que traían inmigrantes europeos para financiar a la Compañía Doderó, propiedad de Eva Perón.

Era la época de la borrachera justicialista en Argentina. Los nombres de Perón y Evita estaban por doquier. En todas partes se leía el slogan ése de "Perón cumple... Evita dignifica". En Buenos Aires, y antes de embarcarnos para Europa (los viajes por "aeroplano" todavía eran escasos... y caros), nos llevaron a conocer la Ciudad Infantil "Eva Perón". Se trataba de una réplica de una ciudad, pero a escala pequeña. Había allí casitas para niños, escuelas, iglesias, bancos, estaciones de servicio ("bombas de bencina" les llamábamos entonces), estadios, teatros, piscinas, etc., todo a escala de niños. En un salón de juegos una mesa de ajedrez con sus piezas colocadas en orden de tamaño descendente, lo que denotaba que los mayores no tenían noción de la colocación de las piezas. Era evidente que esa ciudad infantil estaba para ser mostrada a los extranjeros, pero que los niños no la usaban.

Pese a las incomodidades del barco hicimos, del viaje, una fiesta continua, que culminó con la Fiesta de Neptuno, al pasar la línea Ecuatorial. En la proa se realizó el tradicional Bautizo de Neptuno, para los que atraviesan por vez primera, la línea ecuatorial. Eso significa untarlos con engrudo y pescados malolientes para continuar con baños a “manguera limpia” y entrega de diplomas con sobrenombres alusivos, según las características físicas del bautizado, “Anguila” para las flacas, “Cachalote” para los gordos, “Congrio” para los colorados, “Pez-taña” para los dormilones, “lenguado” para los conversadores, “Pez-tilente” para los que huelen mal, etc. En la tarde presentamos un elaborado show con cantos, versos, sketches, bailes argentinos y folklóricos chilenos, cuarteto vocal *a capella*. En la noche fue el Baile de Disfraces ante la Reina del Barco, con disfraces que derrocharon ingenio. Yo, pensando en un disfraz “inteligente”, me presenté como una momia, totalmente vendada y expuesta en su sarcófago. Con el resultado que estuve toda la fiesta presenciando cómo mis compañeros se divertían, bebían y bailaban a gusto. Al parecer no fue muy inteligente el disfraz... Gracias a esa fiesta, la tripulación entendió que éramos pasajeros de un nivel más elevado que lo usual y, de ahí en adelante, nos trataron bastante mejor.

Hicimos escala en Las Palmas (para satisfacer nuestras necesidades fisiológicas juveniles) y en Marsella (para nuestras necesidades culturales) para desembarcar finalmente en Génova

Ya en Génova abordamos dos buses, con sus “guidatores” Volpi y Francesco, quienes nos pasearán por Italia, Mónaco, Austria, Alemania, Suiza, Francia, Inglaterra, España y Portugal.

Relatar detalladamente lo que vimos en el Viejo Mundo, sería motivo para un libro aparte. En breves trazos diré que Génova atrae al turista por... por su cementerio, donde todo es de mármol de Carrara, con figuras vestidas de finos encajes... de mármol. Así como Milán utiliza el cobre en sus esculturas del cementerio y luce su increíble catedral con centenares de torrecillas. Y está, por supuesto, su tradicional Teatro Scala.

En Pisa habría sido ridículo no visitar el campanilo de su catedral, convertido en la famosa Torre inclinada que, en esa fecha, se calculaba que se desplomaría en 400 años más. Por lo que pasamos sin temor por su lado... para continuar rumbo a Roma.

Con los ajetreos del viaje habíamos olvidado que estábamos en Año Nuevo, o Capo d’Anno para los italianos. La guitarra, que al parecer no es muy usada entre los “tanos”, me abrió las puertas para ser invitado, con otros compañeros, a celebrar el Capo d’Anno con familias romanas. Ellos no se abrazan, como nosotros, para esa fecha, pero tienen, en cambio, una costumbre original: lanzan a la calle, por la ventana, algún objeto inútil de la casa. Es un simbolismo de olvido de todo lo desagradable que dejó atrás el año viejo. Así, cuando nos retiramos (a las 5 de la mañana), tuvimos que sortear toda suerte de objetos rotos en las calles.

En Roma comprobamos que es efectivamente más pequeña que Santiago y que sus “filobuses” ruedan igualmente con racimos de pasajeros colgando como acá, pero por unas calles estrechas y serpenteadas. Hay muchas atracciones turísticas: sus innumerables fuentes, las ruinas romanas, sus catedrales, la Vía Appia con su policía que hace cómicas contorsiones para dirigir el desordenado tráfico, etc. Pero su máxima atracción es El Vaticano. Allí visitamos el enorme Museo, su Pinacoteca, la Capilla Sixtina con el monumental Juicio Final, su Basílica con el ortejo mayor de la estatua en bronce de San Pedro gastado por los besos de los visitantes durante 19 siglos... pero lo principal fue la visita al Papa.

El boato exagerado de los guardias y camarlangos contrastó con la sencilla, casi humilde, entrada de Pio XII (antes, cardenal Pacelli). Los estridentes gritos de los niños que lo avivaban lo ruborizó y pasaba sus manos a los peregrinos de la primera fila como queriendo abrazar a todos. Eramos más un centenar de personas de todas nacionalidades, credos y edades los que asistimos a esa audiencia semiprivada, pero cada cual creíamos estar a solas con él. Era tal nuestra emoción que nadie se atrevía a mirar a su vecino para no denunciar sus propias lágrimas. Emoción compartida tanto por creyentes como por no creyentes. Nos saludó a todos en diferentes idiomas preguntándonos por nuestro viaje, sobre cómo nos habían tratado y otras cosas tan sencillas como las que se dicen dos amigos que sólo ayer habían estado juntos. Esta naturalidad de la autoridad máxima de mi iglesia, distante del boato y orgullo de algunos de sus subordinados, me hizo pensar en la necesidad de las visitas de Sus Santidades a los países cristianos. Fue un momento mágico de nuestro viaje

Fuera de conocer lo turístico organizamos un conjunto artístico, cuarteto vocal a *capella* y conjunto folklórico con guitarra, que fue actuando en las embajadas llevando la alegría tanto a los nuestros como a los chilenos en el extranjero. Actuamos en varias embajadas chilenas. Pero la actuación más emotiva la cumplimos en Nápoles, en casa de Gabriela Mistral.

Su figura maciza, de 1.70 m de estatura y delgadas piernas nos recibió en su pequeña casa con jardín, acompañada de su secretaria norteamericana. Nos relató trozos de su vida reciente, como su accidentado viaje, en un pequeño barco de carga, a recibir el Premio Nobel en Suecia, cuya tormenta en el Mar del Norte hizo que el capitán los reuniera a todos para confesarles que el barco ya no le respondía y estaban a merced de las olas. Mientras todos a bordo oraban, a ella la invadió una calma que la sorprendió. La “calma de la muerte”, la llama ella. Se lleva las manos a la frente para asir las ideas que se le van con frecuencia... Habla de su vida como maestra rural y de las fantasías que se le han atribuido. Entre otras, que era lesbiana. Claro, ella había invadido un terreno propio de los hombres, hasta entonces: la docencia. Se peinaba hacia atrás, como los hombres. Era solterona y vivía con su secretaria norteamericana.

Su amplia frente, enmarcada por el blanco y liso cabello, se entristece al recordar lo ingrato del Gobierno chileno durante su cargo diplomático en

Bélgica, donde debió vivir de allegada con una familia belga, a pesar de ser la Cónsul de Chile en ese país.

Le cantamos canciones del folklore chileno, pero ella sólo recuerda, con cariño, una canción de su infancia: "La Pollita"... esa canción que empieza así... "Tengo yo...Tengo yo para hacer cría...Una po...una pollita en mi casa...". Por lo que se alegró mucho cuando tomé la guitarra y se la recordé entera.

Al despedirnos le insistimos que viaje a Chile, donde se la quiere con veneración, para que termine su poema descriptivo sobre Chile y que no ha podido terminar por falta de datos del huemul, el maitén y la palma chilena, datos que todos sus visitantes prometen enviarle, pero que nadie cumple.

Para qué decir que nos llevamos muy grabada su figura en nuestro recuerdo, como si fuera uno más de nuestros seres queridos.

En Italia visitamos Capri, de Axel Munthe, la medieval Siena y... Florencia, cuna de la cultura itálica repleta de museos e iglesias.

Por el paso de Brenner (famoso durante la Segunda Guerra Mundial) caímos al pintoresco pueblo de Innsbruck. Fuera de ser un centro de ski europeo y la capital del Tirol austríaco, Innsbruck nos encantó por su belleza. Una villa montañesa de ensueño, totalmente nevada y sembrada, aquí y allá, de casitas iluminadas como en las películas de Walt Disney. No podíamos creer lo que veíamos, niños lanzándonos pelotas de nieve y pequeñas volutas de humo ascendiendo, desde las chimeneas hacia las blancas montañas de los Alpes austríacos

Pasamos a Salzburgo, la ciudad de Mozart, por lo que no faltó la ritual visita al Mozarteum, con su monumental órgano. Y a Munich, cuya histórica cervecería nos desilusionó, pues no es el museo que creíamos que sería. Al parecer no les da mucha gracia que haya sido la cuna de origen del nacional-socialismo de Hitler. En Ulm nos impactó la enorme altura de la torre de su catedral, erigida por los artesanos del Medioevo desafiando las alturas y los vientos. Y todo ello por su enorme religiosidad, una manera que tenía el hombre medieval de honrar a Dios, sin pensar en la paga.

Pero, aunque la hermosura de sus ciudades aún se conservaba, en todas estas ciudades alemanas y austríacas, estaba patente aún la reciente Guerra Mundial, con barrios enteros en ruinas y los fierros de sus paredes al aire, como muñones desgarrados pidiendo piedad. Y, si desde nuestro Chile lejano algún día nos alegramos con los bombardeos de los aliados ahora, con las pruebas a la vista, nos sobrecogíamos con el solo pensamiento de las víctimas inocentes de toda guerra. ¿Por qué tiene que sufrir la población las disputas de sus gobernantes? Si los que mandan son tan patriotas, ¿por qué no van ellos a pelear en vez de mandar a los hijos de otros?

La pasada por Alemania significó "la fiebre de las cámaras fotográficas". En esa época (1952) todavía los turistas respetaban las reglas del comercio. Es decir, en España se compran las guitarras, en Suiza los relojes, en Holanda los quesos, en Alemania las cámaras fotográficas e instrumentos musicales. Italia

significa manteles y cristal de Murano. Y en Francia no se compra nada sino que se gasta la plata en Pigalle y el Moulin Rouge.

Es así que salimos de Alemania cargados de cámaras fotográficas. De aquellas con fotómetros y flash separado. Pero era un lío, pues había que utilizar una regla de tres para el cálculo de apertura del lente, del tiempo de exposición y la distancia, todo ello según los datos del fotómetro. Con el paso de los años aparecieron las cámaras "a prueba de tontos" que hacen todos los cálculos en forma electrónica. Y, como Japón arrasó con todas esas fabricaciones, hoy se compran a Japón los relojes (Seiko), la radios (Sanyo), las cámaras fotográficas (Canon), las pianolas (Yamaha) y hasta los autos se los han arrebatado a los Americanos. Sólo se han salvado los quesos holandeses... por ahora...

Ya en Suiza, visitamos la Organización Mundial de la Salud (OMS) en Ginebra. Fuimos a mirar a las lolas suizas a una cancha de patinaje. Cuando les explicamos que éramos de Chile, en Sudamérica, se pusieron a danzar como indios y a gritar tapándose alternadamente la boca... Una manera de tratarnos de indios... Desde luego no nos gustó nada la burla. O la ignorancia de ellas.

Francia significa, para el turista, París y, por lo tanto, cumplimos el rito de la Torre de Eiffel, la Place Pigalle, le Sacre Coeur de Montmartre, Notre Dame de París, el Louvre, Versailles y el Barrio Latino. Rito que, por conocido, no lo detallo, aunque cada uno de nosotros tendría mucho que contar. O que inventar. Lo cierto es que, quienes nos habíamos previamente instruido en nuestro curso de Historia Universal o en la Guide Bleu, nos dedicábamos a registrar las "gaffes" de los guías, especialmente en las "petites histoires" de los reyes de Francia. ¿Porqué en Chile se enseña tan detalladamente la Historia Europea, cuando los europeos no tienen idea del Nuevo Mundo? ¿Ni les interesa?

En Inglaterra, nos tocó presenciar el funeral de Jorge VI. Ahí comprobé la tan mentada "flema británica" pues el público, entre ellos nosotros, se agolpó a contemplar el funeral sin muestras mayores de emoción. Todavía, en esa época, se veían los típicos británicos vestidos de oscuro, su sombrero hongo y el infaltable maletín.

Entramos a España por Barcelona y la primera sorpresa la tuvimos con un lustrabotas catalán quien, al saber que éramos chilenos, nos dijo con muestras evidentes de asombro: "...¿y cómo habéis aprendido tan rápido el español...?"

Y, a propósito de idiomas... el recorrido tan rápido por tanta variedad de países no nos significó muchos problemas de lenguaje, casi siempre tratamos de aprender frases básicas. Así fue que, al desembarcar en Marsella, entramos a un restaurant y ensayamos nuestra mejor pronunciación francesa y el mozo nos contestó: "...el café ¿lo queréis con leche o tinto, chavales? Miramos el nombre del bar: "La Tasca madrileña". En Italia los dos "guidatores" se encargaron de ponernos al día en los garabatos itálicos: ¡Fascia brutal!, "Madonna de la putana", que creo innecesario traducir a mis cultos lectores...

Cuando entramos a Austria y Alemania, y mientras ya empezábamos a balbucear el italiano, no hicimos el menor empeño en aprender esos endiablados idiomas. A lo más aprendimos a pedir “eine grossen bier” y el tradicional “ich liebe dich” que hube de estrenar con una lola de Ludwigsburg con quien tuve un fugaz pololeo (“anduvimos” se dice hoy día...), durante los escasos tres días de estadía en Munich. Es que no se necesitan tanto las palabras, en el amor... sino el idioma universal de las manos y los besos.

España significó, para nosotros, el poder hablar y entender nuestro idioma. Recién entonces nos percatamos que el europeo es silencioso en la calle. La subida al Metro de París o de Londres se hace en religioso silencio y, si Ud., oye un parloteo en la calle, de seguro que es un latinoamericano. O español el que está hablando en voz alta porque, en España, el Metro es una sola bulla. Y las calles, también.

Junto a la visita al Papa, de Roma, y a nuestra Gabriela Mistral, se debe citar la entrevista (que, en realidad, fue monólogo) con Jiménez Díaz, en Madrid.

Jiménez Díaz era el internista español de fama mundial en esos días. Su texto de Medicina Interna, de 8 volúmenes, constituía la biblia de los internistas hispanoamericanos. Con un ameno estilo partía con la Anamnesis y Examen Físico de un paciente para seguir desarrollando el tema correspondiente. Era difícil determinar su tema predilecto, pues exhibía una profundidad y actualidad “de punta” en casi todas las patologías. Debe haber sido el último de los profesores “totipotenciales” del siglo, al menos en idioma español.

Jiménez Díaz nos recibió en su hospital y nos habló una larga hora sobre la cirrosis hepática, ante la actitud embelesada nuestra y del profesor que nos acompañaba quien, en Chile, había publicado un importante libro sobre el mismo tema. Pero, en ese momento, él era un alumno más de ese “monstruo” de la medicina hispanoamericana. Ya podríamos decir, a nuestro regreso, “..estuvimos con Jiménez Díaz”.

Recorrimos Madrid, Córdoba, Toledo, Sevilla y, en Vigo, embarcamos de regreso a nuestro Continente Americano.

Fueron casi dos meses de ver maravillas que nos dejaron abierto el apetito para, algún día, volver. Regresamos cargados de anécdotas, recuerdos “souvénires” y visiones maravillosas de Europa Central. Y, lo más importante, trayendo grabada, en la retina, una visión personal del Viejo Mundo. Algo que acrecentó enormemente nuestra cultura, elemento muy necesario para la profesión que íbamos a ejercer.

Ya de regreso, había que pensar en el examen de grado final. Este se rendía no en la Facultad sino en la Casa Central, ante una comisión de 5 profesores y a una hora extraña: las 19 h. Años después, recordando este detalle, pensamos que tomaban los exámenes después de atender sus consultas privadas. Cada profesor interrogaba acerca de su especialidad y, terminado éste, esperábamos, en el pasillo, el veredicto final. Veredicto que era dado,

con ademán importante y engolada voz, por el... empleado de servicio de la Facultad de Medicina. Decía algo así: "...Al alumno" fulano de tal "le otorgamos tantos puntos...". Y eso era todo. Al regreso de las vacaciones íbamos al Departamento de Títulos y Grados a recibir el Diploma respectivo, previo pago de los derechos.

Algo muy distinto a la actualidad en que hay tres ceremonias de Graduación: una en la Sede Universitaria correspondiente, otra en el Edificio Portales para los alumnos de toda la Facultad de Medicina, y otra en el Colegio Médico, como recepción de ellos para el Colegio de la Orden.

Es decir, ahora se le da la pompa e importancia que merece, ya que significa el fin de la época de estudios (19 años de una vida estudiando para obtener una profesión) y el comienzo de otra vida para el estudiante. Y la coronación de los sacrificios y desvelos de los padres, que han visto cumplido sus anhelos.

Y un día de enero de 1953 rendí el último y definitivo examen que me capacitaba para ejercer impunemente la Medicina. Esa noche salí de la Casa Central como flotando en el aire y mirando para todos lados a la espera que los transeúntes reconocieran que yo era un doctor

Me miré en una vidriera y vi que era el mismo de siempre.

Pero ya no era el mismo.

Estos son los recuerdos de mis siete años de estudiante en la Escuela de Medicina, desde 1946 a 1952.

A poco andar por mi nueva vida, y ya sin el apoyo de mis ayudantes, empecé a darme cuenta de algunas realidades.

Es cierto que, cuando egresé de la Escuela de Medicina, me sentía una especie de enciclopedia ambulante, pues creía dominar profundamente la Patología Médica. Pero era un conocimiento de afecciones graves, esas que habíamos tratado en el hospital.

Durante el mes de reemplazo en Curanilahue, con una carga asistencial de 200 pacientes diarios, la mitad de ellos lactantes, atendí una patología nueva para mí. Eran enfermos que, por sus afecciones leves, no requerían de hospitalización pero que, igualmente, necesitaban recuperar su salud para reintegrarse al trabajo. Y ahí aparecieron los resfríos, dolores de espalda, las diarreas, neurosis y leucorreas. Es decir, toda una gama de enfermedades que habíamos pasado por alto en el hospital, por considerarlas de poca monta. Las neumonías, con sus soplos tubarios y calofríos solemnes, fueron reemplazadas por las bronquitis y los estados gripales. Las gastritis y gastroenteritis reemplazaron a las úlceras pépticas y a las hemorragias digestivas del hospital. Y las infecciones urinarias sustituyeron a las peligrosas glomerulonefritis.

Y allí quedó en descubierto la gran falla de la enseñanza en esos años. Docencia exquisita para las afecciones graves, pero nula para la patología común y que constituye el principal motivo de consulta en cualquier país. Incluso, y de manera inconsciente, habíamos desarrollado un respeto y

admiración por el especialista y un desprecio por el médico general o el médico de familia, que son quienes afrontan la patología prevalente de la población.

Este culto por el médico especialista todavía no se logra corregir y continuará mientras quienes enseñan en los establecimientos hospitalarios sean médicos especialistas, y no médicos generales.

Una segunda realidad tiene que ver con nuestra actitud ante el enfermo. Y en esto la Facultad de Medicina no tiene culpa alguna, salvo que se preocupó demasiado de lo técnico y muy poco de lo humanístico.

En la antigüedad prehistórica existió el médico-brujo, o chamán. Se le consideraba poseedor de poderes mágicos y de ser el intermediario entre el hombre y los espíritus. El chamán, con sus danzas, conjuros, cánticos y guturales gritos, ahuyentaba a los demonios que se habían apoderado del paciente, para luego inclinarse sobre él y extirparle, con succiones repetidas, un guijarro o un pequeño insecto aduciendo que era el mal que los demonios le habían introducido. Y los sugestionables hombres primitivos quedaban asombrados de la sabiduría de su médico-brujo, al liberarlos de las acechanzas de ese mundo misterioso que fue la prehistoria.

Este chamán fue el primero en utilizar la sugestión en medicina. Lo que le valió el convertirse en el mentor espiritual de su pueblo, combinando las funciones de hombre de ciencia con las de mago, estadista, juez y sacerdote. Porque la magia fue la precursora de la ciencia.

El médico moderno es el heredero del chamán de la prehistoria. Y este moderno heredero ha perdido el uso de la sugestión.

Cuando un enfermo entra a nuestra consulta es porque confía en nosotros y va predispuesto a ser curado por su médico, a quien se entrega incondicionalmente. Y nosotros desaprovechamos esa disposición y nos apresuramos en pedirle exámenes o en enviarlo, en interconsulta, al especialista.

No se trata de bailar, cantar o recitar ensalmos para expulsar demonios. Sino de conversar con el enfermo, interrogarlo detenidamente y dejarlo desahogarse en una provechosa catarsis. La anamnesis y el examen físico completo todavía son superiores a muchos sofisticados exámenes actuales. La sola catarsis que realiza el enfermo muchas veces lo tranquiliza y éste sale aliviado de la consulta. Porque no olvidemos que cuando se enferma el cuerpo también se enferma el alma. Y viceversa.

Esto también lo sabían los médicos de la antigüedad griega quienes, antes de iniciar una cura en sus hospitales, sometían al paciente a una cura psicológica, de reposo, dieta, espectáculos deportivos y teatrales. Lo complementaban con paseos por los pasillos de cuyas paredes colgaban relatos de curaciones increíbles realizadas en ese lugar. Así, cuando el enfermo se enfrentaba a su médico ya estaba convencido de su curación inminente. Nuevamente la tranquilizadora sugestión.

El profesor Hernán Alessandri explicaba a sus alumnos "...Cuando yo doy una aspirina a mi enfermo, esa aspirina surtirá más efecto que las dos

aspirinas que Uds. puedan darle. Porque, detrás de mi aspirina va mi prestigio y experiencia...". Y el médico actual ha olvidado que esa sugestión existe.

No olvidemos que los médicos somos líderes en nuestro medio. Los médicos de provincias saben muy bien eso. Allí ellos constituyen una autoridad más respetada que el alcalde, el jefe de policía o el juez local. Al igual que lo fue el médico-brujo en la antigüedad. Nosotros, es cierto, somos científicos, pero no estamos tratando con animales de experimentación sino con seres humanos que sienten, piensan y esperan nuestra ayuda y comprensión.

Una última realidad, que el tiempo me ha enseñado, se refiere a la ética médica. Egresé de la Escuela tan convencido de ella que no creía necesario que nos la recordaran durante nuestros estudios. La preocupante realidad me ha hecho ver que, como líderes de nuestra colectividad, debemos preocuparnos de las relaciones con nuestros colegas, con nuestros pacientes, con nuestra Sociedad y con nosotros mismos. El economicismo creciente, la influencia de los laboratorios, la pérdida del secreto profesional en las Isapres, la repartición de honorarios, los experimentos genéticos, etc., todo ello atenta contra la pureza de nuestra profesión.

Por lo que, en mi inadvertido paso por la vida académica de mi país, he creído conveniente dejar un mensaje a los alumnos que ingresan a nuestra hermosa carrera. Este mensaje lo he titulado *SER UN MÉDICO*.

SER UN MÉDICO

Hace algunos días ustedes ingresaron a la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, con el sol ante los ojos, una envidiable juventud y con un alto ideal por alcanzar: *SER UN MÉDICO*.

Pero, ¿Qué es "Ser un médico"?... O mejor, ¿Qué es la medicina?...

Nada más fácil que decir que "medicina es lo que el médico hace", pero no sería verdad.

Muchas e importantes cosas médicas se han hecho por personas que no fueron médicos. Desde los chamanes y brujos, a Leonardo, Celso, Leuwenhoeck, Morton, Pasteur, Roentgen, Madame Curie, etc.

Sería más propio definir la medicina como el arte y la ciencia que persigue cuatro objetivos, definidos por la Organización Mundial de la Salud, a saber: Recuperación de la salud, Rehabilitación del paciente, Prevención de la enfermedad y Promoción de la salud.

Un médico de pasados siglos se habría extrañado de estos cuatro objetivos de la medicina pues, en su época, su objetivo era sanar o, al menos, aliviar. Sólo en este siglo la medicina ha agregado los otros 3 objetivos. Porque hoy es tan importante el rehabilitar al paciente y prepararlo para su vuelta a la sociedad y la reanudación de su trabajo, como su curación. Mañana, tal vez, habrá otros objetivos, quizás con mayor énfasis en la prevención.

Sí, la medicina preventiva es la medicina del futuro.

Y, ¿qué es ser un médico?

Médico viene de *mederi*, que significa “curar”. Y la raíz *med* significa sopesar, “pensar”. Por lo tanto, pensar y curar son las raíces de la palabra “médico”, o *medicus*, en latín.

Ser un médico es ser un hombre total que llena su tarea como *CIENTÍFICO*, con integridad y calidad profesionales.

Como *ser HUMANO*, con benevolente corazón y altos ideales.

Y, como *MIEMBRO DE LA SOCIEDAD*, con honestidad y eficiencia.

El médico, en su triple capacidad de Científico, Ser Humano y Miembro de la Sociedad, ha ayudado, a lo largo de la historia, al hombre en su ascenso físico, mental y social.

Como profesional-científico en particular, el médico siempre ha actuado como “sanador” utilizando primero la magia, en los tiempos prehistóricos, luego la fe, durante la Edad Media y, hoy en día, utilizando recursos empíricos o racionales.

Como “sanador” porque él conocía los secretos de la naturaleza y del ser humano.

Como “previsor” porque puede detener la enfermedad anticipándose a sus inicios, antes que se desarrolle.

Y como “organizador” porque puede guiar a la Sociedad en su lucha contra ese proceso histórico de la dolencia. Sanar, conocer, prevenir y organizar serán sus 4 futuras esferas de actividad profesional que abarcan la expresión de “ser un médico”...

La vida de los grandes médicos de la historia, iluminándonos con su grandeza, nos enseñan que nuestra profesión es la única que todavía habla de sus deberes, en un mundo actual en el que casi todos hablan sólo de sus derechos.

Cinco tipos de deberes deben guiar vuestra vida: deberes con sus maestros, con la sociedad, con los pacientes, con los colegas y con Uds. mismos.

Con sus maestros porque ellos, los padres de vuestra mente, son las personas más importantes en esta etapa de vuestra vida, después de vuestros padres naturales. Y no me refiero sólo a los profesores universitarios sino a cualquier médico del cual aprendan su ciencia, su arte, su ética, su abnegación o su ejemplo, todo lo cual será una fuente de inspiración en vuestra vida profesional. Deben honrar a sus maestros con devoción y amistad, porque la amistad es el sentimiento más noble en el hombre, mejor aún que el amor.

Con su Sociedad es vuestro deber ser idealista y no hedonista (o amante de los placeres). Tanto como médico, como investigador, como clínico y como profesor.

Como “médico”, al aceptar vuestra profesión como un servicio a la humanidad y no como fuente de provecho propio.

Como “investigador”, al buscar el conocimiento, que beneficia a otros seres.

Como “clínico”, al aliviar el dolor y curar al enfermo.

Como “profesor”, al compartir y repartir vuestro conocimiento, siempre imbuidos de un ideal de servicio y no de ambición de ganancias. Así Uds. mantendrán la dignidad de vuestra profesión, como una ciencia aplicada al bienestar y cuidado de la humanidad.

Vuestro deber con los pacientes será el actuar con ellos como quisieran que actuaran con Uds. mismos, con bondad, cortesía y honestidad. Deben aprender cuándo y cómo ocultar la verdad al paciente, si no le puedes decir todos los detalles de su mal. Pero sí pueden aliviarlos y consolarlos. Es muy conocida esa frase: Sanar... a veces. Aliviar... a menudo. Dar esperanzas... siempre.

Recuerden que un informe de laboratorio no significa una sentencia irrevocable. Un hemograma, una radiografía, un electrocardiograma, pueden dar una información importante acerca del funcionamiento del organismo. Pero no deben olvidar que detrás de estos datos hay un ser humano angustiado al cual tú puedes ofrecerle algo más que un antibiótico, una inyección o una intervención quirúrgica. Debes, con tu actitud, tus palabras y tus acciones, infundir confianza y fe, dar consuelo y comprensión.

Con tus colegas tienes la obligación de compartir, como seres civilizados, esa gran y noble tarea que es la lucha contra una causa común, en una gran cruzada. La medicina vive y se nutre por el gran prestigio que ella goza. Por lo que, jamás hablar mal de un colega porque, al hacerlo, sería como hablar mal de la medicina y, por lo tanto, de todos nosotros. Si tienes algo bueno que decir acerca de un colega, hazlo en cualquier parte. Pero si no, mantente callado. Tú perteneces a un “equipo” de valerosos profesionales de todas las razas y tiempos unidos, a través de edades y continentes, por un ideal glorioso.

Con Uds. mismos. Cada hombre, en su juventud, se forma un ideal y una imagen de sí mismo, o de lo que quiere llegar a ser. En el resto de su vida se lo pasa tratando de alcanzar esa imagen con logros que cada uno se ha impuesto. Algunos no logran alcanzarlos y, más tarde, es una tragedia ver esa imagen perdida y sus sueños de juventud convertidos en ruinas, con los muñones de las cosas iniciadas, pero jamás terminadas.

Pero, en la mayoría de los casos, esa silueta ideal dibujada en los días de la juventud, los representa realmente a Uds. mismos. Deben vivir para ser dignos de esa imagen. Vuestra vida, vuestro trabajo y vuestra personalidad como médico debe ser tal que esa imagen ideal de sí mismos debe ser llenada con logros brillantes.

Se están embarcando en una noble carrera donde no hay lugar para amateurs o diletantes. Carrera donde se debe aspirar a ser maestros de lo que se emprende. Porque los errores de los médicos-carpinteros y aprendices pueden tener resultados trágicos.

Recuerden que lo importante en la vida no es ser hombres grandes, sino grandes hombres. Que vuestras acciones sean grandes, pero que Uds. se mantengan humildes y modestos. Lo que cuenta, en un médico, es su

grandeza. Por grandeza quiero decir grandeza en las cosas que hacemos y simplicidad en la manera en que las hacemos. Hacer cosas que influyan en la vida de mucha gente, pero preservando siempre la simplicidad personal. Porque grandeza es simplicidad.

La dignidad del hombre reside en su habilidad para elegir su destino. Uds. han elegido el mejor destino de todos: una vida de dedicado servicio y dinámica actividad. Si Uds. trabajan con fe y sin desmayo todos vuestros sueños serán realidad.

En vuestro trabajo futuro estarán en buena compañía, porque las figuras gloriosas del pasado los acompañarán. Cuando estén operando, una figura de roja barba y ojos brillantes, Andrea Vesalio, el anatomista, estará empinado tras vuestros hombros. Cuando conduzcan un experimento fisiológico los vigilarán los ojos melancólicos y pensativos de William Harvey y Claude Bernard. Cuando enseñen medicina, la figura venerable de William Osler, con su cabeza apolínea, se acercará y sentará, como un Goethe médico, a vuestro lado. Y cuando se acerquen al lecho de un enfermo, las sombras de Hipócrates, de Sydenham o de Boerhaave se reunirán para aconsejarlos.

Hay una pregunta que siempre nos hemos hecho: la medicina ¿es un arte o es una ciencia?

Ha sido ambas... De hecho, La medicina comenzó siendo un arte. Un arte en el chamán, o sanador de la prehistoria. Un arte en el filósofo griego y en el iatra romano. O en el físico europeo.

La historia nos enseña que sólo a fines del siglo 18 y comienzos del siglo 19, fueron tantos los adelantos científicos de la medicina que Bichat, el médico personal de Napoleón obtuvo, de éste, que la Academia de Ciencias de París declarara oficialmente que la medicina dejaba de ser un arte y pasaba a constituirse en una ciencia.

En una ciencia al lado de la física, La química, la astronomía, las matemáticas.

Se apoyaba desde hacía varios siglos, en la botánica de Dioscórides y Galeno, la anatomía de Vesalio, la histología de Bichat y Morgagni, la fisiología de Von Haller y Spallanzani, la semiología de Hipócrates, Auenbrugger y Laennec. Y seguiría apoyándose, en el futuro, en otras bases, hasta llegar a la genética actual.

Pero la ciencia siempre roza, en algún punto, con el arte. Y, a su vez, todo Arte tiene su aspecto científico. El peor hombre de ciencias, dijo Trousseau, en el siglo 19, es aquel que jamás es artista. Y el peor artista, el que nunca es científico.

El artista ha sido casi siempre precursor del hombre de ciencia. Porque la intuición de la realidad es lo que siempre ha usado el artista. Todos los grandes sucesos del descubrimiento médico fueron anticipados por los sueños del artista, llámese pintor, poeta o un genio múltiple, como Leonardo. En otras palabras, la intuición artística, su visión de la naturaleza, siempre

precedió al razonamiento y a la visión experimental de la vida, inherente al científico. Ahí están el Taj Mahal, el Escorial, Hamlet, Don Quijote o “la noche en vela” de Rembrandt.

Donde la ciencia es transitoria, el arte es inmortal.

Por eso es que no podemos hablar de “progreso” en el arte. El arte moderno no es mejor ni peor que el arte antiguo. Sólo es... diferente.

La medicina moderna, en cambio, es muchísimo mejor que la antigua.

¿Porqué esto es verdad con la medicina y no con el arte?

Porque en, cada período de la historia, el artista ha sido un solitario, como un Robinson Crusoe, solo en su isla. Todo artista parte de una línea cero para desarrollar su arte. Rara vez se apoya en la experiencia pictórica acumulada en siglos anteriores. El artista genera su propio mundo y vive sólo con él. A su muerte no deja nada y otro pintor partirá, nuevamente, desde cero.

Esto no es así en el científico, quien recolecta cuidadosamente los hechos y experiencias anteriores, y las convierte en nuevas experiencias. Por ello existen interrupciones en el arte y continuidad en la ciencia. Por esta razón todo lo que el hombre de ciencia genera tiene corta vida. En tanto que una pintura de Van Gogh, Cézanne o Miguel Angel continúan siendo valiosas para la posteridad.

Un trabajo científico de un investigador, trátase de genética, antibióticos, medicina interna, puede ser sobrepasado mañana. Porque el científico, a diferencia del artista, avanza a partir de lo que otros han descubierto.

Recordemos siempre esta diferencia entre arte y ciencia. O entre arte y medicina, para sacar una lección de humildad, ya que la verdad científica de hoy puede ser un error el día de mañana.

En siete años más, tiempo que se acorta cada vez más en los calendarios de la vida, Uds. terminarán la tortura de los exámenes y egresarán con las armas que, con cariño, les habremos proporcionado sus docentes, que ya tenemos el sol a nuestras espaldas. Y se prepararán para volar con alas propias.

Ese día, espero, Uds. recordarán estos consejos.

Porque ese día será el momento tan esperado por todos Uds. en el que, con la garganta apretada por la emoción, y tragando disimuladamente una lágrima, abrazarán a sus padres diciéndoles: Mamá... Papá... ¡YA SOY UN MEDICO...!

Santiago, otoño de 1998.



HOTEL DE VILLE (Municipalidad) de París. Escuchando al Alcalde...

1ª. Fila (desde la izquierda). Livio Paolinelli, Sergio Valiente, Iván Matus, Caty Ansó, Clarita Román, Sergio Puente y Arturo Opazo.

2ª. Fila. Norma Pesce, Andrés Bahamonde, Victoria Castro, René Barreau y Hernán Villalobos.



HOTEL DE VILLE. Seguimos escuchando al Alcalde...

1ª. Fila. Sergio Puente, Arturo Opazo, Jorge Castro, Clemente Meneses, Ernesto Doña y $\frac{1}{2}$ Alcalde...

2ª. Fila. Clarita Román, Hernán Villalobos, Eduardo Campero, Arturo Opazo, Héctor Castillo, Oscar Ham y Hernán Jara.



Prof. Exequiel González Cortés.



Prof. Rodolfo Armas Cruz.

MIS 50 AÑOS EN LA UNIVERSIDAD



Dr. *David Yudilevich*

*E*SCARBARENEL PASADO y, particularmente, recorrer los caminos escondidos en mi memoria, es como recuperar años y rejuvenecer.

Nací en 1930 cerca de la Escuela de Medicina, en el barrio Recoleta, en los tiempos en que allí se reunían con gran amistad, judíos, como mi familia, árabes y chilenos, de todas las clases sociales.

Cursé mis estudios secundarios en el Instituto Nacional, donde mis inclinaciones eran preferentemente por las artes y humanidades, más que por las ciencias. Sin embargo, a la hora de escoger mi carrera Universitaria no tuve dudas en optar por Medicina. Esta preferencia la atribuyo al uso de gruesos anteojos desde la infancia y al frecuente apelativo de “doctor” que la apariencia me daba. El devastador incendio de la Escuela de Medicina ocurrido en diciembre de 1948 que destruyó laboratorios, documentos, biblioteca, de aquel digno y vetusto edificio de la calle Independencia entre Santos Dumont y Panteón (hoy Zañartu) obligó a reducir la matrícula de ingreso que tradicionalmente era de aproximadamente 200 estudiantes a sólo 60 para el año de mi ingreso, en 1949.

En la calle Borgoño se dictaban las clases teóricas y se establecieron los laboratorios de ramos básicos, excepto Anatomía y Fisiología que continuaron en lo que quedó de la vieja Escuela. Caminar por la calle Independencia las 10 cuadras entre los dos locales era repetido ejercicio varias veces al día.

Amistades y pololeos se desarrollaban en los sencillos café-restaurantes que quedaban al paso y que invitaban a “capear” la clase siguiente. Eramos belicosos y exigentes estudiantes, que enfrentábamos a los profesores con nuestras críticas. En Química obligamos a un cambio del profesor encargado de la Cátedra, con la salida de Guillermo García Latorre, que fue reemplazado por Luis Cerutti. A otros profesores o ayudantes los amamos y admiramos y en los ramos básicos. Ellos marcaron mi futuro, orientándome hacia el campo de la investigación científica. Por ejemplo, recuerdo a Danko Brnic (lamentablemente fallecido hace algunos meses), Gustavo Hoecker y Gabriel Gasic en Biología. Fisiología fue decisiva para mí y a ello me referiré más adelante. De los ramos preclínicos, recuerdo al profesor José Donoso que en sus clases, con gran parsimonia, se guiaba por un torpedo que cuidadosamente escribía previamente, llenando la enorme pizarra. Era el padre del escritor

José Donoso, quien ha inmortalizado la casa de la calle Holanda en la cual estudiábamos con Gonzalo, otro de los hijos que era mi compañero de curso.

El conflicto de mi vida eran los polos científico y humanista, este último, estimulado por la Academia de Letras y esa embrujadora Biblioteca del Instituto Nacional. Estudiábamos en la Plaza Italia y en el Parque Forestal, especialmente de noche, bajo los árboles y las débiles luces y con frecuencia tiritando de frío. En esas noches también se conversaba y mi inquietud vocacional se acrecentó, así como mis deseos de partir en busca de una respuesta. Los pasajes de barco se anunciaban profusamente en prensa y radio, a precios muy bajos, dada la competencia entre los trasatlánticos argentinos Doderó y los italianos Italmar. Con algunos compañeros planeamos un viaje a Europa que sería durante las últimas vacaciones largas antes de entrar a los estudios clínicos. En realidad el único que perseveró en esta idea fui yo y para financiar mi solitario viaje opté por trabajar de garzón en las noches y fines de semana en los Establecimientos Oriente en la Plaza Italia y en un Hotel de Algarrobo en el verano.

En diciembre de 1951 partí desde Buenos Aires rumbo a Europa, en la "última" clase de un barco italiano. El pasaje era de ida y regreso, válido por un año, y llevaba sólo 110 dólares en el bolsillo. Por doce meses deambulé por muchos países de Europa, luego de una larga estadía en Italia y un trimestre en la Universidad de París, La Sorbonne, donde estudié civilización y lengua francesa. En el verano partí "a dedo" (auto-stop) hacia Helsinki para asistir a la Olimpiada que allí se efectuaba ese año. Mi precaria situación económica y el grato ambiente generado por el deporte entre los finlandeses, me impulsaron a dar serenatas musicales en los barrios acomodados de la bella capital finesa. En dúo con un amigo español, el éxito fue grande, y nos llevó a extender la visita viajando al norte por 2.000 km., cruzar Finlandia, Suecia y Noruega hasta llegar al Cabo Norte, fin del continente europeo. Allí en el puerto de Hammerfest destruido por los bombardeos alemanes durante la segunda guerra mundial, aun de muy cercano recuerdo para sus habitantes, trabajamos en la reconstrucción del edificio del Correo, ya que no había a quien cantarle serenatas.

El largo viaje de regreso al centro de Europa, de unos 4.000 Km. por auto-stop, concluyó cerca de la Navidad de 1952, en Inglaterra. A este país no pude entrar sin antes convencer al funcionario de inmigración en Dover, que me solicitaba demostrar mi capacidad de sobrevivir sin dinero durante mi estadía. Felizmente, estaban allí mis antiguos profesores de la Escuela, en Londres, Gustavo Hoecker y en Cambridge, Bjorn Holmgren y Alfredo Jadresic, quienes me rescataron de la noche pasada bajo custodia en Dover.

Resulta hoy maravilloso escarbar en los documentos guardados de esa época (menú del barco, programas de teatro, recortes de diario, etc.), y, particularmente, leer la transcripción que he hecho de las largas y detalladas cartas enviadas a mi hermano Daniel, que en esa época reposaba en el

sanatorio de San José de Maipo, intentando mejorar de la tuberculosis que le afectaba y que posteriormente lo venció.

En esos testimonios aparece la tarde en que, gracias a un divino impulso, pasé en Nápoles junto a Gabriela Mistral, y la lectura que me hizo de sus poemas mientras tomábamos innumerables tazas de té. También recuerdan el luminoso día en Capri en casa de Pablo Neruda, a la cual fui conducido secretamente (introducido por Gabriela) ya que no podía recibir visitas durante su exilio en Italia.

Al retornar a Chile en marzo de 1953, mis dispersas pasiones se orientaron hacia completar la carrera de médico, pero con la intención de dedicarme a la ciencia.

En esos años, en los sencillos y pobremente equipados laboratorios de la Escuela un grupo de docentes desarrollaban con enorme interés y creatividad una actividad científica notable y pionera. La “dedicación exclusiva” a la Facultad era la receta del éxito, pero ello exigía sacrificios. Lo fascinante era que nosotros, como estudiantes-alumnos fuimos invitados a ese festín del espíritu que nos mantenía, a veces, toda la noche efectuando experimentos que los “maestros” dirigían, quienes a la vez debían efectuar una intensa labor en la sala de clases y en los complicados y apasionantes trabajos prácticos.

A la Cátedra de Fisiopatología, que dirigía Jaime Talesnik, llegaron los “exiliados” fisiólogos de Concepción cuando Bruno Gunther abandonó esa Universidad. Entre ellos venía la persona que definitivamente me impulsó hacia la investigación, el Dr. George Hodgson, bajo cuya supervisión hice una tesis experimental. Hodgson y José Tohá habían realizado investigaciones pioneras sobre la entonces hipotética hormona eritropoyetina y yo continué con esos estudios sobre la regulación de la producción de glóbulos rojos y su control en las anemias.

Algunos breves recuerdos de mi paso por la clínica. En el J.J. Aguirre hice Medicina con el profesor Garretón y con Luis Hervé y Antonio Del Solar. En Cirugía estaba el profesor Vargas Molinare y de muy grato recuerdo fue el contacto en Traumatología con el profesor Alberto Croquevielle; los apuntes que hicimos de sus clases fueron vendidos y revendidos por muchos años en el casino de la Laurita. Eran los “Yudilevich y Ramírez”.

Obtuve el título de médico-cirujano en enero de 1957. Ese mismo mes inicié mi carrera académica al incorporarme a la Universidad de Chile siguiendo la corriente inspiradora de don Juan Gómez Millas, entonces Rector de nuestra Universidad. Con Hodgson y Tohá cruzamos el río Mapocho hacia el Sur y fuimos a formar la Sección de Biofísica del Laboratorio de Física Nuclear en la Escuela de Ingeniería, vecino al Parque Cousiño. Con paso firme participamos en los inicios de las aplicaciones “pacíficas” de la energía nuclear, esa energía que pocos años antes devastó poblaciones civiles al lanzarse la “bomba atómica” que constituye el dudoso prestigio del progreso de la ciencia. Paralelamente en la Facultad de Medicina, el Dr. José

Barzelatto y otros, introducían las técnicas radioisotópicas para el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades del tiroides.

En esos años conocí a Carlos Martinoya, quien fue esencial para la creación del Instituto de Física Nuclear, siendo su primer Director. Carlos era un excepcional ser humano que no sólo dirigía la institución sino que también irradiaba su pasión a todos lo que allí trabajábamos. Se interesaba por la investigación que realizábamos y era capaz de aportar ideas a físicos, matemáticos y biólogos. A comienzos de los años 70, enriqueció la Escuela de Medicina, ejerciendo el cargo de Director del Departamento de Fisiología y Biofísica. En la Escuela de Ingeniería, fueron diseñados y construidos equipos para detectar radioactividad. Gracias a ello, completamos varias publicaciones sobre la eritropoyetina.

El Instituto de Física Nuclear fue, junto a grupos de otras Facultades, el origen del Instituto de Ciencias y luego Facultad de Ciencias. En todos éstos una pléyade de investigadores se ha formado. A comienzos de 1970 yo también pasé unos años en los barracones de esta última, cuando aún estaban en obra gruesa, en la calle Las Palmeras.

En 1959 partí a la Universidad de Berkeley en California. Además de continuar con los estudios que realizábamos en Chile tomé cursos para mejorar mi formación en física y matemáticas. Luego de año y medio me trasladé a Memphis, Tennessee, con la intención de iniciar una nueva línea de investigación fisiológica, que continué al regresar a Chile en 1962. Pude poner en marcha mi nuevo laboratorio en la Escuela de Ingeniería, gracias al apoyo de un Grant del National Institutes of Health de USA, que financió mis investigaciones por diez años. El proyecto consistía en estudiar la permeabilidad capilar mediante el uso de isótopos radioactivos. La expansión de mi grupo de trabajo y la llegada de nuevos equipos hizo conveniente que regresara a un ámbito médico y así fue como crucé el Mapocho hacia el Norte, de retorno a esa calle Independencia de tan nostálgicos recuerdos. El profesor Samuel Middleton atraía jóvenes y no tan jóvenes como yo, cautivados por el amor a la ciencia que se respiraba en el departamento de Fisiología. Se había mantenido allí la tradición, que continúa aun hoy, iniciada por el profesor Francisco Hoffman.

En esa época estaban ya habilitados algunos “dientes” del elefante blanco de Independencia 1057, pero el Departamento de Fisiología adonde me integré era sólo una “caries” y no tenía suficiente espacio para mi laboratorio. En forma artesanal construimos en sólido ladrillo princesa a la vista, de fulgurante color rojo, el Laboratorio G. Muchos recordarán esa edificación y su jardín con tres abedules que estaba frente al Auditorio Lucas Sierra y en el camino obligado hacia el Casino de la Laurita. Teníamos en el Laboratorio G equipos que por prolongado tiempo fueron únicos en nuestro país. El contador líquido de centelleo Packard permitía detectar sustancias marcadas con isótopos que emiten radiación Beta y el sistema de centelleo multicanal permitía detectar simultáneamente varios isótopos emisores gamma. Con el

computador análogo Donner se hacían modelos matemáticos para interpretar mejor los resultados que con los isótopos obteníamos en preparaciones de corazón aislado y otros órganos (estómago, cerebro), perfundidos artificialmente. Me apasionaba comunicar mi entusiasmo por la investigación científica a estudiantes y jóvenes investigadores. Con ellos realizábamos experimentos que discutíamos bebiendo tacitas de café que nos permitían extender nuestro trabajo hasta tarde en la noche.

Entre los recuerdos de esa época están las clases de Fisiología que eran asistidas por todos los ayudantes. Cuando yo hacía clases, el Dr. Alejandro Steiner a cargo del curso, se comía las uñas y se hundía en el asiento desesperado por mis complicadas ecuaciones y datos experimentales con las que las ilustraba. Al finalizar, lo que yo creía era una magistral clase, el Dr. Steiner saltaba al frente y decía a los estudiantes que esa materia no entraba en la prueba. Obviamente, él prefería la extrema sencillez de los apuntes a mimeógrafo que por años se revendaban en el casino de Laurita.

A fines de los años 60 organicé una experiencia que fue educativa para los estudiantes que participaron y también para nosotros. Bajo el título de "Científicos por un mes". Estudiantes de quinto humanidades (tercero medio) entraron en los secretos de nuestros laboratorios o se sumergieron en el dominio de la física o de las matemáticas avanzadas. Se trasladaban a Santiago, por todo el mes de enero, ochenta estudiantes seleccionados entre los mejores de cada colegio, desde Arica a Magallanes. La prensa captó la fascinación del proyecto y daba cada año amplia cobertura al evento. Participaron investigadores en ciencia básica y aplicada, incluyendo muchos médicos, de todas las universidades.

La Reforma de 1968 que estremeció a las universidades al expandirse el movimiento estudiantil que se inició en París y Berkeley, California, exaltó mi ya no tan juvenil entusiasmo. Recuerdo un discurso en que yo imitaba al que había sido mi profesor de Medicina, el Dr. Alejandro Garretón. Imaginé que Garretón le daba la bienvenida al nuevo decano Dr. Alfredo Jadresic. La realidad fue que el Dr. Amador Neghme, debió renunciar al cargo de Decano abatido por tema de la reforma. Esto ocurría en el frontis del Hospital J.J. Aguirre frente a una exaltada multitud de estudiantes, académicos y funcionarios. No presentíamos en ese momento de "triumfo", el dramático desenlace de 1973, en que otra multitud con sus brazos en alto en la cancha de fútbol, enfrentaba a los valientes soldados.

En 1973 realizábamos experimentos con mi estudiante Pancho Sepúlveda (hoy profesor de la Facultad y Cátedra Presidencial) en la Facultad de Ciencias, cuando los sables y las balas sonaban en el centro de Santiago. Estudiábamos la barrera hematoencefálica en el perro y, en particular, el transporte de aminoácidos. Estos trabajos, realizados en colaboración con un colega argentino que nos visitaba, fueron la base de una publicación en la muy prestigiosa revista inglesa Nature.

El golpe militar cambió radicalmente el curso de nuestras vidas. Estaba yo casado con la bella Dra. Marisol Téllez, académico de la Cátedra de

Patología a quien yo había conocido en los corredores de la Escuela de Medicina. Con nuestros cuatro hijos partimos en barco desde Valparaíso hacia Europa, sin saber cuál sería nuestro destino.

En Barcelona supimos que el destino era Inglaterra gracias a una invitación del profesor Hugh Davson, coautor del importante modelo lípido-proteico de la membrana celular Davson-Danielli. Pocos meses después de llegar al University College de la Universidad de Londres, vi un aviso en la pizarra que invitaba a postular a la Cátedra de Fisiología y la Dirección del Departamento respectivo en el Queen Elizabeth College. En el estilo inglés, el cargo de Director de Departamento se llena por concurso y un amplio tribunal, con varios profesores externos a la Universidad, estudia los antecedentes y entrevista a los candidatos y finalmente otorga el cargo. Fueron 11 años los que ejercí la Dirección del Departamento de Fisiología del QEC. Las profundas reorganizaciones del sistema universitario que acontecieron durante el Gobierno de Margaret Thatcher, llevaron a la fusión de Colleges y Departamentos. Gracias a esto volví a la paz de la academia sin jefatura y Kings College fue mi nueva afiliación, pero el lugar físico siguió en el mismo elegante barrio de Kensington. El proceso de reestructuración del sistema universitario inglés, que aún continúa, tiende a crear grandes centros de investigación y docencia y con frecuencia los Departamentos han sido fusionados para constituir Divisiones o Institutos.

En Inglaterra la interacción académica intra y extrainstitucional se ve reforzada por el sistema de exámenes externos para los cursos de pregrado. Esto crea al final de cada año un gran movimiento de académicos que van a otras universidades como examinadores. Es interesante que el método de examen mutuo en el pregrado afecta a las grandes universidades como Oxford, Cambridge y Londres, al igual que a todas las otras universidades del país. Este procedimiento en el pregrado es similar a lo que acontece en general incluyendo a Chile respecto a la examen de tesis de postgrados. Personalmente me correspondió como Director de Departamento, coordinar a los 5-10 colegas de otros Colleges de la Universidad de Londres o de otras Universidades que debían asistir a los exámenes finales de cada asignatura. Yo fui, por ejemplo, examinador del Curso de Fisiología en Medicina de la Universidad de Liverpool por tres años consecutivos.

Durante toda mi estadía en Inglaterra suspiraba por Chile, sus nevadas montañas y el gélido Pacífico. Mis clases siempre contenían referencias a sus bellezas naturales, brevemente aludía el hecho de que su gente vivía oprimida por un dictador de apellido francés lo que en Inglaterra exaltaba la rivalidad franco/inglesa. Muchos estudiantes desplazados de Universidades chilenas, fueron aceptados en mi College y esto les permitió obtener títulos que facilitaron su estadía en Inglaterra.

En los años 80, comencé a visitar la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile nuevamente y me alegró ver caras familiares que se interesaron en interactuar conmigo. El postgrado comenzaba aquí y yo en Londres tenía

particular interés en esa actividad académica. En mis últimos años en Londres, creamos con colegas del Departamento de Fisiología y Biofísica programas de intercambio, financiados por un "Link" del British Council. El Decano Alejandro Goic y muchos colegas y estudiantes visitaron Londres, para un intercambio de experiencias docentes, especialmente en el postgrado.

Es maravilloso observar que aquellos tambaleantes comienzos de los Programas de Magister pronto se convirtieron en los mejores de su género en Chile. Esos programas se expandieron al Programa de Doctorado en Ciencias Biomédicas, equivalente al Ph.D. de las Universidades anglosajonas. Impresiona ver el enorme desarrollo que han alcanzado estos programas de grados académicos superiores, llegando a tener en 1998, 48 estudiantes en vías de obtener el Doctorado. A fines de los 80 y comienzos de los 90, durante el Decanato del Dr. Goic, los programas de postgrado y postítulo se desarrollaron fuertemente. Me enorgullece que la tesis del primer Doctor en Ciencias Biomédicas haya sido la del joven médico-cirujano Felipe Barros, que realizó la investigación para su tesis en mi laboratorio. Más bien en nuestro laboratorio, ya que Felipe contribuyó grandemente a mi reinstalación en la Facultad de Medicina. Esto fue posible en gran medida gracias al equipamiento que pude traer de King's College de la Universidad de Londres y el generoso apoyo financiero del Welcome Trust y de la British Diabetic Association.

Quiero aquí rendir homenaje a Hermann Niemyer, que fuera profesor del Departamento de Bioquímica de nuestra Facultad durante muchos años, y quien con su impulso generó y contribuyó grandemente al establecimiento de los Programas de Doctorado en Chile.

En 1991 fui nombrado Director de la Oficina del Asuntos Internacionales de la Facultad y en ese marco realizamos un Simposio internacional y una exposición titulados "Darwin y la Beagle en Chile: Evolución Hoy". Por muchos años me había apasionado leer sobre la estadía en Chile de Charles Darwin durante el viaje alrededor del mundo que efectuó a bordo del barco H.M.S. Beagle. Este interés fue acrecentado al conocer y crear amistad con el profesor Richard Darwin Keynes, colega de la Universidad Cambridge. Junto a su actividad como fisiólogo eminente. Richard ha recopilado material inédito de su bisabuelo Charles. Luego de los difíciles comienzos un tanto solitarios ha sido fascinante ver que este tema ha cautivado igualmente la atención de académicos y de un amplio público. Se ha hecho evidente que han visto con gran interés la importancia que tiene para nosotros las observaciones que hizo en Chile el eminente naturalista inglés, y que ellas fueron importantes en el desarrollo de su pensamiento sobre el origen del hombre y la evolución de las especies.

Ha sido fascinante para mí (y creo haber contagiado a muchos con este sentimiento) recorrer los caminos que cabalgó Darwin en largas excursiones, por ejemplo, desde Valparaíso a Copiapó, o desde ida y vuelta a Mendoza cruzando la Cordillera de los Andes. En la región Austral he buscado su

espíritu y el de los desafortunadamente ya extinguidos fueguinos con los que él convivió.

Ingresé hace 50 años a esta Facultad y los cambios que he contemplado han sido notables. Había en Chile en ese entonces sólo 3 Escuelas de Medicina. En los últimos años apuradamente han surgido otras escuelas más o menos improvisadas y, siguiendo la moda actual, se dice que será el mercado lo que regulará el éxito o fracaso y evaluará la función que desempeñan. Me preocupa enormemente esta situación dado que en Chile, a diferencia de otros países como EE.UU., para ejercer la medicina no se exige sino sólo el título que otorgan las universidades.

Para mí la pasión por la Ciencia, aún no se ha apagado y felizmente, para calmar ese sentimiento, cuento aún con el privilegio de colaborar con algunos de mis discípulos. Actualmente realizo estas investigaciones con el Dr. Giovanni Maann del King's College London y el Dr. Luis Sobrevía, también doctorado en King's y ahora de regreso en Chile. Nuestro trabajo actual es sobre el transporte y metabolismo en la placenta y células endoteliales del cordón umbilical humano y el efecto de la diabetes en el embarazo.

La actual complejidad y la naturaleza interdisciplinaria de las ciencias básicas de la medicina han llevado a la Facultad a crear recientemente el Instituto de Ciencias Biomédicas. Esta es la estructura moderna en que desarrollamos nuestras actividades académicas y que, quizás conmigo, entrará en el nuevo milenio.

Me satisface grandemente haber entusiasmado a jóvenes estudiantes de medicina en la sala de clases o seminarios o los que optan por colaborar en el trabajo científico. El programa de ayudante-alumno de la Facultad es ciertamente un importante elemento en la formación médica. Me indujo a mí a seguir el camino de vida señalado y sigue invitando a la creatividad en la ciencia y la medicina.

He navegado los océanos y recorrido los espacios, y han sido las bonanzas y las tempestades lo que me han hecho vivir en plenitud. Los tropiezos se han transformado en tan gran estímulo como los éxitos.

LA ESPECIALIDAD DE MEDICINA GENERAL FAMILIAR Y SU FUTURO

Dr. José Manuel Borgoño



CUANDO EN 1989, EL DECANO GOIC ME PREGUNTÓ, si el Depto. de Salud Pública Sur podía hacerse cargo de la segunda iniciativa de nuestra facultad, para formar especialistas en Medicina General Familiar, yo di un “sí”, no muy convencido todavía del papel de estos especialistas en la atención primaria de salud de nuestro país.

En esa época las Facultades de Medicina, la Sociedad Médica de Santiago y el Ministerio de Salud discutían la necesidad de formación de un médico general que tuviera la visión integral para la adecuada atención de salud a nivel primario, con especial énfasis en la prevención y promoción de la salud. Había matices de opiniones entre estos grupos e inclusive también se discutía si tener un especialista general para adultos y otro para niños, decisión que prevaleció en el programa de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica. Por lo tanto al asumir en el Depto. de Salud Pública Sur, esta responsabilidad de la formación de especialistas de Medicina General Familiar, había un ambiente favorable de las Instituciones académicas y un respaldo del Ministerio de Salud al otorgar becas en el ciclo de destinación para esta especialidad. La idea del Ministerio de Salud era otorgar becas en varias Facultades de Medicina del país, muy especialmente, en aquellas ubicadas en el Sur y con una ruralidad importante. Así nacieron los programas de la Universidad de la Frontera y de la Universidad Austral.

Debo destacar que se pensó primero, en entregar esta responsabilidad a los Deptos. de Medicina en la Universidad de Chile, muy especialmente por la Directora de la Escuela de Postgrado de aquella época, profesora Dra. Cristina Palma. Aun cuando yo no estaba en desacuerdo con esa posición no creía que esos Departamentos estuvieran en condiciones de tener recursos humanos para hacerlo, cosa que ratificaron sus directores inmediatamente.

Mi respuesta afirmativa a la petición del Decano Goic, se debió en gran parte a la confianza que yo tenía en mis Académicos: Dras. Isabel Segovia Dreyer y Christel Hanne Altermatt, especialistas en Salud Familiar desde comienzos de la década de los 80, además de reconocer en ellas su talento, eficiencia, creatividad y tesón.

La Directora de la Escuela de Graduados, Dra. Cristina Palma, nos entregó el programa aprobado para esta beca de 3 años de duración. Este programa contempla las asignaturas de: Salud Familiar de 3 años de duración, Salud Pública de 2 meses de duración y las rotaciones clínicas de 3 meses cada una de Medicina Interna, Obstetricia, Ginecología, Pediatría y Psiquiatría, además de un tiempo más corto para algunas especialidades como Cirugía Menor, Traumatología, Dermatología, Oftalmología, Otorrino y Urgencia. Este programa fue aprobado por la Facultad de Medicina en los primeros meses de 1990.

Los 2 primeros becarios comenzaron su especialización en mayo de 1990 en el Departamento de Salud Pública Sur, teniendo como Coordinadores Generales a los Drs. González Benedetti y al suscrito y como Coordinadora específica de la beca a la Dra. Isabel Segovia. Todas las rotaciones clínicas se hicieron durante los primeros años en los departamentos correspondientes del Campus Sur, reconociendo que también ha habido colaboración de especialistas de otros campus.

Se creó un comité académico que se reunía mensualmente presidido por el Dr. Armando González, e integrado por los profesores que tenían injerencia en las asignaturas básicas de la beca.

Con el transcurrir del tiempo se hicieron modificaciones en el cómo lograr los objetivos del programa de diversa monta, ya que estábamos haciendo camino al andar.

La acreditación de los consultorios, para la práctica de los becarios, no fue fácil. Usamos primero los del Servicio Metropolitano Oriente (Consultorio Carol Urzúa, Rosita Renard, La Reina y Aníbal Ariztúa), posteriormente en el Servicio Metropolitano Norte (Cristo Vive), y en el Servicio Metropolitano Sur (Consultorio Barros Luco y Recreo). En la actualidad se han incorporado otros consultorios como San Joaquín y Orlando Letelier, Joao Goulard, La Feria y Salvador Bustos. Simultáneamente en 1991 el Sr. Subsecretario de Salud, de la época, Dr. Patricio Silva, académico del Departamento de Salud Pública Sur, manifestó gran interés por esta iniciativa y entregó una gran colaboración. Consiguió un Grant de la Fundación Kellogg para financiar un viaje de observación de algunos docentes a México, Venezuela, Puerto Rico y EE.UU. El interés del Ministerio también se manifestó en el pago de docentes locales en diferentes consultorios, lo que facilitó extraordinariamente la enseñanza práctica del becario a este nivel. Esta colaboración continúa hasta la fecha con el otorgamiento de becas del ciclo de destinación y becas para los servicios metropolitanos y sus comunas. Esta última modalidad significa una acción conjunta de los Servicios de Salud, los Departamentos de Salud de las Municipalidades y de la Universidad de Chile. Más importante es que el tiempo de la beca se distribuyó en forma diferente, ya que los becarios de este tipo utilizan las mañanas y el día viernes para su formación en el Depto. de Medicina Preventiva y Comunitaria y las tardes realizan labor docente asistencial en el consultorio de la Municipalidad

correspondiente. En este momento del total de becarios, el número más importante corresponde a esta modalidad.

Simultáneamente el Ministerio otorgó becas a otras facultades de medicina del país como la Universidad Católica y posteriormente a la Facultad de Medicina de Valparaíso, Concepción, Universidad de la Frontera, Universidad Austral y Universidad de Santiago, para poder así, lo más rápidamente posible, lograr una masa crítica de estos especialistas. Esto ha significado diversos programas, que teniendo un componente común, permiten enfoques distintos que enriquecen el proceso y el desarrollo de la formación de especialistas. Como es el caso de la Universidad Católica que tiene mención en salud familiar del adulto e infantil.

Por otra parte la fundación legal de la sociedad de Medicina General Familiar en 1994 ha significado otro importante impulso a la formación de especialistas y al avance de esta especialidad en nuestro medio, como asimismo sus programas de capacitación algunos en forma conjunta con la Sociedad Médica de Santiago.

También se ha implementado y estimulado la aplicación del enfoque familiar en la atención de salud primaria en los consultorios de las Municipalidades de Nuñoa, Peñalolén, Las Condes, San Miguel, San Joaquín y El Bosque y en el Consultorio Cristo Vive de una organización no gubernamental en la comuna de Recoleta.

El dinamismo del proceso nos ha hecho avanzar, aunque lentamente, en forma sustentable, en este camino de formación de especialistas de Medicina General Familiar. El número de especialistas graduados en la Universidad de Chile a la fecha es de 14, todos han obtenido su título de especialistas. El número de becarios que tenemos en estos momentos alcanza la cifra de 23: 12 en primer año, 11 en segundo año y 2 en tercer año.

Al mismo tiempo la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile ha entregado una jornada y media académica equivalente a los recursos humanos que existían para este objeto desde el año 1990. En 1997 se transformó el Departamento de Salud Pública Sur en un Departamento de Facultad de Medicina Preventiva y Comunitaria, paso fundamental para el desarrollo acelerado de esta especialidad y la incorporación del enfoque de salud familiar en el currículum de pregrado y la creación de un internado electivo. En este sentido la voluntad política y el decidido apoyo de Decano Prof. Dr. Eduardo Rosselot han sido fundamentales en todos los progresos alcanzados.

Sin embargo, el futuro de esta especialidad en nuestro país, tanto en el sector público como privado todavía es incierto, si no se cambia el modelo de atención primaria, si no se estructura una carrera funcionaria para estos especialistas, si no se otorga un estímulo económico adecuado y una capacitación permanente de ellos tanto a nivel nacional como internacional. Sin embargo el balance es positivo, hay visión nacional de la especialidad, compromiso de las Facultades de Medicina de las Universidades y voluntad política sostenida hasta el momento del Ministerio de Salud. Al mismo tiempo

hay un movimiento mundial que reconoce la necesidad de la especialidad, lo que crece en forma sostenida en Europa, EE.UU. y algunos países de Latinoamérica.

Veo un futuro positivo con vicisitudes en el camino de la salud familiar, pero tengo confianza que el espíritu de servicio y de solidaridad de las partes comprometidas: Universidades, Ministerio de Salud y los nuevos especialistas van a consolidar el desarrollo sustentable para esta especialidad.

Como las actividades del ejercicio de la Medicina General Familiar requieren del trabajo en equipo, parece indispensable la necesidad de capacitar en esta especialidad a otras carreras de la salud, por lo tanto la Escuela de Postgrado debiera incluir en un futuro cercano por lo menos las becas de especialización para enfermeras y matronas para consolidar el equipo en Salud.

Otro cambio importante derivado de todo el proceso de formación de Especialistas de Medicina General Familiar es su repercusión en la enseñanza de Pregrado, que en el nuevo currículum de la Escuela de Medicina significa mayor tiempo para la enseñanza ambulatoria en consultorios de Atención Primaria a nivel Urbano y Rural, no sólo a nivel del internado sino también en 3^{er} y 4^o año de la carrera. El departamento de Medicina Preventiva y Comunitaria tiene un papel fundamental en la coordinación y en la programación a realizar en los niveles antes mencionados en toda la facultad.

Se están dando ya los primeros pasos con el Departamento de Medicina con el Hospital José Joaquín Aguirre en el 2^o semestre de 1998.

La carrera de Obstetricia ha incluido desde hace 2 años una unidad de Salud Familiar para las alumnas de 3^{er} año y esperamos que otras carreras sigan esta senda.

El desafío es grande y esperamos vencer las dificultades y hacer una colaboración substancial a la mejoría de los servicios otorgados a la población a nivel primario de Salud.

Homenajes

HOMENAJE A LOS FUNDADORES
DE LAS CIENCIAS BIOMÉDICAS



El Instituto de Ciencias Biomédicas Profesor Doctor Eduardo Cruz-Coke, con motivo de los 165 años de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, reconoce y honra a una decena de notables académicos del plantel, por su contribución a la creación de las diferentes disciplinas que se desarrollan en este organismo de fomento a la investigación y la docencia.

Por ello, durante julio de 1998, dispuso sus fotografías en la sala donde se reúne su Consejo, para mantener como fuentes de inspiración, de tradición y la historia de esta casa de estudios superiores, que en estos maestros se reflejan gracias a su excelencia y entrega.

De izquierda a derecha, ellos son:

Prof. Dr. Jorge Mardones Restat: Programa de Farmacología Molecular y Clínica.

Prof. Dr. Juan Noé: Programa de Morfología.

Prof. Dr. Eduardo Cruz-Coke Lassabe: Programa de Biología Celular y Molecular.

Prof. Dr. Francisco Hóffman: Programa de Fisiología y Biofísica.

Prof. Dr. Danko Brncic: Programa de Genética Humana.

Prof. Dr. Jaime Talesnik: Programa de Patología.

Prof. Dr. Amador Neghme: Programa de Parasitología.

Prof. Dr. Mamerto Cádiz: Programa de Microbiología y Micología.

Prof. Dr. Gustavo Hoecker: Programa de Inmunología.

Prof. Dr. Guillermo Contreras: Programa de Virología.

MI VIDA Y LA GINECOLOGIA: RECUERDOS Y AÑORANZAS



Dra. Eneida Aguilera

SIEMPRE RECORDARÉ CON PROFUNDA EMOCIÓN, aquella tibia mañana de abril, en que, con el corazón alborotado, ingresé por la puerta ancha y majestuosa de la antigua Escuela de Medicina de la Universidad de Chile.

Allí transcurrieron tal vez los años más felices y queridos de mi ya lejana juventud.

Con justicia puedo asegurarles que pertenezco a una generación privilegiada por la vida. Los primeros maestros dejaron huellas imborrables en mi espíritu. Fueron docentes de excepción: hombres cultos, elegantes, respetables. No sólo por su presencia pulcra sino, más que todo, por el enorme bagaje de sus conocimientos.

Estudiando, sufriendo y fracasando, aprobamos por fin los temidos ramos básicos, para pasar a tercer año de medicina, al campo de la "clínica".

Esta añorada etapa de nuestra formación transcurre en el antiguo y solariego Hospital San Vicente de Paul, ya desaparecido. Aquí recibimos nuevamente enseñanzas prácticas y teóricas de grandes y nombrados médicos, orgullo de la medicina chilena; de ellos y de sus generosos ayudantes aprendimos el arte de curar. Y fue allí, en contacto con el enfermo, y con los atinados consejos de nobles auxiliares de enfermería, donde empezamos a sospechar que en algún momento de nuestras vidas llegaríamos a ser médicos.

Es en la etapa de las especialidades, donde la ginecología atrae profundamente mi atención, y es en este centro donde encuentro lo que en el futuro llegaría a ser mi única y verdadera vocación.

Después de una larga y hermosa jornada como estudiante, en septiembre de 1947, recibo el título de médico-cirujano, para un mes más tarde, ingresar a la Cátedra Ginecológica Universitaria del profesor Juan Wood en calidad de ayudante *ad honorem*. Dirigía este servicio docente el profesor Juan Wood Walters, ginecólogo de excepción, hombre austero, justo, estudioso, trabajador incansable; dotado además de gran capacidad organizativa y don de mando.

En pocos años el profesor había introducido profundos cambios conceptuales en asistencia, docencia e investigación, transformando el antiguo

servicio de ginecología en el más moderno centro de la especialidad. Nada tenía que envidiar a aquellos visitados por él en Europa y Estados Unidos de Norteamérica.

Todavía siento satisfacción y orgullo por haber sido aceptada en ésta, la Clínica Ginecológica más prestigiada y rigurosa de nuestra Universidad. Es aquí donde ha transcurrido toda mi larga y fascinante vida médica.

El servicio de ginecología contaba con un selecto grupo de colaboradores que sentían como propias las aspiraciones del maestro. Todos privilegiaban la asistencia y, en forma muy especial, la docencia. Ellos no sólo participaron directamente en mi enseñanza teórica y práctica, de esta compleja especialidad médico-quirúrgica, sino que además, con bondad y firmeza, me mostraron el valor del estudio, de la investigación, del trabajo tesonero; como igualmente me inculcaron la enorme importancia de la lealtad y del respeto profundo por el ser humano. Para todos ellos mi cariño y gratitud, ya que, de un modo o de otro, fueron decisivos en mi formación profesional.

Cómo no recordar al Dr. Héctor Cruz M., notable vaginalista, a Eduardo Bruster M., cuyo libro sobre la trompa de Falopio aún hoy es considerado una joya de la ginecología nacional; Ramón Davanzo D., experto cirujano general, especializado en cirugía ginecológica; de carácter extrovertido que con su simpatía e ingenio aligeraba nuestro espíritu en momentos de fracasos o de tristezas; Alberto Guzmán F., distinguido histopatólogo, cuya colaboración fue siempre fundamental en la investigación científica; Walter Kock dedicado a la endocrinología ginecológica; Sergio Fuensalida T., verdadero precursor en nuestro medio de la terapia de reemplazo hormonal.

Me resulta imposible no mencionar a tantos y tantos colegas distinguidos como Francisco Lillo C., Olga Fischer, Guillermo Galán, Alberto Pardo, Alfredo Durán B., Humberto Elgueta y otros más, dejando para el final a Amalia Ernst M., docente extraordinaria, trabajadora, simpática y elegante, ya que fue ella quien, con sus realizaciones científicas, más la actitud visionaria del profesor Wood, permitieron a la mujer médico acceder a la Cátedra Universitaria.

Todos estos brillantes ginecólogos dirigían y participaban activamente en las unidades especializadas con que contaba dicha clínica. Notables eran las secciones de esterilidad conyugal, prolapso genital, tuberculosis genitoperitoneal, endocrinología ginecológica, como así mismo, el laboratorio clínico especializado y el laboratorio de histopatología y citología genital.

Con el correr del tiempo ingresan a la Clínica Ginecológica nuevos y selectos colaboradores como: Eliana Valenzuela, creadora del Centro de Patología Ginecológica de la Niñez y Adolescencia; Humberto Briones M., encargado de la unidad de patología vulvar, ambas unidades de reconocido prestigio en Chile y en el extranjero. Imposible no recordar con cariño a Ella Palma C., Aaron Wantman, Graciela Pena, Patricia Aliaga, Lila Coronel, Adda Zunino, Oscar González. Y tantos otros de honrosa trayectoria en la especialidad.

En 1953 la Cátedra de Ginecología, debe trasladarse al recién inaugurado Hospital Clínico de la Universidad de Chile, denominado Hospital "José Joaquín Aguirre". Nombre que conserva hasta la fecha.

En este nuevo destino la sección de ginecología se instala en el 5º piso del Sector E y la policlínica en el 1º piso del Sector D.

Aquí, nuevamente el profesor Wood demuestra sus notables condiciones organizativas. Distribuye los espacios con maestría, reservando a la querida y antigua biblioteca un sitio de privilegio en el corazón mismo del servicio. Este sobrio e iluminado recinto llega a construir nuestro más preciado refugio, ya que además de ser un lugar de estudio y meditación, a menudo nos permitía planificar investigaciones científicas como así mismo compartir ilusiones, vivencias e inquietudes.

El año 1973 marca el final de la Clínica Ginecológica Universitaria del profesor Juan Wood al crearse el Departamento de Obstetricia y Ginecología por fusión con la Clínica Obstétrica Universitaria del profesor Carlos Monckeberg. Este departamento ocupa actualmente el Sector A del Hospital José Joaquín Aguirre.

Con profunda pena debo recordar que si bien esta modernización trajo beneficios innegables, para nosotros significó la pérdida absoluta de nuestra identidad e independencia. Además desaparece nuestra añorada biblioteca y más tarde la Unidad Docente de Histopatología Ginecológica y Obstetricia.

No obstante lo expuesto, con el correr del tiempo emerge un moderno Departamento de Ginecoobstetricia y Neonatología. Aparecen nuevos y distinguidos maestros, jóvenes discípulos, quienes transmiten y reciben insospechados descubrimientos científicos, practicando además con precisión las más destacadas técnicas diagnósticas y terapéuticas del momento actual.

Creo que como este último cuarto siglo de nuestro departamento, por su grandeza y progreso merece un relato especial.

He recapitulado con profunda emoción una larga etapa del pasado, pero en este mundo de hoy, vertiginoso y apabullante, es bueno tener en cuenta que el presente es una página del futuro.

Después de seis años dedicada al trabajo y al estudio, donde en forma progresiva se entremezclan aprendizaje, asistencia, docencia e investigación, logro por concurso acceder a mi primer cargo de planta en el Hospital Clínico. En 1955 ingreso a la Sociedad Chilena de Obstetricia y Ginecología con el trabajo titulado "consideraciones sobre el mioma uterino". Fui posteriormente becada por la Universidad de Harvard en Boston, EE.UU., para profundizar conocimientos en ginecología general, esterilidad e histopatología ginecológica (1956-1957).

Terminada mi etapa de formación básica debo asumir variadas responsabilidades. En mi práctica médica abarco todo los aspectos médicos y quirúrgicos de la especialidad, llegando a ser, con el correr del tiempo, subjefe de la Sección de Esterilidad y fundadora y jefe del Centro de Planificación Familiar.

Como ginecóloga me corresponde asumir todas las responsabilidades de este Centro Universitario. En docencia teórica y práctica impartí enseñanzas de pre y postgrado, ya sea por medio de pasos prácticos, clases magistrales, simposios, mesas redondas, conferencias y otros.

Habiendo ejercido todos los cargos docentes y asistenciales, más una importante actividad científica, en 1979 se me distingue con el grado académico de Profesora Titular de Ginecología y al mismo tiempo, se me nombra Jefa del Servicio de Ginecología, permaneciendo en este cargo por un período de cinco años.

No puedo negar que ha sido un privilegio recibir ambas distinciones, honores que compartí de corazón con todas mis colegas de la especialidad.

En mi larga y activa vida profesional, asisto a innumerables cursos de perfeccionamiento, nacional y extranjeros. He viajado por el mundo en representación de la grandiosa Universidad de Chile, difundiendo con dignidad y respeto el acervo cultural y científico del ginecólogo chileno.

Así he tenido la oportunidad de conocer y compartir con grandes figuras de la ginecoobstetricia contemporánea.

Fue sorprendente cambiar impresiones con el Dr. J. C. Rubin, quien introdujo la histerosalpingografía y la insuflación útero tubaria (test de Rubin) en el estudio de la esterilidad.

En mi permanencia en Boston recibí enseñanzas del profesor Joe Vicent Meiggs, uno de los más reconocidos y respetados cirujanos oncológicos. Permanecí tres meses en el Mass General Hospital con Howard Halfelder, quien junto al Dr. Langdon Parsons, dejaron para la posteridad el más notable atlas de cirugía ginecológica. Emociona haber participado en reuniones científicas con el distinguido sabio chileno Abraham Lipchuts y con distinguidos profesores como el Dr. Juan Zañartu, reconocido endocrinólogo, querido amigo y maestro. Y haber colaborado con el profesor Dr. Andrew Schally, Premio Nobel de Medicina en 1977.

He tenido el privilegio de ejercer la ciencia médica desde la era preantibiótica hasta la complejidad y tecnicismo del presente.

Creo haber cumplido con responsabilidad y entrega el mandato de mi quehacer médico. He sido fiel a mis maestros y quisiera ser recordada con cariño y gratitud por los cientos de jóvenes que, en algún momento de su formación, recibieron el legado de mi modesta experiencia

Siento el orgullo y la dicha de ser médico. Todo lo que he logrado en mi vida se lo debo a esta respetable y querida Facultad de Medicina, a mis maestros, colegas y discípulos como también a mi esfuerzo personal y espíritu de superación.

Llegar a esta etapa de la vida en que los recuerdos llevan el rocío de las emociones, nos hace volver la mirada a quiénes de una u otra forma, nos guiaron con su ejemplo, o fueron poderosos mástiles para nuestros propios sueños. Es así como en lo personal siento en mi espíritu la huella del agradecimiento hacia otra gran mujer como fue la Dra. Amalia Ernst Martí-

nez. Deseo dedicar este corolario de mi senda en un homenaje de reconocimiento que escribiera para ella en una revista internacional en el año 1996.

Amalia Ernst, nació a comienzos del siglo, en una localidad sureña, cursó sus estudios secundarios en la ciudad de Concepción y recibió su título de médico-cirujano de la Universidad de Chile en el año 1923.

Ya como alumna asumió responsabilidades docentes en la Escuela de Enfermería dando clases sobre ciencias naturales, laboratorio clínico y química médica, en el antiguo Hospital San Vicente de Paul, ya desaparecido.

Como profesional incursiona con éxito en Pediatría, después en Cirugía General para finalmente encontrar su verdadera vocación en la Clínica Ginecológica Universitaria del profesor Juan Wood W.

Desde 1938 y en mérito a su inteligencia, disciplina, corrección y dedicación al estudio, domina progresivamente todos los aspectos médicos y quirúrgicos de la especialidad, pero su labor más relevante se orienta desde entonces, hacia el campo de la fertilidad conyugal.

En este período, gracias a su trabajo personal, sienta bases, da forma y vida al primer Centro de Anticoncepción en Chile. Simultáneamente dirige y organiza la policlínica para estudio y tratamiento de la esterilidad conyugal.

La Dra. Ernst investiga y enseña con verdadero tesón. Encuentra colaboradores dentro del propio servicio y en cátedras afines creando con el correr del tiempo lo que será un "centro asistencial y docente" de reconocido prestigio en el país y en el extranjero.

Debido a sus condiciones personales y a sus logros, muy pronto es considerada como una destacada especialista.

Después de varios años de intensa preocupación y sacrificio, su labor es reconocida internacionalmente cuando en Brasil, en 1951 se le asigna, junto al profesor Wood, el relato oficial sobre "rutina diagnóstica en la esterilidad femenina" en el Primer Congreso de la Sociedad Brasileña de Esterilidad. Debemos recordar que de este evento científico surgieron las bases para lo que actualmente conocemos como Federación Internacional de Sociedades de Fertilidad.

Este hecho constituye uno de los acontecimientos más relevantes en su vida científica y es aquí donde esta distinguida ginecóloga adquiere su propia dimensión.

En adelante su vida está jalonada de distinciones y honores.

Participa en todos los congresos mundiales de esterilidad e infertilidad conyugal, como así mismo en las más variadas reuniones científicas nacionales y extranjeras.

Durante toda su vida docente se preocupa de su propio perfeccionamiento, asistiendo a cursos nacionales y extranjeros. Sólo para mencionar algunos importantes, el de esterilidad masculina, en 1952, en Santiago de

Chile, el de endocrinología ginecológica dictado por el Prof. E. Hamblen, en 1957, de Estados Unidos y el de citología ginecológica del Prof. Botella Llusia, 1962, en Madrid, España.

Es extremadamente difícil resumir la extensa trayectoria organizativa, asistencial y docente de la Dra. Ernst. Podemos decir, sin temor, que asumió todas las responsabilidades y cargos en la Clínica Ginecológica Universitaria, desde su ingreso en 1938 hasta su retiro voluntario en 1978. Perteneció a 10 sociedades científicas, en cuatro de ellas en calidad de socia fundadora.

Fue la primera mujer miembro del Directorio de la Sociedad Chilena de Obstetricia y Ginecología, a la cual ingresó tempranamente, en 1938. Ocupó sucesivamente los cargos de secretaria anual, secretaria ejecutiva y vicepresidenta. Fue Secretaria Nacional de la Sociedad Internacional de Esterilidad, Presidente de la Sociedad Chilena de Esterilidad y Vicepresidente de la Sociedad Chilena de Citología.

Recibió innumerables distinciones de variadas sociedades científicas. Fue miembro honorario de las sociedades peruanas, uruguaya, brasileña y española. Perteneció al comité ejecutivo de la IPPF (International Planned Parenthood Federation). Esta organización junto a la Universidad de Chile le confiere el diploma de pionera en planificación familiar.

Al cumplir 60 años de vida profesional en 1973 se le otorga el título de "Miembro Emérito" del Colegio Médico de Chile.

En 1978 la Sociedad Chilena de Obstetricia y Ginecología, junto a la de esterilidad le confiere el título de Presidente Honorario de la Sociedad Chilena de Esterilidad.

Sus numerosos trabajos científicos abarcan todo el campo de la ginecología y totalizan 80 publicaciones; de ellas 19 fueron presentadas a congresos internacionales, 10 a congresos nacionales y 51 aparecen en la Revista Chilena de Obstetricia y Ginecología.

La importancia de sus contribuciones científicas hace que nuestra sociedad le otorgue en dos oportunidades el premio al mejor trabajo de ginecología. En 1948, sobre "Terapia con pellets de estrógenos" y en 1951, por el que se refiere a "Algunas consideraciones en 1.380 casos de esterilidad".

Recibe mención honrosa por su estudio sobre "Incompetencia del cuello uterino como causa de infertilidad", en 1961 y, finalmente en 1967, por su colaboración en el "Estudio de la permeabilidad tubaria en mujeres con dispositivo intrauterino".

Amalia Ernst fue una docente excepcional, rigurosa y simpática con sus alumnos y pacientes, querida y respetada por igual. Fue ella quien con sus realizaciones, sumada a la actitud visionaria del Prof. Wood, permitieron a la mujer acceder a la Cátedra Universitaria.

Fue una viajera incansable, recorrió latitudes creando lazos intelectuales de profunda amistad con los más conocidos profesores de ginecología y

obstetricia del momento. Todos la distinguen por su seriedad científica, por su simpatía personal, por su cultura y elegancia.

Representó con dignidad y orgullo a la profesional chilena en las más variadas reuniones científicas o de bien común.

Amalia Ernst fue una mujer hermosa, imponente, poseedora de una inteligencia superior. Fallece el 2 de septiembre de 1992, después de una larga y fructífera vida.

A quienes tuvimos el privilegio de ser sus discípulos nos enseñó, con su ejemplo, el enorme valor al estudio, de la investigación del trabajo incansable y de la importancia indiscutible de la lealtad. Nos dejó además el legítimo orgullo de haber compartido parte de nuestra vida profesional al lado de una mujer excepcional, distinguida ginecóloga y auténtica pionera en el campo de la esterilidad.

Siento muy de veras una gran satisfacción dedicar a la Dra. Ernst este reconocimiento, que no es otra cosa que el respeto y gratitud que debemos a nuestros maestros. Todos nos debemos a otros y por ello también me siento agradecida de formar parte de este libro cuya iniciativa representa descorrer ese velo de olvido que suele opacar los verdaderos soportes de la medicina presente y futura.



Clínica Ginecológica Universitaria Profesor Dr. Juan Wood, Año 1965.

Sentados de izquierda a derecha:

Carlos Noriega; Francisco Lillo Cabezón; Ramón Davanzo D.; Eneida Aguilera; Juan Wood W.; Monjita de la Caridad Sor Gabriela; Héctor Cruz M.; Amalia Ernst N.; Guillermo Cabrera; Alberto Guzmán F.

De pie:

Myriam Palacios (Secretaria); Raúl Mena; Olga Fischer; Víctor Velásquez; Graciela Peña; Marcos Kleiman; Óscar Muñoz; Emma Acuña; Aarón Vantman; Ella Palma C.; Héctor Briones M.; Rosa Torres (Asistente Social).

De pie, arriba:

Becado boliviano; becado panameño; Virginia Milohnic (B); Pedro García; Clarisa Pacheco; Sergio Fuenzalida Teare; Óscar Retamales; Joaquín Iglesias; Dan Martínez; Eliana Valenzuela; Myriam Guzmán.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA MUJER Y SU QUEHACER EN MEDICINA



Dra. *Colomba Norero V.*

SI DEFINIMOS LA MEDICINA COMO LA CIENCIA y el arte que tiene como objeto la conservación y el restablecimiento de la salud, se nos hace evidente de inmediato, el papel que la mujer ha jugado en este proceso. A lo que me refiero es a la cercanía que tiene con los hechos trascendentales de la existencia que se relacionan con la Medicina: es protagonista indiscutida en el proceso del nacimiento y es la acompañante casi obligada en la enfermedad, el dolor y la muerte de quienes forman su entorno.

La mujer, cualquiera que sea su cultura, está más cerca de estas grandes verdades, las enfrenta naturalmente, sin arrogancia y con gran compasión. Tiene así un núcleo de espiritualidad que le es propio, que la hace participar, aun sin saberlo conscientemente, en las temáticas más trascendentales para el ser humano: su origen y su destino final. Puede que en muchos casos no se haga preguntas, pero vive los distintos procesos, contribuye con su apoyo, afronta las situaciones y acumula vivencias. Está impregnada de grandes temas filosóficos sin saberlo. Es la más fiel exponente del componente humanista en el arte médico.

Al recorrer a grandes rasgos los distintos períodos históricos, se puede apreciar los vaivenes de la aceptación de la mujer en este “hacer y sufrir” que es la Medicina. Un rol muy importante en las culturas primitivas, en su papel de machi, sacerdotisa, bruja o curandera, en un reconocimiento tácito de su familiaridad con los procesos de vida y muerte, demostrando el componente mágico de la Medicina en todo su esplendor.

Por un largo tiempo, mientras se desarrollaba una explicación racional, causa-efecto, en el proceso de enfermar, se negó el acceso al sexo femenino a los procesos intelectuales (situación mantenida por varios siglos), relegándola a un papel totalmente secundario en la medicina occidental. Participa en el hacer, pero no en el pensar del acto médico. A ella le va a corresponder la obediencia subordinada, sin comprensión cabal de la actividad realizada.

De esta actitud quedan variados testimonios. Numerosos pintores, en distintas épocas, han dejado constancia de su permanente actitud de apoyo y servicio con los enfermos y moribundos. Fue notable el papel que cumplieron

las monjas de hospital, brindando consuelo religioso junto a los cuidados físicos.

Ya en el siglo xx, este rol tan pasivo fue lentamente sobrepasado. El cine fijó muy bien el papel de la mujer ante la enfermedad: uno recuerda fácilmente la abnegada actitud de las bellas jovencitas que siempre estaban al lado del cowboy herido, cuando éste recuperaba la conciencia ¡en un blanquísimo lecho! Luego, la decidida acción de las heroicas enfermeras de las películas bélicas. Siempre allí, la mujer, en su papel consolador, como una obligación natural y propia de su condición. En este sentido, y sin abandonar el cine —que en paréntesis es el mejor testimonio de nuestras costumbres— debe destacarse en “Lo que el viento se llevó”, la actitud de rechazo de Scarlett O’Hara en asumir un papel de enfermera con los heridos de la Guerra de la Secesión, como una muestra más de la originalidad de su espíritu.

Más allá de lo anecdótico, muchas veces me he preguntado ¿Qué resultado tendría nuestro excelente diagnóstico y nuestro plan terapéutico si no existiera ese grupo de mujeres anónimas como son las enfermeras y las auxiliares de hospital? Ellas se llevan la peor parte, la que no se nota y que sin embargo es de importancia vital para los pacientes.

¡Esforzadas mujeres las auxiliares de hospital! Son ellas las que colocan la vasija para recibir los vómitos, hacen el aseo corporal, extienden las sábanas, acomodan las almohadas; convencen de un modo u otro a los pacientes para que acepten los tratamientos y, muy especialmente, brindan consuelo. Intentan disminuir los temores ante lo desconocido, conversan con los viejos, acarician a los niños, sujetan la mano del que está sufriendo. Acompañan al que muere.

¿Qué sería de los pacientes sin esta entrega generosa? Las auxiliares de hospital tienen hasta hoy una actitud de servicio que va más allá de lo comprensible en este mundo de mercado. Se codean, noche a noche, con grandes problemas. Resuelven, con una sabiduría innata, las dudas de los enfermos.

La participación activa de la mujer en la profesión médica durante este siglo es una manifestación más de la aceptación que la capacidad intelectual puede darse en cualquier sexo. Es por eso que no debe considerarse un logro, es natural que así sea.

Debo destacar, sin embargo, que los primeros años de incorporación a la que fue tan masculina actividad, no deben haber resultado fáciles. ¡Si aún hasta ahora hay especialidades médicas casi vedadas para la mujer! ¡Pensar que hasta 1954 no se admitía mujeres en la Carrera de Medicina de la Pontificia Universidad Católica y había un determinado cupo en la Universidad de Chile!

Es por ello que la generación de mujeres médicos de más de 20 años de profesión, tiene características de personalidad muy semejantes: habitualmente muy capaces, asertivas, de gran firmeza, tenaces, organizadas y prag-

máticas. Sólo con estas características podían sobrevivir en un medio que no les era precisamente fácil.

Primero, hubo una derivación mayor hacia Salud Pública y Pediatría, considerada esta última “apropiadamente femenina”. Sin embargo, ¡Por Dios que hay que tener coraje para atender a un niño moribundo! Enfrentar el dolor de un paciente es terrible a cualquier edad, pero lo es más aún en el niño. Los pediatras saben que la sensibilidad exagerada no sirve, que la lucha hay que darla aunque parezca cruel o perdida, que existe un tremendo potencial y una reserva de energías en el niño que es su gran capital. Las mujeres pediatras lo hemos entendido hace mucho tiempo. De allí nuestra firmeza y, a veces, nuestro aparente desapego. ¡No involucrarse!, de otra manera, resulta difícil actuar...

Es notable que la mayoría de las doctoras de esa primera etapa, hayan podido desarrollar, además de su profesión, una vida personal muy plena. Habla muy bien de su gran capacidad organizativa, apoyadas en nuestro país por una gran cooperación familiar y un eficiente servicio doméstico.

Al conversar este punto con mis colegas, prácticamente todas destacan la sensación de culpabilidad, en mayor o menor grado, en relación a su familia. ¡Cuánto se dejó de lado o se hizo eficientemente, pero a la rápida, para cumplir con las obligaciones de la profesión! Volver a trabajar cuando los hijos tenían un mes y medio de vida significó un importante trauma para la mayoría. Llegar atrasada a las reuniones del colegio, correr a comprar útiles escolares a última hora, estimular a que las tareas debían ser hechas individualmente y sin ayuda. Tratar de mantenerse presentable en las reuniones sociales, no mostrar el cansancio y dar imagen de seguridad aunque por dentro las dudas sobre la validez de lo que habíamos elegido como esquema de vida, nos asaltaron ¡Tantas, tantas veces!

Quizás lo peor de todo en esos años, era que los problemas personales no podían ser explicitados. ¡Una se los había buscado!

En la actualidad, algunos de estos aspectos han mejorado y otros se mantienen igualmente vigentes. Incluso han empeorado las condiciones de apoyo doméstico, se toman con gran ligereza las determinaciones en cuanto a romper los vínculos matrimoniales, pero al menos, ya no se necesita demostrar que somos igualmente capaces para enfrentar una tarea.

El ingreso de la mujer a los distintos campos de la medicina no se cuestiona abiertamente. Ahora no sólo se puede actuar como profesional sino que además la incorporación a la investigación y a las labores de gestión académica son cosa de todos los días. Pero ¿es mérito exclusivo de las mujeres? ¿no corresponde esto a la paulatina retirada del hombre de las actividades académicas?

No cabe duda que la Medicina, especialmente en lo que se refiere a la vertiente académica, ya no es una carrera “rentable”. Otras profesiones son más consideradas en ese aspecto. ¡Es tan típico el predominio femenino en todas las actividades mal remuneradas! Por eso, no debe extrañarnos el mayor

contingente femenino que ingresa a la carrera, la dedicación a la investigación y la incorporación en gestión y docencia universitaria.

En este último quehacer, probablemente esta mirada nueva, resulte de utilidad en las necesarias modificaciones que se aprecian como imperativas en la Medicina.

El predominio tecnológico actual, con una medicina que se aprecia a corto plazo como absolutamente robotizada, deshumanizada, deberá ser cambiada en un futuro cercano. ¿Quién sino la mujer podría contribuir en forma sustancial a que esto se lleve a la práctica?

Deberá haber una moderación lógica en la aplicación inmediata del conocimiento adquirido, en lograr modificaciones genéticas "favorables", en el gozo intelectual de escudriñar el origen de la vida y en la prolongación artificial de la existencia

Deberá predominar la sensatez. Creo que de nuevo, la vieja, ancestral sabiduría femenina, puede ayudar a que los valores humanísticos no se pierdan, a que este hacer por los demás, conserve lo que le ha sido más propio: el interés por los otros, la compasión, la solidaridad.

Quiero terminar diciendo que no he pretendido escribir un manifiesto feminista. ¡Válgame Dios! Considero que ni la capacidad intelectual ni la afectividad son privativas de determinado sexo. Más aún, siento que las mujeres médicos, al menos en Chile, somos muy privilegiadas. Durante mi período de estudiante y luego en toda mi carrera, he sentido más bien el apoyo de mis compañeros y luego de mis colegas (con las excepciones que confirman toda regla, por supuesto). Me he sentido honrada con la confianza que me han manifestado durante las variadas funciones que me ha correspondido realizar y agradecida del espíritu generoso, amplio y participativo de mis maestros.

Debo confesar, con una sonrisa final, haberme aprovechado de mi condición femenina en este mundo médico, que hasta hace pocos años era tan masculino. Más de una vez, se me han permitido respuestas que no hubieran sido toleradas, si hubieran sido dichas por un hombre. Decir verdades, con voz y actitud ingenuas, sigue siendo exclusivo privilegio femenino.

Unos meses después de haber escrito estas pequeñas reflexiones sobre el papel de la mujer en Medicina, se me otorgó el honor de hacer la semblanza de la Dra. Cristina Palma Prado, en el acto en que la Facultad de Medicina la nombró Profesora Honoraria.

¡No cabe duda que la vida va encajando sus momentos como un rompecabezas! Se me dio la oportunidad de hablar sobre una de las mujeres pioneras de la intelectualidad médica en Chile, de alguien que refleja en su carácter y en su trayectoria toda la fortaleza espiritual de quienes se embarcaron en la docencia universitaria en sus primeras etapas.

CRISTINA PALMA PRADO

Una mujer fuerte

Hablar de Cristina Palma es reflexionar sobre la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Simboliza la compenetración de vida, el compromiso total en el quehacer universitario. Esto lo sabemos todos. Puede que en algún momento se pueda haber discrepado con su pensamiento o con su accionar, pero siempre detrás de su palabra o de su actuar ha estado esta entrega a los ideales universitarios que va más allá de los límites imaginables.

Revisar la trayectoria académica y profesional de la Dra. Palma es un arduo trabajo. En líneas generales podemos decir que se inició como médico rural. Continuó como internista en Chillán y Valparaíso. En este último lugar le correspondió integrar el equipo que realizó las primeras angiocardiógrafías en el país. Llegó a ser Presidente de la Sociedad Médica de Valparaíso. Luego, se especializó en Salud Pública en Chile y en EE.UU. Se dedicó a la Educación Sanitaria, constituyéndose en un nexo importante entre la Escuela de Salud Pública y el Ministerio de Salud. En el ejercicio de estas funciones recorrió Chile de uno a otro extremo, contribuyendo a la formación de los educadores sanitarios. No hay lugar de Chile que no haya visitado, por inaccesible que éste sea.

Con esta sólida base de medicina primaria y de especialización clínica, inició una vida académica, de administración docente y gestión universitaria ininterrumpida que culminó con su nombramiento como Vicedecano de la Facultad de Medicina durante el Decanato del Dr. Sergio Lecannelier y posteriormente durante el primer período del profesor Alejandro Goic, épocas muy conflictivas en el país y que se reflejaron en la Universidad. La institución, bajo la guía de sus directivos, fue capaz de demostrar una unidad, claridad de ideas y firmeza como no había sucedido en mucho tiempo.

A lo largo de toda su actividad profesional podemos apreciar que donde quiera que hubo una iniciativa en relación a temas médicos, allí estaba presente la Dra. Palma. Participó en el grupo de Valparaíso que gestó las primeras ideas que cambiaron la salud en Chile: la organización del Servicio Nacional de Salud, la Ley del Médico Funcionario, la creación del Colegio Médico. Integró múltiples comisiones del Ministerio de Salud, del Colegio Médico, de las Facultades de Medicina tanto de Chile como de toda América. Convertida en una experta en Educación Médica, se solicitó su participación en seminarios y conferencias internacionales sobre el tema. Sus numerosas y premiadas publicaciones fueron ampliando perspectivas, abriendo caminos, anticipando soluciones. Tal fue el reconocimiento internacional a su labor que fue premiada con la Orden al Mérito Francisco Fernández, otorgada por la Federación Panamericana de Facultades de Medicina.

De todo este agotador trabajo quisiera señalar algunas actividades en particular: En primer lugar, su destacado papel en ASOFAMECH, en donde le correspondió actuar como Secretaria Ejecutiva desde 1969 hasta 1995, exten-

diéndose durante la gestión de 10 Comités Ejecutivos. Si alguien estaba al tanto de la Educación Médica en Chile era la Dra. Palma.

Su rol como gestora de numerosas iniciativas educacionales y el importante papel de relacionadora pública entre las instituciones que contribuyen al desarrollo de la medicina —Ministerio, Facultades, Colegios Profesionales—, contribuyó eficazmente a que se mantuviera la relación docente asistencial que es tan necesaria en la formación profesional de los médicos.

Quisiera destacar en segundo lugar su gestión en la Escuela de Postgrado. Con esa capacidad de anticipación que es una de sus características más marcadas, impulsó con firmeza los grados académicos, dando todas las facilidades para el desarrollo de los programas de Magister y Doctorado. Con ello, estaba contribuyendo a hacer crecer la Facultad y a ubicarla en un nivel de excelencia en relación a la investigación científica.

Se dio cuenta que era necesario contribuir a la formación de los académicos y elaboró planes en ese sentido.

Cuando todo el mundo favorecía la subespecialización profesional, junto a otros destacados profesores, elaboró un plan de formación en Medicina General, dándole la categoría de una especialización, como un merecido reconocimiento a la dificultad de reunir distintos roles en un solo personaje. ¡Cuánto no deben haber contribuido sus propias experiencias como médico rural y su conocimiento de las necesidades de las personas que habitan lugares alejados!

Puso toda su inteligencia y empeño en las complejas funciones de la Escuela. Era admirable verla manejar difíciles situaciones con una tranquilidad y soltura impresionantes. ¡Es tal su habilidad que sus interlocutores salen convencidos que las conclusiones obtenidas han salido de sus propias cabezas!

Maestra en las relaciones humanas, con una memoria excepcional y una capacidad asociativa admirable, sabe coger al vuelo la idea, que la lleva a desarrollar planes y a entusiasmar a los que la rodean.

Todas estas capacidades no podían pasar desapercibidas. Es así como recibe el Premio Amanda Labarca en 1986.

No puedo dejar de señalar que fue la primera mujer en Chile ingresada como miembro honorario a la Academia de Medicina del Instituto de Chile. La vemos, por lo tanto, nuevamente abriendo senderos...

Su ingreso a la Academia significó el reconocimiento a su trayectoria, iniciada como humilde médico rural que llegó a las máximas responsabilidades académicas.

Pero no sólo quisiera hablar de Cristina Palma académica, subida al pedestal de la excelencia universitaria y a la soledad de los directivos. Quisiera hablar de Cristina Palma como yo la he conocido.

Recuerdo de mi primer contacto directo con ella. Fue en 1991. El Decano Goic me había llamado para proponerme la Subdirección de la Escuela de Postgrado, dirigida por la Dra. Palma. Tuvo la habilidad de dejarnos solas.

Sentadas en esos sillones de felpa beige del Decanato, ambas nos miramos. Yo, con bastante susto. Estaba frente a todo un personaje, al que sólo conocía por sus actuaciones como Vicedecano en numerosas Comisiones donde planteaba ideas concisas, sensatas y profundas. Mi duda era: ¿Me podré entender con esta doctora? ¿No será demasiado severa? Así, decidí decirle lo primero que se me pasó por la cabeza; Doctora, para poder trabajar bien con alguien, necesito que me quieran...

Aún no olvido su mirada algo sorprendida y un pequeño gesto de picardía, que me envalentonó para decidirme a aceptar la responsabilidad que se me ofrecía.

Nunca he tomado mejor decisión en mi vida. Me permitió conocer a un ser humano excepcional. Me permitió, a esas alturas de mi carrera, adquirir una maestra. Así la reconozco. Como una guía insustituible, fuente inagotable de conocimientos insospechados. Una constante sorpresa. ¡Qué mejor decir de una persona!

A poco correr de los días empecé a experimentar su real personalidad. De aquella severidad aparente empezó a emerger un sentido del humor, una capacidad de reírse de las circunstancias, de poner el granito de pimienta necesario para condimentar el trabajo cotidiano. No recuerdo otras etapas de mi vida en que me haya reído tanto.

Se estableció así una especie de código de humor que ha matizado para siempre nuestras relaciones. ¡Es cierto que el aprendizaje cuando se efectúa con agrado, no se olvida! Trabajamos duro, pero siempre hubo tiempo para el afecto, para la preocupación cariñosa, para la pequeña charla. Y así fue configurándose la que es para mí, la Cristina Palma más notable, la de los gestos diarios que la muestran tal como es.

Y fueron surigiendo las anécdotas.

¡Cómo olvidar su llegada a Chillán, inmediatamente después del terremoto, acompañada de la que era su gran amiga: Lea Carlini!

La decisión de partir hacia allá fue tomada por la Dra. Palma en forma imprevista, al encontrarse por casualidad con Lea que partía esa misma noche a la zona con un contrato temporal. Juntas se embarcaron en el tren nocturno a Chillán, con la idea de permanecer allá 3 meses. Se quedó 10 años.

Y para qué decir cómo le comunicó a su familia de esa decisión. A la pasada del tren por San Fernando, en el andén, avisa que se va con un cargo a la zona terremoteada.

La primera noche la pasa en las bancas de la sacristía de Coihueco, contemplando el cielo estrellado porque el pueblo, incluyendo la iglesia, estaba en ruinas. No había dónde alojarse.

¡Qué muestra de temple, la de estas dos mujeres! En el ambiente de miedo y desenfreno que se produce en las grandes catástrofes mantienen la calma y se prodigan en la atención de la gente, ¡mientras la tierra seguía temblando!

Esa fortaleza ya la había demostrado desde niña. Vivió sus primeros años

en Paposo (entre Antofagasta y Taltal) donde su abuelo era minero. Allí aprendió a leer y dio el primer examen de su vida. La escuela donde estudió había sido organizada por su familia, para elevar el nivel de los changos de la región. Y allí se inició su sed incesante de conocimiento que la llevan a abandonar las comodidades de su hogar, efectuando sus estudios lejos de su casa desde muy pequeña, para continuar en Medicina, en una época en que esto era mal visto en una jovencita. Y destaquemos que se trataba de una niña mimada por sus padres, vestida nada menos que con tenidas de terciopelo inglés, regalona, pero voluntariosa y decidida.

Pero no todo ha sido trabajo e intelectualidad en su vida. Ha sabido gozar las circunstancias en que le ha correspondido vivir. La época de Valparaíso fue un período notable, lleno de reuniones sociales, de Casino hasta altas horas de la noche, combinando con armonía, trabajo y recreación. El tiempo le alcanzó hasta para incursionar en política: participó activamente en la lucha por el voto femenino y llegó a ser candidata a diputado, lo que rechazó para continuar con su trabajo gremial.

Generosa con su familia y sus amigos, está siempre lista para dar un consejo oportuno o una ayuda económica. Habla con especial cariño de su madre, de sus hermanos y de sus sobrinos (verdaderos o postizos) y se siente orgullosa de sus logros. Su ejemplo ha sido un estímulo para ellos.

Tiene entrañables amigos: Gabriela Venturini es una de ellos. Han compartido ideales, buenos y malos momentos en el quehacer universitario, grandes responsabilidades y tareas. Ambas poseen además el mismo sentido del humor.

Se refiere con agradecimiento hacia quienes la apoyaron con firmeza en su período como Vicedecano. Destaco entre ellos a Jaime Pérez Olea y Ricardo Cruz Coke.

Armando Roa, Presidente de la Academia, era uno de sus grandes admiradores. Junto se enfrascaban en conversaciones llenas de chispa y sabiduría. Fui afortunada espectadora de su hermosa relación.

Su gozo por la vida se manifiesta en sus preocupaciones estéticas. Aprecia las artes con una visión muy libre, que más de una vez me ha dejado perpleja. Se mantiene interesada en política y sabe leer, entre líneas, los comentarios editoriales. Siempre tiene una versión original de los acontecimientos y una anécdota sobre los personajes de actualidad. Entusiasta del tenis, no se pierde partido, a la hora que sea, siempre y cuando no interrumpen sus tardes de póker.

Su entereza se ha hecho evidente en relación a sus problemas de salud. No es la mejor de las pacientes, conspira contra ello su misma energía. ¡Hace sus transgresiones al régimen con total regularidad!

No le interesan las labores femeninas —dudo que tenga paciencia para bordar o coser— pero sí es capaz de leerse un áspero informe con verdadero deleite.

Cuando pienso en Cristina Palma, pienso en una mujer fuerte. Inevita-

blemente tiendo a compararla con Gabriela Mistral. Comparten inteligencia, fortaleza, ternura escondida y un amor por los semejantes que en Gabriela se manifiesta en sus rondas y en Cristina en su generosa entrega académica y familiar.

El acto de hoy en que se la nombra Profesora Honoraria de la Facultad de Medicina es el merecido reconocimiento a una mujer que es un orgullo para la profesión médica y para la Universidad de Chile.

ARMANDO ROA, HUMANISTA



Sra. María Isabel Smith

La persona en sus más diversos aspectos es un bien primordial y no cabe ponerla en juego en experimento alguno. La persona integra la sociedad, pero al mismo tiempo la trasciende, pues es única e irrepetible: su menoscabo, o su desaparición, no tiene reemplazo, no es substituida ni por otra persona, ni por la sociedad¹.

El hombre tiene dignidad por sí mismo y por pertenecer a una especie cuyos individuos han logrado llegar a ser los únicos que tienen conciencia de la responsabilidad de existir, gozan de libertad, se autogobiernan y gobiernan en cierto modo al mundo, y saben, por lo mismo que son por esencia seres éticos. El grado de dignidad de cada hombre no se mide por su nivel de inteligencia, por su sensibilidad ante tales o cuales cosas, o por ser más o menos libre en cada una de sus acciones sino por ser uno de los individuos de una especie de tal categoría².

SE ME HA INVITADO GENTILMENTE A QUE ESCRIBA sobre lo más significativo de mi desempeño en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, y aun cuando no se me escapa la calidad de los demás autores, me he atrevido a aceptar con profundo agradecimiento dado el inmerecido honor que significa para mí.

En verdad no me referiré a la vida de la Facultad, ya que debo confesar que desde mi punto de vista, la vida de la Facultad estuvo siempre estrecha-

¹Roa A. *El cuestionamiento de la ciencia por la ética y de la ética por la ciencia en el mundo de hoy*. Rev. Psiquiat. Clínica 1984; 21 (1-2): 77-93, pp. 82.

²Roa, A. *Ética y Bioética*. Ed. Andrés Bello. 1998.

mente ligada a la vida del profesor Armando Roa, pues lo acompañé en todas las actividades que desarrolló: Profesor de Psiquiatría, Director de Departamento, Profesor de Ética, Presidente de la Comisión de Ética, Jefe de la División Norte de la Facultad, Director del Centro de Estudios Bioéticos y Humanísticos, escritor e investigador. Si bien el hecho de haber sido su Secretaria desde 1964 hasta 1997, cuando él murió, me permitió ser testigo de la vida de nuestra Facultad, de su historia, y de la de tantos de sus académicos, lo más relevante para mí, sin embargo, fue conocer muy de cerca a alguien como él que, a mi juicio, vivió en plenitud lo que se espera del humanista y del universitario.

Me doy cuenta que es difícil hablar de una persona a la que se ha querido entrañablemente, sin el riesgo de caer en la exageración, pero me parece una ocasión privilegiada para dejar un testimonio del reconocimiento que le debo al profesor Roa. Trabajé con él —aunque debiera decir, tuve el privilegio de estar a su lado— durante más de 30 años, primero en el Hospital Psiquiátrico, luego en la Clínica Psiquiátrica y, finalmente, en el Centro de Estudios Bioéticos y Humanísticos de la Facultad de Medicina. Cuando lo conocí, yo me había titulado recién de profesora de Inglés y hacía clases, y —si bien es cierto que me interesé en la psiquiatría cuando debí cuidar de un familiar muy cercano que sufría serias depresiones y a quien trataba el Dr. Roa—, jamás habría imaginado que mi vida transcurriría por un camino tan distinto al de mi profesión. Así llegué a la psiquiatría, sólo pensando en que esa disciplina me ayudaría en forma práctica a comprender mejor ciertas conductas humanas.

Difícilmente olvidaré mi primer día de trabajo. La oficina del Dr. Roa se encontraba en el Sector 5 del Hospital Psiquiátrico, o Casa de Orates como se le llamaba entonces, lugar que era visto por el común de la gente como una especie de submundo tenebroso e indigno. Golpeé la puerta del Servicio y un auxiliar apenas la entreabrió, mientras detrás de él se agolpaban cerca de 8 pacientes de aspecto casi escalofriante: desgredados, semidesnudos o con ropas sucias, algunos murmurando entredientes, los de más allá pidiendo cigarrillos y otros, simplemente gritando o hablando solos. Para acceder a la oficina del Dr. Roa había que atravesar un enorme *hall* donde se veían alrededor de 40 enfermos. Todos me observaron como si quisieran agredirme —o al menos—, así me lo pareció. El auxiliar me acompañó caminando entre ellos hasta un pasillo angosto que conducía a la oficina del Dr. Roa, una sala pequeña, sencilla, donde nada hacía pensar que se trataba de la oficina del Profesor y Jefe del Servicio. Cuando me encontré con él, recién me volvió el alma al cuerpo. Muchas veces he pensado que quizás ese podría haber sido mi primero y último día de trabajo. He dado siempre gracias a Dios de que así no ocurriera.

Con una visión muy pedagógica el Dr. Roa me invitó desde el comienzo, como hacía con todos quienes trabajaban con él, a asistir a sus clases y a las reuniones del servicio. Empecé muy luego a tomar contacto con sus ayudantes, docentes, becados y alumnos, y a participar activamente en la vida de su

Cátedra. Los pacientes dejaron de infundirme temor, ya no me provocaron rechazo, sino al revés, los sentí cada vez más como seres humanos dignos de respeto y de ayuda. Consideré maravillosa, atractiva y desafiante la tarea desarrollada por el grupo que trabajaba en el Servicio, aunque muy pronto me di cuenta, también, de que la causa de su entrega a ella con tanto fervor era la personalidad de quien los guiaba.

El Dr. Roa irradiaba entusiasmo; era un apasionado de su quehacer como médico y profesor, y tenía el don de contagiar ese entusiasmo y vigor a los demás, de mostrarnos a cada uno nuestra labor como algo fascinante y, también, como algo necesario de realizar a cabalidad, pues de ello dependía el éxito del equipo. Bastaba conversar con él unos momentos para que con el agitar tan característico de sus manos, su mirada brillante y aguda, la convicción que imprimía a sus palabras, se estuviese seguro de formar parte de un grupo cuya tarea era imprescindible para avanzar en el conocimiento, y se estuviese seguro, además, de lo enriquecedora que ella resultaba desde el punto de vista personal. Bastaba asistir a sus clases para que a partir de lo expresado por un enfermo cualquiera —en apariencia insignificante— el profesor Roa nos llevara a mundos jamás pensados, hasta tocar los límites de problemas trascendentes como puede serlo, por ejemplo, preguntarse en qué consiste la esencia del hombre, su destino, su dignidad. En sus clases se aprendía psiquiatría y además a conocer y a familiarizarse con la obra de filósofos, historiadores, poetas y escritores a los que se refería constantemente a propósito de algún síntoma de la esquizofrenia o de la depresión, dando así una visión tan amplia del hombre y de la cultura en general que era difícil sustraerse a la fascinación despertada por sus conclusiones; al contrario, daban ganas de salir corriendo a leer todo lo que él mencionaba. Poco a poco aprendíamos a entender y a gustar de la primacía del espíritu.

Pronto también, me di cuenta de que más allá de un interés meramente teórico, libresco, erudito, al profesor Roa lo movía un verdadero amor y una real preocupación por el hombre sano y enfermo. Ello era evidente, por ejemplo, en su trato con los pacientes; emocionaba verlo llegar a las clases clínicas acompañando al enfermo y observar la bondad que irradiaban sus ademanes para indicarle que tomara asiento; daba la impresión de que lo venía cuidando como se cuida algo muy precioso; el modo de sentarse a su lado, de mirarlo —y muchas veces— de contemplarlo, traslucía un intenso cariño; parecía encontrarse ante algo sagrado.

Nos asombraba su maestría para conseguir que pacientes negativos, taciturnos, y a veces hasta agresivos, le hablaran, respondieran sus preguntas y, por fin, dejaran que les fuera guiando para que, sin advertirlo casi, mostraran los síntomas que caracterizaban su mal. Creo que era su amor y la confianza que inspiraba, lo que le permitía ir sacando a la luz los datos necesarios para llegar al diagnóstico. Tengo guardadas muchas notas que tomé de esas clases clínicas que fueron famosas entre estudiantes y docentes, y a las cuales asistían, habitualmente, muchas personas ajenas al ámbito de la

medicina, e incluso, poetas y filósofos; en verdad, su maestría era la de un artista, como la del escultor que va trabajando el mármol hasta dejar que la figura escondida salga a la vista de todos.

Sus clases teóricas también eran únicas. El profesor Roa era capaz de mantener el interés del auditorio durante varias horas, y aunque el tema podía ser el mismo que ya hubiera tratado en otra ocasión, nunca una clase suya era igual a otra. Transcribí muchos borradores de esas clases y puedo afirmar que en cada una de ellas abordaba la materia desde una perspectiva diferente. Al principio yo no comprendí por qué no repetía lo ya hecho, hasta que me di cuenta de que para él ningún tema estaba totalmente acabado y terminado, sino que continuaba pensándolo a la luz de nuevas perspectivas. Sin duda a eso lo movía su interés por la filosofía, la antropología médica, la ética, la historia, la literatura, el arte, la música; esas disciplinas le abrían nuevos horizontes en su búsqueda del conocimiento del hombre.

Creo estar en lo cierto, entonces, cuando digo que el profesor Roa fue un humanista por excelencia. En sus escritos, en sus investigaciones, en sus clases, estuvo siempre presente el afán de llegar a conocer lo que es el hombre, su existencia, su lugar en el cosmos, su desarrollo, su obra, su destino; y ello porque para él el ser humano era algo admirable, era algo de lo cual se sentía responsable y al que quería cuidar y engrandecer por su especial dignidad.

Me llamaba la atención en los primeros años, el hecho de que con todos los talentos que tenía se dedicara, sin embargo, a una especialidad poco valorada, cuyo desarrollo se daba en un ambiente tan ingrato desde el punto de vista de la imagen y de los medios disponibles, con escasas expectativas de éxito y lucimiento, y con pacientes que poco o nada podían colaborar. No obstante a partir de aquello que era, si así pudiera decirse, casi lo despreciable, él encaminó su búsqueda de lo más humano del hombre. A estos pacientes lo vi dedicar horas y horas de estudio a fin de conocerlos acuciosamente, y a raíz de ese conocimiento elaborar conceptos originales que ayudaron a aliviarles su enfermedad. Pienso que justamente su visión del hombre como una integración total alma/cuerpo hacía que no considerara a esos pacientes del modo un tanto reticente en que, generalmente, se los mira, sino al contrario, con una asombrosa naturalidad. Así lo muestra esta cita suya sobre el concepto de persona:

A la persona la concebimos como una unión íntima, en el sentido de Aristóteles y Santo Tomás, ...entre alma y cuerpo... de tal manera que hasta la partícula corporal más ínfima... está traspasada y dinamizada por el alma y el alma a su vez necesita de la materia para dar expresión tangible a su actividad... porque el cuerpo no es mera envoltura sino lo que le da reciedumbre a las creaciones...³.

³Roa, A. *Ética y Bioética*, Ed. Andrés Bello 1998.

Para mí trabajar con el profesor Roa no era propiamente un trabajo sino más bien, tomar parte en un diálogo permanente que me hacía sentir involucrada y partícipe de su obra. Era muy comunicativo y le gustaba que yo estuviera al tanto de sus actividades e intereses. Pedía todo con delicadeza y de un modo muy especial que hacía que quienes lo rodeaban, junto con trabajar, también aprendiéramos; tenía, sin duda, alma de maestro. Conversábamos y analizábamos constantemente las ideas que plasmaba en sus investigaciones y muchas veces consultaba mi opinión acerca de diversos asuntos. Confiaba plenamente en que lo que me encargaba se haría, rara vez me apremiaba por algo; era paciente, y no recuerdo que alguna vez se enojara; tenía un carácter dulce y apacible.

Quizás muchos que lo conocieron superficialmente ignoren estos rasgos de su carácter, pues aunque humilde en su modo de ser, era una persona de convicciones firmes y fundamentadas que sostenía con apasionamiento. Estar presente en una discusión, un foro, o una mesa redonda en que se enfrentaba a posiciones distintas era realmente fascinante por la rapidez y la sólida argumentación con que defendía sus puntos de vista. Me da la impresión de que algunos pensaban que a él le molestaba que le rebatieran sus ideas, pero al contrario, era muy abierto para considerar otros puntos de vista, jamás descalificaba a un contendor por su postura ideológica, y al revés, lo escuchaba atentamente ya que ello lo estimulaba y le permitía revisar sus propios postulados. Contrariamente a lo que la mayoría de los chilenos parece pensar, no estimaba que el discrepar en el campo de las ideas fuera una ofensa personal o una falta de educación. Así lo dice él mismo en su libro *Chile y Estados Unidos. Sentido histórico de dos pueblos*:

... (entre nosotros) no se es capaz de captar la calidad de un hombre en sí mismo sin recurrir a otros datos... que siendo los menos importantes crean... la ilusa idea de que por ellos es posible saber quién es tal hombre. "Existe" dificultad... para identificar a alguien como persona y valorarlo, si no se averigua antes qué profesión tiene, cuáles son sus ideas políticas, sus gustos personales, la marca de su automóvil (...) Este no apreciar directamente la calidad íntima de los seres humanos y de identificarlos de preferencia "por fuera", lleva a los chilenos a esa lucha en contra de aquellos que no comparten ideología y propósitos idénticos. Parecería que la ideología o el propósito valieran para nosotros más que la sustancia íntima del hombre"⁴.

Sería muy difícil intentar adscribirlo a una categoría determinada de personas, pues no constituía un estereotipo. Si alguien se fijase, por ejemplo, en su modo de vestir podría pensar que era conservador, tradicionalista, pero si se atendiera a las personas con las cuales se relacionaba y admiraba, que eran de las más diversas ideas y convicciones, le sorprendería la independencia de sus

⁴Roa, A. *Chile y Estados Unidos, Sentido histórico de dos pueblos*. Ed. Dolmen. 1997. Pág. 44.

juicios, su apertura para acoger puntos de vista diferentes y su libertad para mantenerse lejos de todo tipo de movimientos o grupos. Desde choferes de taxi, estudiantes, hasta personalidades de alto nivel le parecían interesantes y con todos tenía un trato muy natural y abierto, libre de todo prejuicio. Tal como podía conseguir que los pacientes confiaran en él, era igualmente capaz de conseguir que ilustres figuras del mundo cultural y político con las cuales no tenía compromiso alguno, aceptaran invitaciones suyas como, por ejemplo, aquella ocasión en que siendo Presidente de la República, Salvador Allende accedió a dictar una clase para los alumnos del curso de Ética que dirigía el Dr. Roa en esa época, o aquella otra vez cuando en 1992, Patricio Aylwin, también Presidente de la República en ejercicio, inauguró en el Salón de Honor de la Facultad de Medicina el XII Congreso de ALANAM (Asociación Latinoamericana de Facultades de Medicina) que el Dr. Roa presidía.

Sus clases, sus artículos, sus libros, dan testimonio de que era escritor por naturaleza; desarrollaba los temas exhaustivamente, y aunque buscaba precisión y comprensión en sus postulados, junto a eso tenía el don de sintetizar en palabras accesibles a cualquiera, conceptos que otros autores sólo logran expresar en innumerables páginas de obscuro lenguaje. Creo que esa virtud suya, tan rara en un autor de obras sobre temas filosóficos y científicos, es, francamente, muy admirable. Cuando al iniciar la transcripción de un artículo me entregaba esas hojas manuscritas con su letra chiquita, redonda y apretada, como la de un niño, en lugar de pensar en la cantidad de trabajo que significaría, me parecía que se abría una puerta para entrar a un mundo inédito, sorprendente, donde sus ideas, reflexiones, postulados, ponían ante mi vista una realidad plena de atractivos; muchas veces al concluir una transcripción tuve nostalgia de esa atmósfera que me había envuelto. En raras ocasiones sentí el peso de algún trabajo que no despertara mi interés.

Junto a su inteligencia, cultura y sabiduría, el Prof. Roa poseía una humildad y sencillez no habituales en personas muy sobresalientes que en general tienden a ser distantes, avaras de su tiempo, poco afables, en una palabra “importantes”. Desde luego su propia oficina, que a muchos llamaba la atención, era sencilla, sobria, de pocos adornos, tres o cuatro cuadros—su preferido una reproducción de la Escuela de Atenas de Rafael—, el escritorio y un par de sillas; era un espacio casi monacal y creo que reflejaba perfectamente su personalidad. Ni en la Facultad ni en su consulta jamás tuvo a la vista los típicos diplomas que acreditan excelencia, como es habitual entre los profesionales; tan sólo por su delantal se podía saber que era médico. Yo diría que sentía verdadero pudor, virtud tan rara en estos tiempos, ante la ostentación que para él significaba el lucir tales documentos. No le daba ninguna importancia a esos testimonios de calidad académica.

Agradecía de corazón hasta lo más mínimo: una taza de té, una sugerencia insignificante acerca de un trabajo, la redacción de una carta. Los halagos y reconocimientos recibidos los estimaba inmerecidos y producto de la generosidad de los demás. Como ha expresado Raúl Zurita “su forma de bajar a

veces los ojos en un diálogo, su relampagueo levemente irónico, el modo de sentarse con las manos en las rodillas eran su humildad y su modestia”⁵.

No buscaba figuración ni protagonismo y, a pesar del amplio reconocimiento nacional e internacional que tuvo en los niveles más altos del mundo de la cultura, era tímido. Era feliz con lo que hacía y lo vivía apasionadamente. Su apoyo en todo momento fue la extraordinaria familia que formó, cuya amorosa unión conocí de muy cerca; para él, su mujer y sus dos hijos, eran su máspreciado tesoro.

Se daba siempre tiempo para acoger a todos quienes se le acercaban para solicitarle ayuda como médico, para conocer su opinión sobre algún tema, o simplemente para conversar; no importaba si se trataba de un paciente de policlínico, de un estudiante, de un médico o de alguna personalidad; a todos les dedicaba el tiempo que fuera necesario, en esos momentos eran lo primordial para él. Tenía una particular disposición para entregar su tiempo a los demás que creo formaba parte de su humildad y de su modo de ser tan abierto. En innumerables ocasiones en que estando apremiado por terminar de escribir el tema de una clase, o bien por esclarecer conceptos que expondría en una conferencia próxima, si alguien pedía que lo recibiera, o incluso, yo misma necesitaba su consejo para algo de índole personal, él dejaba de lado inmediatamente su quehacer como si lo suyo no tuviera la menor prisa, ni importancia, y cupiese postergarlo. Quien hablaba entonces con él, jamás tenía la sensación de que le estaba quitando justamente momentos que para él eran preciosos; al contrario, él escuchaba con la mayor atención y disposición temas que no tenían nada de interesante, pero sin embargo, él se interesaba.

A menudo se lo veía en un pasillo, o en el patio del Hospital hablando tranquilamente con otro médico como si dispusiera de un tiempo infinito; si bien sabía toda la actividad que le aguardaba, jamás parecía tener prisa por deshacerse de esa persona que le quitaba su tiempo, como probablemente lo haría cualquiera. Hemos comentado infinidad de veces este rasgo de su personalidad con Natalia, su hija, ya que ella experimentaba lo mismo en la casa cada vez que lo interrumpía en su trabajo. Tenía, dice ella, la virtud de retrotraerse o dejar en la sombra lo suyo para dar paso a que la otra persona se convirtiera en protagonista en ese momento. Uno de sus pacientes decía, con mucho sentido del humor, que cuando iba a verlo se “sentía el depresivo más importante del mundo”. Su delicadeza llegaba al extremo de que jamás se levantaba de su asiento para poner fin a una entrevista, sino esperaba que el otro lo hiciera; muchas veces yo me veía en duros aprietos para compaginar sus clases, reuniones y múltiples compromisos, con las entrevistas, pues jamás dejaba que alguien se fuera sin haberle entregado confianza y tranquilidad.

Aunque en lo personal recibí tanto su afecto, su confianza y su compañía, sólo quiero decir que los aparentemente largos años que trabajé con él

⁵Zurita, R. En recuerdo de Armando Roa. Diario *La Tercera*. 30 de abril de 1998.

transcurrieron casi como un suspiro, y que más que una etapa de trabajo los considero un tiempo privilegiado en que estuve al lado de un hombre excepcional que hizo que una persona común y corriente como yo, se sintiera importante y necesaria para que él realizara su obra. De él aprendí a mirar el mundo desde una perspectiva donde se divisa al hombre como lo más grande de la existencia; enriqueció mi espíritu gracias al interés que despertó en mí por entrar en contacto con la literatura, el arte y la cultura. Me mostró con su ejemplo en qué consiste la grandeza de alma y la entrega a los demás, y al final, en el tiempo triste de su enfermedad, siguió enseñándome con su silencio y su entereza, lo que es la generosidad extrema de no quejarse jamás, pese a su dolor, a fin de evitarle sufrimientos a quienes él más amó.

SEMBLANZA DEL DR. HUGO PUMARINO*

Dr. Ronald Youlton

*E*L DIRECTORIO DE LA SOCIEDAD DE ENDOCRINOLOGÍA y Metabolismo me ha encargado hacer la presentación del personaje de esta oportunidad. Lo que les voy a relatar es mi visión de Hugo Pumarino a través de los 44 años de amistad que nos une; por esta razón les pido que me disculpen que sea tan autorreferente.

Era marzo de 1953. La publicación de la lista de alumnos aceptados en Medicina se hacía al lado de la puerta del Decano, que en aquella época estaba en el 2º piso de la casa central de la Universidad de Chile. El proceso de matrícula se realizaba en la Escuela, en la calle Independencia. Estaba en esos trámites y me sentía como pollo en corral ajeno por no conocer a nadie. A mi lado estaba un rucio con cara de buena persona, casi tan perdido como yo. Entablamos conversación. Su nombre era Hugo Pumarino Carte. Ambos habíamos cumplido los 17 años recientemente y en el mismo mes; ambos nos veíamos más inmaduros y con más espinillas que el resto; ambos teníamos los mismos ideales y la misma meta: ser médicos. Creo que todas estas razones, que aparecieron en pocos minutos, fueron motivo para entablar una estrecha amistad que nos une hasta hoy.

Hugo es el segundo de cuatro hijos del Dr. Héctor Pumarino, quien fue un distinguido pediatra de Valparaíso, y de la señora Norita Carte. Para cumplir su sueño debió dejar el regaloneo y comodidades de su casa y venir a para a una pensión en Santiago.

En el primer día de clases empezamos a conocer a nuestros compañeros y, entre ellos, a Mireya Bravo, pecosa y con carita de guagua, como si se hubiera saltado de la sexta preparatoria a la Universidad.

No sé cuantos días o semanas habrían pasado y nuestro amigo ya estaba de los más ubicado. De ahí en adelante fueron conocidos en el curso como Huguito y Mireya.

Desde el primer año Hugo se demostró como muy responsable, pausado y a veces serio. Creo, sin que me conste, que tomaba los problemas ajenos como propios, a tal extremo que algunos lo llamaban Atlas, por llevar el mundo sobre sus hombros.

*Homenaje de la Sociedad Chilena de Endocrinología y Metabolismo, efectuado el 9 de abril de 1997.

Como alumno en los primeros años, nuestro homenajeado no tuvo pena ni gloria. Sin embargo, cuando pasamos al área clínica, él se demostró como era y como es.

Cuando terminamos el curso de medicina y cirugía nos enrolamos en el SNS como reemplazantes de verano en provincias. El Servicio pagaba los pasajes y daba alojamiento en el hospital. Nuestro destino fue el Hospital de Los Angeles, donde pasamos febrero de 1958. El tercer reemplazante en ese lugar fue Luciano Martín. ¡Quién iba a pensar que estos tres estudiantes irían a escoger, por caminos diferentes, la misma especialidad y llegar a ser miembros de esta Sociedad! Pero hay más: otros tres compañeros de curso hicieron igual elección. Ellos son Ximena Vivanco, María E. Willshaw y Gustavo Pineda. Seis, de una promoción de 120 (el 5% de nuestro curso) se enamoró de la endocrinología, tres internistas y tres pediatras.

Después de hacer el Internado en el Hospital Salvador, nos graduamos.

En esta época la Escuela de Postgrado de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile otorgaba becas de especialización, con las que durante tres años, el becado recibía un estipendio mensual, sin tener que pagar matrícula ni buscar otros medios de mantención. ¡Qué época! Hugo ganó una beca de medicina interna y yo la de pediatría.

Con ese ingreso, cada cual sacó sus cuentas, y hacia fines de 1960 celebramos nuestros respectivos matrimonios.

Recuerdo que en 1962 nos cambiamos de casa. Muy pocos meses después hubo mudanza en casa del vecino. Adivinen ustedes quienes fueron los nuevos moradores: obviamente que la familia Pumarino-Bravo. Allí nuestro hijos formaron la patota del barrio y su amistad perdura hasta hoy.

Terminada la beca, Hugo fue nombrado Ayudante 2º en la Cátedra de Medicina del profesor Ramón Valdivieso. En forma progresiva se fue incorporando al grupo de endocrinología que encabezaba Jorge Litvak, y en 1965 quedó decidida su dedicación a la especialidad, cuando ganó una beca de la Agencia Internacional de Energía Atómica, como Research Fellow en la unidad de endocrinología que dirigía Joe Canary en la U. de Georgetown. Después de 18 meses regresó a su antiguo grupo, alcanzando la jefatura en 1975.

Su ingreso a la S. Ch. E. M. fue en el recordado congreso de Panimávida en 1968, al mismo tiempo que J.M. López, el que habla y otros. Su participación activa en ella lo llevó a la Presidencia durante el período 1978-1980.

Hacia 1970 los grandes maestros de la endocrinología, Arturo Atria, Francisco Donoso, Rafael Téllez, dejaron paso a una nueva generación: José Barzelatto, Alfredo Jadresic, Jorge Litvak, Julián Parada. Pocos años más tarde, por diversas razones, estos cuatro destacados se fueron del país para asumir otros roles. La Sociedad cayó en una somnolencia de la que salió gracias al empuje de la nueva generación liderada por Hugo, Gustavo Pineda, J.M. López y otro no tan extremadamente nuevo, como Enrique López Caffarena. Deseo a estas alturas pedir excusas a todos aquellos quienes no he nombrado, no

porque sus méritos sean menos, sino porque mi memoria es limitada y mi información no es completa. La historia de esta Sociedad es una creación colectiva y no individual. Por otra parte, dije al iniciar mis palabras, que este relato es mi historia de Hugo y no necesariamente su verdadera biografía.

Creo que es importante destacar la labor docente que él ha desarrollado (él es Profesor Titular desde 1978), no sólo con los alumnos de medicina y con los especialistas en formación, sino también con alumnos de las escuelas de colaboración médica. Para estos últimos publicó el libro "Elementos de Patología General", quizás uno de los libros del área biológica publicado en nuestro país más vendido y con varias ediciones. Orientado más hacia los especialistas fue el libro "Endocrinología y Metabolismo", el que fue una nueva versión del esfuerzo que Alfredo Jadresic hiciera en su época, de editar un texto escrito por miembros de nuestra Sociedad.

Como es de todos conocido, el metabolismo calcio-fósforo es la pasión de nuestro personaje. Producto de su dedicación, conocimiento y experiencia fue la publicación de la monografía "Osteoporosis", en 1992.

Su centenar de publicaciones científicas en revistas nacionales y del extranjero, son un testimonio de su incansable actividad.

Como reconocimiento de esta labor, Hugo ha recibido, entre otras, dos altas distinciones: uno es el premio de la Academia de Medicina en 1993 y, el otro, otorgado recientemente, es la Medalla Rectoral por servicios distinguidos a la Universidad de Chile.

En el ámbito profesional quizás una de las realizaciones mejor logradas fue la organización del Congreso de la Federación Panamericana de Endocrinología, de 1994. Recuerdo que durante el Congreso celebrado en Recife, en 1990, debían reunirse los representantes de las Sociedades de los diferentes países para determinar cual sería la próxima sede. El día antes de la reunión, a la hora de la comida, los chilenos asistentes designamos a nuestros dos representantes, Hugo y Manuel García de los Ríos, en virtud de la cantidad de conocidos que tenían entre los representantes de los restantes países. La pelea final se centró entre México, Argentina y Chile. Gracias al encendido discurso de Manuel que conmovió hasta las lágrimas a nuestros hermanos argentinos, Chile fue designado país sede.

Recuerdo también las innumerables reuniones que sostuvimos Hugo, Manuel García de los Ríos, Patricio Contreras, Daniel Mahana, a las que luego se nos unieron Enzo Devoto, José Adolfo Rodríguez y Gloria López. Quizás podría escribirse un libro negro del Congreso con todos los problemas que tuvimos con algunos invitados y, por qué no decirlo, entre nosotros mismos. Pero el tiempo pasa, suaviza las cosas y permite el olvido.

Hasta aquí hemos visto a Hugo como alumno, como profesional, como especialista, como académico. Pero ¿como es el Hugo Pumarino de carne y hueso? La respuesta es muy difícil, si no imposible, pero voy a tratar de retratarlo en dos aspectos que tienen mucha relación con nuestra especialidad: su ingesta calórica y el gasto energético.

En sus años mozos Hugo tenía un gran apetito, en términos elegantes era un gourmand. Con los años éste no decreció tanto, pero se hizo más selectivo y sofisticado, como nos pasa a todos, llegando a ser un verdadero gourmet y gozar del pisco sour, la buena mesa y, muy especialmente, de los buenos vinos. Un buen testigo de las pesadas y abundantes reuniones-comida, realizadas por los más diversos motivos y en repetidas ocasiones, es Gustavo Pineda, quien aún conserva su apetito de adolescente.

Una de las razones, aparte de las genéticas, de por qué Hugo nunca fue obeso, ha sido su actividad deportiva. Futbolista tenaz y más empeñoso que bueno, estuvo siempre presente en los partidos intercátedras e interhospitales. De los que participaban como estrellas del equipo del JJA puedo mencionar a Evaristo Cancino, Carlos Noriega, Hugo Cohen, Italo Zanzi, Mario Varela, Selim Concha, Edgardo Carreño, con los refuerzos de los doctores Avendaño y Valdecanto del Roberto del Río, este último muy activo como médico en nuestra selección nacional.

En una oportunidad, tal era su brío e ímpetu, que cabeceó la pelota un poco más abajo de lo aconsejado con la frente. El golpe en su ojo le desencadenó un reflejo vagal y si no hubiera sido porque sus compañeros eran médicos, no tendríamos motivo para estar reunidos hoy.

Esta experiencia lo tranquilizó y se inició en el tenis. Jugábamos todos los fines de semana y el resultado era siempre el mismo: uno le daba la paliza al otro. Ustedes querrán saber quien era el eterno ganador, pero por deferencia hacia nuestro homenajeado, no revelaré el nombre del perdedor.

Con los años pasamos a los partidos de dobles; los otros dos eran un médico y un ingeniero forestal, pero todos nos conocían como el famoso cuarteto de los doctores. En una oportunidad un grupo de jóvenes, amigos de nuestros hijos, se detuvieron para observarnos. Al cabo de un rato uno de ellos dijo: ¡por Dios los viejos malos, pero por Dios que lo pasan bien! Y de eso se trataba. Debo dejar en claro que el por Dios es la versión editada de la exclamación original.

Finalmente el cuarteto se desarmó. Uno lo hizo por una artrosis de la cadera y otro por viejo flojo. Yo cambié a un deporte más tranquilo, pero Hugo ingresó a un equipo de futbolito, del que no tengo mayor información, por lo que no podré contarles acerca de sus hazañas.

Hugo, con todo cariño

Muchas gracias

Crónicas

ANDANZAS DE UN FOTOGRAFO



Sr. Jorge Araya Flores

AL COMENZAR A ESCRIBIR ESTAS LÍNEAS, reconozco que no ha sido fácil, pues no tengo alma de escritor, pero no deja de ser interesante que esos recuerdos —viajeros permanentes de la memoria— tengan un orden y un lugar en lo que ha sido nuestro paso por la Facultad de Medicina. Después de todo la historia se escribe en las líneas de la mano de una institución con pequeños y grandes trazos.

Siendo muy joven fui junior de un laboratorio donde se realizaban fotos a color y blanco y negro para pasaportes, dependiente de un Ministerio; luego trabajé en un diario como fotógrafo principiante y tuve la oportunidad de concurrir al mundial de fútbol del año 1962. Pasado el tiempo, integré un equipo técnico, desempeñándome como fotógrafo profesional en el Cuerpo de Bomberos de Santiago. También incursioné en agencias de publicidad, pero nunca opté a una exposición o premio con mis fotos por temor a “exponerme con lo expuesto” como decía un gran profesor de la medicina chilena.

En los inicios del año 1964, ingresé al Hospital Jose Joaquín Aguirre como fotógrafo clínico, lo que constituyó toda una novedad dentro de mi oficio, ya que la fotografía convencional es muy diferente a la clínica. El campo laboral eran los pabellones, salas de autopsia, policlínicos, controles de enfermos, laboratorios, etc. Empecé a ver lo humano y lo inhumano de la vida. La fotografía tomaba un sentido diferente que se encaminaba a lograr una mejor visión del mal que aquejaba al paciente y de los caminos que conducirían a buscar una mejor solución a su problema. Vale decir mi intervención no era sólo accionar los mecanismos propios de una fotografía, sino que ese resultado era parte de una proyección para el médico tratante y el paciente que mediante los congresos muchas veces daban la vuelta al mundo.

- Sin duda esto es lo que llamamos álbum personal de recuerdos, imágenes, anécdotas, pero no me siento capaz de reproducirlas por temor a causar alguna molestia; sin embargo, hay vivencias que quizás debieron quedar estampadas en tantas jornadas vividas bajo un tiempo que nos parece tan diferente al actual, por ejemplo, en aquellos pasillos antiguos que ya no

existen había alumnos como aquel que tocaba el violín, otro que exponía pinturas al óleo, algunos que tomaban todos los apuntes y luego los reproducían a roneo con el objeto de solventar sus gastos o su permanencia en la capital a los que venían de provincia.

En la Escuela de Enfermería había un conjunto vocal que luego se transformó en profesional y al cual le tomábamos fotografías para la carátula del disco que editarían y para la Revista Ritmo que tenía en aquel tiempo el privilegio de difundir todas las actividades artísticas del momento.

La tradición de celebrar el día del hospital era motivo de entusiastas preparativos y la fiesta se esperaba con verdadero interés, ya que había carros alegóricos en los que competían diversos departamentos.

Para el 18 de septiembre se levantaban fondas en la cancha donde en la actualidad se ubica el SEMDA. Otra actividad muy folklórica tenía relación con el corte de pasto, pues cuando ya alcanzaba una altura ^{exagerada}, se invitaba a un rebaño de ovejas que tenían su pesebrera donde actualmente se ubican los talleres del hospital y ellas realizaban el trabajo de poda con enorme entusiasmo.

Por otra parte, estaban las monjitas que tenían su claustro donde actualmente está la capilla, declarada monumento nacional, y que a diario llevaban sus palabras de aliento a los enfermos y las oraciones para mantener la presencia de Dios en los momentos de dificultades.

Las salidas “a terreno” eran habituales y en muchas ocasiones se prolongaban por varios días, como ocurrió en el terremoto del año 1985, donde se lograron más de 5.000 fotos de toda la Facultad para mostrar los daños o “heridas” a las compañías de seguros. Ahí trabajé con otro compañero durante una semana, día y noche.

Mis recuerdos de la Facultad están por cierto asentados en el 5º piso del Hospital Clínico. Allí todo era camaradería y amistad, parecía que el tiempo no transcurría y en el calendario siempre existía un motivo para compartir las alegrías como las vicisitudes a que el ser humano esta expuesto.

La reforma trajo sus consecuencias. Grandes maestros se retiraron, las cátedras se transformaron en servicios y los tiempos modernos ingresaron con la fuerza emergente de máquinas y otra tecnología donde todo era renovarse o morir. El golpe militar produjo desconfianza, miedo; no sabíamos si al salir de la casa o del trabajo llegaríamos a destino. Se sabía de detenidos y desaparecidos, hechos que sólo Dios y la historia podrán algún día juzgar.

Siento que la tecnología está invadiendo mi dedicación de toda una vida, que será un escollo en mi camino: la computación, máquinas fotográficas totalmente automáticas que hacen innecesaria la participación del hombre. El fotoshop que evita hacer diapositivas. Todo es color, el blanco y negro va en retirada, etc. Veo que me queda poca vida productiva .

¿Satisfacciones?, son innegables. Haber servido a grandes maestros de la cirugía chilena como los profesores Allamand, Wood, Puga, Avendaño,

Montt, Brinck, Vargas Molinare, Velasco, Meneghello, Roa, Flores, Egaña y tantos otros que el sentimiento emocionado me hace omitir.

No puede estar ausente de esta página mi gratitud hacia la esposa que me ha acompañado durante 34 años y que ha comprendido los pormenores de mi trabajo, soportando mis inquietudes, salidas a terreno, los desvelos por dar cumplimiento a los requerimientos de aquellos dignos profesores que luchaban por la vida de una persona y para quienes la imagen fotográfica era de gran ayuda.

Ahora lamento no haber dejado testimonio de mi colaboración en grandes eventos quirúrgicos en manos de esos profesores inolvidables, de compañeros que por distintas razones ya no están, en fin... jamás pensé que alguna vez tendría la oportunidad de narrar mi experiencia para un libro cuyo título resume el alma que tiene esta Facultad.

Es allí, donde antes estaba ubicada la Escuela de Enfermería, ese viejo bastión donde no entraba varón alguno, donde aún me encuentro laborando. Una casona inmensa, con su famosa pajarera, ventanales del siglo pasado que le otorgan una atmósfera de solemnidad, reina una armonía casi indescriptible. La jefatura está atenta a los problemas laborales y humanos de cada funcionario, hay compañerismo y respeto entre los funcionarios que allí nos encontramos en cada jornada. ¿Seremos acaso una excepción?, ¿o es que algo del pasado se quedó allí anclado para dar testimonio de esa otra etapa?

La planta física es antigua, pero confortable. Con el calor humano no se pasa frío y el invierno se hace más corto.

El aroma cercano pronto anunciará una nueva primavera.

¿DESDE CUANDO ESTAN EN LA FACULTAD?... O UN CUENTO CORTO PARA UNA HISTORIA LARGA

Prof. Sergio Garrido

*C*UANDO LA EDITORA DE *HUELLA Y PRESENCIA* me solicitó colaborar con una nota para su próxima edición, fundado en que nuestra labor docente es bastante singular en una Facultad de Medicina, me propuse relatar sintéticamente cómo surge nuestra Unidad de Deportes y Recreación.

Para comenzar permítanme remitirme al valor que tiene la práctica de la actividad física deportiva, recreativa o competitiva, como un modo de acercarnos al porqué estamos aquí. Es en el juego cuando nos comportamos como somos realmente, el juego nos permite actuar generosos o egoístas, malhumorados o alegres, respetuosos de las reglas o listos para hacer “trampitas”. Es en el juego que me he relacionado con mis alumnos, en un espacio distinto al de la clase cotidiana tan llena de materias, técnicas y cosas que memorizar, en este entorno se nos ha repetido la pregunta que encabeza esta página.

La respuesta la hemos repetido a varias generaciones de estudiantes con quienes hemos tenido la ocasión de conocernos más allá de la “relación profesor-alumno”.

...En el año 1970, en la Facultad de Agronomía de la Universidad de Chile, por iniciativa del Secretario de Estudios se crea la primera Área de Deportes de la Corporación; en el mismo período en la Facultad de Medicina Norte, por insistencia de un grupo de alumnos de Medicina, entre los que destaca Marco Antonio de la Parra, se asfalta un terreno contiguo a la Capilla del Hospital con el fin de convertirlo en una multicancha. Este lugar será escenario del campeonato de futbolito intercurros que se jugará al mediodía.

Ocho años después un par de amigos; estudiantes del último año de la carrera de Pedagogía en Educación Física de la misma Universidad, llegan a Medicina Norte —existían 4 Facultades de Medicina en la U. de Chile— para, en la multicancha, practicar vóleybol con estudiantes de medicina. ¿El motivo?, entre quienes practicarán se encuentra la polola de uno de estos “profes”.

¿Qué posibilidades hay para que nos ayuden a organizar un poco la cuestión deportiva antes de la Olimpiada Universitaria?, la pregunta nos pareció un desafío, por lo tanto... manos a la obra.

“Entrenamiento de voley y fútbol el miércoles a las 13:00 h en la multicancha. Asiste y participa”.

Fue nuestro primer cartel de invitación. Y tuvo éxito. Por primera vez los equipos de la Facultad pasaron la ronda eliminatoria. Mientras nosotros nos felicitábamos por el logro alcanzado, algo se estaba gestando entre los alumnos-deportistas.

En 1979 llega una carta al Centro de Alumnos de la Facultad, invitando a participar en los Juegos Interfacultades de Medicina organizados por la U. Austral de Valdivia. Se organizaron los equipos, entrenamos y viajamos a cargo de una delegación de 50 estudiantes que participaron en varias disciplinas cada uno.

La Facultad de Medicina Norte de la U. de Chile, Campeón de los JIM '79.

Se inicia un movimiento de alumnos orientado a lograr que a los “profes” se les contrate como tales, ya que han trabajado ad-honorem todo ese tiempo.

La pregunta que le hacemos al Decano, Dr. Elías Cumsille en marzo de 1980, cuando vamos a su despacho acompañados del Presidente de la Comisión de Deportes, el Dr. Emilio Larson D. para agradecer su gestión al contratarnos a honorarios es ¿qué se espera de esta Unidad de Deportes? la respuesta nos deja sorprendidos ¡que ganen más copas!

Una copa es lo que gana el equipo “Paila Marina” Campeón del Futbolito '85-'86 que se juega al mediodía la recibe su capitán el psiquiatra Dr. De la Parra —el mismo del asfalto en el año '70—.

A partir del año 1981 la Facultad de Medicina nos contrata como Académicos y la Unidad de Deportes y Recreación empieza a entregar docencia en ramos electivos a las carreras de Tecnología Médica y Enfermería llegando en la actualidad a atender a los alumnos de todas las carreras de la Facultad con actividad curricular, sin olvidar las actividades de selección que buscan ¡ganar más copas!

El tiempo que hemos estado en esta Facultad nos ha permitido conocer a la mayoría de los alumnos de las carreras que han egresado en los pasados 20 años y día a día nos encontramos con alguno que vuelve de su beca de formación o como Académico a la tarea de entregar docencia o como... papá.

En el mes de abril de este año '98 pude reencontrarme con Marco Antonio, Psiquiatra, Dramaturgo, Escritor, autor de la obra “Queiebrespejos” y capitán del memorable equipo “Paila Marina” quien llegó ... a la recepción de Padres y Apoderados de mechones de Medicina con su hijo Javier.

¿Tendremos una Paila Marina II y luego una III?

Sólo el tiempo lo dirá ...y espero estar aún en la Facultad.

P.S.

Mi amigo se casó con la doctora. El vóleibol se practica en nuestro gimnasio y el futbolito se sigue jugando al mediodía... Que veinte años no es nada...(con ritmo de tango).

PEQUEÑA CRONICA

Dra. Ximena González Oithuff

*D*ICEN QUE EN LAS PROFUNDIDADES de la Facultad de Medicina, allá donde perduran casonas de otros siglos, vive una tribu cuyos miembros se denominan *TOicos*. Mantienen costumbres y actitudes de épocas pretéritas como el abrazarse, viajar en manada y tejer.

Hace algunos años, una de las sabias de la “civilización mayor” encontró perdida en la terrible ciudad a una mujer que venía de largos años de exilio en tierras argénticas. Esa mujer le contó que se dedicaba a una disciplina de creatividad y que buscaba seres que aún creyeran en el asombro. La sabia de la civilización mayor la llevó a la Tribu Toica porque consideró que podía encontrar ahí un buen hábitat.

La mujer a quien llamaban Ximena, se sintió sumamente cómoda en medio de los *TOicos* y juntos emprendieron el mutuo aprendizaje.

Los *TOicos* iniciaron avances hacia los ámbitos de la civilización mayor con ceremonias en las cuales portaban símbolos mágicos y sanadores y enseñaban sus métodos a los transeúntes. Se recuerda la presencia de enormes muñecos que relataban historias de la tribu, marotes que bailaban por los pasillos incitando a las otras civilizaciones a seguirlos, pinturas que aparecían en los muros, collages que invadían de colores la mirada de los que circulaban por los caminos grises.

Se destaca también la ceremonia anual más importante, a la cual son invitados todos los miembros de las otras civilizaciones y representantes del mundo exterior. Los participantes son sometidos a diferentes rituales de ingreso como laberintos con guías enmascarados y túneles de misteriosos sonidos. En el interior del recinto asisten a diversas manifestaciones artísticas: como danzas, teatro de sombras, historias alegres y tristes, ceremonias en las que conviven seres humanos y muñecos gigantes, títeres y máscaras. En algunas ocasiones se ha provisto a los espectadores de objetos mágicos para que participen en estas ceremonias. Incluso en una ocasión, uno de los títeres dedicó una emotiva canción al Gran Jefe de la civilización mayor. Todos estos ritos anuales de comunión concluyen con un gran baile en el que se invita a unirse a los participantes, quienes generalmente acogen esta solicitud con mucho entusiasmo.

Las otras civilizaciones han ido aceptando poco a poco estas manifestaciones de creatividad y algunas han comenzado a invitar a Ximena a compartir su disciplina con ellas. Hace ya algunos años, se han abierto ciclos de trabajo de creatividad con participantes del mundo exterior, quienes luego han incluido estas prácticas en sus lugares de origen.

Las cronistas suponen que esto significa que la creatividad es contagiosa y que la Humanidad, al fin y al cabo, no había perdido del todo la capacidad y el placer del asombro.

NOTA: Algunos antropólogos insisten en la teoría de que el origen de la Tribu *TOica* sería una antigua Escuela de Terapia Ocupacional que existió en ese lugar.

QUE CUARENTA AÑOS NO ES NADA

Luis Pérez Miranda

AL CUMPLIR 43 AÑOS Y 8 MESES DE TRABAJO en la Biblioteca Central de la Facultad de Medicina, me acogí al Programa de Retiro Voluntario y es así como el 30 de noviembre de 1997, en pleno uso de mis facultades físicas y mentales, acudí por última vez a la oficina en que me desempeñé como Jefe de Procesos Técnicos durante los últimos años.

Al retirarme ese día y dar vuelta la cabeza para “despedirme” de la Facultad, volví a ver la antigua entrada del Hospital San Vicente, que correspondía en ese entonces a la entrada de la Escuela de Medicina, cuya biblioteca quedaba a un costado en un antiguo y destartalado pabellón, que creo había sido el Servicio de Urgencia del Hospital, justo donde se levanta el moderno edificio que la acoge en la actualidad.

Llegué a la Biblioteca a instancias del Sr. Alberto Villalón, abogado chileno y doctor en Bibliotecología, título obtenido en Estados Unidos y que causaba escozor entre los médicos (sólo eran doctores el egresado de medicina y los dentistas) y de la Srta. Sylvia Anabalón, Profesora de Historia y Bibliotecaria.

El Sr. Villalón había sido seleccionado, en 1951, por la Fundación Rockefeller, entidad que apoyó fundamentalmente a la biblioteca, destruida en gran parte por el incendio que afectó a la Escuela de Medicina, en 1948. Reunía las condiciones ideales: ser chileno y bibliotecario titulado en el país del norte cuando en Chile esta profesión estaba en pañales y él le dio el impulso que necesitaba para convertirse en carrera universitaria. Además de pagar el sueldo del Sr. Villalón, la Rockefeller canceló durante 2 ó 3 años todas las suscripciones de revistas, que en esos años llegaban a más de 900 títulos. En la actualidad no llegan a 300.

En el vetusto edificio que mencioné en primer lugar, las condiciones de trabajo dejaban mucho que desear, las salas de lectura se llovían e igual sucedía con la bodega de revistas. Al respecto, el Sr. Villalón en un último intento por impresionar a la Rockefeller y conseguir que siguiera ayudando a la biblioteca —ya que se había vencido el plazo que se había fijado para tal efecto— hizo tomar unas fotografías, en parte preparadas, de alumnos estudiando entre tuestos que recibían las goteras que se producían en la Sala de

Lectura. Para llorar, pero los gringos no se dejaron impresionar y la Escuela de Medicina tuvo que hacerse cargo del sueldo del Sr. Villalón y de los costos de suscripción de revistas. En estos primeros años todo el personal hacía turnos, sin pago extra, pues la Biblioteca atendía todos los días del año, excepto 1º de mayo y 1º de enero, en días hábiles hasta las 21 h, y sábado hasta las 19 h, en domingo y festivos de 09 a 13 h.

En 1958 nos trasladamos a la que había sido una antigua sala de hospital, en el sitio en que hoy se encuentran las multicanchas (ahí funcionaba el casino de la Laurita el que pasó a ocupar el sitio que tiene en la actualidad). Allí las condiciones de trabajo eran un poco mejores.

La Sala de Lectura era muy grande y muy alta y en invierno se calefaccionaba con una salamandra a leña y carbón que había que encender en cuanto llegaban los encargados de aseo, pues metía un ruido ensordecedor mientras se calentaba y empezaba a funcionar normalmente. Esta situación se prolongaría por un par de años, ya que también ese lugar estaba destinado a otros proyectos; sin embargo, permanecimos allí hasta el año 1972 para trasladarnos al Diente D-1 de la nueva Facultad y, en el año 1980, definitivamente al edificio que se había construido para el efecto.

En mis primeros años tuve contacto a la distancia con las eminencias de la Medicina de esta época, porque como buenos seguidores de la medicina francesa, a cuyo país iban a perfeccionarse, no tenían un trato muy familiar, como no fuera con sus ayudantes o colaboradores directos. Eran en el buen sentido de la palabra “los semidioses”, denominación acuñada por el cine francés en una memorable cinta referida a los continuadores de Galeno.

El hecho de quedar al lado del Hospital José Joaquín Aguirre en donde funcionaba la mayoría de las cátedras clínicas, hizo que nuestro contacto con médicos y profesores fuera más cordial. La mayoría partía a perfeccionarse a Estados Unidos y se encontraban con que eminencias mundiales de la Medicina, entre ellos varios Premios Nobel, llegaban a la Universidad con blue jeans y camisas sport.

El traslado del Decanato que antes funcionaba en la Casa Central de la Universidad, hasta el 5º piso del Hospital, significó un aire de cambios que anticipaban también a los de la reforma que flotaba en el ambiente universitario.

El personal no académico tuvo la oportunidad de participar en la elección de las autoridades, aunque en un porcentaje no muy significativo, pero que a la vez provocó un acercamiento y mayor camaradería con los académicos.

Fue en esa época de cambios cuando la Biblioteca pasó a denominarse Biblioteca Central de la Facultad de Medicina y de ella dependían 13 bibliotecas periféricas, insertadas en los diferentes hospitales de Santiago donde existían cátedras universitarias y en otros servicios de la Facultad. Luego, la Facultad se divide en cinco Facultades independizándose también los servicios de biblioteca.

En este mismo período el trato pasó a ser mucho más familiar, aun cuando las condiciones de trabajo no mejoraban mucho. Nos corresponde cambiarnos al Diente D-1 del nuevo edificio, aún en construcción y cuya primera piedra fue colocada por el Presidente de la República, don Carlos Ibáñez durante su período democrático presidencial, ceremonia a la cual tuve el privilegio de asistir. Aquí las condiciones de trabajo mejoran sustancialmente y la vieja biblioteca cae nuevamente bajo la picota del progreso.

Mientras estábamos en el Diente D, nos sorprende el pronunciamiento militar que trae tantos cambios al país, a la Universidad, a la Facultad y a la Biblioteca. Los Decanos son designados y por ende los Jefes de Servicio pasan a ser de su confianza. La Srta. Anabalón es nombrada Directora del Departamento de Bibliotecología de la Facultad de Filosofía y Educación, cargo del que es destituida en 1976.

Al optar a un cargo en Iquique la Sra. Rudy Romero, sucesora de la Srta. Anabalón en la Jefatura de la Biblioteca, se me otorga la nominación de Jefe de la Biblioteca Central. A pesar de que a mi favor cuentan los méritos de una amplia adhesión, el decreto es detenido en Contraloría General de la República y se designa a otra funcionaria sin experiencia, pero que contaba con la confianza de las autoridades oficiales de aquel tiempo. Por cierto todo aquello produjo graves trastornos en el manejo de la Biblioteca y luego de otras sucesoras se solicita a la Srta. Anabalón que se reintegre y ocupe nuevamente la jefatura, la que ejerce hasta hoy.

En todo caso, los Dres. Pizzi y Riesco, Decano y Secretario de la Facultad, respectivamente, me solicitan continuar aportando mi experiencia.

Tenemos confianza en que, a pesar de las dificultades económicas, la Biblioteca pudiera recuperar su prestigio nacional e internacional.

Sin duda, en un encuentro como éste, tenemos que caminar a zancadas. Después de todo son cuarenta y tantos años de servicio. Llegué joven y soltero. Me retiro viejo y abuelo. Ha pasado mucho agua bajo los puentes y conservo el cariñoso recuerdo de tantos amigos y amigas, compañeros de tantas vicisitudes, actitudes inolvidables, apoyo incondicional que siento haberme ganado. Todo ello, bajo esta casa universitaria cuya presencia permanecerá junto a mí hasta el último halo de mi vida.

PARECE QUE FUE AYER.....



Miguel Pérez G.

SIEMPRE ME PARECERÁ QUE FUE AYER, cuando a los 17 años ingresé a la Facultad de Medicina. Desde entonces y hasta hoy se fueron sumando los años hasta completar treinta, cifra que no deja de asombrarme y que por lo mismo resulta difícil de resumir. Rescatar de esas tantas jornadas, los hechos positivos o negativos, como para lograr un balance equilibrado.

Igualmente creo que otros podrían estar en mi lugar, con tantos o más años que yo; sin embargo, valoro esta invitación y la agradezco.

El primer Decano que conocí fue el Prof. Dr. Amador Neghme y mi jefe directo la Sra. Lily McCawley. Luego, el Dr. Federico Phillippi B., quien trabajaba en la Cátedra de Medicina del Hospital. El profesor Neghme junto a otros médicos notables de la época, como lo fueron el Dr. Garretón y el Dr. Alessandri, tuvieron una participación activa al organizar los Servicios de Bienestar Estudiantil y Asistencia Médica, así como la expansión de la Biblioteca Central de Medicina, entre otros proyectos para académicos y alumnos que constituyeron una verdadera novedad en el ámbito universitario.

Como la cantidad de académicos y funcionarios era mucho menor que hoy, existía una relación más cercana y afectuosa entre todos. Recuerdo con especial afecto al Dr. Lecannelier y los Dres. Mario Penna y Hugo Pumarino, los dos últimos lamentablemente fallecidos. Si bien trabajábamos a conciencia y sin los elementos de apoyo actuales, también nos hacíamos tiempo para hacer un alto con ocasión de las Fiestas Patrias y fin de año, para compartir momentos de camaradería. No faltaba el viaje anual, incluidas las autoridades, en donde las anécdotas más variadas contribuían a romper todo protocolo en sana alegría.

La Facultad es parte muy importante de mi vida personal, ya que en ella encontré, además de mi fuente laboral, a mi esposa, con quien formé una familia. Mi hija mayor nació en el año 1975 y ya me ha convertido en abuelo. Tengo dos hijas más, una de 17 años que ya está terminando la enseñanza media y la menor de 7 años que nos acompañará en nuestra vejez.

La vida de funcionario está matizada de sucesos los que, sumados a la vida institucional, conforman todo un libro de vida que en la hora de los recuentos, es bueno hojear y mirarlos con la serenidad que el tiempo les otorga. Es

mi deseo dedicar unas líneas de reconocimiento a Lorenzo Retamal, con quien trabajé en la Oficina de Personal por más de quince años y que actualmente se desempeña en el Instituto de Ciencias Biomédicas. Mi cargo actual como Jefe de Recursos Humanos proviene de la designación como Jefe de Personal y Sueldos que me asignara el Dr. Elías Cumsille N., ya fallecido, por quien guardo afecto y agradecimiento.

En otros aspectos, he sentido de veras la partida del profesor Danko Brncic y luego la del profesor Enrique Egaña, quien me decía “colega”, debido a que estudié Medicina durante un par de años. En este mismo aspecto, me impactó la muerte del hijo de mi amigo Arturo Vargas que llevaba el mismo nombre y al cual conocí siendo él un niño.

Un personaje que nos ha dado matices diferentes ha sido Luchito Núñez, cuyas anécdotas dan para todo un capítulo. Infaltable en los paseos a pesar de su impuntualidad; no llegaba jamás a la hora o bien lo hacía cuando el bus ya estaba en marcha. En taxi nos daba alcance en plena carretera, desplegando pañuelos o tocando la bocina y logrando así incorporarse con un cargamento de “cocaví” a medio envolver que rápidamente abría el apetito de los curiosos compañeros de viaje. Una de sus últimas anécdotas consistió en ir al banco a cobrar su cheque de sueldo. Después de hacer “cola”, durante más de una hora, llegó hasta la ventanilla y el cajero se negó a pagarle. Cuando el reclamo iba subiendo de tono, el funcionario del banco le advirtió “es que no le puedo pagar nada, aquí dice que usted tiene un cheque por 0 pesos”. Allí cayó en la cuenta que había realizado el trámite para pagarse con tarjeta en otro banco.

Estoy consciente de que el progreso no se detiene y quedan atrás experiencias emotivas. Creo que debo enfatizar en la gran solidaridad con que cumplíamos nuestras tareas y ese apoyo casi paternal de los académicos que nos permitían resolver los problemas sin mayor complicación. Todo se hacía en forma manual a diferencia de este apoyo que ha significado la incorporación de las computadoras. Tenemos que aceptar que la tecnología agiliza la enorme cantidad de informaciones que ahora se manejan; sin embargo, aún no estamos del todo convencidos de esas ventajas, quizá por esa costumbre de creer que todo lo bueno es lo que el ser humano controla con su criterio y su mano.

Aquí, desde mi lugar de trabajo, donde creo haber crecido en experiencias y conocimientos, de haber logrado una visión mucho más amplia frente a los ajustes, reformas y situaciones propias del quehacer universitario, creo haber actuado con la “camiseta puesta”. Mi reconocimiento a todos los que me han otorgado su confianza.

Este sencillo relato se torna fortalecido al saber que llegará a tantas manos amigas que han pasado por esta Casa de Estudios y que nuestro modesto aporte tenga cabida en un tramo de los 165 años de nuestra Facultad.

Poemas

EL RECLINATORIO

Raúl Etcheverry

*En un convento vivía
una monja que pasaba
por santa, y que se llamaba
la hermana Melancolía...*

(Amado Nervo)

Han pasado ya tantos años y vive aún en mi memoria,
rompiendo la tediosa rutina del laboratorio
como un poema de casto y puro amor, aquella historia
santa, de sor Sagrario —la hermana— y de su reclinatorio.

Aún evoco en la fría soledad de la mañana
el apagado rumor de sus alados pies, tan leve.
¡Oh, sor Sagrario!, la dulce e inefable hermana
mientras afuera —como entonces— silenciosamente llueve.

Una gris mañana de invierno, al despertar el día,
brillantes sus pupilas, sus mejillas tersas rosas,
apareció en la penumbra del laboratorio de hematología,
como blanca visión de un sueño, andando sigilosa.

¡Trabajáis tanto!...; ¡vais a enfermaros!... ¡La mañana es fría!...
me dijo quedo y susurrante su voz tan armoniosa...
su mirada triste se cruzó un instante con la mía
y... súbito de grana se matizaron sus dos rosas.

La frente baja y arrodillada sobre las frías baldosas,
ocultando a mis ojos profanos la turbación de su semblante,
bajo mis helados pies con pálidas manos temblorosas
dejó el reclinatorio y... confusa se alejó al instante.

—¡Sor Sagrario, igual que la hermana Melancolía
a Dios ofrendasteis tu alma pura y piadosa...
y si hubo vacilación en tu fe aquel día,
la vencisteis y triunfante os alejasteis presurosa.

Nunca, nunca más en la vida me crucé con ella...
mi mente duda aún si fue cierto o si febril soñó,
si igual que la vacilante luz de una remota estrella
sor Sagrario no fue más que la sombra, que una huella,
o sólo el reflejo pálido de una hermana que ha siglos existió.
Cuando al fin expié mi romántica vida de Tenorio,
como Don Juan recordaré este fugaz y santo amor,
en el linde de lo real y de lo ilusorio,
y sor Sagrario —la dulce e infable hermana— y su reclinatorio
serán la puerta abierta que me conduzca a Dios!

24-XII-1957

EL ALMA

Raúl Etcheverry

*Como naturaleza
cuna y sepulcro de las cosas
el alma humana tiene ocultas fuerzas
silencio, músicas y sombras*

(José Asunción Silva)

*¿Cómo serán las almas?
cada uno debe tener su alma propia.
Pero, a mí se me ocurre una cosita
blanca con la forma de Australia...*

("Papelucho". Marcela Paz)

¿Qué es el alma? Me preguntaste un día
fijas tus verdes pupilas en mis ojos.
Qué es el alma el eco repetía
en la callada e infinita lejanía
de la tarde que dormía en los rastrosjos.

¿Qué es el alma?, de nuevo con empeño
insististe, y mientras me mirabas con tristeza,
vi pasar la sombra azul de un viejo sueño
a través de tus pestañas de oro, que el beleño
de la siesta entornaba sobre tus pupilas de turquesa.

¿Qué es el alma, me preguntas, niña mía?
¿Quieres que te responda el médico o el poeta?
porque el alma un misterio aún en psiquiatría,
es una síntesis de todo lo bello en poesía...
—Amado esta vez prefiero el verso a la receta.

Alma es el espíritu de los seres y de las cosas,
es el soplo con que Dios animó la arcilla humana,
es el color, el matiz y el perfume de las rosas,

es breve vuelo en las sedeñas mariposas
y rayo de luna en la quietud de la fontana.

Alma es luz, flor o trino en tu ventana,
lumbre del leño que en humilde hogar arde,
estrella del pesebre para la bíblica caravana.
La aurora es el alma-luz de la mañana,
y el crepúsculo el alma-sombra de la tarde.
Tu alma de niña, pura, inquieta y soñadora,
es pájaro ebrio de azul, que con melodioso trino
canta su himno a la vida, como el ave canora
saluda al sol desde que despunta la aurora
hasta que muere en el crepúsculo vespertino.

En cambio, bajo el yugo inexorable del destino,
la mía vencida y triste llora resignada...
El polvo, el tedio y la fatiga del camino,
como el sayal, el coturno y el bordón al peregrino
me han acompañado fieles hasta el fin de la jornada.

1-VI-1958

TÚ SABES:

Gustavo Hoecker

¿Por qué mi corazón se agita si miro las estrellas?
¿Por qué la angustia azota sin piedad
la entraña misma de mi ser, contraído
cuando el alma debiera reposar en la noche?
¿Por qué la distracción me saca del pensamiento
estricto, que fuera mi razón de ser?
¿Por qué se estremece el fondo abismal de
mis pasiones
y me invaden pensamientos e imágenes
como muchedumbres?
¿Por qué deseo la muerte algunas veces y la
inmortalidad en otras
y el poder y la gloria y el dinero a
raudales?
¿Por qué deseo invadir a lo incógnito y hacer
míos los hechos
y abrir en la selva caminos sin fin?
Tú sabes...
Quién sabe

PRIMAVERA

Gustavo Hoecker

Primavera preñada de flores de vid,
tibio aire y guitarras de notas distintas.
Recuerdos de calor, amor y solicitud,
Aromas de rosas y jazmines...
Noches de primavera mortal.
Canta las notas de las especies y sus afanes,

Fino al terminar el día, cuando las estrellas
 En lo oscuro e infinito te miran compasivas.
 Dale al alma mía el descanso de tu música
 Mientras corren mi pluma y tu silencio.
 Qué exquisito es dejar resbalar sobre mi
 Cuerpo y mi esperanza, el aroma de
 Las flores y el recuerdo de las notas de tu voz.
 Canción de graves sonos que me arranca
 Lágrimas de emoción y de ternura y de
 Dulces y amargas experiencias.
 Canciones que me dicen de los sentimientos
 Que emocionan a todo hombre y mujer;
 Que me hablan de las circunstancias del
 Amor, del dolor, del destino inescrutable,
 De las penas, nostalgias y las dudas.
 Ellas concluyen con el final maravilloso
 Del florecer de la vida y su sola justificación
 En el amor, vida mía.

Notas curriculares

Dr. Raúl Etcheverry

Nacimiento: Córdoba, Argentina. 9 de mayo de 1909.

Estudios humanísticos: Instituto Nacional.

Estudios universitarios: Medicina, Universidad de Chile, 26 VII 1934. Distinción media.

Tesis: "Tifus exantemático. Estudio clínico, hematológico y del LCR".

Distinción máxima.

Médico Hematólogo del Servicio de Medicina del Profesor Hernán Alessandri: 1934 hasta la actualidad.

Director y Coeditor de Sangre: Revista Chilena de Hematología: 1947-1948.

Coeditor y Consejero de Blood: Revista de la Sociedad Internacional de Hematología (U.S.A.), 1952-1972.

Jefe de Hematología de la Universidad Católica, 1978.

Profesor titular de Medicina: Hematología, 1981. Revalidado 1988.

Certificación de especialidad: CONACEM - 1989

Sociedad Internacional de Bioantropología: Bélgica 1968. Miembro fundador.

Academia de Medicina: Miembro correspondiente, 1975. De número 1981.

Miembro fundador honorario o emérito de varias sociedades nacionales y extranjeras.

Presidente de la Sociedad Chilena de Hematología, 1952 Y 1972.

Asistente por invitación a congresos o reuniones internacionales de hematología: Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Japón y China.

Participación en congresos y reuniones hematológicas nacionales y extranjeras. Argentina, Brasil, Perú, México, Costa Rica, Colombia, Japón y China.

Dedicación: Asistencial. Docencia de Tercero y Cuarto año de medicina, pregrado. Postgrado en provincias: desde Antofagasta a Valdivia. Buenos Aires: Hospital Ramos Mejía. Mendoza y Córdoba, Pekín, China, 1960.

Exámenes de pre y posgrado, Universidad de Chile.

Formación de médicos extranjeros: Mendoza, Uruguay, Perú, Panamá y Costa Rica.

Director de Tesis: médicas, 26. Dentistas, 3 pedagógicas, 2.

Publicaciones: 82. Revistas nacionales: 62. Extranjeras: 20, en Nature, J.Phys.

Anthropology, U.S.A. Bull. De l'Academie Suisse des Sciences Medicales.

Las más importantes: "Citodiagnóstico del cancer", (Introducción del método en Chile), y base de la actual Sociedad Chilena de Citopatología. "Mielograma, esplenograma y adenograma".

"Estudios seriado en 25 casos de anemia de Biermer. Hemograma y mielograma. Respuesta al ensayo de la vitamina B 12 (pionero), presentado a la sociedad Suiza de hematología"

"Grupos sanguíneos, haptoglobina y otros caracteres genéticos en indígenas de Chile (Antofagasta a Tierra del Fuego), y nativos pascuences.

Contribución al Atlas Universal de Grupos Sanguíneos de Mourant A. Kopec *et al.*, al J. Phys. Antropology con Matson A. Sutton *et al.*

Áreas de Investigación: Hematología geográfica o bio-hemato-antropología.

Distinciones: miembro de número de la Academia de Medicina. Maestro de la Hematología Chilena. Proto-maestro de la Hematología Mendocina (IX 1991). Decano de los Hematólogos Americanos (en actividad): Cartagena de Indias (IV 1992).

Condecoración de la Presidencia de la República. Cruz del Sur, en el grado de Gran Cruz 19.02.90.

Premios: Sociedad Médica: 1 Colegio Médico: 1. Sociedad Chilena de Ginecología y Obstetricia: 1. Laboratorio Winthrop: 3. Laboratorio Chile: 1. Medallas de Oro: Sociedad Chilena de Hematología, 1976. Sociedad de Hematología de Mendoza, 1991.

Libros publicados: "Interpretación del Hemograma. La sedimentación globular", Edit. Mediterráneo, 1986. "Historia de la Hematología Latino-Americana". Capítulo: Chile. Edit. Salamanca, España, 1992 (con Dr. A. Foradori).

Dr. Norbel Galanti

Nacionalidad: Chileno

Estudios superiores: Químico-Farmacéutico, abril de 1960, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

Bioquímico, abril de 1962, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

Bioquímico, enero 1968, Universidad de Chile, Santiago, Chile.

Postgrado: Departamento de Patología, Universidad de Pennsylvania, Escuela de Medicina, Filadelfia, USA, 1969.

Departamento de Patología, Universidad de Temple. Escuela de Medicina, Filadelfia, USA, 1970 - 1971.

Becas: John Simon Guggenheim Fellow, Philadelphia, USA, 1978 -1979. OMS/OPS, 1982

Posición actual: Profesor Titular, Instituto de Ciencias Biomédicas, Programa de Biología Celular y Molecular, Facultad de Medicina, Universidad de Chile.

Jefe de la Unidad de Biología Celular y del Laboratorio de Biología Molecular.

Dra. Eneida Aguilera Vischi

Nace en una pequeña ciudad nortina (Vallenar), el 07/ 08/ 1920.

Cursa sus estudios en el Liceo de niñas N° 3 de Santiago e ingresa a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile obteniendo el título de Médico-Cirujano el 10 de septiembre de 1947.

Como alumna de Medicina asume responsabilidades docentes en la Cátedra de Bacteriología del profesor Hugo Baccaro.

Como médico ingresa en calidad de ayudante *ad honorem* a la Clínica Ginecológica Universitaria del profesor Juan Wood W. el 1º de octubre de 1947.

En este Centro Universitario, actualmente denominado Hospital José Joaquín Aguirre, permanece hasta la fecha.

Recibe en 1969 el grado de Profesora Titular de Ginecología habiendo previamente ejercido todos los cargos docentes y asistenciales de dicho hospital universitario.

Como ginecóloga abarca todos los aspectos médicos y quirúrgicos de la especialidad llegando a ser Subjefe de la Sección de Esterilidad, fundadora y jefe del centro de planificación familiar.

Becada por la Universidad de Harvard en Boston EE.UU. entre 1956 y 1957. En este período profundiza conocimientos en ginecología general, esterilidad e histopatología ginecológica.

Durante su vida profesional asiste a numerosos cursos de perfeccionamiento en Chile y en el extranjero.

En docencia, su mayor dedicación, imparte enseñanza de pre y postgrado ya sea por medio de clases magistrales, mesas redondas, simposios, conferencias y otros.

Ha publicado 100 trabajos científicos. El 20% corresponde a revistas o congresos en el extranjero.

Ha recibido 10 distinciones, premios y finalmente pertenece a 6 sociedades científicas siendo socia fundadora en 3 de ellas.

Dr. Fernando Lolas Stepke

Académico de Número - Academia Chilena de la Lengua (1991). Académico Correspondiente, Real Academia Española (1992).

Profesor Titular de la Universidad de Chile (1989) (Facultad de Medicina y Facultad de Ciencias Sociales).

Nacido en Santiago en 1948, cursó sus estudios secundarios en el Liceo

Alemán de Santiago (Congregación del Verbo Divino) y estudió Medicina e Historia en las Universidades de Chile y de Heidelberg (Alemania Federal). Realizó estudios de postgrado y trabajos profesionales y de investigación en Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos, en el campo de la psiquiatría, la medicina psicosomática y las psicofisiología como becario del *Deutscher Akademischer Austauschdienst*, de la Fundación *Alexander van Humboldt* y de los *National Institutes of Health* (Estados Unidos).

Profesor visitante en Universidades de América Latina, Norteamérica y Europa, consultor de la Organización Panamericana de la Salud e invitado como conferencista a congresos y reuniones internacionales, fue designado Profesor Titular de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile en 1989. Ha sido Subdirector del Departamento de Fisiología y Biofísica de esa Facultad, Director de la Clínica Psiquiátrica Universitaria, Miembro del Consejo Superior de Ciencia y Tecnología y Asesor de la Presidencia de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT), Vicepresidente y Presidente de la *Sociedad de Neurología, Psiquiatría y Neurocirugía*, Vicepresidente del International College of Psychosomatic Medicine, entre otras tareas. Es miembro, entre otras instituciones, de la *New York Academy of Sciences*, de la *Sociedad de Biología de Chile*, de la *International Brain Research Organization* y de la *Asociación Mundial de Psiquiatría*. En esta última organización, integra el Comité de Publicaciones y es Secretario de la Sección de "Quality Assurance".

Ha escrito o editado más de veinte libros y monografías, incluyendo estudios científicos y escritos literarios. Ha obtenido premios en el concurso "Gabriela Mistral" de la Municipalidad de Santiago y del Consejo Nacional del Libro (1993) en la categoría ensayo. Sus trabajos científicos en psicofisiología, psiquiatría y ciencias del comportamiento superan los doscientos artículos en inglés, alemán, portugués, polaco y español, la mayoría en revistas de circulación internacional. Ha desempeñado y desempeña labores editoriales en diversas publicaciones periódicas en el Reino Unido, Alemania Federal, Estados Unidos, España y América Latina, como revisor y evaluador de publicaciones. Su nombre aparece en "Who is Who in the World", "The International Book of Honor" y "Who is Who in the Biobehavioral Sciences".

Entre 1993 y 1998 se desempeñó como Vicerrector de Asuntos Académicos y Estudiantiles de la Universidad de Chile. Entre otras tareas concomitantes, es Director Técnico de la Fundación Acta, de Buenos Aires, desde 1994 y Director del Centro Interdisciplinario de Estudios en Bioética de la Universidad de Chile.

Dr. Jaime Lavados Montes

Médico-cirujano y especialista en Neurología, Universidad de Chile (1954-1964).

Doctorado en Ciencias Neurológicas, Universidad de Londres.

Director Ejecutivo CONICYT (1967-1970).

Director Oficina de Desarrollo Científico y Creación Artística, Universidad de Chile (1972-1975).

Profesor Titular de Neurología, Universidad de Chile, 1982.

Fundador y Presidente Corporación de Promoción Universitaria, CPU.

Secretario General, Facultad de Medicina Oriente (1972-1975).

Director Fundador Departamento de Ciencias Neurológicas, Facultad de Medicina, Universidad de Chile (1978-1989).

Presidente Sociedad Iberoamericana Ciencias Neurológicas (1978-1982).

Presidente, Vicepresidente Sociedad Chilena de Neurología, Psiquiatría y Neurocirugía.

Consultor Desarrollo Científico y Universitario PNUD, BID, OCA (1974-1989).

Miembro de Sociedades Científicas chilenas e internacionales.

Autor de libros y artículos sobre: Educación Superior, Neurología, Desarrollo Científico y Tecnología, publicados en Chile y en el extranjero.

Rector Universidad de Chile (1990-1998).

Dr. Jorge Mardones Restat

Profesor Emérito de Farmacología, Universidad de Chile. Nace en 1908 el 19 de junio. Padres: Francisco y Berta. Inicia sus estudios en el Liceo Alemán de Santiago de Chile. Estudios Universitarios: Universidad de Chile. Se titula de médico en el año 1930. Casado con Zelmira Acevedo en el año 1933. Hijos: Carmen, Jorge, Inés, Teresa, Arturo, Ana, María. Instructor de Bioquímica, 1928. Profesor de Bioquímica en 1932, Facultad de Educación, Universidad de Chile. Profesor Extraordinario de Farmacología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, año 1936. Profesor Emérito en 1975. Secretario General del Consejo de Nutrición, año 1937-1942. Ministro de Salud Pública y Bienestar Social, 1950-1952. Miembro del Panel de Expertos en drogadicción de la OMS, 1952-1987. Miembro del Comité Ejecutivo de la Sección de Farmacología de la Unión Internacional de Fisiología (SEPHAR), 1959-1965 y de la Unión Internacional de Farmacología (IUPHAR) entre 1965 a 1967. Miembro Permanente del Comité Internacional de Investigación Biomédica sobre Alcoholismo (ISBRA); Miembro fundador y Primer Director de la Asociación Iberoamericana de Estudios de Problemas del Alcohol y Dependencia

de Drogas (AIEPAD); Miembro de la Academia de Ciencias del Instituto de Chile, año 1976-1980. Miembro Honorario y correspondiente de varias Sociedades Científicas latinoamericanas y europeas. Más de 150 publicaciones científicas principalmente sobre alcoholismo, desde 1930 hasta hoy. Libros: La Alimentación en Chile (con Ricardo Cox) 1942; La Alimentación de las Poblaciones, 1955; Bases Biológicas del Alcoholismo (editado con Yedy Israel) 1971; Farmacología (con 26 col.), 1976; 2ª. Edic. 1979; Los Problemas Médicos del Alcohol (con Juan Carlos Negrete y Guillermo Ugarte) 1986; Distinciones: Medalla Andrés Bello, 1976; Premio Nacional de Ciencias, 1977; Medalla "Juvenal Hernández", 1988; Distinción del Fondo en Memoria de Jellinek, 1992; Premio "Abraham Horwitz", 1995.

Dra. Colomba Norero

Casada con Dr. Germán Bañados Lonza, 2 hijos, 5 nietos.

Médico-cirujano de la Universidad de Chile, 1960. Estadías de entrenamiento nefrológico en París y Nueva York.

Pediatra-Nefróloga Infantil. Profesora Titular de Medicina, 1981.

Miembro de Número de la Academia Chilena de Medicina, Instituto de Chile, 1996.

Miembro de la Comisión de Evaluación Facultad de Medicina, 1981-1986. Comisión Superior de Evaluación Universidad de Chile, 1993-1995.

Directora Escuela de Postgrado, Facultad de Medicina, octubre 1994 a la fecha. Directora Departamento de Pediatría Occidente, 1978-1981, y Subdirectora, 1993-1994

Miembro de la comisión de Evaluación de Proyectos de Investigación Medicina, Fondecyt, 1994-1995.

Miembro del Consejo Superior Fondecyt, 1997.

CONACEM Pediatría, 1983-1987; Nefrología Pediátrica, 1991-1994.

Sociedades Científicas: Presidente de la Sociedad de Nefrología Pediátrica, 1993-1994.

Tesorera de la Sociedad Chilena de Hipertensión; Sociedad Latinoamericana de Nefrología; International Pediatric Nephrology Assoc.

Investigaciones y publicaciones: 5 Grants (proyectos nefrológicos), capítulos en 11 libros; 56 trabajos de investigación publicados.

Numerosas conferencias, congresos y cursos nacionales e internacionales.

David L. Yudilevich

Nació en Santiago en 1930.

Estudió en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile obteniendo el título de Médico-cirujano 1957.

Tesis de Título sobre la eritropoyetina y el control de la producción de glóbulos rojos. Perfeccionamiento en EE.UU., 1959-1961.

Ocupó cargos como docente-investigador en la Universidad de Chile por 24 años en dos períodos:

- a) 1989-1998, Departamento Fisiología y Biofísica que hoy se llama programa del Fisiología y Biofísica del Instituto de Ciencias Biomédicas, de la Facultad de Medicina.
- b) 1957-1973 Instituto de Física Nuclear de la Escuela de Ingeniería y Departamentos de Fisiología de la Facultad de Medicina y de la Facultad de Ciencias. Por 16 años (1974-1989) se desempeñó en el Departamento de Fisiología del Queen Elizabeth College y del King's College de la Universidad de Londres; en estos últimos fue profesor titular y director del Departamento de Fisiología.

Cargo hasta Dic. 97: Profesor Titular, Jornada Completa, Dpto. de Fisiología y Biofísica, Facultad de Medicina, Universidad de Chile.

Cargo honorífico (1997) Emeritus Professor King's College, University of London.

Sociedades científicas:

- The Physiological Society, U.K.
- British Microcirculatory Society.
- British Biophysical Society.
- American Microcirculatory Society.
- Sociedad de Biología, Chile.
- Sociedad de Fisiología, Chile.

Publicaciones:

Más de 100 revistas internacionales con Comité Editorial.

20 Capítulos de libros.

100 comunicaciones a reuniones internacionales.

Editor principal de 4 libros 1985, 1987, 1991, 1996.

Dr. Gustavo Hoecker

Nacido el 5 de diciembre en Rere. Estudios secundarios en el Instituto Nacional de Santiago. Sus estudios universitarios los hizo en la Facultad de Medicina Veterinaria de la Universidad de Chile, graduándose en 1943. Posteriormente siguió los cursos básicos de la Facultad de Medicina, donde hizo estudios de perfeccionamiento con el Profesor Juan Noé Crevani y con el Dr. Gabriel Gasic (1941-1943); con el Prof. Tracy M. Sonneborn de la Universidad de Indiana (1950) y con el Profesor Theodosius Dobzhansky (1951) en Chile. En Inglaterra, con el Profesor Peter A. Gorer del Guy's Hospital Medical School de la Universidad de Londres (1952-1953); en EE.UU., con el Dr. George D. Snell (Premio Nobel) en el Roscoe B. Jackson Laboratory (1953-1954) de Bar Harbor, Maine. El financiamiento de las estadias en Inglaterra y EE.UU. se basó en Becas del British Council y de la Fundación Guggenheim, respectivamente. Posteriormente ha obtenido invitaciones, entre otras, de la Academia Nacional de Ciencias de EE.UU., del Instituto de Biología Celular de Roma (1976); de la Sociedad Internacional de Trasplantes de Jerusalén (1978); de la Carnegie Institution en Cold Spring Harbor (1956); del New York Blood Centre (1978), y otros.

Ha sido Prof. Titular de Biología y Genética de la Facultad de Química y Farmacia de la Universidad de Chile, y es actualmente Prof. Titular de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile (1962 a la fecha).

Ha sido Socio Fundador de las Sociedades de Genética de Chile y Rioplatense; de Inmunología de Chile y de la Sociedad de Trasplantes, en las cuales ha sido Secretario y Presidente. Fue Creador y Director del Proyecto Chagas de la Organización Mundial de la Salud (1984-1989); Miembro Fundador de la Academia Chilena de Ciencias y su Secretario por 10 años; miembro de la Academia de Ciencias del Tercer Mundo y Miembro Honorario de la Sociedad Chilena de Inmunología.

Premio Nacional de Ciencias en 1989.

La Universidad de Chile, colegas del país y del extranjero, le dedicaron como homenaje un volumen especial de los Anales de la Universidad de Chile (1987).

Sus áreas de investigación se refieren a la inmunogenética de los sistemas mayores de la histocompatibilidad, y a la genética de la resistencia a la enfermedad de Chagas. Ha publicado más de 100 comunicaciones científicas y docentes en revistas y libros nacionales e internacionales de su especialidad.

Dr. Alfredo Jadresic

Nacido el 18 de septiembre de 1925 en Iquique, Chile. Casado con Patricia Samsing Arentsen. Cinco hijas y un hijo. Graduado de Médico-cirujano en la Universidad de Chile en 1950 con distinción máxima. Títulos académicos: Profesor Extraordinario de Medicina de la antigua Facultad de Medicina (1968), Profesor durante la Reforma (1971), y actualmente Profesor Titular (1990). Decano de la Facultad de Medicina (1968-1972). Cargos en el extranjero: Honorary Senior Lecturer (Profesor Asociado) de la Royal Postgraduate Medical School de Londres (1975-1989), Member (1976) y Fellow (1978) del Royal College of Physicians; Investigador (1973) y Consultor (1975-1989) en la Unidad de Endocrinología del Hospital de Hammersmith, Londres; Jefe de la Unidad de Endocrinología y Diabetes de Hastings; Director del Centro de Enseñanza Médica de Postgrado del Distrito de Hastings. Cargos anteriores: Ayudante del Profesor Eduardo Cruz-Coke en el Instituto de Química Fisiológica y Patológica (1947-1954), Ayudante del Profesor Rodolfo Armas Cruz en la Cátedra de Medicina (1950-1968).

Publicaciones: autor del libro *La Hipofisectomía en Clínica*, y editor del texto *Endocrinología, Fundamentos y Clínica*, editados por la Universidad de Chile; y cerca de 200 artículos en revistas nacionales y extranjeras.

Premio Distinción Clase "C" del Ministerio de Salud de Inglaterra (1984), Premio Distinción Clase "B" de Inglaterra (1987).

Actividades culturales: Presidente del Instituto Chileno-Yugoslavo de Cultura (1960).

Actividades deportivas: Campeón Sudamericano de salto alto (1947), participante en las Olimpiadas de Londres (1948).

Dr. Sergio Puente García

Nació en Santiago de Chile, el 23 de septiembre de 1927.

Casado con Ana María Leiva Loyola. Seis hijos: Teresita, Patricia, Rodrigo, Gonzalo, Mariló y Marcela.

Estudios en Colegios Salesiano y San Agustín.

Estudia Medicina en la Universidad de Chile, egresando el 23 de enero de 1953.

Dos años de Cirujano "ad honorem", inaugurando el Hospital José Joaquín Aguirre, y en la Casa de Socorros del Hospital.

Se traslada a Arica donde permanece 9 años como Cirujano, Traumatólogo, Director de Coros, Presidente de la Sociedad Musical de Arica y de la

Asociación de Profesionales Universitarios de Arica (APUA). Periodista "free lance" del diario "La Defensa". Alumno de la Escuela de Teatro de Pedro de la Barra. Beca de Cirugía del Páncreas en el Hospital Bellevue, de Nueva York, con el Profesor H. Doubilet. Gira a Europa integrando el Coro Sinfónico de la Universidad de Chile.

Regresa a Santiago al Hospital San Francisco de Borja. Allí inicia su carrera docente recorriendo todos los niveles hasta obtener el título de Profesor Titular de Cirugía. Escribe su libro *El Páncreas* y viaja repetidas veces a Francia, Servicio de Cirugía del Prof. Mercadier para estudiar la cirugía del páncreas y el trasplante experimental de hígado. En el Hospital San Francisco de Borja desarrolla su plan de trasplante experimental de hígado durante 3 años. Dirige la revista del Hospital San Borja durante 10 años y el Coro del Hospital. Se traslada a la Posta Central de la Asistencia Pública donde completa 27 años de Cirugía de Urgencia.

Se traslada al nuevo Hospital Paula Jaraquemada, donde funda el área cultural con coros, folklore, artesanía, tai-chi-chuan, tejidos, peluquería, etc. Dirige la Revista del Hospital Paula Jaraquemada durante 2 años y la Revista de Cirugía de Chile por 10 años. Realiza 31 cursos de perfeccionamiento, 26 de ellos en Chile y 5 en Francia y Estados Unidos. Asiste a 44 congresos nacionales y a 10 congresos en el extranjero (EE.UU., Francia, Uruguay, Argentina, Perú).

Inaugura, en el Colegio Médico de Chile, sus Cursos en Provincias en 1984, llevando hasta la fecha 67 cursos en estos 14 años.

En la misma fecha inicia sus Diaporamas de Historia de la Medicina, completando el ciclo de Historia de la Medicina Mundial y Chilena, diaporamas que ha llevado a todo el país y a Uruguay.

Desde 1994 realiza regularmente el curso de Historia de la Medicina en base a sus diaporamas que exhibe en casi todos los campus de la Facultad de Medicina.

Miembro de la Unidad de Estudios Históricos de la Facultad de Medicina de nuestra Universidad, Secretario Técnico del Departamento Científico Docente del Colegio Médico de Chile, del Centro de Estudios Culturales Oriente-Occidente (CECOO) y del Grupo Académico Internacional Interdisciplinario de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Rotario del Rotary Club de Providencia.

Tiene por lema esta frase: "La vida es muy corta para dedicarla a una sola cosa".

ÍNDICE

Proemio. <i>Amanda Fuller</i>	9
Ciento sesenta y cinco años de la Facultad de Medicina en la Universidad de Chile. Prof. Dr. <i>Eduardo Rosselot Jaramillo</i>	11
El actor y el doctor. Dr. <i>Marco Antonio de la Parra</i>	19
Episodios de la vida de un hematólogo. Dr. <i>Raúl Etcheverry</i>	23
La escuela de la medicina: Tradición y presencia. Prof. Dr. <i>Norbel Galanti</i>	33
Universidad ayer, hoy... ¿y mañana? Dr. <i>Gustavo Hoecker</i>	37
Nota histórica sobre la reforma universitaria de 1968, treinta años después. Dr. <i>Alfredo Jadresic</i>	43
Reflexiones sobre más de cincuenta años universitarios. Dr. <i>Sergio Lecannelier</i>	49
Sobre el trabajo universitario: Una nota personal. Dr. <i>Fernando Lolas Stepke</i>	57
Aproximación multidisciplinaria como experiencia de vida. Dr. <i>Jaime Lavados M.</i>	69
Profesor Dr. Jorge Mardones Restat (entrevista)	75
Recuerdos de la Promoción 52. Dr. <i>Sergio Puente García</i>	87
Mis 50 años en la Universidad. Dr. <i>David Yudilevich</i>	115
La especialidad de Medicina General Familiar y su futuro. Dr. <i>José Manuel Borgoño</i>	123
 <i>Homenajes</i>	
Mi vida y la ginecología: Recuerdos y añoranzas. Dra. <i>Eneida Aguilera</i>	131
Algunas reflexiones sobre la mujer y su quehacer en medicina. Dra. <i>Colomba Norero V.</i>	139
Armando Roa, Humanista. Sra. <i>María Isabel Smith</i>	149
Semblanza del Dr. Hugo Pumarino. Dr. <i>Ronald Youlton</i>	157

Crónicas

Andanzas de un fotógrafo. Sr. <i>Jorge Araya Flores</i>	163
¿Desde cuándo están en la Facultad?... o un cuento corto para una historia larga. Prof. <i>Sergio Garrido</i>	167
Pequeña crónica. Dra. <i>Ximena González Oithuff</i>	169
Que cuarenta años no es nada. <i>Luis Pérez Miranda</i>	171
Parece que fue ayer... <i>Miguel Pérez G.</i>	175

Poemas

Dr. <i>Raúl Etcheverry</i> y Dr. <i>Gustavo Hoecker</i>	179
---------------------------------------------------------	-----

Notas curriculares

	185
--	-----

ILUSTRACION DE PORTADA

Obra del artista don Héctor Wistuba Lorca*. Corresponde a la capilla San Vicente de Paul, ubicada en el Parque Central del Hospital Clínico de la Universidad de Chile.

Los orígenes de la Capilla se remontan al año 1872. El diseño y la dirección de las obras fueron desarrollados por el arquitecto Sr. Carlos Stegmoller.

Se terminó de construir el año 1874 y se hicieron cargo de su funcionamiento las hermanas de la caridad.

Ha sido declarada Monumento Nacional desde el año 1981.

En el presente año, gracias a una donación del ciudadano francés Roger Couly, se iniciará su restauración definitiva, tarea que antes alentará el Dr. Enrique Egaña, en conjunto con el Dr. Emilio Morales, Director del Hospital José Joaquín Aguirre, mediante erogaciones voluntarias.

** Héctor Wistuba Lorca fue funcionario de nuestra Facultad entre los años 1958 y 1973. Participa en importantes exposiciones a nivel internacional y su obra es reconocida especialmente en Europa, con óleos y acuarelas que le han significado destacadas distinciones.*